

STEFANIE ZWEIG
EN UN LUGAR
DE AFRICA



Lectulandia

Una novela autobiográfica ambientada en Kenia que relata, en primera persona, la historia de una de las muchas familias judías que tuvieron que huir de Alemania durante el Holocausto. En este caso, los Redlich viajan al continente africano en busca de una nueva oportunidad. Su hija, Regina, todavía es una niña pero no tardará en sucumbir a la magia de Kenia. Los libros de esta autora siguen siendo best sellers en Alemania, su país de origen.

Lectulandia

Stefanie Zweig

En un lugar de África

ePub r1.1

Titivillus 20.01.15

Título original: *Nirgendwo in Afrika*

Stefanie Zweig, 1995

Traducción: María José Díez Pérez y Diego Frieria Acebal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Rongai, 4 de febrero de 1938

Querida Jettel:

En primer lugar, ve a buscar un pañuelo y siéntate tranquilamente. Es preciso que tengas los nervios bien templados. Si Dios quiere, volveremos a vernos muy pronto. Sea como fuere, mucho antes de lo que esperábamos. A partir de mi última carta desde Mombasa, que te escribí el día en que llegué, han pasado tantas cosas que la cabeza aún me da vueltas. Sólo estuve una semana en Nairobi y la pasé bastante abatido, pues todo el mundo me decía que aquí, si no sabes inglés, no hace falta ni que te molestes en buscar trabajo en la ciudad. Pero tampoco veía posibilidad alguna de encontrar empleo en una granja, como hacen casi todos para tener al menos un techo. Entonces, hace una semana, me invitaron a comer junto con Walter Süskind (de Pomerania) a casa de una rica familia judía.

Al principio no le di mayor importancia y supuse que la gente de este lugar no sería muy distinta de mi madre en Sohrau^[1]. que siempre sentaba a su mesa a algún pobre diablo. Sin embargo, ahora sé lo que es un milagro. La familia Rubens lleva cincuenta años viviendo en Kenia. El anciano Rubens es presidente de la Comunidad Judía de Nairobi, la cual se ocupa de los refugées (ésos somos nosotros) recién llegados al país.

Los Rubens (cinco hijos adultos) pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron de que tú y Regina aún seguíais en Alemania. Aquí las cosas se ven de un modo muy distinto de como yo las veía en casa. Ya ves, tú y mi padre teníais toda la razón cuando no queríais que emigrara yo solo, y me avergüenzo de no haberos escuchado. Por lo que supe más tarde, Rubens me echó una buena reprimenda, aunque naturalmente yo no le entendía. No puedes hacerte una idea de lo que tardé en comprender que la Comunidad está dispuesta a adelantar las cien libras que necesitáis tú y Regina para el servicio de inmigración. A mí me han mandado de inmediato a una granja para que los tres tengamos un alojamiento cuanto antes y yo al menos pueda ganar algo de dinero.

Eso significa que debéis partir lo antes posible. Esta frase es la más importante de toda la carta. Aunque me he comportado como un borrico, ahora has de confiar en mí. Cada día que pases con la niña en Breslau^[2] será un día perdido. De modo que ve inmediatamente a ver a Karl Silbermann. Él es quien más experiencia tiene en cuestiones de emigración, y te llevará a ver al hombre de la agencia de viajes Deutsches Reisebüro que tan bien se portó conmigo. Él te dirá cuál es la forma más rápida de conseguir un pasaje de barco, da igual el

barco que sea y lo que dure la travesía. A ser posible, toma un camarote en tercera. Sé que no es lo más cómodo, pero será mucho más barato que segunda y necesitamos hasta el último céntimo. Lo principal es que estéis a bordo y en el mar cuanto antes. Sólo así podremos volver a dormir tranquilos.

Asimismo deberás ponerte en contacto sin pérdida de tiempo con la empresa Danziger por lo de nuestros cajones. Ya sabes que dejamos uno vacío para lo que se nos ocurriera. En los trópicos es muy importante una nevera. También necesitamos como sea una lámpara de gas, una Petromax. Asegúrate de que también te den los accesorios. De lo contrario tendremos la lámpara, pero estaremos a oscuras. En la granja a la que he venido a parar no hay luz eléctrica. Compra también dos mosquiteras; si te llega el dinero, tres. Lo cierto es que Rongai no es zona declarada de malaria, pero quién sabe dónde acabaremos. Si no queda sitio para la nevera, saca la porcelana de Rosenthal. No ceo que vayamos a necesitarla en esta nueva vida y ya hemos tenido que separarnos de otras muchas cosas además de los platos con florecitas.

Regina necesitará botas de goma y pantalones de pana (dicho sea de paso, tú también). Si alguien desea hacerle un regalo de despedida, pide zapatos que le sirvan dentro de dos años. No puedo imaginarme, al menos hoy no, que lleguemos a ser lo bastante ricos para comprar zapatos.

No hagas la lista para Emigración hasta que lo tengas todo. Es importante que especifiques cada una de las cosas que vayas a llevarte. De lo contrario te pondrán muchas pegas. Y no dejes que nadie te convenza para traer cosas de otro. Piensa en el pobre B. Las dificultades que tuvo en la aduana de Hamburgo son sólo consecuencia de su bondad. Quién sabe si conseguirá llegar a Inglaterra y cuánto tiempo lo tendrán retenido. Lo mejor será que hables lo menos posible de tus planes. Uno ya no sabe adonde te puede llevar una conversación, ni qué puedes esperar de personas a las que conoces de toda la vida.

Hoy no hablaré mucho de mí, si no te pondré la cabeza como un bombo. Rongai se encuentra a unos mil metros de altitud, pero hace mucho calor. Las noches son muy frías (así que tráete prendas de lana). En la granja se cultiva sobre todo maíz, aunque aún no he averiguado qué tengo que hacer con él. Además tenemos quinientas vacas y un montón de gallinas. De modo que no nos faltará leche, mantequilla y huevos. No te olvides de traer una receta para hacer pan.

Lo que hace el chico parece pan ázimo y sabe aún peor. Sus huevos fritos son fantásticos, pero no tiene ni idea de hacer huevos revueltos. Y cuando los prepara pasados por agua, siempre canturrea la misma canción. Desgraciadamente la canción es demasiado larga y los huevos acaban siendo duros.

Como ves, ya tengo chico propio. Es alto, naturalmente negro (te lo ruego,

explícale a Regina que no todo el mundo es blanco) y se llama Owuor. Se ríe mucho, cosa que, teniendo en cuenta mi inquietud actual, me sienta muy bien. Chico es como llaman aquí a los criados, pero tener un chico no significa nada. En una granja puedes tener tantos sirvientes como quieras, de modo que no es preciso que te preocupes por lo de la criada. Aquí vive mucha gente. La envidio porque no sabe lo que está ocurriendo en el mundo y porque tiene lo suficiente para vivir.

En la próxima carta te contaré más cosas de Süskind. Es un ángel, hoy va a Nairobi y llevará el correo. Así se gana al menos una semana, y para nosotros una correspondencia ágil es ahora de suma importancia. Cuando contestes, numera tus cartas y di concretamente a cuál estás respondiendo. De lo contrario nuestra vida será aún más caótica de lo que ya es. Escribe lo antes posible a mi padre y a Liesel y disipa sus miedos sobre nosotros.

Mi corazón se llena de gozo al pensar que tal vez muy pronto pueda estrecharos entre mis brazos a ti y a la niña. Y me aflige pensar el daño que esta carta le hará a tu madre. Ahora, de sus dos hijas, sólo le quedará una a su lado y quién sabe por cuánto tiempo. Pero tu madre siempre ha sido una gran mujer y sé que preferirá saberos a ti y a su nieta en África que en Breslau. Dale a Regina un beso muy fuerte de mi parte y no la mimes demasiado. La gente pobre no puede permitirse ir al médico.

Me imagino el nerviosismo que esta carta te producirá, pero ahora has de ser fuerte. Por todos nosotros.

Te abraza, lleno de nostalgia,

Tu viejo Walter

PD: Te gustaría los hijos del señor Rubens, unos muchachos muy apuestos. Como antes, cuando íbamos a clases de baile. Creía que todos ellos estaban solteros, pero más tarde me enteré de que cuando tratan de nosotros, los refugiados, sus esposas siempre se van a jugar al bridge. Están hasta la coronilla del tema.

Rongai, 15 de febrero de 1938

Querido padre:

Espero que hayas recibido noticias de Jettel y te hayas enterado de que tu hijo se ha hecho granjero. Seguro que mamá habría dicho «bonito pero duro», pero un abogado y notario destituido no podría desear nada mejor. Esta mañana he ayudado a un ternero a salir del vientre de una vaca y lo he bautizado con el nombre de Sohrau. Preferiría haber hecho de comadrona en el parto de un potro, pues ya sabes que aprendí a montar contigo antes de que

entraras en el ejército.

No pienses que fue un error permitirme que estudiara. Eso es sólo lo que parece ahora. ¿Cuánto durará esto? Mi jefe, que no vive en la granja sino en Nairobi, tiene montones de libros en el armario. Entre ellos se encuentran la Enciclopedia Británica y un diccionario de latín. Aquí, en esta región despoblada, no podría aprender inglés si no hubiera aprendido antes latín. Pero ya puedo hablar de comidas, ríos, legiones y guerras, e incluso sé decir «soy un hombre sin patria». Desgraciadamente eso sólo funciona en teoría porque aquí, en la granja, sólo hay negros, y hablan suajili y encuentran tremendamente cómico que no los entienda.

Ahora mismo estoy releendo en la enciclopedia cosas sobre Prusia. Como aún no hablo el idioma, tengo que escoger temas que conozco. No te imaginas lo largos que son los días en una granja como ésta, pero no quiero quejarme. Le doy gracias al destino, sobre todo desde que albergo la esperanza de que Regina y Jettel estén pronto conmigo.

Me preocupáis mucho vosotros dos. ¿Qué ocurrirá si los alemanes entran en Polonia? A ellos no les importará que tú y Liesel hayáis seguido siendo alemanes y no hayáis optado por Polonia. Para ellos sois judíos, y no creas que te van a servir de nada tus condecoraciones de guerra. Ya lo vimos después de 1933. Por otra parte, precisamente porque no habéis optado por Polonia, no podéis entrar en el contingente polaco, que está entorpeciendo la emigración en todas partes. Si vendieras el hotel, también tú podrías pensar en emigrar. Deberías hacerlo, sobre todo por Liesel. Sólo tiene treinta y dos años y la vida aún no le ha dado nada.

He hablado de Liesel a un antiguo banquero de Berlín (ahora cuenta sacos en una granja de café), le he contado que aún sigue en Sohrau. En su opinión, las autoridades de inmigración locales no ven con malos ojos la entrada de mujeres solteras. Éstas consiguen buenos empleos, sobre todo de niñeras en las casas de las ricas familias de granjeros ingleses. Si tuviera las cien libras necesarias para avalaros, te instaría de otro modo a que emigrarais. Pero ya es bastante bendición que pueda traer a Jettel y a la niña.

Quizá podrías ponerte en contacto con el abogado Kammer, de Leobschütz^[3]. Fue extremadamente honesto conmigo hasta el final. Cuando me destituyeron, me prometió que pondría a buen recaudo el dinero que aún se ingresara de los clientes. Seguro que te ayudaría si le explicaras que sigues teniendo un hotel, pero que no tienes dinero. En Leobschütz es de sobra sabido cómo les ha ido a los alemanes en Polonia todos estos años.

Solo aquí, a solas con mis pensamientos, me doy perfecta cuenta de lo poco que me he ocupado de Liesel. Con su bondad y su abnegación tras la muerte de mamá, se habría merecido un hermano mejor. Y tú, un hijo que te hubiese agradecido a tiempo todo lo que has hecho por él.

No es preciso que me mandes nada, de veras. Con los alimentos de la granja tengo todo lo que necesito para vivir, y abrigo la esperanza de conseguir algún día un empleo en el que gane lo bastante para poder enviar a Regina a la escuela (aquí cuesta una fortuna y la enseñanza no es obligatoria). Por supuesto que me encantaría recibir las semillas de rosas. Así crecerían en este rincón de la tierra dejado de la mano de Dios las mismas flores que en el jardín de la casa de mi padre. Quizá Liesel pueda mandarme la receta del chucrú^[4]. He oído que aquí se da bien la col.

Recibid un cariñoso abrazo,

Vuestro Walter

Rongai, 27 de febrero de 1938

Querida Jettel:

Hoy ha llegado tu carta del 17 de enero. Tuvieron que reexpedirla desde Nairobi. Es un milagro que la haya recibido. No tienes idea de lo que significan las distancias en este país. De aquí a la granja más cercana hay cincuenta y cinco kilómetros, y Walter Süskind se encuentra a tres horas por carreteras malas, fangosas a trozos. A pesar de todo, hasta ahora ha venido a verme todas las semanas para celebrar conmigo el sabat^[5]. Es de una familia piadosa. Tiene la suerte de que su jefe le ha puesto un coche a su disposición. Por desgracia, el mío, el señor Morrison, opina que desde el éxodo por el desierto todos los hijos de Israel son buenos andarines. Desde que Süskind me trajo hasta aquí, no he vuelto a salir de la granja.

Es una lástima que no haya caballos. El único burro de esta granja me ha derribado tantas veces que me duele todo el cuerpo. Süskind se desternilló de risa y dijo que los burros africanos no se pueden montar. No se dejan tomar por tontos como en las playas alemanas. Cuando vengas, también tendrás que acostumbrarte a que la lluvia entre en el dormitorio. La gente se limita a poner un cubo y se alegra por tener agua. Aquí es muy valiosa. La semana pasada hubo incendios por todas partes. Me llevé un buen susto. Por suerte Süskind estaba de visita y me explicó lo de quemar el matorral. Aquí es algo habitual.

Me hace bien saber que la mayor parte de tu carta está superada. Entretanto ya te habrás enterado de que tus días en Breslau están contados. La sola idea de teneros aquí hace que mi corazón vuelva a latir como antaño en mayo, cuando nos imaginábamos un gran porvenir. Hoy ambos sabemos que sólo importa una cosa: sobrevivir.

Debes seguir como sea con tus clases de inglés, poco importa que no te guste el profesor. Puedes dejar el español, sólo era por si nos concedían el

visado para Montevideo. Para hablar con la gente de la granja hay que aprender suajili. Por una vez, Dios ha sido benévolo con nosotros: el suajili es un idioma muy sencillo. Cuando llegué a Rongai no sabía ni una palabra, y ahora hasta puedo entenderme más o menos con Owuor. A él le encanta que le señale cosas para que me diga su nombre. Me llama bwana. Así es como se dirigen aquí a los hombres blancos. Tú serás la memsahib (esta palabra sólo se utiliza para las mujeres blancas) y Regina será la toto, que quiere decir niño.

Quizá para mi próxima carta ya haya aprendido suficiente suajili para explicarle a Owuor que no me gusta comer la sopa detrás del pudin. Dicho sea de paso, hace un pudin exquisito. La primera vez hice diversos ruiditos al comerlo. Él me imitó, y desde entonces prepara el mismo pudín todos los días. Lo cierto es que tendría que reírme más, pero reír solo no es tan divertido. Nada en absoluto por la noche, cuando uno no puede luchar contra los recuerdos.

Ojalá tuviera ya noticias tuyas. ¿Tendréis ya los pasajes? Quién habría pensado que acabaría siendo tan importante salir del país. Ahora me dispongo a ir a ordeñar. Es decir, yo miro mientras los chicos ordeñan y aprendo el nombre de las vacas. Eso me distrae.

Por favor, escíbeme en cuanto recibas mis cartas. E intenta alterarte lo menos posible. Puedes estar segura de que os llevo conmigo día y noche en mis pensamientos.

Un beso muy fuerte para las dos, para tu madre y para tu hermana,

Tu viejo Walter

Rongai, 15 de marzo de 1938

Querida Jettel:

Hoy he recibido tu carta del 31 de enero. Me ha entristecido mucho, ya que no puedo ayudarte con tus temores. Me imagino perfectamente que ahora oirás muchas cosas tristes, pero eso también debería servir para demostrarte que el destino no sólo se ha burlado de nosotros. Además, no es cierto que sea yo el único que ha emigrado. Aquí hay muchos hombres que desean intentar primero labrarse una posición antes de hacer venir a sus familias, hombres que están en la misma situación que yo, salvo que ellos no han tenido la suerte de que entre en sus vidas un ángel salvador como Rubens. Debes tener fe en que pronto volveremos a vernos. Algo que deberemos a Dios. No tiene ningún sentido que le demos vueltas ahora a si no sería mejor que hubiésemos ido a Holanda o a Francia. No tuvimos otra elección y quién sabe si no será la acertada.

Ya no tiene importancia que no acepten a Regina en la guardería. Ni tampoco importa para nuestro futuro que personas a las que conoces desde

hace años te nieguen el saludo. Ahora es cuando debes aprender a distinguir las cosas importantes de las que no lo son. En nuestra vida ya no es relevante que crecieras siendo la niña mimada de una buena familia. En la emigración no cuenta lo que uno fue, sino sólo que marido y mujer persigan el mismo fin. Estoy seguro de que saldremos adelante. Ojalá ya estuvieras aquí y pudiéramos ponernos en camino.

Un beso muy fuerte para las dos,

Tu viejo Walter

Rongai, 17 de marzo de 1938

Querido Süskind:

No sé cuánto tardará el chico en llevarte esta carta. Tengo cuarenta de fiebre y no siempre puedo pensar con claridad. Si algo me sucediera, encontrarás la dirección de mi esposa en una cajita en el cajón que hay junto a mi cama.

Walter

Rongai, 4 de abril de 1938

Querida Jettel:

Hoy me ha llegado tu carta con la noticia que aguardaba con tanta impaciencia. Me la ha traído Süskind de la estación de ferrocarril y, como es natural, se ha llevado un buen susto al ver que me echaba a llorar. Imagínate, luego el grandullón se ha puesto a llorar conmigo. Eso es lo bueno cuando uno es un refugiado y ya no es alemán. No tiene que avergonzarse de sus lágrimas.

Los días se me harán eternos hasta que llegue junio y estéis a bordo. Si no recuerdo mal, el Adolf Woermann es un barco de lujo que rodea toda África. Eso significa que haréis más escalas prolongadas y que la travesía será más larga que la mía en el Ussukuma. Intenta disfrutar al máximo, aunque será mejor para vosotras que os arriméis a gente que celebre el año nuevo en septiembre. Os ahorraréis problemas innecesarios. Yo me pasé gran parte del viaje escondido en mi camarote, y fue la última oportunidad que tuve de hablar con gente.

Lástima que no hayas seguido mi consejo en lo del camarote de tercera. Nos habríamos ahorrado mucho dinero, dinero que aquí echaremos en falta, y seguro que a la niña no le habría venido mal compartir el camarote con un extraño. Ha de aprender que, aunque se llame Regina, no es una reina.

Sin embargo, no quiero discutir contigo en un momento en el que me siento tan feliz y agradecido. Ahora es importante que estés bien atenta y te asegures de que las cajas pueden ir con vosotras. No porque necesitemos tanto las cosas, sino porque he sabido de gente que dispuso que le fueran enviadas sus pertenencias cuando emigró y aún sigue esperando. Temo que no hayas comprendido lo importante que es para nosotros una nevera. En los trópicos es tan necesaria como el pan de cada día. Deberías esforzarte por encontrar una. Süskind podría traerme carne de Nakuru, pero sin nevera se echa a perder en tan sólo un día. Y, como jefe que es, el señor Morrison es muy estricto. Sólo podemos matar una de sus gallinas cuando él viene a la granja. Me alegro de que al menos me deje comer los huevos.

Enhorabuena por la lámpara. Así no tendremos que acostarnos con las valiosas gallinas del señor Morrison. No deberías haberte comprado el traje de noche. Aquí no tendrás ocasión de lucirlo. Estás muy equivocada si crees que la gente como los Rubens va a invitarte a sus fiestas. En primer lugar, hay un gran abismo entre los judíos ricos, establecidos aquí desde hace tiempo, y nosotros, refugiados sin recursos, y, en segundo lugar, los Rubens viven en Nairobi, que está más lejos de Rongai que Breslau de Sohrau.

Así y todo no puedo reprocharte que tengas un concepto equivocado de África. Yo tampoco tenía ni idea de lo que nos esperaba y no dejan de sorprenderme cosas que Süskind, al cabo de dos años, encuentra de lo más naturales. Ya hablo bien suajili y cada vez me doy más cuenta de la amabilidad con que Owuor se ocupa de mí.

Lo cierto es que he estado enfermo. Un día tenía mucha fiebre y Owuor insistió en que mandara llamar a Süskind. Éste llegó aquí bien entrada la noche y supo de inmediato lo que me pasaba. Malaria. Afortunadamente llevaba consigo quinina y pronto empecé a sentirme mejor. Pero no te asustes cuando me veas. He perdido mucho peso y tengo la cara bastante amarillenta. Como ves, el regalo de despedida de tu hermana, ese espejito que tan superfluo me pareció en su momento, ha resultado de gran utilidad. Desgraciadamente la mayoría de las veces sólo me cuenta historias desagradables.

Mi enfermedad me ha hecho comprender lo importantes que son los medicamentos en un país en el que no se puede telefonar a un médico y en el que, de todos modos, no podría pagarlo. Necesitamos, sobre todo, yodo y quinina. Seguro que tu madre conoce a algún médico que aún quiera el bien de gentes como nosotros y pueda procurarte esas cosas. Pídele también que te explique cuánta quinina hay que administrarle a un niño. No quiero asustarte, pero en esta tierra hay que aprender a valerse por uno mismo. Sin Süskind lo habría pasado muy mal. Y, claro está, también sin Owuor, que no se ha apartado de mi lado ni un momento y me ha dado de comer como a un niño. Por cierto, no se puede creer que sólo tenga un hijo. Él tiene siete, pero, si no he entendido

mal, también tiene tres esposas. Imagínate, ¡tuvo que conseguir avales para toda la familia! Pero ahora tiene una patria. Lo envidio sobremanera. También lo envidio porque no sabe leer y no se entera de lo que pasa en el mundo. Sin embargo, es curioso que parezca saber que soy un europeo distinto del señor Morrison.

Habíale a Regina de mí. ¿Reconocerá aún a su papá? ¿Se enterará la niña de lo que está pasando? Será mejor que no le cuentes nada hasta que estéis en el barco. Allí ya no tendrá importancia que se le escape algo. No te despidas de mucha gente antes de irte. Te romperá el corazón. Mi padre comprenderá que ni siquiera vayáis a Sohrau. Creo que incluso estará de acuerdo. Y dales a tu madre y a Käte un beso de mi parte. El día de la separación les resultará duro. A uno le cuesta hacerse a la idea de algunas cosas.

Recibid un cariñoso abrazo,

Tu viejo Walter

Rongai, 4 de abril de 1938

Querida Regina:

Hoy vas a recibir tu propia carta, pues tu papá está muy contento porque pronto volverá a verte. Ahora debes ser especialmente buena, rezar todas las noches y ayudar a mamá en lo que puedas. Estoy seguro de que te gustará la granja en la que vamos a vivir los tres. Hay muchos niños. Sólo tendrás que aprender su lengua para poder jugar con ellos. Aquí brilla el sol todos los días. De los huevos salen unos pollitos preciosos, pequeñitos. Desde que estoy en este lugar también han nacido dos terneros. Pero has de saber una cosa: en África sólo dejan entrar a niños que no les tengan miedo a los perros. Así que practica para ser valiente. El valor es más importante en la vida que el chocolate.

Te envió tantos besos como caben en tu cara. Dale algunos a mamá, a la abuela y a la tía Käte.

Tu papá

Rongai, 1 de mayo de 1938

Querido padre, querida Liesel:

Ayer llegó vuestra carta con las semillas de rosa, la receta del chucrú y las novedades de Sohrau. Ojalá pudiera expresar con palabras lo mucho que significa una carta así. Tengo la sensación de ser aquel muchacho al que tú, querido padre, escribías desde el frente. Cada una de tus cartas rebosaba valor

y lealtad a la patria. Sólo que entonces ninguno de nosotros pensaba que cuando uno necesita más valor es cuando ya no tiene patria.

Estoy aún más preocupado por vosotros desde que los austríacos han sido anexionados al Reich. Quién sabe si los alemanes no les tendrán reservada una suerte similar a los checos. ¿Y qué será de Polonia?

Siempre creí que podría hacer algo por vosotros cuando estuviera en África. Pero, naturalmente, nunca habría sospechado que en el siglo xx se contratara a la gente sólo por cama y comida. Hasta que no lleguen Jettel y Regina es impensable cualquier cambio. Después tampoco será fácil encontrar un trabajo en el que además de huevos, mantequilla y leche también me den un salario.

Poneos al menos en contacto con una organización judía que asesore a los emigrantes. Por eso también merece la pena que vayáis a Breslau. Así podríais volver a ver a Regina y a Jettel. No he querido que ellas fueran a Sohrau antes de partir. Percibo en las cartas de Jettel lo nerviosa que está.

Ante todo, querido padre, no te hagas más ilusiones. Nuestra Alemania ha muerto. Ha pisoteado nuestro amor. No pasa un día sin que intente arrancármela del corazón. La única que no desea abandonarlo es nuestra Silesia.

Tal vez os preguntéis cómo es que aquí, en el extranjero, estoy tan al tanto de lo que pasa en el mundo. La radio que me regalaron los Stattler al marcharme es una auténtica maravilla. Me llega Alemania con tanta nitidez como si estuviera en casa. Aparte de mi amigo Süskind (vive en la granja vecina y ya era agricultor en su anterior vida), la radio es el único ser que me habla en alemán. ¿Le gustaría a Goebbels que el judío de Rongai sacie su sed de lengua materna con sus arengas?

Sólo me entrego a semejante placer por la noche. Durante el día hablo con los negros, algo que cada vez me sale mejor, y les cuento a las vacas mis progresos. Esos animales de ojos tiernos lo comprenden todo. Esta misma mañana me dijo un buey que hacía bien en no deshacerme del código civil. Pese a ello, no me abandona la sensación de que a un granjero le sirve menos que a un abogado.

Süskind siempre dice que tengo el sentido del humor necesario para sobrevivir en este país. Me temo que se confunde. Por cierto, Wilhelm Kulas haría carrera aquí. Los mecánicos se llaman a sí mismos ingenieros y no tardan en encontrar trabajo. Sin embargo, si yo dijera que en mi país era ministro de Justicia, no ganaría nada con ello. He enseñado a mi chico a cantar *Perdí mi corazón en Heidelberg*. Cuando a alguien le cuesta tanto pronunciar cada palabra como a él, la canción dura exactamente cuatro minutos y medio y es perfecta como ampolleta. Ahora mis huevos pasados por agua saben como los de casa. Como veréis, también tengo mis pequeños logros. Lástima que los grandes tarden tanto en llegar.

Con la esperanza de que os decidáis a hacer algo, os envía un abrazo lleno de nostalgia,

Vuestro Walter

Rongai, 25 de mayo de 1938

Querida Ina, querida Käte:

Cuando os llegue esta carta, Jettel y Regina ya estarán en camino, si Dios quiere. Me imagino cómo os sentiréis, pero no encuentro palabras para deciros lo mucho que me emociono cuando pienso en vosotras y en Breslau. Habéis ayudado a Jettel a soportar nuestra separación y, conociendo como conozco a mi descontentadiza Jettel, supongo que no os lo habrá puesto nada fácil.

No os preocupéis por ella. Espero con toda mi alma que se habitúe a esto. Seguro que con las vivencias de estos últimos años, y en particular de estos últimos meses, habrá comprendido que sólo hay una cosa que de verdad cuenta: que estemos juntos y a salvo. Sé, querida Ina, que te preocupa mucho que yo sea un hombre colérico y Jettel una niña testaruda que pierde los nervios con facilidad cuando las cosas no salen a su gusto, pero eso no tiene nada que ver con nuestro matrimonio. Jettel ha sido el gran amor de mi vida y siempre lo será. Por muy difícil que me lo ponga también a mí a veces.

Como ves, el eterno sol africano hace que se abran el corazón y la boca, pero creo que algunas cosas hay que decirlas a tiempo. Y ya que estoy en ello, te diré que no hay mejor suegra que tú, queridísima Ina. Y no me refiero a tus patatas salteadas, sino a toda mi época de estudiante. Tenía diecinueve años cuando llegué a tu casa, y tú me trataste como si fuera tu hijo. Qué lejano parece todo aquello y qué poco te he recompensado por tu bondad.

Ahora necesitáis todas vuestras fuerzas para vosotras. Tengo puestas grandes esperanzas en vuestra correspondencia con América. Aprovechad cualquier posibilidad. Sé que no tienes en mucha estima la oración, Ina, pero no puedo dejar de pedirle a Dios que nos ayude. Quizá algún día me dé la oportunidad de agradecerse.

Jettel y Regina serán recibidas como princesas. He mandado hacer una fantástica cama de cedro con una corona en la cabecera para Regina (a decir verdad aquí no tengo mucho para vivir, pero sí puedo cortar tantos árboles como desee). Dibujé la corona en papel y Owuor, mi chico fiel, mi camarada, logró traer hasta aquí a un gigante casi desnudo con un cuchillo que se encargó de tallar nuestra corona. Seguro que no hay nada más bello en toda Breslau. Para Jettel hemos cubierto de tablones el sendero que hay entre la casa y la letrina, para que no se hunda en el barro cuando tenga que salir en la estación

de las lluvias. Espero que no se asuste demasiado cuando vea que aquí hay que planear con total precisión incluso las aguas menores. De la casa al retrete hay tres minutos. En caso de diarrea, menos.

Saluda de mi parte al ayuntamiento y a todos los que han apoyado a los míos. Y cuidaos mucho. Qué tonto me hacen parecer mis palabras, pero ¿cómo expresar lo que uno siente?

Os quiere,

Vuestro Walter

Rongai. 20 de julio de 1938

Querida Jettel:

Hoy he recibido tu carta de Southampton. ¿Puede un hombre solo sentirse más agradecido, feliz y aliviado? Por fin, por fin, por fin. Ahora podemos volver a escribirnos sin temor. Me admira que se te haya ocurrido indicarme los puertos en los que el Adolf Woermann recoge correo. Es una idea que no me pasó por la cabeza en su momento. De modo que esta carta irá a Tánger. Si el correo funciona según mis cálculos, te llegará allí sin problemas. Iría muy justa de tiempo si te la mandase a Niza. Espero que no estés decepcionada. De sobra sé lo que es esperar correo.

En Tánger Regina verá a las primeras personas de color: confío en que nuestra pequeña miedica no se asuste demasiado. Me alegré mucho al saber que aguantó bien las emociones de la partida; tal vez siempre la hayamos considerado más delicada de lo que es. Puedo imaginarme cómo lo habrás pasado tú. Por cierto, me afectó mucho que tu madre te acompañara hasta Hamburgo, que un corazón sin esperanza aún pueda pensar en los demás.

No te hagas mala sangre por no haber comprado la nevera. Envolveremos la carne y la mantequilla en tu nuevo vestido de noche y lo colgaremos al ardiente sol, al viento. Es cierto, así es como mantienen fríos aquí los alimentos, aunque no sea entre sedas, pero siempre podemos probar. Así tendrás la sensación de que el vestido al menos tiene alguna utilidad. Ayer compré plátanos. No una libra ni un kilo, sino todo un racimo con al menos cincuenta plátanos. Regina se quedará de una pieza cuando lo vea. De vez en cuando pasan por aquí mujeres con enormes penachos de plátanos y los ofrecen por las granjas. La primera vez acudieron todos los negros en masa y casi se mueren de risa al ver que yo sólo quería comprar tres. Los plátanos son muy baratos (incluso para esos pobres infelices) y muy verdes, pero saben estupendamente. Me gustaría que todo supiera igual de bien.

Creo que Owuor se alegra de que vengáis. Conmigo estuvo enfadado tres

días. Y es que cuando por fin hube aprendido bastante suajili para construir frases completas, le confesé que no quería comer el mismo pudín todos los días. Eso lo sacó de sus casillas. No paraba de reprocharme que el primer día elogiara su pudín. Empezó a imitar los ruiditos que hice la primera vez que lo probé y a dirigirme miradas burlonas. Yo me quedé desconcertado y, claro está, no sabía cómo decir variedad en suajili, si es que existe esa palabra.

Lleva mucho tiempo entender la mentalidad de los de aquí, pero son muy simpáticos y no cabe duda de que también muy listos. Sobre todo, nunca se les ocurriría encarcelar a la gente o echarla del país. A ellos les da lo mismo que seamos judíos, refugiados o, por desgracia, ambas cosas. En los días buenos a veces pienso que podría acostumbrarme a esta tierra. Quizá los negros tengan una medicina (que aquí se dice daua) contra los recuerdos.

Ahora debo hablarte de un gran acontecimiento. Hace una semana apareció de repente ante mis ojos Heini Weyl. El del gran establecimiento de lencería de la plaza Tauentzienplatz al que fui a ver, siguiendo el consejo de mi padre, cuando me destituyeron y no sabía adonde podíamos emigrar. Entonces Heini me recomendó Kenia, pues sólo se necesitaban cincuenta libras por cabeza.

Ya lleva once meses en el país y ha intentado conseguir un empleo en un hotel, cosa que no ha logrado. Ser camarero no es trabajo de blancos y para ocupar puestos mejores es necesario hablar inglés. Pues bien, se ha colocado de gerente (aquí lo es todo el mundo, hasta yo) de una mina de oro en Kisumu. Conserva su optimismo, aunque en Kisumu debe de hacer un calor horrible y tiene fama de ser una zona infectada de malaria. Como Rongai queda de camino entre Nairobi y Kisumu, Heini, que tiene un coche que compró con sus últimos ahorros, se detuvo en la granja junto con su esposa, Ruth. Nos pasamos la noche charlando y hablando de Breslau.

Owuor olvidó su enfado por lo del pudín y apareció con una gallina, aunque las gallinas sólo se pueden matar para el señor Morrison. Owuor aseguró que el animal pasó corriendo ante sus pies y cayó muerto.

No te imaginas lo que significa tener una visita en la granja. Es como si uno estuviera muerto y volviera a la vida.

Desgraciadamente los Weyl me contaron que han detenido a Fritz Feuerstein y a los dos hermanos Hirsch. Según he sabido por una carta de los Schlesinger, de Leobschütz, también han ido a buscar a Hans Wohlgemut y a su cuñado Siegfried. Hace tiempo que lo sé, pero tenía miedo de hablarte de detenciones mientras seguías en Breslau. Tampoco te he contado nunca que el bueno de Greschek, nuestro fiel amigo, que insistió hasta el final en acudir a un abogado judío, fue conmigo en tren hasta Génova. También me ha escrito una carta. Espero que comprenda que no le he respondido por su bien.

Qué afortunados somos por poder volver a escribirnos sin temor. ¿Qué importa que en el Adolf Woermann tengas que escuchar cómo los nazis

idolatran en tu mesa la figura de Hitler? Has de aprender a no tomarte en serio los agravios. Eso es algo que sólo pueden permitirse los ricos. Lo único que cuenta es que estéis en el Adolf Woermann, no quién va en él.

Dentro de un mes no volverás a ver a éstos que tanto te repatean. Owuor ni siquiera sabe ofender a la gente.

Süskind abriga la esperanza de que su jefe le permita ir con el coche a Mombasa. Así podríamos recogeros y traeros aquí directamente. Dicho sea de paso, directamente quiere decir un trayecto de al menos dos días por carreteras sin asfaltar, pero podemos pasar una noche en Nairobi en casa de la familia Gordon. Los Gordon llevan ya cuatro años viviendo allí y siempre están dispuestos a ayudar a los recién llegados. En caso de que el jefe de Süskind no comprenda que, al cabo de meses de angustia, un refugiado tiene la necesidad de estrechar entre sus brazos a su esposa y su hija, no te entristezcas. Alguien de la Comunidad Judía os recogerá en Mombasa, os pondrá en el tren de Nairobi y se ocupará de que sigáis viaje hasta Rongai. Las comunidades aquí son excelentes. Lástima que sólo se encarguen de la llegada.

Ya no cuento las semanas, sino los días y las horas que faltan para volver a vernos. Parezco un novio antes de su noche de bodas.

Recibe un fuerte abrazo,

Tu viejo Walter

II

—**T**oto —sonrió Owuor al sacar del coche a Regina. La lanzó suavemente hacia arriba, la recogió y la estrechó contra sí.

Sus brazos eran blandos y cálidos; sus dientes, muy blancos. Las grandes pupilas de sus ojos redondos dotaban de claridad a su rostro, y llevaba un gorro alto, color vino, que parecía un cubo boca abajo, uno de aquellos cubos con los que Regina había estado haciendo pasteles en la arena antes de emprender el gran viaje. Del gorro se columpiaba una borla negra de finos flecos; por el borde asomaban unos minúsculos rizos negros. Owuor llevaba una larga camisa blanca por encima de los pantalones, igual que los alegres ángeles de los libros de estampas para niños buenos. Tenía nariz chata, labios abultados y una cabeza que parecía una luna negra. Cuando el sol hizo brillar las gotas de sudor de su frente, éstas se transformaron en perlas multicolores. Regina nunca había visto perlas tan diminutas.

El delicioso aroma que exhalaba la piel de Owuor olía a miel, ahuyentaba el miedo y hacía que una niña pequeña se convirtiera en una persona mayor. Regina abrió la boca de par en par para engullir mejor la magia que expulsaba del cuerpo el cansancio y los dolores. Primero notó lo fuerte que se volvía en brazos de Owuor y después se dio cuenta de que su lengua había aprendido a volar.

—*Toto* —repitió ella esa hermosa y extraña palabra.

Con sumo cuidado, el gigante de las manos poderosas y la piel suave la posó en el suelo. Su garganta dejó escapar una risotada que le hizo cosquillas en los oídos. Los altos árboles comenzaron a dar vueltas, las nubes se pusieron a bailar y negras sombras se deslizaron veloces ante la luz del sol.

—*Toto* —sonrió de nuevo Owuor. Su voz era sonora y espléndida, muy distinta de los lamentos y susurros de la gente de la gran ciudad gris con la que Regina soñaba por las noches.

—*Toto* —replicó Regina exultante, aguardando con impaciencia la chispeante alegría de Owuor.

Abrió tanto los ojos que vio puntitos centelleantes que, con la claridad, se convirtieron en una bola de fuego antes de desaparecer. Papá había apoyado su mano, pequeña y blanca, en el hombro de mamá. La certeza de tener nuevamente consigo a papá y mamá le recordó a Regina el chocolate. Sacudió la cabeza, asustada, y sintió de inmediato un viento frío en la piel. ¿Acaso el hombre negro de la luna no volvería a reír nunca más si ella pensaba en el chocolate? No había chocolate para los niños pobres, y Regina sabía que era pobre porque su padre ya no podía ser abogado. Mamá se lo había contado en el barco y la había elogiado por haberlo entendido todo tan bien y no haber hecho preguntas tontas, pero ahora, con el nuevo aire, cálido y húmedo, Regina ya no recordaba el final de la historia.

Sólo veía que las flores azules y rojas del vestido blanco de su madre

revoloteaban como pájaros. También en la frente de papá resplandecían diminutas perlas, no tan bonitas y multicolores como las del rostro de Owuor, pero sí lo bastante graciosas para echarse a reír.

«Vamos, niña —le oyó decir a su madre—, hemos de asegurarnos de que te apartas del sol ahora mismo», y notó que su padre buscaba su mano, pero los dedos habían dejado de pertenecerle. Se aferraban a la camisa de Owuor.

Owuor dio una palmada y le devolvió los dedos. Los grandes pájaros negros posados en el arbolito de delante de la casa alzaron el vuelo, vocingleros, hacia las nubes, y los desnudos pies de Owuor se alejaron raudos por la tierra roja. Con el viento, la camisa del ángel se transformó en una bola. Ver a Owuor marcharse corriendo no le gustó.

Regina sintió el punzante dolor en el pecho que siempre precedía a un gran pesar, pero se acordó a tiempo de que su madre le había dicho que en su nueva vida no debía llorar. Así que cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Cuando pudo ver de nuevo, Owuor apareció entre la alta hierba amarilla. En sus brazos llevaba un pequeño corzo^[6].

—Éste es *Suara*. Es un *toto*, como tú —dijo.

Y aunque Regina no le entendió, extendió los brazos. Owuor le entregó el tembloroso animalillo. Yacía boca arriba, tenía unas patas delgadas y unas orejas tan pequeñas como las de la muñeca Anni, que no había podido venir con ella de viaje porque en las cajas no había más espacio. Regina nunca había tenido en sus manos un animal. Pero no sintió miedo. Dejó que su cabello cayera sobre los ojos del pequeño corzo y le rozó la cabeza con los labios, como si llevara tiempo deseando no pedir ayuda, sino ofrecer protección.

—Tiene hambre —musitó su boca—. Yo también.

—Santo Dios, es la primera vez en la vida que te oigo decir eso.

—Lo ha dicho mi corzo, no yo.

—Llegarás lejos en esta tierra, tímida princesita. Ya hablas como un negro —dijo Süskind. Su risa era distinta de la de Owuor, pero también era agradable a los oídos.

Regina apretó al corzo contra su pecho y no oyó más que los latidos regulares de su cálido cuerpo. Luego cerró los ojos. Su padre le quitó de las manos el animalillo dormido y se lo dio a Owuor. Entonces tomó a Regina en brazos como si fuera una niña pequeña y entró en la casa.

—¡Bien! —exclamó Regina llena de júbilo—. Tenemos agujeros en el techo. Nunca había visto nada igual.

—Tampoco yo hasta que llegué aquí. Espera y verás lo diferente que es todo en nuestra nueva vida.

—Nuestra nueva vida es tan bonita...

El corzo se llamaba *Suara* porque ése fue el nombre que le dio Owuor el primer día. *Suara* vivía en un gran establo que había detrás de la pequeña casa, lamía los dedos de Regina con su cálida lengua, bebía leche de un pequeño recipiente de

hojalata y al cabo de pocos días ya podía mordisquear mazorcas de maíz tiernas. Cada mañana, Regina abría la puerta del establo; entonces *Suara* se ponía a dar saltos entre la alta hierba y, de camino a casa, iba restregando la cabeza contra los pantalones marrones de Regina. Llevaba esos pantalones desde el día en que dio comienzo la gran magia. Cuando al atardecer caía el sol del cielo y un manto negro envolvía la granja, Regina escuchaba las historias de hermanitos y hermanitas que le contaba su madre. Sabía que su corzo también terminaría siendo un apuesto joven.

Cuando las patas de *Suara* fueron más largas que la hierba de detrás de los árboles espinosos y Regina ya conocía los nombres de tantas vacas que tenía que decirle a su padre cómo se llamaban cuando ordeñaba, Owuor trajo un perro de pelaje blanco y manchas negras. Sus ojos eran del color de las estrellas luminosas y su hocico era largo y húmedo. Regina le rodeó el cuello con los brazos, un cuello tan redondo y cálido como los brazos de Owuor. Su madre salió de la casa corriendo y exclamó:

—¡Pero si a ti te dan miedo los perros!

—Aquí no.

—Lo llamaremos *Rummler* —dijo el padre con una voz tan grave que Regina se atragantó al echarse a reír.

—*Rummler* —dijo entre risas— es una bonita palabra. Igual que *Suara*.

—Pero *Rummler* es alemán. Y a ti ya sólo te gusta el suajili.

—*Rummler* también me gusta.

—¿Cómo se te ocurre ponerle ese nombre, *Rummler*? —quiso saber la madre—, ¡pero si ése era el jefe de distrito de Leobschütz!

—Bah, Jettel, necesitamos nuestros juegos. Ahora podemos pasarnos todo el día gritándole: *Rummler*, hijo de puta, y alegrarnos de que nadie venga a detenernos.

Regina suspiró y acarició la cabezota del perro, que espantaba las moscas con sus cortas orejas. Con el calor, su cuerpo desprendía vaho y olía a lluvia. A menudo papá decía cosas que ella no entendía, y cuando se reía, sólo emitía un breve sonido agudo que no retumbaba en las montañas como la risa de Owuor. Le susurró al perro la historia de la transformación del corzo y el perro miró en dirección al establo de *Suara* y comprendió lo mucho que Regina deseaba tener un hermano.

Dejó que el viento le acariciara los oídos y oyó que sus padres pronunciaban una y otra vez el nombre de *Rummler*, pero no acababa de entenderlos bien, aunque sus voces eran muy nítidas.

Cada palabra era como una pompa de jabón que estallaba en el mismo instante en que uno trataba de agarrarla.

«*Rummler*, hijo de puta», terminó diciendo Regina, pero sólo cuando los rostros de sus padres se tornaron tan luminosos como una lámpara con una mecha nueva supo que esas cuatro palabras eran una fórmula mágica.

Regina también adoraba al *aja* que había llegado a la granja poco después que *Rummler*. Apareció una mañana delante de la casa, cuando se desvanecía el último

arrebol del firmamento y los buitres negros posados sobre los espinos egipcios asomaban la cabeza por entre las alas. *Aja* era la palabra para niñera y era más hermosa que las demás precisamente porque se podía leer igual hacia delante que hacia atrás. El *aja* era, al igual que *Suara* y *Rummler*, un regalo de Owuor.

Todas las familias ricas de las grandes granjas con pozos profundos en el césped delante de imponentes casas de piedra blanca tenían un *aja*. Antes de llegar a Rongai, Owuor había trabajado en una granja para un *bwana* que tenía un coche y muchos caballos y, naturalmente, un *aja* para sus hijos.

«Una casa sin *aja* no es buena», dijo el día en que trajo consigo a la joven mujer de las chozas situadas a orillas del río. La nueva *memsahib*, a la que había enseñado a decir *senté sana* cuando quería dar las gracias, le dirigió una mirada de aprobación.

Los ojos del *aja* eran de color café y tan dulces y grandes como los de *Suara*. Sus manos eran delicadas; las palmas, más blancas que el pelaje de *Rummler*. Se movía con la agilidad de los árboles jóvenes al viento y su piel era más clara que la de Owuor, aunque los dos pertenecían al clan de los *jalu*. Cuando el viento le arrebatava el manto amarillo que llevaba sujeto en el hombro derecho con un grueso nudo, sus pequeños, firmes pechos se mecían como bolas pendientes de un cordón. El *aja* nunca se enfadaba ni se impacientaba. Hablaba poco, pero los breves sonidos que escapaban de su garganta sonaban como canciones.

Si Regina aprendió de Owuor su lengua tan bien y tan aprisa que muy pronto la gente comenzó a entenderla mejor que a sus padres, el *aja* trajo el silencio a su nueva vida. Todos los días, después de almorzar, las dos se sentaban en la redonda mancha de sombra del árbol espinoso que se hallaba entre la casa y la cocina. Allí, mejor que en cualquier otro lugar de la granja, era donde la nariz podía atrapar el aroma de la leche caliente y los huevos fritos. Cuando la nariz estaba saciada y la garganta húmeda, Regina se frotaba suavemente el rostro contra la tela del manto del *aja*. Entonces oía latir dos corazones antes de quedarse dormida. No se despertaba hasta que las sombras se hacían alargadas y *Rummler* le lamía la cara.

Después venían las horas en que el *aja* trenzaba cestitas con largas hierbas. Sus dedos arrancaban del sueño a pequeños animales de alas diminutas y sólo Regina sabía que eran caballos alados que volaban hasta el cielo portando sus deseos. Mientras trabajaba, el *aja* hacía ruiditos con la lengua, como chasquidos, pero nunca movía los labios.

La noche también tenía sus propios sonidos. Tan pronto oscurecía, comenzaban a aullar las hienas y de las chozas llegaban retazos de cánticos. Ya en la cama, los oídos de Regina seguían engullendo sonidos. Como las paredes de la casa eran tan bajas que ni siquiera llegaban hasta el techo, ella podía oír cada una de las palabras que decían sus padres en el dormitorio.

Aun cuando hablaban entre susurros, los sonidos eran tan nítidos como las voces durante el día. En las noches buenas, sonaban soñolientos como el zumbido de las abejas y los ronquidos de *Rummler* cuando, con unos pocos lengüetazos, había

vaciado la escudilla. Pero había noches largas y enojadas, con palabras que se disparaban con los primeros aullidos de las hienas, que daban miedo y sólo se ahogaban y se sumían en el silencio cuando el sol despertaba a los gallos.

Tras las noches del gran ruido, Walter iba por la mañana a los establos más temprano que los pastores que ordeñaban las vacas y Jettel aparecía en la cocina con los ojos rojos y desleía su ira en la cazuela de leche sobre el humeante hornillo. Después del suplicio nocturno, ninguno de ellos era capaz de hallar el camino hacia el otro hasta que la refrescante brisa vespertina de Rongai apagaba el rescoldo del día y se apiadaba de sus desconcertadas cabezas.

En esos momentos de reconciliación, rebosantes de vergüenza y turbación, a Walter y a Jettel sólo les quedaba el extraño milagro que la granja había obrado en Regina. Compartían agradecidos el asombro y el alivio. Aquella niña apocada a la que antes bastaba que le sonrieran los extraños para que cruzara los brazos a la espalda y bajara la cabeza, había resultado un camaleón. Regina mejoraba en Rongai a medida que pasaban los días. Rara vez lloraba y se echaba a reír en cuanto se le acercaba Owuor. Entonces su voz se despojaba de todo soplo de candidez y mostraba una firmeza que era la envidia de Walter.

—Los niños se adaptan rápidamente —afirmó Jettel el día en que Regina le contó que había aprendido *jalu* para poder hablar con Owuor y el *aja* en su idioma—, ya lo decía mi madre.

—En ese caso aún hay esperanza para ti.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía ser gracioso.

Walter se arrepintió de su pequeño arrebato. Echaba de menos su anterior talento para gastar bromas inofensivas. Desde que su ironía se había vuelto mordaz y la infelicidad de Jettel la hacía impredecible, los nervios de ambos ya no aguantaban las pequeñas pullas, tan naturales en tiempos mejores.

La alegría del reencuentro no duró mucho en las vidas de Walter y Jettel, y pronto regresó el desaliento que los atormentaba. Sin que se atrevieran a reconocerlo, ambos sufrían más la obligada compañía que les imponía la soledad en la granja que la soledad en sí.

No estaban acostumbrados a estar siempre juntos, y sin embargo se veían forzados a pasar cada hora del día sin otra compañía y al margen de las emociones y distracciones del mundo exterior. Las habladerías provincianas que les hicieran sonreír y a menudo incluso consideraran molestas en los primeros años de matrimonio les parecían ahora divertidas y emocionantes. Ya no había breves separaciones y, por tanto, tampoco la alegría del reencuentro, lo cual quitaba hierro a las discusiones y hacía que en el recuerdo se les antojaran inocentes escaramuzas.

Walter y Jettel empezaron a pelearse el día en que se conocieron. El temperamento irascible de Walter no admitía réplica y ella tenía el aplomo de una mujer que de niña fue de una belleza extraordinaria y recibió todos los mimos de una

madre que enviudó pronto. Durante el largo tiempo que estuvieron comprometidos, las discrepancias sobre trivialidades y su incapacidad para ceder les hicieron la vida imposible sin que dieran con una solución. Sólo de casados aprendieron a aceptar el equilibrio íntimo entre pequeñas disputas y estimulantes reconciliaciones como parte de su amor.

Cuando nació Regina y, seis meses más tarde, Hitler llegó al poder, Walter y Jettel hallaron en el otro más apoyo que antes sin ser conscientes de que ya eran unos marginados en el supuesto paraíso. Sólo en el monótono ritmo de vida de Rongai cayeron en la cuenta de lo que realmente había ocurrido. Se habían pasado cinco años dedicando toda la fuerza de su juventud a la ilusión de forjarse una patria que hacía tiempo los había rechazado. Ahora ambos se avergonzaban de su falta de perspicacia y de la certeza de no haber querido ver lo que muchos ya veían.

El tiempo había dado al traste con sus sueños. En el oeste de Alemania, ya el 1 de abril de 1933, con el boicot de los comercios judíos, el rumbo de los acontecimientos dio un giro hacia la desesperanza. Destituyeron a los jueces judíos; expulsaron a los profesores de las universidades; los abogados y los médicos perdieron sus puestos; los comerciantes, sus negocios; y todos los judíos, la esperanza inicial de que el terror durara poco. No obstante, gracias al Convenio de Ginebra para la Protección de las Minorías, los judíos de la Alta Silesia quedaron por de pronto dispensados de un destino que no podían concebir.

Walter no entendía que no podía escapar al destino de los proscritos cuando empezó a consolidar su bufete en Leobschütz e incluso se hizo notario. En sus recuerdos, las gentes de Leobschütz —claro que con algunas excepciones cuyos nombres podía enumerar, cosa que hacía una y otra vez en Rongai— eran amables y tolerantes. Pese a las persecuciones de los judíos, también incipientes en la Alta Silesia, algunas personas, cuyo número era cada vez mayor en su memoria, insistían en acudir a un abogado judío. Con un orgullo que con el tiempo se le antojaba tan indigno como presuntuoso, él se había contado entre las excepciones de los condenados por el destino.

El día en que expiró el Convenio de Ginebra para la Protección de las Minorías, Walter supo de su destitución como abogado. Ésa fue su primera confrontación con la Alemania que no había querido admitir. El golpe fue demoledor. Para él, el hecho de que tanto su instinto como su sentido de la responsabilidad para con su familia le hubieran fallado se convirtió en un fracaso irreparable.

Con sus ganas de vivir, Jettel había tenido aún menos presente aquella amenaza. Le bastaba con ser el admirado centro de un pequeño círculo de amigos y conocidos. Más por casualidad que por premeditación, de niña sólo había tenido amigas judías, al terminar sus estudios había entrado de ayudante de un abogado judío y a través de la asociación de estudiantes de Walter, la KC, sólo había tenido contacto con judíos. A ella no le importó que después de 1933 sólo pudiera relacionarse con los judíos de Leobschütz. La mayor parte de ellos tenía la edad de su madre y encontraba

estimulantes la juventud, el encanto y la amabilidad de Jettel. Además, Jettel estaba embarazada y resultaba enternecedora en su ingenuidad. Las gentes de Leobschütz pronto empezaron a mimarla como antes hiciera su madre y, al contrario de lo que se temía en un principio, disfrutaba de la vida de provincias. Y cada vez que se aburría, se iba a Breslau.

Los domingos solían ir a Troppau. La frontera checa estaba a un paso. Allí, además del succulento escalope que se comía y la gran selección de tartas, Jettel tenía al menos la ilusión de que la emigración, de la que había que hablar de vez en cuando ya que a muchos conocidos no les quedaba más remedio, no sería muy distinta de las festivas excursiones al hospitalario país vecino.

A Jettel jamás se le habría ocurrido que no pudieran satisfacerse necesidades tales como la compra diaria, los convites de amigos, los viajes a Breslau, el cine y un compasivo médico de cabecera junto a la cama tan pronto como la paciente tenía unas décimas de fiebre. Sólo el traslado a Breslau como paso previo a la emigración, la búsqueda desesperada de un país que estuviera dispuesto a acoger a judíos, la separación de Walter y, en último término, el miedo de no volver a verlo y tener que quedarse sola en Alemania con Regina hicieron despertar a Jettel. Comprendió lo que había ocurrido durante los años en que había disfrutado del presente, un presente que hacía ya tiempo había dejado de ser la promesa de un futuro. De modo que Jettel, que se tenía por una persona con experiencia en la vida y creía poseer un instinto certero para las personas, más tarde también se avergonzaría de su exceso de confianza y su buena fe.

En Rongai, sus reproches y su infelicidad fueron creciendo como la hierba silvestre. En los tres meses que llevaba en la granja, Jettel no había visto más que la casa, el establo y el bosque. Además sentía una profunda aversión tanto por la aridez, esa sequedad que a su llegada le dejó el cuerpo debilitado y la cabeza sin voluntad, como por las copiosas lluvias, que no tardaron en llegar. La lluvia reducía la vida a la lucha desesperada contra el lodo y a los infructuosos esfuerzos por mantener seca la leña para el fuego de la cocina.

Y siempre estaba presente el temor a la malaria y a que Regina pudiera enfermar y morir. Sobre todo, Jettel vivía con el constante pánico de que Walter perdiera su empleo y los tres se vieran obligados a dejar Rongai y quedarse a la intemperie. Jettel se dio cuenta de que el señor Morrison, que en sus visitas incluso se mostraba antipático con Regina, hacía responsable a su esposo del devenir de la granja.

Para el maíz, el tiempo había sido primero demasiado seco y luego demasiado húmedo. Y el trigo aún no había empezado a verdear. Las gallinas tenían una enfermedad en los ojos: morían al menos cinco cada día. Las vacas no daban bastante leche. Ni uno solo de los cuatro últimos terneros que habían nacido había llegado a las dos semanas. El pozo que Walter había hecho cavar por deseo del señor Morrison no daba agua. Sólo los agujeros del techo eran cada vez mayores.

El día en que el primer incendio del matorral después de las grandes lluvias tornó

al Menengai en una pantalla rojiza fue especialmente tórrido. Pese a ello, Owuor colocó ante la casa unas sillas para Walter y Jettel.

—Hay que contemplar el fuego, que llevaba mucho tiempo dormido —afirmó.

—Entonces, ¿por qué no te quedas tú a verlo? —Mis piernas deben marcharse.

El viento soplaba con demasiada vehemencia para las horas previas al ocaso, el espeso humo que sobrevolaba la granja en abultadas nubes había teñido el cielo de gris. Los buitres habían abandonado los árboles. En el bosque chillaban los monos y también las hienas habían comenzado a aullar antes de tiempo. El aire era acre, dificultaba el habla. Sin embargo, Jettel gritó de pronto:

—¡No puedo más!

—No tengas miedo. La primera vez también yo pensé que ardería la casa y quise llamar a los bomberos.

—No estoy hablando del fuego. No aguanto más este lugar.

—Debes hacerlo, Jettel. No tenemos otra elección.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros aquí? Tú no ganas ni un céntimo y pronto nos quedaremos sin dinero. ¿Cómo vamos a mandar a Regina a la escuela? Ésta no es vida para una niña, todo el día con el *aja*, sentadas bajo el árbol.

—¿Acaso crees que no lo sé? Con lo grandes que son las distancias aquí, los niños van al internado. El más cercano está en Nakuru y cuesta cinco libras al mes. Süskind ha estado informándose. A menos que se produzca un milagro, no podremos permitirnoslo en unos cuantos años.

—Siempre estamos esperando un milagro.

—Jettel, hasta ahora Dios no se ha portado tan mal con nosotros. De lo contrario no estarías aquí para quejarte. Estamos vivos, eso es lo principal.

—Estoy harta de oír eso —dijo ella con voz ahogada—. Estamos vivos. ¿Para qué? ¿Para preocuparnos de terneros muertos y gallinas inertes? También yo tengo la sensación de estar muerta. A veces incluso he llegado a desearlo.

—Jettel, no vuelvas a decir eso nunca más. Por el amor de Dios, eso es pecado.

Walter se puso en pie y la obligó a levantarse de su silla. Su desesperación le hizo quedarse inmóvil y permitió que la ira consumiera su ecuanimidad, su bondad y su entendimiento. Pero entonces vio que Jettel estaba llorando en silencio. Su semblante pálido y su desvalimiento lo conmovieron. Finalmente, halló suficiente compasión para tragarse sus reproches y su furia. Con una ternura que lo dejó tan perplejo como antes lo hiciera su vehemencia, Walter estrechó a su mujer entre sus brazos. Por un breve instante se dejó llevar por el familiar estímulo de sentir el cuerpo de ella contra el suyo, pero su cabeza no tardó en negarle tan nimio consuelo.

—Nos hemos salvado. Tenemos la obligación de continuar.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Jettel —dijo Walter en voz queda, a sabiendas de que no podría seguir reprimiendo por mucho tiempo las lágrimas que lo atenazaban desde el amanecer—, ayer en Alemania ardieron las sinagogas. Hicieron saltar en mil pedazos los cristales

de los comercios judíos, a algunos los sacaron de sus casas y los apalearon hasta dejarlos medio muertos. Llevo todo el día queriendo decírtelo, pero no he podido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes decir algo así? ¿Cómo es posible que te hayas enterado de eso en esta maldita granja?

—Esta mañana, a las cinco, sintonicé una emisora suiza.

—Pero no pueden incendiar las sinagogas sin más ni más. Nadie puede hacer algo así.

—Sí que pueden. Esos monstruos pueden. Para ellos hemos dejado de ser personas. Las sinagogas son sólo el principio. Ya no hay quien pare a los nazis. ¿Comprendes ahora que no tiene ninguna importancia que Regina aprenda a leer, ni cuándo?

Walter tenía miedo de mirar a su mujer, pero cuando por fin se atrevió a hacerlo, se percató de que ella no había entendido lo que él pretendía decirle. Para su madre y Käte, para su padre y Liesel ya no había esperanza de huir de aquel infierno. Desde que esa mañana apagara la radio, Walter estuvo dispuesto a cumplir con su obligación, a decir la verdad, pero el momento del desafío logró paralizar su lengua. Era la estupefacción la que lo anulaba, no el dolor.

La vida no volvió a sus miembros hasta que no se obligó a apartar los ojos del tembloroso cuerpo de Jettel. Sus oídos volvían a captar sonidos. Oyó los ladridos del perro, los graznidos de los cuervos, las voces procedentes de las chozas y el sordo clamor de los tambores del bosque.

Owuor llegó corriendo a la casa por entre la hierba agostada. Su camisa blanca resplandecía a la postrera luz del día. Tanto se asemejaba a los ufanos pájaros que Walter se sorprendió sonriendo.

—*Bwana* —dijo Owuor jadeante—, *sigi na kuja*.

Le gustó ver el desconcierto en los ojos del *bwana*, A Owuor le encantaba esa expresión, pues hacía que su *bwana* pareciera tonto como un burro aún no destetado; y él, listo como la serpiente que lleva mucho tiempo hambrienta y sabe encontrar pronto a su presa. La hermosa sensación de saber más que el *bwana* era dulce como el tabaco que aún no has acabado de mascar.

Owuor se tomó su tiempo antes de abandonar su triunfo, mas luego ansió la agitación que debían suscitar sus palabras. A punto estaba de repetir las cuando comprendió que el *bwana* no le había entendido.

De modo que se limitó a decir *sigi* al tiempo que se sacaba, ceremonioso, una langosta del bolsillo del pantalón. No había sido fácil mantenerla con vida mientras corría, pero aún movía las alas.

—Esto es una *sigi* —aclaró Owuor con el tono de una madre que habla a un hijo tonto—. Es la primera. La he cogido para ti. Cuando lleguen las demás, lo devorarán todo.

—¿Qué podemos hacer?

—Hacer mucho ruido es bueno, pero una boca es demasiado pequeña. Si sólo

gritas tú no servirá de nada, *bwana*.

—Owuor, ayúdame, no sé qué hacer.

—Se puede ahuyentar a la *sigi* —explicó Owuor, hablando exactamente igual que el *aja* cuando arrancaba a Regina del sueño y la devolvía al calor—. Necesitamos cacerolas y cucharas y tenemos que golpearlas. Como tambores. Aún mejor si rompemos cristales. Todos los animales tienen miedo cuando el cristal muere. ¿No lo sabías, *bwana*?

III

Cuando a la mañana siguiente al episodio de las langostas salió el sol, todos los de las *schambas* y las chozas sabían —de ahí los tambores de los bosques de las lejanas granjas vecinas— que Owuor era algo más que un simple chico que removía las cazuelas y convertía en furiosos agujeros las mansas burbujitas. En la lucha contra la *sigi* había sido más veloz que las flechas de los *masai*. Owuor había convertido en guerreros a los hombres y las mujeres, y también a todos los niños que podían andar sin tener que agarrarse al pañuelo que ceñía las caderas de sus madres.

Sus gritos y el potente ruido de cacerolas, el estruendo de pesadas barras de hierro golpeándose entre sí y, sobre todo, la estridente tormenta de fragmentos de vidrio que saltaban en pedazos contra las grandes piedras habían ahuyentado a las langostas antes de que descendieran sobre las *schambas* repletas de trigo y maíz. Habían seguido volando como aves despistadas demasiado endebles para conocer su destino.

El día en que el *bwana* se puso a berrear como un niño consumido por su propia rabia y Owuor pasó a ser el ángel vengador, éste hasta les puso en la mano a sus luchadores las *krais* redondas en que preparaban el *poscho* por la noche. Tras la gran victoria, Owuor no había malgastado la noche durmiendo, ni tampoco había tenido oídos para las ruidosas bromas de sus amigos; tanto le embriagó la certeza de que podía hacer magia, tan dulce era el sabor en su boca cuando su lengua dejaba escapar la palabra *sigi*.

Al día siguiente a aquella noche tan deliciosamente larga, el *bwana* regresó del ordeño antes de que la última gota de leche estuviera en el cubo. Llamó a Owuor para que acudiera a la casa justo cuando éste se disponía a cantar la canción de los huevos. La *memsahib* estaba sentada en la silla del asiento rojo que parecía un pedazo del sol poniente y sonreía. Regina se hallaba agachada en el suelo, con la cabeza de *Rummler* entre las rodillas. Despertó al perro tan pronto como Owuor entró en la habitación.

El *bwana* tenía en la mano una gran pelota negra. La desplegó, la convirtió en un abrigo y tiró de la mano de Owuor para que tocara la tela. El abrigo era como la tierra tras las grandes lluvias. A ambos lados y en el cuello brillaba un tejido aún más delicado que el de la espalda; igual de suave era la voz del *bwana* cuando le puso a Owuor el abrigo sobre los hombros y le dijo:

—Es para ti.

—¿Me regalas tu abrigo, *bwana*?

—No es un abrigo, es una toga. Un hombre como tú ha de llevar una toga.

Owuor probó a decir la extraña palabra al punto. Como no provenía de la lengua de los *jalu* y tampoco era suajili, le ocasionó grandes dificultades en la boca y la garganta. La *memsahib* y la niña se echaron a reír. Incluso *Rummler* abrió la boca, pero el *bwana*, que había enviado a sus ojos de safari, permanecía allí, en pie, como un árbol que no ha crecido lo bastante para que su copa se impregne del frescor del

viento.

—Toga —dijo el *bwana*—. Debes decirla a menudo. Así pronto la pronunciarás tan bien como yo.

Durante siete noches, cuando después del trabajo iba a ver a los hombres de las chozas, Owuor se ponía el abrigo negro detrás de una mata, un abrigo que se inflaba de tal forma con el viento que los niños, los perros e incluso los ancianos que ya no veían bien chillaban como pájaros asustados. Apenas la tela —que con el sol arrojaba una luz negruzca e incluso a la luz de la luna era más oscura que la noche— tocaba cuello y hombros, Owuor se esforzaba por pronunciar la extraña palabra.

Para Owuor, abrigo y palabra eran un encantamiento del que sabía que algo tenía que ver con su lucha contra la langosta. Cuando el sol salió por octava vez, la palabra se deshizo por fin en su boca como un pequeño bocado de *poscho*. Era el momento de ceder al impulso de averiguar más cosas sobre el abrigo.

Hasta que llegó la hora de avivar el fuego de la cocina, Owuor se empapó de la certeza de que hacía ya tiempo que su *bwana*, la *memsahib* y la *toto* lo entendían igual de bien que quienes no temen a las langostas ni a las hormigas gigantes. Durante un tiempo dejó que creciera aún más la pregunta que tanto llevaba bullendo en su cabeza, pero la curiosidad le devoraba la paciencia, de modo que fue en busca del *bwana*.

Walter se hallaba junto al depósito de hojalata, golpeando las estrías para escuchar hasta cuándo tendrían agua potable, cuando Owuor le preguntó:

—¿Cuándo llevabas la toga?

—Owuor, ésa era mi toga cuando aún no era un *bwana*. Llevaba la toga para trabajar.

—Toga —repitió Owuor, alegre porque por fin el *bwana* había comprendido que las buenas palabras han de decirse dos veces—. ¿Puede un hombre trabajar con la toga?

—Sí, Owuor, sí. Pero en Rongai ya no puedo trabajar con la toga.

—¿Trabajabas con las manos cuando aún no eras un *bwana*?

—No, con la boca. Un hombre ha de ser inteligente para llevar la toga. En Rongai tú eres inteligente. Yo no.

A Owuor no le quedó claro por qué el *bwana* era tan distinto de los hombres blancos para los que antes había trabajado, hasta que estuvo en la cocina. Su nuevo *bwana* decía palabras que con la magia de la repetición secaban la boca, pero que se grababan en el oído y la cabeza.

La noticia de la derrota de las langostas tardó exactamente ocho días en llegar a Sabbatia y animar a Süskind a partir hacia Rongai, aunque entre las vacas de su granja se habían declarado los primeros casos de fiebre de la costa oriental.

—Hombre —gritó desde el coche—, te has convertido en un auténtico granjero. ¿Cómo lo has conseguido? Yo no lo he logrado en toda mi vida. Tras la última estación de las lluvias esas malas bestias acabaron con la mitad de la granja.

La noche se convirtió en un derroche de armonía y serenidad. Jettel se despidió de sus últimas patatas, que reservaba para una ocasión especial, enseñó a Owuor a preparar albóndigas de Silesia^[7] y le habló de las peras secas que su madre siempre le mandaba a comprar al pequeño establecimiento de la calle Goethestra3e. Melancólica, aunque al mismo tiempo alegre, se puso la falda blanca y la blusa de listas azules y rojas que no había vuelto a sacar desde Breslau, y pronto tuvo la oportunidad de quedarse extasiada ante la admiración que despertó en Süskind.

—Sin ti —dijo éste— ya no sabría lo bonita que puede llegar a ser una mujer. Seguro que todos los hombres de Breslau andaban detrás de ti.

—Así era —confirmó Walter, y Jettel disfrutó al comprobar que sus celos no habían perdido un ápice de su antigua fuerza.

Regina no tuvo que irse a la cama. Pudo dormir frente al fuego y, tan pronto la despertaban las voces, se imaginaba que la chimenea era el Menengai; y las negras cenizas tras la quema del matorral, chocolate. Aprendió algunas palabras nuevas para el cajón secreto de su cabeza. Las que más le gustaron fueron «impuesto a la fuga del Reich^[8]», aunque también fueron las que más le costó memorizar.

Walter le habló a Süskind de su primer proceso en Leobschütz y de cómo, acto seguido, había remojado su inesperado éxito con Greschek en la fiesta de la matanza de Hennerwitz. Süskind trató de acordarse de Pomerania, pero empezaba a confundir los años, los lugares y los nombres que su memoria le proporcionaba.

—Esperad y veréis —advirtió—. Pronto os pasará lo mismo. El gran olvido es lo mejor de África.

Al día siguiente llegó a la granja el señor Morrison. No cabía duda de que la noticia de la salvación de la cosecha también había llegado a Nairobi, pues le tendió la mano a Walter, algo que nunca había hecho. Más extraordinario aún fue que, al contrario que en sus anteriores visitas, también supo ver el gesto de Jettel, que había preparado té para él. Lo bebió de la taza de porcelana de Rosenthal con las florecitas de colores, sacudiendo la cabeza cada vez que tomaba un terrón de azúcar del azucarero de porcelana con las pinzas de plata.

Cuando el señor Morrison regresó a la casa después de ir a ver las vacas y las gallinas, se quitó el sombrero. Su rostro parecía más joven: tenía el cabello muy rubio y las cejas pobladas. Pidió una tercera taza de té. Estuvo jugueteando un rato con las pinzas del azúcar y de nuevo sacudió la cabeza. De pronto se puso en pie, se dirigió al armario donde estaban el diccionario de latín y la *Enciclopedia Británica*, sacó un servilletero de marfil del cajón y se lo dio a Regina.

El aro le pareció tan hermoso que el corazón se le aceleró. Sin embargo, llevaba tanto tiempo sin tener que dar las gracias por un regalo que no se le ocurrió nada que decir salvo *senté sana*, aunque sabía que una niña no podía hablar suajili con un hombre tan poderoso como el señor Morrison.

Nada más equivocado, aunque quizá no tanto, ya que el señor Morrison mostró dos dientes de oro al reír. Regina salió corriendo de la casa presa de la excitación. No

era la primera vez que veía al señor Morrison, pero no se había reído nunca y tampoco le había prestado demasiada atención a ella. Si había cambiado tanto, quizá fuera él su corzo, que se había transformado en una persona por arte de magia.

Suara dormía bajo el árbol de las espinas. El descubrimiento de que el aro blanco no poseía ningún poder especial lo despojó de parte de su belleza. De modo que Regina susurró «la próxima vez» al oído de *Suara*, esperó a que el corzo moviera la cabeza y luego volvió lentamente a la casa.

Morrison se había puesto el sombrero y tenía el mismo aspecto de siempre. Hizo de la mano derecha un puño y se quedó mirando por la ventana. Por un instante se pareció un poco a Owuor el día que llegaron las langostas, sólo que él no se sacó del pantalón ningún diablillo batiendo alas, sino seis billetes que fue dejando uno a uno en la mesa.

—*Every month* —dijo Morrison, y se dirigió al coche. Primero aulló el motor, luego *Rummler*, y al poco se levantó una nube de polvo en la que desapareció el automóvil.

—Dios mío, ¿qué ha dicho? Jettel, ¿lo has entendido?

—Sí. Quiero decir, casi. *Month* significa mes. De eso estoy segura. Aprendimos esa palabra en el curso. A decir verdad, yo fui la única que logró pronunciarla correctamente, pero ¿crees que el asqueroso del profesor me elogió por ello o asintió siquiera con la cabeza?

—Eso ahora no tiene importancia. ¿Qué significa la otra palabra?

—No te pongas a vociferar. Ésa también la aprendimos, pero no me acuerdo.

—Tienes que acordarte. Aquí hay seis libras. Seguro que significa algo.

—*Month* significa mes —repitió Jettel.

Ambos estaban tan agitados que durante un rato sólo fueron capaces de pasarse los billetes, contarlos sobre la mesa y encogerse de hombros.

—Pero si tenemos un diccionario —recordó por fin Jettel. Rebuscó nerviosa en una caja y sacó un libro de tapas amarillas y rojas—. Aquí está, *Mil palabras en inglés*. —Rió. —También tenemos *Mil palabras en español*.

—Ya no nos sirven. El español era para Montevideo. ¿Puedo decirte algo, Jettel? Esta empresa está condenada al fracaso. No tenemos ni idea de cuál es la palabra que debemos buscar.

Presa de una expectación que le abrasaba la piel, Regina se sentó en el suelo. Comprendió que sus padres, que sacaban de la garganta la misma palabra una y otra vez y olfateaban igual que *Rummler* cuando estaba hambriento, habían inventado un juego nuevo. Para poder disfrutar de la alegría por más tiempo, era mejor no participar de ella. Regina también reprimió las ganas de ir a buscar a Owuor y al *aja*, y estuvo tanto tiempo jugueteando con la oreja de *Rummler* que éste empezó a proferir suaves ruiditos de satisfacción. Entonces oyó a su padre decir:

—Tal vez tú sepas lo que ha dicho Morrison.

Regina quería saborear un poco más el placer que le suponía poder participar por

fin en la nueva ronda de palabras extrañas, sacudidas de cabeza y movimientos de hombros. Sus padres seguían olfateando como *Rummler* cuando tenía que esperar mucho por su comida. Así que abrió la boca, se pasó el servilletero por la mano y fue deslizándolo poco a poco hasta el codo. Qué bien que había aprendido de Owuor a atrapar sonidos que no entendía. Sólo había que encerrarlos en la cabeza y dejarlos salir de vez en cuando sin abrir la boca.

—*Every month* —recordó, pero, dejándose acariciar largo rato por el asombro de sus padres, permitió que se escapara el momento adecuado para repetir el encantamiento. Pese a todo, sus oídos fueron recompensados con el elogio de su padre:

—Eres una niña muy lista. —Y de pronto se pareció al gallo blanco de la cresta color rojo sangre. Pero no tardó en transformarse de nuevo en el padre con los ojos rojos de impaciencia; tomó el libro de la mesa, volvió a dejarlo en el mismo sitio al instante, se frotó las manos y suspiró—: Soy un burro. Un pobre burro.

—¿Por qué?

—También hay que saber deletrear las palabras que se quieren buscar en el diccionario, Regina.

—Tu padre no tiene agallas; él piensa y yo actúo —intervino Jettel—. *Aver* —leyó en voz alta— significa afirmar. *Aviary* es una pajarera. Ésta es aún más estúpida. Luego viene *avid*. Significa ávido.

—Jettel, eso es absurdo. Así nunca lo conseguiremos.

—¿Para qué sirve un diccionario si no puedes encontrar nada en él?

—Bueno. Dámelo. Ahora buscaré yo por la *E. Evergreen* —leyó Walter— significa de hoja perenne.

Regina se dio cuenta por vez primera de que su padre pronunciaba mejor que Owuor. Retiró las manos de la cabeza de *Rummler* y se puso a batir palmas.

—Cállate, Regina. Maldita sea, esto no es ningún juego de niños. Va a ser *evergreen*. Claro, Morrison hablaba de sus maizales siempre verdes. Es curioso, jamás le habría creído capaz de decir tal cosa.

—No —dijo Jettel, y su voz se volvió muy queda—. Ya lo tengo. Lo tengo, en serio. *Every* significa cada. Eh, Walter, *every month* debe significar cada mes. No puede ser otra cosa. ¿Querrá eso decir que nos dará seis libras cada mes?

—No lo sé. Habremos de esperar a ver si se repite el milagro.

—Siempre hablas de milagros. —Regina aguardó para ver si su padre se daba cuenta de que había imitado la voz de su madre, pero ni sus ojos ni sus oídos, que permanecían al acecho, lograron captar nada.

—Esta vez tiene razón —musitó Jettel—. Sencillamente ha de tenerla. —Se puso en pie, atrajo a Regina hacia sí y le dio un beso que sabía a sal.

El milagro se hizo realidad. Al comienzo de cada mes, Morrison se presentaba en la granja, tomaba primero dos tazas de té, visitaba a sus gallinas y sus vacas, se acercaba a los maizales, regresaba para tomar la tercera taza de té y dejaba sobre la

mesa, en silencio, seis billetes de una libra.

Jettel podía henchirse de orgullo igual que Owuor cuando se hablaba del día en que la fortuna cambió la vida en Rongai.

—¿Ves? —decía ella entonces, y Regina pronunciaba al unísono las familiares palabras sin mover los labios—. ¿De qué te sirve toda tu preciada formación si ni siquiera has aprendido inglés?

—De nada, Jettel, de nada, tan poco como mi toga.

Cuando Walter decía eso, sus ojos no parecían tan cansados como en los meses anteriores. En los días buenos parecían los mismos que antes de la malaria, y luego también se echaba a reír cuando Jettel saboreaba su victoria, la llamaba «mi pequeño Owuor» y disfrutaba por las noches de la ternura que ambos creían perdida para siempre.

—Esta noche me han hecho un hermanito —le contó Regina al *aja* bajo el árbol de las espinas.

—Eso está bien —repuso el *aja*—. *Suara* ya no se convertirá en un niño.

Por la noche Walter propuso:

—Vamos a mandar a Regina a la escuela. La próxima vez que Süskind vaya a Nakuru, se enterará de lo que hay que hacer.

—No —rehusó Jettel—. Aún no.

—Pero has insistido tanto... Y yo también lo quiero.

Jettel se percató de que empezaba a arderle la piel, pero no se avergonzó de su turbación.

—No he olvidado lo que ocurrió el día antes de que llegaran las langostas —dijo—. Entonces pensaste que no había entendido lo que me contaste, pero no soy tan tonta como piensas. Regina aún podrá aprender a leer con siete años. Ahora necesitamos el dinero para mamá y Käte.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Aquí tenemos suficiente para hartarnos. ¿Por qué no podemos dejar las cosas como están durante un tiempo? Lo tengo todo calculado. Si no tocamos el dinero, dentro de diecisiete meses habremos reunido las cien libras para sacar de allí a mamá y Käte. Y aún nos sobrarán dos libras. Ya verás como lo logramos.

—Si no pasa nada.

—¿Qué iba a pasar? Pero si aquí nunca pasa nada.

—Pero sí en el resto del mundo, Jettel. En casa las cosas están muy mal.

A Walter el empeño y la disposición para la renuncia de Jettel, el júbilo con que cada mes metía las seis libras en un cofrecillo y las contaba una y otra vez, la confianza en que lograría reunir a tiempo la suma de la salvación le resultaban más difíciles de soportar que las noticias que escuchaba cada hora del día y, a menudo, incluso de la noche.

Los intervalos entre las cartas procedentes de Breslau y Sohrau eran cada vez mayores, las propias cartas, pese a todos sus esfuerzos por silenciar el miedo,

resultaban tan alarmantes que Walter a menudo se preguntaba si de verdad su mujer no se daba cuenta de que la esperanza era una ofensa. A veces la creía realmente ingenua, se sentía conmovido y la envidiaba. Sin embargo, cuando el abatimiento lo atormentaba de tal modo que ni siquiera era capaz de sentir agradecimiento por su propia salvación, su desesperación se convertía en odio hacia Jettel y sus ilusiones.

Su padre le había escrito acerca de sus vanas tentativas de vender el hotel, le contaba que apenas salía y que en Sohrau ya sólo quedaban tres familias judías, pero que, teniendo en cuenta las circunstancias, le iba bien y no quería quejarse. Al día siguiente de que ardieran las sinagogas, escribió: «Tal vez Liesel pueda emigrar a Palestina. Ojalá pudiera convencerla de que se separe de este viejo tonto». Además, desde el 9 de noviembre de 1938, había suprimido de sus cartas la esperanzada despedida: «Hasta la vista».

En cada una de las líneas de las cartas de Breslau se palpaba el miedo a la censura. Käte hablaba de restricciones que «nos traen de cabeza» y siempre mencionaba a amigos comunes «que tuvieron que salir de viaje repentinamente y de los que no hemos vuelto a tener noticias». Ina relataba que ya no podía alquilar ninguna habitación y escribía: «Sólo salgo de casa a determinadas horas». El regalo de cumpleaños de Regina, que era en septiembre, lo habían mandado en febrero. Walter comprendió el mensaje en clave con horror. Su suegra y su cuñada ya no se atrevían a hacer planes a largo plazo y habían abandonado la esperanza de salir de Alemania.

Le hacía sufrir el deber de hacer que Jettel se enfrentara a la verdad, pero sabía que era pecado no hacerlo. Sin embargo, cuando la veía contar su dinero, igual que un niño que tiene perfectamente calculada la realización de sus deseos, dejaba pasar la ocasión de hablar con ella. A ojos de Walter, su silencio era una capitulación, su debilidad le repugnaba. Se iba a la cama después que Jettel y se levantaba antes que ella.

El tiempo parecía haberse detenido. A mediados de agosto, el chico de Süskind trajo una carta en la que decía: «Definitivamente tenemos en Sabbatia la maldita fiebre de la costa oriental. Por de pronto se acabaron los *sabat*. He de rezar por mis vacas y ver si aún puedo salvar algo aquí. Si tus vacas empiezan a dar vueltas, es demasiado tarde. En tal caso la epidemia ya habrá llegado a Rongai».

—¿Y por qué no puede venir? —preguntó Jettel furiosa cuando Walter le mostró la carta—. Pero si él no está enfermo.

—Al menos ha de estar en la granja cuando sus vacas mueran. Süskind también teme por su empleo. Cada vez están llegando más refugiados al país que quieren colocarse en las granjas. Eso hace que cualquiera de nosotros sea aún más fácil de sustituir.

Las visitas de Süskind los viernes constituían el punto álgido de la semana, el recuerdo de una vida con conversaciones y distracciones, un mutuo dar y recibir, un soplo de normalidad. Ahora se habían terminado la expectación y la alegría. Cuanto

más monótona se tornaba la vida, más ansiaba Jettel los relatos de Süskind sobre Nairobi y Nakuru. Él siempre sabía quién acababa de llegar al país y dónde había ido a parar. Más aún extrañaba su buen humor, las bromas y los cumplidos, el optimismo que siempre le hacía mirar hacia delante y que la reafirmaba a ella en su fe en el futuro.

Walter sufría todavía más. Desde que estaba en la granja, y tanto más después de su malaria, veía en Süskind a su salvador en momentos de acuciante necesidad. Precisaba del altivo talante del amigo para no caer en sus estados depresivos y en aquella añoranza de Alemania que le hacía dudar de su propio juicio. Para él, Süskind era la prueba de que un hombre podía llegar a adaptarse a su destino de apátrida. Más aún, era su único contacto con la vida.

Incluso Owuor se lamentaba de que el *bwana* Sabbatia ya no fuera por la granja. Nadie movía la boca como él cuando llegaba el pudín. Nadie reía tan alto como el *bwana* Sabbatia cuando Owuor vestía su toga y cantaba *Perdí mi corazón en Heidelberg*.

—El *bwana* Sabbatia —se quejó Owuor cuando el día se hizo noche sin su visita— es como un tambor. Yo lo toco en Rongai y él me contesta desde el Menengai.

—Nuestra radio también echa de menos a Süskind —afirmó Walter la noche del 1 de septiembre—. La batería está estropeada y sin su coche no podemos cargarla.

—¿Ahora ya no escuchas las noticias?

—No, Regina. El mundo ha muerto para nosotros.

—¿La radio también está muerta?

—Muerta y bien muerta. Ahora sólo tus oídos pueden saber lo que hay de nuevo. Así que échate en el suelo y cuéntame algo bonito.

A Regina le daba vueltas la cabeza de alegría y orgullo. Tras las pequeñas lluvias, Owuor le había enseñado a tenderse boca abajo y quedarse inmóvil para arrancarle a la tierra sus sonidos. Desde entonces, había oído muchas veces el coche de Süskind antes de que estuviera a la vista, pero su padre nunca había dado crédito a sus oídos, se limitaba a decir, enfadado, que eran «tonterías» y ni siquiera se avergonzaba cuando en efecto Süskind aparecía después de que ella lo hubiera anunciado. Ahora que ya no podía escuchar más voces en la radio muerta, había comprendido por fin que sin los oídos de Regina estaba tan sordo como el viejo Cheroni, el que metía las vacas en el establo para ordeñarlas. Se sintió fuerte y lista. A pesar de todo, se tomó su tiempo para atrapar unos sonidos que tenían que ir de safari por el Menengai antes de que pudieran escucharse en Rongai. Regina no se tendió sobre el pedregoso sendero que llevaba a la casa hasta la noche siguiente a la muerte de la radio, pero la tierra no dejaba escapar ningún ruido salvo el lenguaje de los árboles al viento. Tampoco a la mañana siguiente halló más que silencio, pero a mediodía sus oídos despertaron.

Cuando le llegó el primer sonido, Regina no se atrevió ni a respirar para no importunarlo. Hasta el segundo no debería haber transcurrido más tiempo del que

tarda un pájaro en volar de un árbol a otro. Sin embargo, se hizo esperar tanto que Regina temió haber separado la oreja del suelo más de la cuenta y haber escuchado tan sólo los tambores de la selva. Estaba a punto de levantarse, antes de que la decepción le secara la garganta, cuando de la tierra surgió un latido tan poderoso que tuvo que apresurarse. Esta vez su padre no podía pensar que había visto el coche antes de oírlo.

Hizo bocina con las manos para que su voz sonase más fuerte y aulló: «Deprisa, papá, tenemos visita. Pero no es el coche de Süskind».

El camión que avanzaba jadeante hacia la granja por la empinada pendiente era más grande que todos los demás que habían pasado por Rongai. Los niños salieron corriendo de las chozas en dirección a la casa, muy juntos sus cuerpos desnudos. Les seguían las mujeres con los bebés a la espalda, las muchachas con calabazas llenas de agua y las cabras, azuzadas por los ladridos de los perros. Los chicos de las *schambas* soltaron sus azadas y abandonaron los campos; los pastores, sus vacas.

Alzaban los brazos, chillaban como si hubieran vuelto las langostas y cantaban las canciones que sólo al anochecer llegaban desde las chozas. La risa de los curiosos y los nerviosos se estrellaba una y otra vez contra el Menengai y regresaba en forma de claro eco. Éste enmudeció tan aprisa como había empezado y el camión se detuvo en medio del silencio.

Al principio sólo pudieron ver una fina nube de tierra roja que subió muy alto y bajó del cielo al instante. Cuando se hubo desvanecido, los ojos se abrieron como platos y los brazos y las piernas se quedaron inmóviles. Incluso los hombres más ancianos de Rongai, que ya ni siquiera contaban las lluvias que habían vivido, tuvieron que vencer a sus ojos antes de que estuvieran dispuestos a ver. El camión era tan verde como los bosques que nunca se secan, y detrás, en el remolque para ganado, no había bueyes ni vacas en su primer safari, sino hombres de piel blanca y grandes sombreros.

Al lado del *aja* y Owuor estaban Walter, Jettel y Regina, inertes junto al depósito de agua, delante de la casa, temerosos de levantar la cabeza, aunque todos vieron que el hombre que estaba junto al conductor abría de golpe la puerta del camión y bajaba lentamente.

Llevaba pantalones cortos caqui, tenía las piernas enrojecidas y unas relucientes botas negras que a su paso espantaban las moscas de la hierba. En una mano sostenía una hoja de papel más luminosa que el sol. Con la otra se tocaba la gorra, que descansaba sobre su cabeza como un plato llano de color verde oscuro. Cuando por fin el extraño abrió la boca, *Rummler* se puso a ladrar.

—*Mister Redlich* —ordenó la potente voz—, *come along! I have to arrest you. We are at war*^[9].

Hasta entonces nadie se había movido. Luego llegó un sonido familiar del camión; era Süskind gritando:

—¡Santo cielo, Walter, no me digas que no te has enterado! Ha estallado la

guerra. Van a internarnos a todos. Vamos, sube. Y no te preocupes por Jettel y Regina. Hoy mismo pasarán a buscar a las mujeres y los niños para llevarlos a Nairobi.

IV

Los hombres jóvenes que aún conservaban vivos sus recuerdos de los colegios ingleses y las alegres noches en Oxford recibieron la noticia del estallido de la guerra —por profundo que fuera su pesar por la amenazada patria— como un cambio no del todo indeseable. Lo mismo les ocurrió a los veteranos de ilusiones marchitas que, con cierto tedio por la monótona rutina de la vida colonial, cumplían con sus obligaciones en la policía de Nairobi y las fuerzas armadas del resto del país. De repente, su cometido ya no tenía que ver solamente con robos de ganado, ocasionales luchas tribales y crímenes pasionales en la alta sociedad inglesa, sino con la propia colonia de la Corona.

En los últimos cinco años, ésta venía acogiendo cada vez a más gente del continente, y justo esta gente planteaba ahora a las autoridades nuevos desafíos. En tiempos de paz, los refugiados sin recursos, con nombres de tan difícil pronunciación como escritura, suponían una contrariedad precisamente por su horrible acento y por su ambición, considerada poco deportiva en vista de la tendencia británica al comedimiento. Con todo, por lo general se les tenía por disciplinados y fáciles de manejar. Durante largo tiempo, uno de los principales objetivos de las autoridades había sido no sacudir los sólidos cimientos de la vida y la economía de Nairobi, es decir, dispensar a la ciudad de los emigrantes y alojarlos en granjas. Todo ello se había llevado a cabo siempre con rapidez y a entera satisfacción de los granjeros gracias a la Comunidad Judía, cuyos miembros más antiguos compartían la misma opinión.

La guerra trajo consigo otras prioridades. Ahora lo único importante era proteger a la nación de aquéllos que por nacimiento, lengua, educación, tradición y lealtad pudieran mantener unos lazos más estrechos con el enemigo que con el país de acogida. Las autoridades sabían que debían actuar de forma rápida y eficaz, y por lo pronto no estaban en absoluto descontentas con el modo en que habían hecho frente a tan inusitado cometido. En el plazo de tres días, todos los extranjeros enemigos de las ciudades y también de las remotas granjas habían pasado a manos del ejército en Nairobi y habían sido informados de que, en adelante, dejaban de tener el estatus de *refugees* y pasaban a ser considerados *enemy aliens*.

Contaban con vivencias análogas de la anterior Guerra Mundial, que ahora era la Primera, y también con suficientes oficiales veteranos que habían servido en el ejército y sabían lo que había que hacer. Se internó a todos los hombres mayores de dieciséis años; los enfermos y los que necesitaban cuidados fueron repartidos entre los distintos hospitales que tenían la vigilancia adecuada. Se desalojaron de inmediato los barracones del Segundo Regimiento de los King's African Rifles de Ngong, a veinte millas de Nairobi.

Los soldados cuyo cometido era ir a buscar a los hombres de las granjas habían

procedido de forma inesperadamente rápida y en extremo concienzuda. «Un tanto demasiado concienzuda», según palabras del coronel Whidett —el cual estaba a cargo de la operación *Enemy Aliens*— en su primera comparecencia tras el exitoso resultado.

En tan precipitada detención, los jóvenes soldados ni siquiera habían dado tiempo a los *bloody refugee* —como los llamaban en su reavivado patriotismo— a hacer la maleta, y con su mal dosificado celo acabaron causando a sus superiores dificultades fácilmente evitables. En primer lugar, se vieron obligados a vestir a los hombres, que habían llegado a Ngong únicamente con pantalón, camisa y sombrero o a veces incluso en pijama. De encontrarse en la madre patria, semejante problema habría sido atajado de inmediato recurriendo a las ropas de presidiario.

Pero en Kenia resultaba tan inmoral como falta de gusto ponerle a los blancos la misma ropa que a los prisioneros negros. En las cárceles del país no había ni un solo europeo y, por consiguiente, tampoco cosas tan naturales para las necesidades diarias como cepillos de dientes, mudas o esponjas. Para no cargar el presupuesto ya en los primeros días de la guerra ni suscitar preguntas desagradables por parte del Ministerio de la Guerra de Londres, se hizo un llamamiento a los sorprendidos ciudadanos para que efectuaran los correspondientes donativos, medida ésta que provocó una avalancha de cartas al director dolorosamente burlonas en el *East African Standard*.

Aún peor acogida recibió la particularidad de que los internados llevaran los mismos uniformes caqui que sus guardianes. En los propios círculos militares, la indeseada pero necesaria igualdad de la apariencia externa entre los defensores de la patria y sus eventuales atacantes despertó gran indignación. No era posible acallar los rumores de que los hombres del continente se mofaban de la gravedad de la situación. Existían informes de que se saludaban entre sí con sorna y que los que hablaban inglés preguntaban sin más ni más a los guardianes cuál era el camino del frente. El *Sunday Post* aconsejaba a sus lectores: «Si se encuentra a un hombre que vista el uniforme británico, por su propia seguridad hágale entonar primero el *God Save the King*.». El *Standard* se contentaba con un comentario que, pese a todo, llevaba por título «Escándalo».

Aun siguiendo la más estricta interpretación del riesgo para la seguridad, no habría sido preciso internar de inmediato a mujeres y niños. El ejército estimaba más que suficiente limitarse a confiscar radios y cámaras para evitar que pudieran ser utilizadas para una posible toma de contacto con el enemigo en los campos de batalla europeos. Por otra parte, no había que olvidar que también en 1914, en la Guerra de los Böers, habían concentrado a mujeres y niños en campos. Más aún pesaba el argumento de que era contrario a la tradición británica del honor y el sentido de la responsabilidad dejar en una granja a seres indefensos sin protección masculina. Nuevamente se procedió de forma rápida y nada burocrática. Al estallar la guerra, ninguna mujer debía quedarse más de tres horas sola en una granja.

A las internadas y, con mayor razón, a los niños no se les podía alojar en barracones militares, pero de nuevo el coronel Whidett dio con una solución satisfactoria. Sin reparar en el esparcimiento de los fines de semana de los granjeros que habitaban las tierras altas, el tradicional hotel Norfolk y el lujoso hotel New Stanley fueron requisados como alojamiento para las familias de los «extranjeros enemigos». Se impuso esta opción porque Nairobi era el único lugar que contaba con suficientes funcionarios competentes para hacerse cargo de una situación que no podía seguir así a la larga.

Las internadas se quedaron desconcertadas al llegar a Nairobi después del largo y penoso viaje desde las granjas. Recibieron una jubilosa bienvenida por parte del personal del hotel, al que hasta entonces siempre se había exhortado a saludar gustosamente a los huéspedes y al que no se había podido reeducar a tiempo para hacer frente a los cambios que trajo consigo la guerra. También se había ordenado que acudieran a los dos hoteles médicos, enfermeras, puericultoras y profesores. Debido a la urgencia de su movilización, esperaban encontrarse problemas que guardaran una relación causal con la guerra; mas pronto se dieron cuenta de que ese caso especial nada tenía que ver con estallidos de epidemias ni problemas psicológicos, sino con dificultades de comunicación. El mejor modo de resolver esas dificultades habría sido utilizando el suajili, idioma que, sin embargo, los pretenciosos funcionarios de la colonia no dominaban tan bien como aquellas gentes que no llevaban mucho tiempo en el país y que en modo alguno se correspondían con la imagen habitual de los agentes enemigos.

El transporte de Nakuru, Gilgil, Sabbatia y Rongai fue el último en llegar al hotel Norfolk. Ya en el trayecto y gracias al consuelo y la tranquilidad proporcionados por el destino común, Jettel había superado su miedo al incierto futuro y la conmoción de la repentina separación de Walter, y hasta consideró beneficiosa la inesperada liberación de la soledad y la monotonía de la granja. Estaba tan fascinada por la elegancia y el animado ambiente del hotel que por un momento, al igual que las demás mujeres, olvidó la causa de tan abrupto cambio en su vida.

Regina también estaba deslumbrada. En Rongai se había negado a subir al camión y tuvieron que arrastrarla a la fuerza. Durante el viaje no había parado de llorar y de llamar a Owuor, al *aja*, a *Suara*, a Rummler y a su padre, pero el brillo de las numerosas luces, las cortinas de terciopelo azul de los altos ventanales, los cuadros con marcos dorados y las rosas rojas en copas de plata, además de las muchas personas y aromas, capaces de despertar en ella un entusiasmo aún mayor que los cuadros, lograron ahuyentar de inmediato sus preocupaciones. Se quedó boquiabierta, aferrada al vestido de su madre mientras contemplaba a las enfermeras de almidonadas cofias blancas.

La cena acababa de empezar. Se trataba de uno de esos menús elaborados con esmero por los cuales el Norfolk era famoso no sólo en Kenia, sino en toda África oriental. El jefe de cocina, un hombre oriundo de Sudáfrica y con experiencia en dos

barcos de lujo, no tenía la menor intención de romper con la tradición de la casa sólo porque en algún lugar de Europa hubiera estallado una guerra y en el comedor no hubiese más que mujeres y niños.

El día anterior habían llegado bogavantes de Mombasa, cordero de las tierras altas, y judías verdes, apio y patatas de Naivasha. La carne iba acompañada de esa salsa de menta considerada una especialidad legendaria del Norfolk, gratín a la francesa, frutas tropicales sobre un delicado lecho de bizcocho y una selección de quesos que, con el *stilton*, el *cheshire* y el *cheddar* ingleses, de sobra completaba la oferta de paz. La primera noche, el cocinero atribuyó el hecho de que numerosas porciones de bogavante y cordero volvieran intactas a la cocina debido al excesivo cansancio de los comensales. Sin embargo, como persistiera la aversión a los crustáceos y a la carne, se pidió consejo a un representante de la Comunidad Judía de Nairobi. A decir verdad, éste pudo informar sobre las prescripciones alimentarias judías, pero tampoco él sabía por qué los niños regaban los postres con su salsa de menta. El cocinero maldijo primero la *bloody war* y muy pronto a los *bloody refugees*.

Ni siquiera un hotel tan espacioso como el Norfolk tenía sitio suficiente para tan inusitada afluencia de huéspedes, de modo que cada habitación hubo de ser compartida por dos mujeres con sus respectivos hijos. Se temió incluso que hubiera que recurrir a los cuartos del servicio. Lo cierto es que éstos no estaban ocupados, ya que, contrariamente a la costumbre habitual en el Norfolk, las mujeres y los niños habían llegado sin sus chicos y *ajás* personales, pero la sensibilidad del director del hotel se oponía a que los europeos vivieran en las habitaciones destinadas a los negros.

Regina compartía una cama turca con una chica unos meses mayor que ella. Esto les ocasionó ciertas dificultades la primera noche, puesto que, como hijas únicas que eran ambas, no estaban acostumbradas a tan estrecho contacto, pero sirvió para que superaran tanto más rápido el miedo y la timidez. Inge Sadler era una niña fuerte que llevaba traje bávaro y dormía con camisones de franela de cuadros azules y blancos. Era muy independiente y amable y estaba a todas luces encantada con la perspectiva de tener una amiga. Los primeros días, Regina pensó que su dialecto bávaro era inglés, pero pronto se acostumbró a la pronunciación de su nueva amiga y se asombró de que supiera leer y escribir.

Inge había ido un año a la escuela en Alemania y estaba dispuesta a transmitirle sus conocimientos a Regina. Cuando Inge se despertaba por las noches, lloraba angustiada y tenía que acudir a calmarla su madre, quien, pese a su energía y severidad durante el día, sabía consolar tan dulcemente como el *aja* y conquistó el corazón de Regina tan aprisa como en su antigua vida lo hiciera Owuor. Cuando Regina le habló a la señora Sadler de *Suara*, ella sacó de su costurero lana azul y le hizo un corzo de ganchillo.

Los Sadler eran de Weiden in der Oberpfalz y habían llegado a Kenia seis meses

antes de que estallara la guerra. Dos de los hermanos tenían una tienda de confección y el tercero era agricultor. Las tres esposas eran demasiado resueltas para añorar el fulgor del pasado. Tejían jerseys y cosían blusas para un afamado establecimiento de Nairobi y habían animado a sus esposos a arrendar una granja en Londiani que ya a los seis meses producía sus primeros beneficios.

Inge había vivido en Weiden el pogromo del 9 de noviembre y había tenido que presenciar cómo destrozaban el escaparate de la tienda paterna, arrojaban a la calle telas y vestidos y saqueaban la casa. A su padre y sus dos tíos los sacaron de casa a rastras, los golpearon y se los llevaron a Dachau. Cuando volvieron al cabo de cuatro meses, Inge no reconoció a ninguno de los tres. Como la avergonzaba llorar por la noche, a las dos semanas de estar en el Norfolk le relató a Regina los acontecimientos de los que nunca hablaba con sus padres.

—A mi papá no le pegó nadie —afirmó Regina cuando Inge hubo acabado.

—Entonces es que no es judío.

—Eso es mentira.

—Ni siquiera sois alemanes.

—Somos de la patria —aclaró Regina—. De Leobschütz, Sohrau y Breslau.

—En Alemania muelen a palos a todos los judíos. Lo sé perfectamente. Odio a los alemanes.

—Yo también odio a los alemanes —aseguró Regina.

Se propuso hablarle lo antes posible a su padre de su nuevo odio, de Inge, de los vestidos en la calle y de Dachau. Aunque mencionaba mucho menos a su padre que a Owuor, al *aja*, *Suara* y *Rummler*, lo echaba de menos y sentía la separación tanto más cuanto que le remordía la conciencia. Se había tendido en el suelo y había sido la primera en oír el camión que los había desterrado a todos de Rongai.

En el pequeño estanque de los nenúfares blancos sobre los que, al calor del mediodía, se posaban las mariposas como nubes amarillas, le reveló a Inge:

—He hecho la guerra.

—Tonterías, los alemanes han hecho la guerra. Eso lo sabe todo el mundo.

—Tengo que contárselo a mi papá.

—Él ya lo sabe.

Sólo después de esa conversación cayó Regina en la cuenta de que todas las mujeres hablaban de la guerra. Hacía tiempo que ya no estaban tan alegres como al principio del internamiento. Decían cada vez más a menudo: «Cuando volvamos a la granja», y ninguna de ellas quería saber nada del entusiasmo con el que llegaron a Nairobi. El cambio de tono en el Norfolk aumentaba la añoranza de la vida en la granja.

El director del hotel, un hombre enjuto y desabrido llamado Applewaithe, hacía tiempo que había dejado de esforzarse por ocultar su aversión hacia quienes no sabían pronunciar su nombre. Detestaba a los niños, con los que hasta el momento no había tenido relación alguna ni personal ni profesionalmente, y a las madres recientes les

prohibió calentar la leche para los niños en la cocina, tender pañales en el balcón y colocar los cochecitos bajo los árboles. Daba a entender a las mujeres cada vez con mayor claridad que para él eran unas intrusas y, aún peor, *enemy aliens*.

Tras la desconcertante euforia inicial que había suscitado en ellas la dicha de estar juntas, las mujeres volvieron a la realidad consternadas y conscientes de su culpabilidad. Casi todas tenían aún parientes en Alemania y ahora comprendían que para padres, hermanos y amigos ya no había escapatoria posible. La certidumbre de esa perentoriedad y el descubrimiento de la inseguridad del propio futuro las paralizaban. Añoraban a sus esposos, que antes tomaban solos todas las decisiones y asumían la responsabilidad de la familia y de los cuales ni siquiera sabían adonde los habían llevado. La conciencia de la propia impotencia las desconcertaba y trajo consigo mezquinas rencillas y, después, una apatía que las hacía refugiarse en el pasado. Las mujeres rivalizaban en descripciones relativas a la buena vida que una vez tuvieran, una vida que con cada día de obligada ociosidad brillaba aún más en el recuerdo. Se avergonzaban de sus lágrimas y más aún cuando decían «en el hogar» o «en casa» y ya no sabían si hablaban de la granja o de Alemania.

Jettel sufría lo indecible por su necesidad insatisfecha de protección y consuelo. Anhelaba la vida en Rongai, con el buen humor de Owuor y el ritmo familiar de los días, que ya no le parecían solitarios, sino llenos de esperanza y futuro. Incluso echaba de menos las peleas con Walter, que ahora se le antojaban una sucesión de cariñosas bromas, y lloraba con la sola mención de su nombre. Después de cada arrebato decía: «Si mi marido supiera por lo que estoy pasando aquí, vendría a recogerme en el acto».

La mayoría de las veces, las mujeres se encerraban en su habitación cuando Jettel se abandonaba a su desesperanza, pero una tarde en que su dolor era más intenso que de costumbre, Elsa Conrad se puso a vociferar inesperada y ruidosamente:

—Deja ya de lloriquear y haz algo. ¿Acaso crees que si se hubieran llevado a mi marido me quedaría de brazos cruzados gimoteando? Las mujeres jóvenes dais asco.

Jettel se quedó tan estupefacta que dejó de sollozar al instante.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó con una voz sin rastro de llanto.

Desde el primer día en el Norfolk, Elsa Conrad se convirtió en una autoridad por todas respetada que no admitía réplica. No le temía ni a las discusiones ni a las personas, era la única berlinesa del grupo y la única no judía. Ya su sola apariencia resultaba imponente. Elsa, tan gruesa como imparable, de día envolvía su corpulencia en largos vestidos de flores; y de noche, en escotados vestidos de fiesta. Llevaba turbantes de un rojo encendido que asustaban tanto a los niños que empezaban a gritar nada más verla.

Por las mañanas nunca se levantaba antes de las diez, apelando al señor Applewaithe había conseguido que el desayuno le fuera servido en su habitación y no paraba de amonestar a los niños y, con igual insistencia, a las mujeres que se ahogaban en sus penas o se quejaban de nimiedades. Sólo fue temida los primeros

días. Su capacidad de réplica hacía soportables sus provocaciones y su humor hacía lo propio con su temperamento. Cuando contó su historia, pasó a ser una heroína.

Elsa poseía un bar en Berlín y no solía tener trato con clientes que le desagradaran. A los pocos días de que ardieran las sinagogas, en el bar de Elsa entró una mujer con dos acompañantes y, aún con el abrigo puesto, lanzó un discurso incendiario contra los judíos. Elsa la agarró por el cuello del abrigo, la echó a la calle y le gritó: «¿De dónde crees que ha salido tu caro abrigo de pieles? Seguro que se lo has robado a los judíos, puta».

Esto le valió seis meses en prisión y, acto seguido, la expulsión inmediata de Alemania. Elsa había llegado a Kenia sin recursos y ya a la primera semana la había contratado de niñera un matrimonio escocés de Nanyuki. En ningún momento se había llevado bien con los niños, pero sí con los padres, pese al escaso inglés chapurreado que había cogido al vuelo en el barco. A ellos les enseñó a jugar al *skat*^[11] y al cocinero, a adobar huevos cocidos y a hacer albóndigas. Cuando estalló la guerra, los escoceses se separaron de Elsa muy a su pesar y no permitieron que subiera al camión. Ellos mismos la llevaron en coche al Norfolk, y al despedirse, la abrazaron maldiciendo a los ingleses y a Chamberlain.

Elsa sólo conocía la victoria. «Y ahora, ¿qué voy a hacer?», imitó la voz de Jettel la tarde en que logró encauzar su futuro. «¿Queréis pasaros toda la guerra aquí metidas, mano sobre mano, mientras retienen a vuestros maridos? Entonces, ¿por qué me miráis con cara de bobas? ¿Ni siquiera podéis olvidar que os tienen en palmitas? Moved vuestros mimados traseros y escribid a las autoridades. No puede ser tan difícil explicarles que los judíos no están a favor de Hitler. Seguro que alguna de estas señoritas habrá ido a la escuela y sabrá suficiente inglés para escribir una carta».

La propuesta, por poco éxito que prometiera, fue aceptada, ya que temían más la ira de Elsa que al ejército británico. Tenía tanta capacidad de organización como de persuasión, así que ordenó a cuatro mujeres que poseían bastantes conocimientos de inglés y a Jettel, por su bonita caligrafía, que escribieran cartas en las que relataran su suerte y aclararan sus puntos de vista. El señor Applewaithe se dejó convencer inusualmente deprisa de que era su obligación dar curso al correo de quienes no podían abandonar el hotel.

Ni siquiera la propia Elsa contaba con que esta campaña tuviera un éxito tan rápido. Para las autoridades militares, lo decisivo no fue ni el tono ni el contenido de las misivas, sino la particularidad de que ellas mismas habían empezado a cuestionar algunos aspectos. Tras las primeras reacciones de Londres, en Nairobi se dudaba de si realmente tendrían que haber internado a todos los refugiados o de si no habría sido más racional comprobar previamente su orientación política.

A ello había que añadir el hecho de que numerosos granjeros esperaban ser llamados a filas y querían saber que sus granjas estarían al cuidado de los refugiados, económicos y muy responsables. La sección de cartas al director del *East African*

Standard la ocupaban casi exclusivamente comentarios que se preguntaban por qué precisamente en Nairobi los prisioneros de guerra tenían que vivir en hoteles de lujo. También los propietarios del Norfolk y del New Stanley reclamaban con insistencia la restitución de su propiedad. El coronel Whidett estimó inteligente mostrar al menos cierta flexibilidad. En primer lugar, autorizó los contactos entre matrimonios con hijos y dejó entrever que estudiaría medidas adicionales. Exactamente a los diez días de que Applewaithe entregara las cartas a las autoridades militares, volvieron a presentarse ante la puerta los camiones del ejército. Tenían orden de llevar a mujeres y niños al campo de internamiento de Ngong.

A los hombres les sucedió lo mismo que a sus mujeres. El internamiento los había devuelto a la vida tras la soledad y el mutismo. La embriaguez de la liberación fue inmensa. Viejos conocidos y amigos que se habían visto por última vez en Alemania volvían a encontrarse; los compañeros de infortunio del barco se abrazaban de nuevo; los extraños constataban que tenían amigos comunes. Pasaron días y noches intercambiando vivencias, esperanzas y opiniones. Los que se habían salvado supieron de desgracias que empequeñecían las propias. Aprendieron a escuchar otra vez, podían hablar. Era como si se hubiera roto un dique.

Después del tiempo pasado en las granjas, solos con la esposa y los hijos y con la obligación de dominarse y reprimir sus miedos, o después de pasar años solos en una granja, todos ellos se alegraban de vivir en un grupo de hombres. Al menos temporalmente, vivirían sin las preocupaciones económicas y sin el tormento de saber que un despido significaba la pérdida inmediata de la morada. Solamente aquel respiro alimentaba la sensación de una reconfortante seguridad. Fue Walter el que acuñó la frase que después repetirían una y otra vez: «Por fin los judíos vuelven a tener un rey que se ocupa de ellos».

Durante los primeros días en el campo, era como si tras un largo viaje se hubiera topado con unos parientes lejanos a los que se sintiera vinculado de inmediato. Osear Hahn, que fuera abogado en Francfort, llevaba seis años de granjero en Gilgil; Kurt Piakowsky, médico berlinés, ahora era jefe de lavandería en el hospital de Nairobi; y Leo Hirsch, dentista en Erfurt, había encontrado trabajo de gerente en una mina de oro en Kisumu; todos ellos eran miembros de la misma asociación estudiantil que Walter y estaban dispuestos en todo momento a intercambiar con él recuerdos de amigos comunes y alegrías de su época de estudiantes.

Heini Weyl, su amigo de Breslau que estaba en Kisumu, pese a la fiebre amarilla y la disentería no había perdido ni el valor para afrontar la vida ni su buen humor. También de Breslau era Henry Guttman, el envidiado optimista. Era demasiado joven para haber perdido su trabajo y su vida en Alemania, y pertenecía al reducido círculo de los elegidos que tenían más futuro que pasado. Max Bilawasky, que en un año se había arruinado con su propia granja en Eldoret, era de Katowice y conocía Leobschütz.

Siegfried Cohn, vendedor de bicicletas de Gleiwitz, era un ingeniero bien pagado

en Nakuru y lingüísticamente también se había adaptado a su nueva vida imponiendo a su duro acento de la Alta Silesia una típica pronunciación nasal inglesa. Walter estaba loco de contento con Jakob Oschinsky. Éste poseía una zapatería en Ratibor, se había colocado en una granja de café en Thika y una vez, de viaje, había pernoctado en el hotel Redlich, en Sohrau. Se acordaba bien del padre de Walter y era un entusiasta de la belleza, el altruismo y los pasteles de repollo de Liesel.

Todos los internados tenían experiencias similares. Rescataron del olvido imágenes reprimidas que fueron como una fuente de juventud para las aturdidas almas. Sin embargo, el buen humor no reinó tanto tiempo entre los hombres como entre las mujeres. Ellos se percataron pronto de que la lengua materna y los recuerdos no eran suficiente sustituto de la patria, de la propiedad usurpada, de la pérdida del orgullo y el honor y de la aniquilada autoestima. Cuando volvieron a abrirse las heridas cicatrizadas a toda prisa, se tornaron más dolorosas que antes.

La guerra había apagado la chispa de esperanza de lograr echar raíces en Kenia rápidamente, una esperanza alimentada por el poderoso anhelo de dejar de ser un marginado y un paria. Finalmente murió en cada uno de ellos la ilusión, abrigada durante largo tiempo contra toda razón, de poder ayudar a los que habían quedado en Alemania y traerlos a Kenia. Aunque intentaba ahuyentar la idea, Walter daba por perdidos tanto a su padre y su hermana como a su suegra y su cuñada.

—De los polacos no pueden esperar ayuda alguna —le explicaba a Osear Hahn— y para los alemanes son judíos polacos. Ahora el destino me ha confirmado de una vez por todas que he fracasado.

—Todos hemos fracasado, pero no ahora, sino en 1933. Hemos creído demasiado tiempo en Alemania, hemos tenido los ojos cerrados. Pero no podemos acobardarnos. No sólo eres hijo. También eres padre.

—Menudo padre, que ni siquiera puede ganarse el dinero para comprar la soga con la que ahorcarse.

—Eso no deberías ni pensarlo —repuso Hahn enojado—. Morirán tantos de los nuestros que desearían vivir que los que se salvan no tienen otra opción que seguir viviendo por sus hijos. Escapar no es sólo una suerte, sino una obligación. Confiar en la vida, también. Arráncate de una vez por todas a Alemania del corazón. Entonces volverás a vivir.

—Lo he intentado. No funciona.

—Eso pensaba yo antes, y cuando ahora pienso en el refinado abogado y notario de Francfort Osear Hahn, el del fabuloso bufete, con más cargos honoríficos que pelos en la cabeza, se me antoja un extraño al que una vez conocí de pasada. Dios, Walter, aprovecha el tiempo aquí para hacer las paces contigo mismo y podrás empezar de verdad desde cero cuando salgamos de este sitio.

—Precisamente eso es lo que me está volviendo loco. ¿Qué será de mí y de mi familia cuando el rey Jorge deje de ocuparse de nosotros?

—Aún tienes tu empleo en Rongai.

—El «aún» me ha sonado especialmente bien.

—¿Qué te parece si me llamas Oha? —sonrió Hahn—. Es el nombre de emigrante que se ha inventado mi mujer. Cree que es menos alemán que Osear. Mi Lilly es una mujer práctica. Sin ella nunca me habría atrevido a comprar la granja de Gilgil.

—¿Tanto sabe de agricultura?

—Era concertista. Sabe mucho de la vida. Los chicos caen rendidos a sus pies cuando canta a Schubert. Y las vacas dan más leche al instante. Con suerte, pronto la conocerás.

—¿De modo que crees en la teoría de Süskind?

—Sí.

«La gente como Rubens —solía proclamar Süskind cuando discutían el futuro y la actitud de las autoridades militares— no puede permitir que tilden a todos los judíos de *enemy aliens* y nos dejen aquí durante toda la guerra. Apuesto a que el viejo Rubens y sus hijos ya les han dejado claro a los ingleses que nosotros estábamos en contra de Hitler mucho antes que ellos».

A decir verdad, el coronel Whidett tuvo que hacer frente a problemas para los que no estaba preparado en absoluto. Se preguntaba día tras día si las graves diferencias con el Ministerio de la Guerra de Londres podrían ser más desagradables que las regulares visitas a su despacho de los cinco hermanos Rubens, por no hablar del temperamental padre. El coronel admitió sin ruborizarse que, hasta que estalló la guerra, los acontecimientos en Europa no le interesaban mucho más que las luchas tribales entre los *jalu* y los *lumbwa* en Eldoret. No obstante, le irritaba que la familia Rubens estuviera tan al corriente de detalles realmente sorprendentes y que él pareciera un ignorante siempre que venían a verlo.

Whidett no conocía a ningún judío, salvo los hermanos Dave y Benjie, a los que había conocido el primer año en el internado de Epsom y que persistían en su memoria como unos estudiantes asquerosamente ambiciosos y unos pésimos jugadores de *cricket*. De modo que, por lo pronto, consideraba que estaba en su derecho cuando en las desagradables conversaciones a que el momento le obligaba se remitía al país de origen de los internados y a las dificultades resultantes para su beligerante patria, dificultades que en modo alguno había que subestimar. Sin embargo, por desgracia, muy pronto sus argumentos no le parecieron tan convincentes como en un principio pensara. Nada en absoluto cuando se vio obligado a exponerlos ante sus inoportunos interlocutores, los cuales poseían elocuencia de vendedores de alfombras árabes e hipersensibilidad de artistas.

Tanto si Whidett quería como si no, la familia Rubens, cuyos vínculos con Kenia eran más antiguos que los suyos propios y que hablaba un inglés tan pulcro como el de los *old boys* de Oxford, le daba qué pensar. Comenzó a ocuparse a regañadientes de la suerte de aquellas personas con quienes «al parecer se ha cometido una injusticia». Con todo, sólo acostumbraba a utilizar tan prudente formulación en su

círculo privado, y así y todo vacilante, pues no correspondía ni a su educación ni a sus principios saber más que los demás de los acontecimientos de la maldita Europa.

Así pues, Whidett se comprometió, aunque sin confiar en su criterio, a revisar la propuesta de liberar al menos a aquellos que trabajaran en las granjas y que no tuvieran posibilidad de ponerse en contacto con el enemigo. Para su sorpresa, en los círculos militares la decisión fue aplaudida por perspicaz. Y muy pronto también demostró ser necesaria. Debido a la situación en Abisinia, Londres anunció el envío de un regimiento de infantería de Gales para el cual el coronel necesitaba los barracones de Ngong.

Los camiones del Norfolk y el New Stanley llegaron al campo un domingo después del almuerzo. Los niños hacían señales, desconcertados, y las madres parecían igualmente crispadas al ver aparecer a los hombres ante la alambrada de espino con sus uniformes caqui. La mayoría de las mujeres se había vestido como si las hubieran invitado a una fiesta al aire libre de la alta sociedad; algunas lucían vestidos escotados que habían llevado por última vez en Alemania, otras sostenían en la mano pequeñas flores marchitas que los niños habían cogido en el jardín del hotel.

Walter vio a Jettel con su blusa roja y los guantes blancos que se compró antes de emigrar. Recordó el traje de noche y le costó tragarse su enfado. Sin embargo, al mismo tiempo se dio cuenta de lo hermosa que era su mujer y de que incluso en los momentos más íntimos y plenos la había defraudado con un corazón roto que sólo sabía revivir el pulso del pasado. Se sintió viejo, agotado e inseguro.

Durante unos segundos de angustia que se le hicieron despiadadamente largos, también Regina se le antojó una extraña. Parecía haber crecido en las cuatro semanas que habían estado separados, también sus ojos eran distintos de los días en Rongai, cuando se sentaba con el *aja* bajo el árbol. Walter trató de recordar el nombre del corzo para hallar ese algo común que tanto deseaba, pero ya no era capaz de recordar la palabra. Entonces vio a Regina corriendo hacia él.

Mientras ella se abalanzaba sobre él como un cachorro e incluso antes de que sus delgados brazos rodearan su cuello, Walter comprendió, con un terror que lo paralizó, que quería a su hija más que a su esposa. Consciente de su culpabilidad y, sin embargo, con una agitación que le pareció estimulante, juró que ninguna de las dos sabría nunca la verdad.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó Regina al oído de Walter, trayéndolo al presente, un presente que de pronto le pareció más soportable que antes—. ¡Tengo una amiga! Una amiga de verdad. Se llama Inge. También sabe leer. Y mamá ha escrito una carta.

—¿Qué clase de carta?

—Una carta de verdad. Para que podamos visitarte.

—Sí —corroboró Jettel cuando hubo conseguido apartar a Regina lo suficiente para hallar algo de espacio en el pecho de Walter—. He presentado una instancia para que te suelten.

—¿Desde cuándo sabe mi Jettel lo que es una instancia?

—Tenía que hacer algo por ti. Una no puede quedarse cruzada de brazos rascándose la barriga. Quizá podamos volver pronto a nuestro Rongai.

—Jettel, Jettel, ¿qué han hecho contigo? Pero si en Rongai eras la más infeliz de las mujeres.

—Pero todas las mujeres quieren volver a las granjas.

El orgullo en la voz de su esposa conmovió a Walter; más aún el hecho de que le faltara valor para mirarlo a los ojos al mentir. Ansiaba alegrarla, pero con los halagos le ocurría como con el nombre del corzo. Se alegró de oír la voz de Regina:

—Odio a los alemanes, papá. Odio a los alemanes.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Inge. Le dieron una paliza a su padre y rompieron las ventanas en Dachau y tiraron todos los vestidos a la calle. Inge llora de noche porque odia a los alemanes.

—A los alemanes no, Regina, a los nazis.

—¿También hay nazis?

—Sí.

—Tengo que contárselo a Inge. Entonces también odiará a los nazis. ¿Los nazis son tan malos como los alemanes?

—Sólo los nazis son malos. Nos han echado de Alemania.

—Eso no me lo dijo Inge.

—Entonces ve y cuéntale lo que te ha dicho tu padre.

—Vas a volver loca a la niña —le increpó Jettel cuando Regina se hubo alejado, pero Walter no tuvo tiempo de contestar—. ¿Sabes —musitó— que desde que estamos en guerra ya no hay esperanza para mamá y Käte?

Walter suspiró, pero sintió alivio por poder hablar por fin abiertamente:

—Sí, lo sé. También papá y Liesel han caído en la trampa. Y no me preguntes qué vamos a hacer. No lo sé.

Cuando Jettel rompió en sollozos, él la abrazó y le consoló que las lágrimas que él mismo no podía derramar hacía ya tiempo aún pudieran aliviarla a ella. Pese al motivo, el breve instante de comunión le pareció demasiado precioso para no arrancarle el desaliento a su corazón durante al menos unos latidos. Pero luego se esforzó por no sucumbir de nuevo al miedo que le tentaba a guardar silencio.

—Jettel, no vamos a volver a Rongai.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—Hoy por la mañana he recibido carta de Morrison.

Walter se sacó la misiva del bolsillo y se la tendió a Jettel. Sabía que ella no podía leerla, pero necesitaba el plazo de gracia de su desconcierto para sosegarla. Permitted su propia humillación al contemplar, desvalido, cómo los ojos de Jettel se atascaban en los renglones que hacía unas horas Süskind le había traducido.

«*Dear Mr. Redlich* —había escrito Morrison—, *I regret to inform you that there is at present no possibility of employing an enemy alien on my farm. I am sure you will understand my decision and wish you all the best for the future. Yours faithfully,*

William P. Morrison^[10]».

—Mírame a mí, Jettel, no a la carta. Morrison me ha despedido.

—Entonces, ¿adónde vamos a ir cuando salgas de aquí? ¿Qué vamos a decirle a Regina? Pregunta todos los días por Owuor y el *aja*.

—Será mejor que se lo dejemos a Inge —dijo Walter cansado—. Yo también echaré de menos a Owuor. Ahora nuestra vida no es más que una continua despedida.

—¿Han recibido los demás cartas como ésta?

—Algunos de nosotros. La mayoría no.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué siempre nosotros?

—Porque elegiste a un desgraciado por esposo, Jettel. Deberías haberle hecho caso a tu tío Bandmann. Ya te lo decía antes de que nos prometiéramos. Vamos, no llores. Ahí viene mi amigo Oha. Él tuvo la suerte de que los nazis lo destituyeran en 1933. Ahora tiene su propia granja en Gilgil. Has de conocerlo, no tienes de qué avergonzarte. Él está al corriente. Incluso ha prometido ayudarnos. No sé cómo va a hacerlo, pero me reconforta que lo haya dicho.

V

El 15 de octubre de 1939, en el tablón de anuncios del campo de Ngong se dieron a conocer dos sucesos que tuvieron una acogida muy distinta entre los refugiados. El hundimiento del acorazado británico *Royal Oak* por un submarino alemán se comunicó en un conciso inglés militar, lo cual no hizo sino generar más confusión que interés, ya que fueron muy pocos los que se enteraron de a quién habían atacado en la bahía de Scape Flowy quién había salido vencedor. Sin embargo, el aviso en un alemán perfecto de que los *enemy aliens* que tuvieran un empleo fijo en una granja podían contar con su liberación provocó un gran revuelo. Pronto cobró nueva fuerza el rumor que circulaba desde hacía algunos días de que las autoridades militares de Nairobi tenían previsto deportar a los internados varones a Sudáfrica.

—Así que ahora tengo que conseguir un gerente para mi granja —aclaró Oha al dar con Walter detrás del barracón de las letrinas tras una larga búsqueda.

—¿Por qué? Pero si pronto saldrás de aquí.

—Pero tú no.

—No, a mí me ha tocado el gordo. Y a Jettel y Regina también. ¿También envían a las mujeres y los niños a Sudáfrica?

—Dios, ¿es que nunca te enteras de nada? Tú dirigirás mi granja. Por lo menos hasta que encuentres un trabajo. Seguro que no está prohibido que un *enemy alien* contrate a otro. Süskind ya se ha puesto a traducir el contrato de trabajo que he redactado.

Aunque el conocimiento que Süskind tenía de las fórmulas jurídicas era impreciso y torpe, satisfizo al coronel Whidett. Éste estaba poco dispuesto a pasarse el resto de la guerra ocupándose de personas que sumían su vida en el caos y su objetivo era liberar a tantas de ellas como le fuera posible. No sólo dispuso que Osear Hahn y Walter fueran de los primeros en abandonar el campo, sino que además se encargó de que recogieran a Lilly en el New Stanley y a Jettel y Regina en el Norfolk y las llevaran a Gilgil junto con los dos hombres.

—¿Por qué haces todo esto por nosotros? —le preguntó Walter la última noche en Ngong.

—En realidad, ahora tendría que decir que es mi deber ayudar a un miembro de mi sociedad estudiantil —repuso Hahn—, pero voy a hacerlo más fácil: me he acostumbrado a ti y mi Lilly necesita público.

La granja de los Hahn, con vacas y ovejas sobre suaves colinas verdes y gallinas que escarbaban en la arena junto a la gran huerta, con maizales escrupulosamente dispuestos y una casa de piedra blanca ante una extensión de cuidado césped en torno a la cual crecían rosas, claveles e hibisco, se llamaba Arkadia y recordaba a una finca alemana. Los senderos que bordeaban la casa eran de piedra, las paredes exteriores del edificio de la cocina habían sido pintadas a rombos azules y blancos, el servicio,

de verde y habían barnizado las puertas de madera clara de la vivienda.

Bajo un alto cedro había un cenador cubierto de buganvillas color lila con sillas blancas ante una mesa redonda. Manjala, el chico, llevaba ciñendo el kanzu blanco con el que servía las comidas un cinturón plateado que Lilly llevó en el último baile de carnaval de su vida. El caniche con los rizos negros que resplandecían al sol como minúsculos trozos de carbón se llamaba *Bqjazzo*.

En Arkadia, Walter y Jettel se sentían como niños perdidos que sus salvadores hubieran enviado a casa con la advertencia de no volver a salir solos. No eran solamente la cordialidad y la serenidad de su anfitrión las que les daban renovadas fuerzas, sino también la seguridad de la casa en sí. Todo ello les recordaba un hogar que nunca habían conocido en semejante opulencia.

Las mesas redondas cubiertas de piel verde, el macizo armario de Francfort ante los visillos color blanco huevo, las sillas tapizadas de terciopelo gris, los sillones orejeros con fundas de lino inglés con florecitas y una cómoda de caoba con herrajes dorados eran de los padres de Oha; la pesada cubertería de plata, los vasos de cristal tallado y la porcelana, del ajuar de Lilly. Había librerías repletas, de las luminosas paredes colgaban reproducciones de Frans Hals y Vermeer y en el dormitorio, un cuadro de la coronación de un kaiser en el Romer de Francfort^[12] ante el cual se sentaba Regina todas las noches para que Oha le contara historias. Delante de la chimenea había un piano de cola con un busto blanco de Mozart sobre un paño de terciopelo rojo.

Inmediatamente después de la puesta de sol, Manjala servía refrescos en vasos de colores; y poco después, platos tan familiares como si Lilly pudiera comprar a diario en carnicerías, panaderías y ultramarinos alemanes. Su voz, que parecía cantar incluso cuando llamaba a los chicos o les daba de comer a las gallinas, y el acento de Francfort de Oha les parecían a Walter y Jettel mensajes de un mundo extraño. Por las noches, Lilly cantaba el repertorio de su pasado.

Los chicos se sentaban ante la puerta, las mujeres, con sus bebés a la espalda, se quedaban delante de las ventanas abiertas y, durante las pausas, el caniche se sentaba sobre las patas traseras y ladraba suave, melodiosamente en la noche. Aunque Walter y Jettel nunca habían vivido semejantes acontecimientos musicales, en los conciertos nocturnos olvidaban todas sus tribulaciones y se abandonaban a románticos sentimientos que les devolvían la esperanza y la juventud.

Oha disfrutaba tanto con sus invitados como ellos de su hospitalidad, pues ni él ni quienes se hallaban en la granja eran capaces de saciar por mucho tiempo la necesidad de Lilly de nuevos oyentes; aunque él sabía que semejante situación de placentero dar y agradecido recibir no podía durar mucho.

—Un hombre ha de poder alimentar a su familia —le decía a Lilly.

—Hablas como antes, Oha. Eres y siempre serás alemán.

—Desgraciadamente. Sin ti me encontraría en la misma situación desesperada que Walter. Nosotros, los juristas, no hemos aprendido más que tonterías.

—A ese respecto una cantante sale mejor parada.

—Sólo si es como tú. Por cierto, le he escrito a Gibson.

—¿Has escrito una carta en inglés?

—En inglés estará cuando tú la traduzcas. He pensado que Gibson puede necesitar a Walter. Pero no le digas nada aún. La decepción sería demasiado grande.

Oha sólo conocía a Gibson, al que le había comprado pelitre unas cuantas veces de pasada, pero sabía que llevaba tiempo buscando a un hombre dispuesto a trabajar en su granja de Ol' Joro Orok por seis libras. Geoffry Gibson poseía una fábrica de vinagre en Nairobi y no tenía la menor intención de mirar por su granja más de cuatro veces al año, una granja en la que cultivaba exclusivamente pelitre y lino. Su reacción no se hizo esperar.

—Es exactamente lo que te conviene —se alegró Oha al recibir la confirmación de Gibson—. Allí no matarás ni vacas ni gallinas, y de él no tienes nada que temer. Sólo has de construirte una casa.

Diez días después de que un pequeño camión subiera jadeando la cenagosa carretera en dirección a las montañas de Ol' Joro Orok, la casita entre los cedros ya tenía su tejado. El carpintero indio Daji Jiwan, junto con treinta trabajadores de las *schambas*, erigió la casa de tosca piedra gris para el nuevo *bwana*. Antes de que cubrieran el tejado de hierba, barro y estiércol, Regina pudo sentarse por última vez en las vigas de madera, que, a diferencia de las chozas de los nativos, no terminaban en punta, sino al bies.

Regina dejaba que Daji Jiwan, con sus relucientes cabellos negros, la piel morena clara y los ojos dulces, la alzara para que ella trepara justo hasta el centro del tejado. Allí era donde se sentaba largo tiempo y en silencio desde que llegaron a Ol' Joro Orok, como cuando aún era una niña que no sabía nada y se tumbaba bajo los árboles de Rongai con su *aja*.

Su mirada vagaba hasta la gran montaña del tejado blanco, que su padre afirmaba que era de nieve, y se posaba allí hasta cansarse.

Luego su cabeza efectuaba un rápido movimiento hacia el oscuro bosque, desde el que los tambores relataban por la noche las *schauris* del día y chillaban los monos al salir el sol. Cuando el calor invadía su cuerpo, su voz se volvía poderosa y les gritaba a sus padres, abajo en el suelo: «No hay nada más hermoso que Ol' Joro Orok». El eco regresaba más nítido y más alto que en los días que habían dejado de existir y en los que era el Menengai el que le respondía. «No hay nada más hermoso que Ol' Joro Orok», volvía a gritar Regina.

—No ha tardado en olvidar Rongai.

—Tampoco yo —repuso Jettel—. Quizá aquí tengamos más suerte.

—Bah, todas las granjas son iguales; lo principal es que estemos juntos.

—¿Tenías ganas de verme en el campo?

—Muchas —contestó Walter, y se preguntó cuánto duraría la nueva vida en comunión en Ol' Joro Orok—. Lástima que no esté Owuor —suspiró—. Fue un amigo desde el principio.

—Claro que entonces tampoco nosotros éramos *enemy aliens*.

—Jettel, ¿desde cuándo eres irónica?

—La ironía es un arma. Eso decía Elsa Conrad.

—Conserva tus armas.

—Por algún motivo, tengo la sensación de que esto es aún más solitario que Rongai.

—Casi lo temo. Sin Süskind.

—Pero no está tan terriblemente lejos de Gilgil, Oha y Lilly —lo consoló Jettel.

—Sólo a tres horas en coche.

—¿Y sin él?

—En ese caso, Gilgil no está mucho más cerca que Leobschütz.

—Ya verás como vamos —insistió Jettel—. Y, además, Lilly ha prometido venir a vernos.

—Espero que antes no se entere de lo que cuentan las gentes de por aquí.

—¿Qué?

—Que ni las hienas aguantan más de un año en Ol' Joro Orok.

Ol' Joro Orok constaba únicamente de algunos sonidos que Regina adoraba y de la *duka*, una minúscula tiendecita en una caseta de chapa. El indio Patel, propietario del establecimiento, era tan pudiente como temido. Vendía harina, arroz, azúcar y sal, manteca en latas, polvos para flan, mermelada y especias. Cuando se pasaban los comerciantes de Nakuru, disponía de mangos, papayas, repollos y puerros. Había gasolina en bidones, parafina en botellas para las lámparas, alcohol para los granjeros de los alrededores y finas mantas de lana, pantalones cortos color caqui y toscas camisas para los negros.

Al desabrido Patel no sólo había que tenerlo contento por su mercancía, sino porque tres veces a la semana llegaba un coche desde la estación de ferrocarril de Thompson's Falls que dejaba el correo en su tienda. Aquel que no resultaba del agrado de Patel, algo que no era inusual (bastaba con tardar demasiado en decidirse a la hora de comprar), era castigado con la supresión del correo, aislado del mundo. El indio había descubierto enseguida que los europeos ansiaban tanto sus cartas y sus periódicos como sus compatriotas el arroz, del cual, de todos modos, nunca había suficiente.

A su modo mohíno, Patel incluso sentía cierta compasión por los refugiados. Para su gusto, escatimaban excesivamente el dinero, pero habían sido declarados *enemy aliens* y ésa era una señal inequívoca de que los ingleses no los querían. Por su parte, Patel despreciaba a los ingleses, que le hacían sentir que para ellos él estaba al mismo nivel que los negros.

La granja de Gibson estaba a diez kilómetros de la *duka*, a tres mil metros de

altitud en pleno Ecuador, y era mayor que cualquier otra granja de los alrededores. Incluso Kimani, que vivía allí desde antes de que plantaran el primer linar, tenía que pensar largo tiempo qué camino debía tomar para llegar a un destino concreto. Kimani, un *kikuyu* de unos cuarenta y cinco años, era bajo, listo y famoso por ser más veloz con la lengua que una gacela con sus patas. Les ordenaba a los chicos de las *schambas* lo que tenían que hacer en los campos y, mientras la granja estuvo sin *bwana*, también les asignaba sus salarios.

Al atardecer, tan pronto la sombra alcanzaba la cuarta estría del depósito de agua, Kimani golpeaba la delgada chapa con una larga vara, indicando así el final de la jornada. Como señor del tiempo y también dado que repartía la ración diaria de maíz para el vespertino puré de *poscho*, Kimani gozaba del respeto de todo el mundo en la granja, hasta del de los *nandis*, que ni trabajaban en los campos ni recibían maíz, sino que vivían al otro lado del río y tenían sus propios rebaños.

Hacía ya tiempo que Kimani deseaba contar con la presencia de un *bwana* en la granja, como era habitual en Gilgil, en Thompson's Falls e incluso en Ol' Kalou. ¿De qué le servían a él la estima y el reconocimiento si la tierra de la que se ocupaba no era lo bastante buena para un hombre blanco? La nueva casa alimentaba su orgullo. Cuando, por las tardes, concluía el trabajo y el frío se instalaba en la piel, las piedras permanecían suficientemente calientes como para frotar contra ellas la espalda. Con Daji Jiwan, responsable de aquel esplendor, hablaba con sumo respeto, aunque por lo demás apreciaba aún menos a los indios que a los del clan de los *lumbwa*.

A Kimani le gustaron el nuevo *bwana* de los ojos muertos y la *memsahib* del vientre demasiado plano, que parecía que no fuera a albergar ya a ningún hijo más. Con una rapidez mayor de lo habitual, dio muerte a su desconfianza de los extraños y ahuyentó su mutismo. Llevó a Walter a los campos que había junto al bosque y hasta el río, que sólo traía agua en la estación de las lluvias. Tomó en su mano las poderosas flores del pelitre y el radiante lino azul, llamó su atención sobre el color de la tierra y, una y otra vez, sobre la distancia que necesitaban las plantas entre sí para prosperar. Kimani comprendió pronto que el nuevo *bwana* tenía tras de sí un largo safari y que no sabía nada de las cosas que un hombre debía saber.

Después de la casa, Daji Jiwan levantó una construcción para la cocina con la forma redonda de las chozas de los nativos y a continuación, muy a regañadientes, sobre un profundo foso colocó un tabique de madera con un banco en el que practicó tres orificios de distintas dimensiones. El retrete era un diseño de Walter y estaba tan orgulloso de él como Kimani de sus campos. En la puerta mandó tallar un corazón, que pronto despertó tal admiración en la granja que Daji Jiwan se reconcilió con una construcción que para él no tenía utilidad alguna. Su religión le prohibía aliviar el cuerpo dos veces en el mismo sitio.

Cuando la cocina estuvo terminada, Kimani apareció con un hombre llamado Kania —al que presentó como su hermano—, que barrería la estancia. Para hacer las camas sacó a Kinanjui de los campos. Kamau llegó para lavar los platos. Solía

pasarse horas sentado ante la casa sacando brillo a los vasos, haciendo que resplandecieran al sol. Por último, en la puerta apareció Jogona. Era casi un niño y sus piernas eran tan delgadas como las ramas de un árbol joven.

—Mejor que un *aja* —le dijo Kimani a Regina.

—¿Era antes un corzo? —quiso saber ésta.

—Sí.

—Pero no habla.

—Hablará *kessu*.

—¿Qué tiene que hacer?

—Cocinar para el perro.

—Pero si no tenemos perro.

—Hoy no tenemos perro —afirmó Kimani—, pero *kessu* sí.

Kessu era una buena palabra. Significaba mañana, pronto, en algún momento, tal vez. La gente decía *kessu* cuando necesitaba calma para su cabeza, sus oídos y su boca. El único que no sabía cómo curar la impaciencia era el *bwana*. Todos los días le pedía a Kimani un chico que ayudara a la *memsahib* en la cocina, pero Kimani mascaba aire con los dientes cerrados antes de responderle:

—Pero si ya tienes a un chico para la cocina, *bwana*.

—¿Dónde, Kimani? ¿Dónde?

A Kimani le encantaba esa conversación diaria. A menudo, cuando había terminado, dejaba escapar de su boca ruiditos similares a ladridos. Sabía que enojaban al *bwana*, pero era incapaz de renunciar a ellos. No era fácil amansar al *bwana* con calma. Su safari había sido demasiado largo. La obstinada negativa de Kimani a aclarar la situación sembraba la inseguridad en Walter. Jettel necesitaba ayuda en la cocina. No podía amasar sola el pan, a duras penas lograba levantar los pesados recipientes de agua potable y era incapaz de convencer a Kamau, el lavaplatos, de que alimentara el humeante horno de la cocina o de que llevara la comida a la casa.

«Ése no es mi trabajo», decía Kamau tan pronto se le pedía ayuda, y seguía sacando brillo a los vasos.

Esa lucha diaria ponía de mal humor a Jettel y nervioso a Walter. Éste sabía que no disponer de suficiente servicio doméstico lo dejaba en ridículo a ojos de las gentes de la granja. Más aún le inquietaba la idea de que Gibson apareciera de repente y viera al instante que su nuevo gerente ni siquiera era capaz de conseguir un chico para la cocina. Tenía la sensación de que no le quedaba mucho tiempo para imponer su voluntad.

En sus rondas con Kimani, les preguntaba a los hombres que le gritaban *jambo* con especial amabilidad o que simplemente daban la impresión de no tener reparos en trabajar en la casa en lugar de en las *schambas* si no querrían ayudar a cocinar a la *memsahib*. Día tras día sucedía lo mismo. Los trabajadores aludidos volvían a un lado la cabeza desconcertados, proferían los mismos ruiditos, ladridos que Kimani,

miraban a lo lejos y salían corriendo a toda prisa.

—Es como una maldición —dijo Walter la noche en que se hizo fuego en la casa por primera vez. Kania se había pasado todo el día enfrascado en la nueva chimenea, la había deshollinado y limpiado y había apilado la madera en forma de pirámide. Entonces se acuclilló satisfecho, prendió un trozo de papel, se puso a soplar suavemente la llama hasta arrancarle unas ascuas y atrajo el calor a la habitación.

—Por el amor de Dios, ¿cómo puede ser tan difícil encontrar a un chico para la cocina?

—Jettel, si lo supiera, ya lo tendríamos.

—¿Por qué no nombras a uno sin más ni más?

—Tengo poca experiencia dando órdenes.

—Bah, tú y tu delicadeza. En el Norfolk todas las mujeres hablaban de lo bien que se las arreglaban sus maridos con los chicos.

—¿Por qué no tenemos un perro? —preguntó Regina.

—Porque tu padre es demasiado tonto hasta para encontrar un chico para la cocina. ¿Es que no has oído lo que acaba de decir tu madre?

—Pero un perro no es un chico para la cocina.

—Dios, Regina, ¿es que no puedes mantener la boca cerrada por una vez en tu vida?

—La niña no tiene la culpa.

—Estoy harto de que gimotees por las ollas de Rongai.

—Yo no he dicho nada de Rongai —insistió Regina.

—También se pueden decir cosas sin decirlas.

—Y tú siempre has dicho que todas las granjas son iguales —apuntó Jettel.

—Esta maldita granja no. Ésta tiene una chimenea, pero no tiene un chico para la cocina.

—¿No te gusta la chimenea, papá?

La insistencia en la voz de Regina inflamó la ira de Walter. Sólo sentía el deseo, tan pueril como grotesco, de no escuchar nada más, de no decir nada más. En el alféizar de la ventana estaban las tres lámparas para la noche. Walter cogió la suya, la rellenó de parafina, la encendió y bajó tanto la mecha que sólo emitía un débil resplandor.

—¿Adónde vas? —gritó Jettel asustada.

—Al bar —bramó Walter por toda respuesta, si bien el arrepentimiento le desgarró la garganta—. Un hombre tiene derecho a mear solo —añadió, e hizo un ademán que pretendía reflejar su intención de despedirse durante más tiempo, pero la broma no tuvo éxito.

La noche era fría y muy oscura. Sólo las hogueras ante las chozas de los chicos de las *schambas* centelleaban como diminutos puntos rojizos. En la linde del bosque aullaba un chacal que había salido de caza demasiado tarde. A Walter le pareció que también el animal se reía de él, de modo que se tapó fuertemente los oídos con las

manos, pero el sonido no cesaba. Se mofaba de él, y tanto lo atormentaba que por momentos creía que había ladrado un perro. Eran los mismos sonidos humillantes que profería Kimani cuando él le preguntaba por el chico para la cocina.

Walter pronunció el nombre de Kimani en voz queda, pero el eco, burlándose, se lo devolvió amplificado. Se percató de que la rebelión de su cabeza empezaba a atacarle al estómago, y se alejó de la casa corriendo para no vomitar a la puerta. La arcada no le procuró alivio alguno. El sudor en la frente, la sensación de entumecimiento en sus húmedas manos y el fino velo ante los ojos le recordaron la malaria y el hecho de que en Ol' Joro Orok no tenía vecinos a los que poder pedir ayuda.

Se frotó los ojos y comprobó, aliviado, que los tenía secos. Pese a todo, sintió la humedad en el rostro y, después, una opresión tan angustiada en el pecho que creyó que iba a desplomarse. Como el ladrido retumbaba cada vez con más fuerza en su oído derecho, Walter arrojó la lámpara en la hierba y permaneció inmóvil. El calor se apoderó de su cuerpo. Un olor que no pudo identificar le trajo primero un recuerdo, apagó luego su agitación. Comprendió que los trémulos movimientos no procedían de su corazón y, finalmente, notó también la áspera lengua que le lamía la cara.

«*Rummler* —susurró Walter—. *Rummler*, maldito canalla. ¿De dónde sales? ¿Cómo me has encontrado?». Repitió ora el nombre del animal ora cariñosos apelativos que nunca antes se le habían ocurrido, agarró el grueso pescuezo del perro con ambas manos, olió su humeante pelaje y se dio cuenta de que le volvían las fuerzas y veía bien otra vez.

Mientras Walter apretaba contra sí al agitado y jadeante animal y lo acariciaba asombrado, embriagado de una dicha que lo incomodaba, miró tímidamente alrededor como si temiera que pudieran sorprenderlo en el paroxismo de su ternura. Entonces vio una figura que se aproximaba.

Con torpeza, pues a duras penas logró liberarse de aquel abrazo de desmesurada alegría y turbación, Walter cogió la lámpara del suelo y subió la mecha. Primero sólo vio una sombra similar a una nube oscura, si bien pronto pudo distinguir el perfil de un hombre corpulento que corría cada vez más aprisa. Walter creyó divisar la silueta de un abrigo que aleteaba a cada una de las zancadas, aunque hacía ya días que no soplaba el viento.

Rummler gañó y ladró antes de emitir un gran aullido de alegría que, por un breve instante, silenció cualquier otro sonido y luego, de repente, se transformó en unas notas que sólo podían proceder de una persona. Alto y claro, un sonido familiar rasgó el silencio de la noche.

—*Perdí mi corazón en Heidelberg* —canturreó Owuor, recortándose contra la claridad amarillenta de la lámpara. Un trozo de su camisa blanca resplandecía bajo la toga negra.

Walter cerró los ojos y esperó, agotado, despertar de un sueño, pero sus manos sentían el lomo del perro y seguía oyendo la voz de Owuor:

—*Bwana*, duermes de pie.

Walter abrió la boca, pero no podía mover la lengua. Ni siquiera se percató de que había extendido los brazos hasta que notó el cuerpo de Owuor junto al suyo y la orla de seda de la toga en la barbilla. Durante unos preciosos segundos, dejó que el rostro de Owuor, con su nariz chata y su tersa piel, adoptara los rasgos de su padre. Experimentó un agudo dolor cuando la imagen de consuelo y añoranza se desvaneció, mas la dicha permaneció.

—Owuor, canalla, ¿de dónde sales?

—Canalla. —Owuor saboreó la extraña palabra y tragó saliva complacido, pues le había salido en el acto—. De Rongai. —Rió, hurgó bajo la toga, en el bolsillo del pantalón, y sacó un trocito de papel cuidadosamente doblado—. He traído las semillas —anunció—. Ahora también podrás plantar aquí tus flores.

—Son las flores de mi padre.

—Son las flores de tu padre —repitió Owuor—. Te han encontrado.

—Tú me has encontrado, Owuor.

—La *memsahib* no tiene cocinero en Ol' Joro Orok.

—No. Kimani no le ha encontrado ninguno.

—Ha ladrado como un perro. ¿No has oído ladrar a Kimani, *bwana*?

—Sí. Pero no sabía por qué ladraba.

—Era *Rummler*, que hablaba por boca de Kimani. Te decía que estaba de safari conmigo. Ha sido un largo safari, *bwana*. Pero *Rummler* tiene una buena nariz. Ha encontrado el camino.

Owuor esperó impaciente para ver si el *bwana* se creía la broma o si aún era tan tonto como un pollino y no sabía que en un safari un hombre necesita su cabeza y no la nariz de un perro.

—Owuor, fui otra vez a Rongai a recoger mis cosas, pero no estabas.

—Un hombre que ha de dejar su casa no tiene buenos ojos. No quería ver tus ojos.

—Eres listo.

—Eso dijiste el día en que llegaron las langostas —se alegró Owuor. Mientras hablaba, miraba a lo lejos como si quisiera recuperar el tiempo, y sin embargo sentía cada movimiento de la noche—. Ahí está la *memsahib kidogo* —dijo exultante.

Regina estaba en la puerta. Gritó varias veces el nombre de Owuor, cada vez más alto, y se precipitó hacia él mientras *Rummler* le lamía las piernas desnudas. Liberó su garganta y comenzó a chasquear la lengua. Ni siquiera cuando Owuor la depositó de nuevo en la blanda tierra y ella se inclinó sobre el perro y le humedeció el pelaje con los ojos y la boca, ni siquiera entonces dejó Regina de hablar.

—Regina, ¿qué farfullas? No entiendo una palabra.

—*Jaluo*, papá. Hablo *jaluo*. Como en Rongai.

—Owuor, ¿tú sabías que hablaba *jaluo*?

—Sí, *bwana*. Lo sé. El *jaluo* es mi lengua. Aquí en Ol' Joro Orok sólo hay

kikuyus y *nandis*, pero la *memsahib kidogo* tiene una lengua como la mía. Por eso he podido venir hasta ti. Un hombre no puede estar donde no se le entiende.

Owuor lanzó su risa al bosque y luego a la montaña con el sombrero de nieve. El eco tenía la fuerza que sus sedientos oídos necesitaban, y sin embargo su voz era queda cuando dijo:

—Pero eso ya lo sabes, *bwana*.

VI

El colegio de Nakuru, en la escarpada montaña, sobre uno de los lagos más famosos de la colonia, era el preferido por los granjeros que no podían permitirse un colegio privado y, con todo, concedían importancia a la tradición y la buena reputación de una escuela. Entre las familias distinguidas de Kenia, el de Nakuru se tenía por «algo mediocre», pues era estatal y no podía escoger a sus alumnos, pero los padres que tenían que conformarse con él por motivos económicos acostumbraban a refutar tan lamentables remilgos con una clara alusión a la extraordinaria personalidad del director. Se trataba de un hombre de Oxford, con los sanos criterios de la época victoriana y, ante todo, sin ideas pedagógicas modernas: la permisividad y la comprensión para con la psique de los niños bajo su tutela no formaban parte de sus principios.

Arthur Brindley, miembro del equipo de remo de Oxford en su juventud y condecorado con la Cruz de la Victoria en la Primera Guerra Mundial, tenía un saludable sentido de la proporción y se correspondía a la perfección con el ideal de la educación en la madre patria. Nunca aburría a los padres con tesis pedagógicas que no querían oír y que, de todos modos, no habrían entendido. Le bastaba con mencionar el lema del colegio. *Quisque pro omnibus*^[13] dominaba en letras doradas la pared del salón de actos y aparecía bordado en el escudo que debían lucir las chaquetas, corbatas y cintas del sombrero del uniforme escolar.

El señor Brindley se mostraba satisfecho y, en los días buenos, incluso un tanto orgulloso, cuando miraba por la ventana de su despacho, en el impresionante edificio principal de piedra blanca con las macizas columnas redondas en la entrada. Las numerosas construcciones pequeñas de madera clara y tejado de chapa que servían de dormitorios y eran el blanco de las burlas de los partidarios de los colegios privados excesivamente clasistas por parecerse a los cuartos de la servidumbre, algo absolutamente injusto en opinión de Brindley, le recordaban a su niñez en un pueblo del condado de Wiltshire. Las rosaledas, dispuestas con total precisión tras los espesos setos que rodeaban las casas de los profesores, y el tupido césped que separaba los campos de *hockey* de las viviendas de las profesoras le hacían pensar en suntuosas mansiones inglesas bien administradas. El lago, con la superficie teñida de rosa por los flamencos, estaba suficientemente cerca como para hacer las delicias de un ojo educado en la suavidad inglesa y a la vez tan lejos como para no permitir en los niños ningún deseo innecesario de naturaleza o de un mundo más allá del perímetro del colegio.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo los árboles bajos de finos troncos por los que trepaban prolíficos pimenteros irritaban al director. Había descubierto tiempo atrás que los árboles se adaptaban especialmente bien al árido paisaje del valle del Rift, pero a él poco le alegraban la vida desde que tenía que presenciar cada día cómo

últimamente algunos niños acudían allí en su tiempo libre. Brindley nunca había prohibido expresamente tan molesta incursión en lo privado; lo cierto es que tampoco había tenido motivo para hacerlo. Más aún le contrariaba la prueba de que a determinados alumnos, y todavía más a las nuevas alumnas, les resultaba tremendamente difícil hacerse a una vida que censuraba el individualismo y a los inconformistas.

Para Arthur Brindley, semejantes desviaciones de la armoniosa norma eran, sin duda, una consecuencia de la guerra. El director tenía que admitir en su colegio cada vez a más niños que mostraban escaso interés por las antiguas virtudes inglesas de pasar inadvertido y, sobre todo, de anteponer la comunidad a la propia persona. Un año después de que estallara la guerra, las autoridades de Kenia introdujeron la enseñanza general obligatoria para los niños blancos. Brindley lo consideró no sólo una limitación de la libertad paterna, sino también un esfuerzo auténticamente desmedido de la colonia por imitar a la amenazada madre patria en época de necesidad.

Para el colegio de Nakuru, en el centro del país, la escolarización obligatoria trajo consigo cambios decisivos. Tenía que admitir incluso a los hijos de los bóers y podía considerarse afortunado de que no fueran demasiados. A la mayoría la enviaron al colegio *afrikaans* de Eldoret. Aquéllos de los alrededores que fueron a parar a Nakuru eran obstinados y, pese a su escaso conocimiento de la lengua inglesa, no ocultaban su odio hacia Inglaterra. No intentaban ni llevarse bien con sus compañeros ni disimular su nostalgia. A pesar de todo, el trato con los irascibles y pequeños bóers resultó más sencillo de lo que se suponía en un principio. No reclamaban ninguna atención y los profesores sólo tenían que ocuparse de que los pequeños y tercicos rebeldes no se amotinaran y perturbaran la disciplina escolar.

Para el director, un problema mucho mayor lo constituían los hijos de los denominados refugiados. Cuando los llevaban al colegio sus padres, que tenían una desagradable propensión a montar las típicas escenas de despedidas continentales con apretones de manos, abrazos y besos, parecían los pequeños, lastimeros personajes de las novelas de Dickens. Sus uniformes eran de género de mala calidad y con toda seguridad no habían sido adquiridos en el correspondiente establecimiento de material escolar de Nairobi, sino que su confección era obra de sastres indios. Pocos eran los niños que llevaban el escudo del colegio.

Esto se oponía a la saludable tradición de igualación mediante el uniforme, y antes de que se introdujera la enseñanza obligatoria, habría sido motivo suficiente para no admitir a dichos alumnos. Sin embargo, el director sospechaba que si obraba según el reglamento, provocaría desagradables discusiones con las máximas autoridades escolares en Nairobi. Arthur Brindley encontraba molesta la situación. Ciertamente, él no era intolerante con aquellas personas con quienes, según tenía entendido, se había cometido una injusticia, motivo por el cual no habían podido quedarse allí donde les correspondía.

Así y todo, su acusado sentido de la justicia se resistía a que, de algún modo, los niños judíos parecieran marcados por la ausencia de escudo. Lo mismo se podía decir de las niñas los domingos, pues carecían de los preceptivos vestidos blancos para ir a la iglesia. Estaba seguro de que ésa era la *razón* de que pusieran tantas trabas cuando se les ordenaba ir a misa.

Pero «los malditos niños refugiados», como los llamaba Brindley en su círculo de colegas, traían de cabeza al director por otro motivo. Casi nunca se reían, siempre parecían mayores de lo que en realidad eran y, según los criterios ingleses, tenían unas pretensiones del todo absurdas. Apenas estas adustas criaturas desagradablemente precoces dominaban la lengua, cosa que solía suceder con una rapidez asombrosa debido a sus ganas de aprender y a su extrema ambición, fastidiosa incluso para pedagogos comprometidos, se convertían en marginadas de una comunidad en la que sólo contaban los éxitos deportivos. Brindley, que había estudiado literatura e historia y obtenido unos resultados altamente satisfactorios, no albergaba personalmente tales prejuicios en contra de los méritos intelectuales. Sin embargo, con los años había aprendido a aceptar como típico de la vida en la colonia el tranquilizador letargo de los hijos de los granjeros en clase. Nunca había tenido que preocuparse de la religión, de modo que con frecuencia se sorprendía reflexionando sobre si la excesiva aplicación no podría tener su origen en la doctrina judía. Tampoco consideraba por completo descabellada su tesis de que los judíos probablemente tuvieran ya desde pequeños una relación tradicional con el dinero y quizá sólo quisieran sacar el máximo provecho de la matrícula escolar. Si bien despreciaba semejantes intromisiones en el ámbito privado, a oídos de Brindley no dejaba de llegar el rumor de que numerosos padres de refugiados sólo a duras penas conseguían reunir las pocas libras de la matrícula escolar y que, aun en caso de que lo logaran, nunca podían darles a sus hijos la obligada paga.

Al director le parecía típico el caso de la niña del nombre impronunciable y los tres enardecidos hombres que la habían dejado por vez primera en el colegio de Nakuru hacía seis meses. Por aquel entonces, Inge Sadler no hablaba ni palabra de inglés, aunque era evidente que sabía leer y escribir, algo que a su profesora le pareció más un obstáculo que una ventaja. Al principio, la apocada chiquilla se limitaba a guardar silencio y parecía una niña de pueblo que tuviera que servir el té en una casa señorial.

Cuando Inge empezó a hablar, lo hizo en un inglés casi fluido, a excepción de un molesto arrastrar de las erres. Después sus progresos fueron tan enormes como irritantes. La propia señorita Scriver, que en un principio se había opuesto enérgicamente a admitir en su clase a una niña sin conocimientos lingüísticos, no tuvo más remedio que proponer que Inge adelantase dos cursos de golpe. Semejante cambio en medio del año escolar jamás se había dado en el colegio y en consecuencia no fue bien visto, ya que los pocos niños aventajados podrían haberse barruntado cierto favoritismo. Cosas así solían acarrear desagradables disputas con los padres.

La niña de Ol' Joro Orok, cuyo nombre era tan impronunciable como el de la pequeña empollona de Londiani, también había hecho imposible que Brindley se mantuviera fiel a su eficaz principio de no sentar precedentes. Exactamente igual que hiciera Inge antes que ella, durante las primeras semanas en el colegio de Nakuru, Regina había seguido todos los acontecimientos muda, asintiendo con timidez cuando le preguntaban. Luego, con una brusquedad que Brindley estimó un tanto provocadora, les dejó entrever a sus profesores que no sólo había aprendido inglés, sino que además sabía leer y escribir. También hubo que adelantar a Regina dos cursos de golpe. De modo que las dos pequeñas refugiadas, que de todas formas eran inseparables, volvían a sentarse juntas y no cabía duda de que, con su importuna ambición, no tardarían en dar problemas.

Brindley suspiraba siempre que pensaba en tales complicaciones. La costumbre le hizo dirigir la mirada hacia los pimenteros. Su enojo ante el talento que se salía de lo corriente se le antojó mezquino. Sin embargo, encontró significativo que precisamente las dos niñas que le habían obligado a faltar a sus principios de igualdad de trato para todos se apartaran cada vez más de la comunidad. Tal y como era de esperar, vio a las pequeñas extranjeras de negro cabello sentadas en los arbustos. Le disgustó la idea de que probablemente estudiaran incluso en el recreo y acabaran hablando alemán entre ellas, aunque fuera de clase estaba terminantemente prohibida toda conversación en lengua extranjera.

El director estaba equivocado. Inge sólo hablaba alemán con Regina cuando no sabía cómo seguir en inglés. De momento, el inesperado reencuentro con su amiga del Norfolk la hacía lo bastante feliz, y poseía el marcado instinto de los marginados que le aconsejaba no llamar la atención más de lo necesario. Así que Inge, inconsciente e imperturbablemente, animó a Regina a romper su mutismo con igual determinación que ella misma unos meses antes.

—Ahora —le dijo la primera vez que Regina pudo sentarse con ella— ya sabes inglés. No debemos volver a hablar en voz baja.

—No —reconoció Regina—. Ahora puede entendernos todo el mundo.

Era el destino común de dos niñas de la misma edad y de naturaleza muy diferente. Para Inge, Regina era el hada buena que la había liberado del tormento de la soledad. Regina, por su parte, ni siquiera se esforzaba por establecer contacto con sus compañeras. Éstas le fascinaban, pero le bastaba con Inge. Las dos percibían que no eran sólo las barreras lingüísticas de su difícil comienzo las que les impedían acceder al grupo. Los alegres y robustos niños de la colonia, que pese al inflexible reglamento escolar disfrutaban de la vida en común, sólo conocían el presente. Rara vez hablaban de las granjas en las que vivían y casi siempre lo hacían sin añoranza de sus padres. Despreciaban la nostalgia de las nuevas alumnas, se burlaban de todo lo que les resultaba extraño y detestaban en igual medida la debilidad física y los buenos resultados en clase. Ni el frío baño de las seis de la mañana, ni la carrera de resistencia antes de desayunar, ni las batatas quemadas con grasienta carne de carnero

del almuerzo, ni siquiera las vejaciones de los alumnos mayores, los castigos y las palizas eran capaces de turbar la serenidad de aquellos niños a quienes también sus padres habían criado en la austeridad.

Los domingos se ponían a escribir de mala gana las obligadas cartas a casa, mientras que para Inge y Regina esa hora de escritura constituía el punto culminante de la semana. Pese a todo, sus cartas no estaban exentas de cierta preocupación, pues aunque sabían que sus padres no podían leerlas, ya que estaban escritas en inglés, les faltaba valor para confiárselo a un profesor. Inge se servía de dibujitos que pintaba en el margen; Regina, del suajili. Ambas suponían que estaban contraviniendo el reglamento escolar y en la iglesia pedían ayuda fervorosamente. Así lo había dispuesto Inge.

«Los judíos —explicaba cada domingo— también pueden rezar en una iglesia. Basta con tener los dedos cruzados».

Era práctica, resuelta y no tan sentimental como su amiga, más fuerte y hábil. Carecía por completo de fantasía y tampoco tenía el talento de Regina para evocar imágenes con las palabras como por arte de magia. Desde que las dos amigas ya no necesitaban refugiarse en su lengua materna para entenderse, Inge disfrutaba con las descripciones de Regina como un niño al que su madre lee en voz alta.

Minuciosamente, con un marcado sentido del detalle, llena de añoranza y embriagada por sus recuerdos, Regina le hablaba de la vida en Ol' Joro Orok, de sus padres, de Owuor y Rummler. Eran historias llenas de nostalgia que evocaban un mundo amable. Hacían que el calor le recorriera el cuerpo y las lágrimas afluyeran a sus ojos, pero constituían su gran consuelo en un mundo de indiferencia y obligaciones.

Regina también sabía escuchar. Preguntando una y otra vez por la granja de Londiani y por la madre de Inge, a la que recordaba bien de su época en el Norfolk, hacía que también Inge percibiera los recuerdos como un prematuro retorno al hogar. Ambas niñas odiaban el colegio, les tenían miedo a sus compañeras y desconfiaban de los profesores. La peor carga era las esperanzas que habían depositado en ellas sus padres.

—Papi dice que no debo avergonzarlo y que tengo que ser la mejor de la clase —decía Inge.

—Mi papá dice lo mismo —asentía Regina—. A menudo me gustaría tener un *daddy* y no un papá —añadió el penúltimo domingo antes de las vacaciones.

—Entonces tu padre no sería tu padre —resolvió Inge, que siempre vacilaba un tanto antes de seguir a Regina en su huida a la fantasía.

—Sí que sería mi padre. Pero yo no sería Regina. Con un *daddy* yo sería Janet. Tendría unas largas trenzas rubias y un uniforme de tela muy gruesa que no me apretaría. Y si fuera Janet, tendría escudos por todas partes. Sabría jugar bien al *hockey* y nadie se me quedaría mirando por leer mejor que los demás.

—Pero entonces no sabrías leer —objetó Inge—. Janet no sabe leer. Lleva tres

años aquí y aún sigue en primero.

—Seguramente a su *daddy* le da igual —insistió Regina—. A Janet la quiere todo el mundo.

—Tal vez porque el señor Brindley va de caza con su padre en las vacaciones.

—Con mi padre nunca irá de caza.

—¿Es que tu padre va de caza? —preguntó Inge sorprendida.

—No, no tiene escopeta.

—El mío tampoco —replicó Inge más tranquila—. Pero si tuviera una escopeta, mataría a todos los alemanes. Odia a los alemanes. Mis tíos también los odian.

—Nazis —corrigió Regina—. En casa no puedo odiar a los alemanes, sólo a los nazis. Pero odio la guerra.

—¿Por qué?

—La guerra tiene la culpa de todo. ¿No lo sabías? Antes de la guerra no teníamos que ir al colegio.

—Dentro de dos semanas y dos días habrá acabado todo —calculó Inge—. Entonces podremos irnos a casa. Puedo llamarte Janet cuando estemos solas y nadie nos oiga. —Rió de su ocurrencia.

—Tonterías. Eso es sólo un juego. Cuando estemos solas y nadie nos oiga, tampoco querré ser Janet.

También Brindley tenía ganas de que llegaran las vacaciones. Cuanto mayor se hacía, más largos se le antojaban los meses de colegio. Ya no le complacía aquella vida rodeado de niños y en compañía de colegas que eran más jóvenes que él y no compartían ni sus opiniones ni sus ideales. El período que precedía a las vacaciones, cuando tenía que corregir los exámenes del semestre y poner las notas, mermaban de tal modo sus fuerzas que incluso se veía obligado a trabajar los domingos.

Aunque estaba agotado y para él el mundo se reducía al monótono cambio de la tinta azul a la roja, Brindley cayó de inmediato en la cuenta de que las pequeñas refugiadas, como seguía llamándolas cuando estaba a solas, habían vuelto a lucirse en los exámenes.

Aguardó a que le sobreviniera la irritación que le producía toda desviación de la norma, pero entonces se percató, asombrado, de que la habitual desazón no le hacía mella.

Pese a sus depresivas ideas sobre la disminución de su flexibilidad, se apartó lo suficiente de su costumbre de valorar mucho más la mediocridad que esa brillantez de la que, en su opinión, uno no podía fiarse en absoluto. Con una obstinación que le sorprendió, ya que no era del agrado de su naturaleza, se dijo que al fin y al cabo un colegio también tenía la obligación de formar a los niños intelectualmente y no sólo de ejercitarlos en las proezas deportivas.

Un tanto a disgusto, Brindley se dio cuenta de que no había vuelto a pensar de tal modo desde su época de estudiante en Oxford. Si estuviera en buena forma, ciertamente no se habría entregado a tales pensamientos, pero en su estado actual de

enojoso cansancio e inexplicable sublevación, aquellas cavilaciones resucitaron unas sensaciones a las que ya no estaba acostumbrado tras tantos años como director.

«La pequeña de Ol' Joro Orok —dijo en voz alta al ver las calificaciones de Regina— es realmente una alumna portentosa».

Por lo general, Brindley sentía aversión por quienes mostraban tendencia a los soliloquios. Pese a todo, sonrió al oír su propia voz. Y se sorprendió pensando que el nombre de Regina no le resultaba tan impronunciado como siempre había creído. Al fin y al cabo, había estudiado latín durante años, no sin cierto placer. De modo que se abismó en reflexiones sobre cómo diablos se les ocurría a los alemanes cargar a sus hijos con nombres tan pretenciosos. Llegó a la conclusión de que probablemente tuviera algo que ver con sus ansias de llamar la atención incluso en las cosas más nimias.

Sin esforzarse lo más mínimo en justificar un comportamiento que se le antojaba tan impropio como peregrino, sacó la redacción de Regina de entre un montón de cuadernos que reposaban sobre el alféizar de la ventana y comenzó a leerla. Ya las primeras frases despertaron su curiosidad y el conjunto lo dejó boquiabierto. Nunca había visto semejante modo de expresarse en una niña de ocho años. Regina no sólo escribía en perfecto inglés, también tenía un vasto vocabulario y una fantasía inusitada. Le inquietaban, en particular, las comparaciones, que desde su punto de vista provenían de un mundo extraño y lo conmovían por exageradas. La señorita Blandford, la tutora, había escrito «*Well done*^[14]!», al pie de la composición. Siguiendo un impulso que atribuyó a la expectación ante las vacaciones, cogió las notas de Regina y repitió la alabanza con su empinada caligrafía.

Nunca había sido costumbre de Brindley ocuparse de un niño en concreto más de lo necesario. Siempre le había ido bien no dejándose llevar por las emociones hacia un sentimentalismo que consideraba estúpido en su profesión, pero ni Regina ni su redacción le dejaban descansar. Desganado, empezó a leer los trabajos restantes, pero le costaba concentrarse. Contra su voluntad, cedió al impulso, poco habitual en él, de zambullirse en un pasado que creía olvidado hacía tiempo. Y el pasado se burló de él con un torrente de imágenes que, en su profusión, le pareció curioso y molesto.

A las cinco, en contra de su convicción de hacerlo únicamente cuando estaba enfermo, ordenó que el té le fuera servido en sus habitaciones, y tuvo que hacer un esfuerzo para asistir al oficio religioso vespertino en el salón de actos. Se llevó un buen sobresalto al sorprenderse buscando el rostro de Regina entre la multitud, y le entraron ganas de sonreír cuando se dio cuenta de que, en el padre nuestro, la niña únicamente movía los labios y no rezaba con los demás. Con la intransigencia consigo mismo que, por lo demás, solía protegerlo con tanta eficacia de la amenaza de las emociones tiernas, Brindley se llamó a sí mismo viejo loco, si bien no estimó desagradable la prueba de que no llevaba tanto tiempo sumido en la rutina de la vida cotidiana, petrificado, como a menudo pensara durante el semestre que ahora acababa. Al día siguiente hizo llamar a Regina.

Regina entró en su despacho y se quedó en pie; estaba pálida y delgada y parecía insultantemente tímida para un director que atribuía importancia a que también los más pequeños mostraran coraje y tuvieran la suficiente disciplina para controlar sus sentimientos. Disgustado, Brindley pensó que la mayoría de los niños del continente no parecía lo bastante fuerte y además durante el periodo escolar siempre perdía peso. Probablemente, reflexionó, estaban acostumbrados a otra comida. Seguro que en casa los mimaban demasiado y no los alentaban a que solucionaran sus problemas por sí solos.

Cuando era joven, tuvo ocasión de efectuar numerosas observaciones de este tipo durante un viaje a Italia; comprobó cómo las madres idolatraban a sus hijos con absoluta desvergüenza y los instaban a que comieran. A veces seguía dándole rabia que entonces incluso envidiara a los despóticos principitos y a las emperejiladas princesitas. Se dio cuenta de que había dado rienda suelta a sus pensamientos. Últimamente le ocurría demasiado a menudo. Era como un perro viejo que ya no sabe dónde ha enterrado su hueso.

—¿Eres tan endemoniadamente lista o sencillamente no puedes soportar no ser la primera de la clase? —preguntó. Su tono le produjo un inmediato desagrado. Se dijo, desconcertado, que no era su cometido, y ciertamente antes no se habría correspondido con su ética profesional, hablarle así a una niña que no había hecho más que dar lo mejor de sí misma.

Regina no comprendió la pregunta. Las palabras en sí las entendía, pero no tenían ningún sentido. Los ruidosos latidos de su corazón la asustaban, la angustiaban, de modo que se limitó a mover la cabeza suavemente de un lado a otro y aguardar a que cediera la sequedad en su boca.

—Te he preguntado que por qué estudias tanto.

—Porque no tenemos dinero, señor.

El director recordó haber leído en alguna parte que los judíos tenían la costumbre de hablar de dinero fuera cual fuese el tema. No obstante, sentía demasiado desprecio por las generalizaciones como para darse por satisfecho con una explicación que consideraba simple y en cierto modo odiosa. Era como un cazador que hubiera abatido sin querer a la madre de un animal joven, y experimentó una desagradable opresión en el estómago. Incluso lo aturdiría el leve latido de sus sienas.

El anhelo de un mundo previsible, sin complicaciones y con los tradicionales criterios que proporcionaban apoyo a un hombre que se iba haciendo mayor era como un dolor físico. Durante un breve instante, Brindley se planteó hacer salir a Regina, pero luego se dijo que resultaría ridículo terminar una conversación antes de que hubiera empezado. ¿Sabría la pequeña de qué estaban hablando? Probablemente, con lo aplicada que era, lo había entendido todo.

—Mi padre sólo gana seis libras al mes, y este colegio cuesta cinco. —Regina rompió así el silencio.

—¿Estás segura?

—Oh, sí, señor. Me lo ha dicho mi padre.

—¿De veras?

—Me lo dice todo, señor. Antes de la guerra no podía mandarme al colegio. Eso lo ponía muy triste. Y a mi madre también.

Brindley nunca se había encontrado en la embarazosa situación de tener que discutir la cuantía de la matrícula escolar, y el hecho de que tuviera que hablar de dinero —como un comerciante indio— precisamente con una alumna, y para colmo una alumna tan pequeña, se le antojó grotesco. Su sentido de la autoridad y del decoro le obligaba a empezar de nuevo la conversación, ya que no sabía cómo terminarla, pero en su lugar preguntó:

—¿Qué tiene que ver con esto la maldita guerra?

—Cuando llegó la guerra —informó Regina— tuvimos bastante dinero para el colegio. Ya no lo necesitábamos para mi abuela y mi tía.

—¿Por qué?

—Porque ya no pueden salir de Alemania y venir a Ol' Joro Orok.

—¿Y qué están haciendo en Alemania?

Regina sintió que le ardía la cara. No era bueno que el miedo le cambiara a una el color. Pensó si debía contarle que su madre se echaba a llorar cada vez que alguien hablaba de Alemania. Quizá el señor Brindley nunca había oído hablar del llanto de las madres y seguro que le molestaría. Ni siquiera aprobaba el llanto de los niños.

—Antes de la guerra —tragó saliva— mi abuela y mi tía nos escribían cartas.

—*Little Nell* —dijo Brindley en voz queda.

Estaba sorprendido, pero, de un modo absolutamente absurdo, también aliviado por haber encontrado al fin el valor para pronunciar ese nombre. Regina ya le había recordado a la pequeña Nell cuando entró en su despacho, pero entonces él aún había sido capaz de resistirse a sus recuerdos. Qué curioso que, después de tantos años, le viniera a la cabeza precisamente esa novela de Dickens. Siempre la había tenido por una de sus peores obras, demasiado sentimental, melodramática y nada inglesa, y sin embargo ahora le parecía efusiva y, en cierto modo, incluso hermosa. Interesante cómo cambiaban las cosas con la edad.

—*Little Nell* —repitió el director con una seriedad que ya no le resultaba desagradable y que incluso le regocijó—. Así pues, ¿estudias tanto sólo porque este colegio es muy caro?

—Sí, señor —asintió Regina—. Mi padre ha dicho: no debes tirar nuestro dinero por la ventana. Cuando uno es pobre, ha de ser siempre mejor que los demás.

Estaba satisfecha. No había sido fácil poner las palabras de papá en la lengua del señor Brindley. De todos modos, él ni siquiera era capaz de recordar el nombre de sus alumnas, y seguro que nunca había oído hablar de personas que no tenían dinero, aunque quizá la hubiera entendido.

—Quiero decir, tu padre, ¿qué hacía en Alemania?

La falta de recursos volvió a hacer que Regina enmudeciera. ¿Cómo iba a decir en

inglés que su padre antes era abogado?

—Llevaba puesto un abrigo negro cuando trabajaba —se le ocurrió—, pero en la granja ya no le hace falta. Se lo regaló a Owuor el día en que llegaron las langostas.

—¿Quién es Owuor?

—Nuestro cocinero —repuso Regina, y se acordó con deleite de la noche en que su padre lloró cálidas lágrimas sin sal—. Owuor vino andando desde Rongai hasta Ol' Joro Orok con nuestro perro. Pudo venir sólo porque yo sé *jaluó*.

—¿*Jaluó*? ¿Qué demonios es eso?

—La lengua de Owuor —contestó Regina sorprendida—. Owuor sólo me tiene a mí en la granja. Todos los demás son *kikuyus*. Menos Daji Jiwan, que es indio. Y nosotros, claro. Nosotros somos alemanes pero no nazis —se apresuró a precisar—. Mi padre siempre dice: Los hombres necesitan su propia lengua. Y Owuor también lo dice.

—Quieres mucho a tu padre, ¿verdad?

—Sí, señor. Y a mi madre también.

—Tus padres se alegrarán cuando vean tus notas y lean tu excelente redacción.

—No podrán, señor. Pero yo se lo leeré todo en voz alta. En su lengua. También sé su lengua.

—Ya puedes irte —dijo Brindley, abriendo la ventana. Cuando Regina estaba casi en la puerta, añadió—: No creo que a tus compañeras les interese lo que hemos estado hablando aquí. No es necesario que se lo cuentes.

—No, señor. *Little Nell* no hará eso.

VII

Los lunes, miércoles y viernes llegaba a Ol' Joro Orok el camión de Thompson's Falls —que, demasiado ancho para la estrecha carretera, tenía que abrirse paso por entre las temblorosas ramas de los árboles— y dejaba en la tienda de Patel, además de cosas útiles como parafina, sal y clavos, un gran saco con cartas, periódicos y paquetes. Antes de aquel momento crucial, Kimani siempre permanecía largo rato sentado a la sombra de las tupidas moreras. Tan pronto divisaba los contornos de la nube de polvo rojizo que se acercaba volando como un pájaro, la vida volvía a sus dormidos pies, se levantaba y estiraba el cuerpo como la cuerda de un arco tensado. Kimani adoraba esa repetición regular de la espera y la esperanza, ya que, como portador del correo y las mercancías, para el *bwana* era más importante que la lluvia, el maíz y el lino. Todos los hombres de la granja envidiaban a Kimani por su relevancia.

Sobre todo Owuor, el *jaluo* de las canciones ruidosas que arrancaban la risa de la garganta del *bwana* como por arte de magia, intentaba una y otra vez robar los días de Kimani, mas siempre acababa como un cazador sin suerte tras una presa que no le corresponde. También en las chozas de los *kikuyus* había muchos hombres jóvenes con piernas más sanas y más aire en el pecho que Kimani que podrían ir corriendo sin esfuerzo hasta la *duka* de Patel y regresar a la granja sin pararse a descansar, pero el poder de la sagaz lengua de Kimani rechazaba todo ataque a su derecho.

Cuando salía de su cabaña por la mañana, aún veía las estrellas en el cielo; llegaba a la tienda del canalla de Patel justo cuando el sol se disponía a devorar su sombra. Pero siempre era Kimani el que tenía que esperar al camión y no el camión a él. El largo trayecto por el bosque, con los taciturnos monos negros que sólo dejaban ver sus blancas melenas al saltar de un árbol a otro, era fatigoso. En los días de calor, entre las estaciones de las lluvias, de camino a la tienda Kimani oía a sus huesos gritar. Al volver a casa ya ardían las hogueras ante las chozas. Entonces sus pies estaban tan calientes como si hubieran tenido que apagar las brasas a toda prisa. Pero la alegría saciaba el cuerpo de Kimani, aun cuando en todo el día no hubiera tomado más que agua. La noche anterior, la *memsahib* siempre le llenaba de agua la hermosa botella verde.

Duros eran los días en que la hiena de Patel respondía a la pregunta de si había correo para la granja con enojadas sacudidas de la cabeza, y era como si le hubiera arrebatado a los buitres los mejores bocados. Y es que el *bwana* necesitaba sus cartas como un hombre sediento las gotas de agua que evitan que duerma para siempre. Cuando Kimani volvía a casa de la apestosa *duka* de Patel sin nada más que harina, azúcar y el pequeño cubo con la amarillenta manteca semilíquida para la *memsahib*, los ojos del *bwana* perdían su brillo como el pelaje de un perro moribundo. Un solo periódico era capaz de alegrarlo, y recibía el pequeño rollo de papel con un suspiro,

que era una dulce medicina para unos oídos que, durante todo el día, no habían hecho más que devorar los sonidos de las fauces de las bestias.

El *bwana* llevaba en la granja tres estaciones de las lluvias pequeñas y dos grandes. Ese tiempo le había servido a Kimani para comprender —si bien tan despacio como un burro nacido antes de tiempo— las muchas cosas que al principio de su nueva vida con el *bwana* le enredaban la cabeza. Ahora sabía que al *bwana* no le bastaba con el sol durante el día y la luna por la noche, ni con la lluvia sobre la piel seca o una hoguera chillando bien fuerte en el frío, ni con las voces de la radio, que nunca se concedían el sueño, ni siquiera con el lecho de la *memsahib* y los ojos de la hija cuando regresaba a la granja del colegio en el lejano Nakuru.

El *bwana* necesitaba periódicos. Alimentaban su cabeza y remojaban su garganta, y ésta contaba *schauris* que nadie en Ol' Joro Orok había oído jamás. En el camino de la casa a los linares y las florecientes plantaciones de pelitre, el *bwana* le hablaba de la guerra. Eran apasionantes historias de hombres blancos que se mataban entre sí, como en los viejos tiempos hicieran los *masai* con sus pacíficos vecinos, pues codiciaban su ganado y a sus mujeres.

Los oídos de Kimani adoraban aquellas palabras, que eran como un joven, intenso viento, pero su pecho también sentía que, al hablar, el *bwana* mascaba una antigua tristeza, pues cuando partió en su largo safari hacia Ol' Joro Orok no pensó en llevar su corazón consigo. Una vez el *bwana* se sacó del bolsillo del pantalón una imagen azul con numerosas manchas de colores y señaló con la uña del dedo más largo un diminuto punto.

«Amigo mío —le dijo—, aquí está Ol' Joro Orok. —Movi6 el dedo un poco y sigui6 hablando lentamente—: Y aqu6 estaba la choza de mi padre. Nunca volver6 aqu6».

Kimani ri6, pues su enorme mano pod6a tocar sin esfuerzo ambos puntos de la imagen azul al mismo tiempo, y, sin embargo, supo que su cabeza no hab6a comprendido lo que el *bwana* quer6a decirle. Con las im6genes de los peri6dicos que Kimani recog6a en la tienda de Patel la cosa cambiaba. Dejaba que el *bwana* se las mostrara una y otra vez y aprendi6 tambi6n a interpretarlas.

En ellas hab6a casas m6s altas que los 6rboles y, sin embargo, las armas de los furiosos aviones las abat6an como el fuego del matorral abate el bosque. Barcos con altas chimeneas se hund6an en el mar como si fueran piedrecitas en un r6o crecido de repente tras las grandes lluvias. Las im6genes siempre mostraban hombres muertos. Algunos yac6an en el suelo pl6cidamente, como si quisieran dormir tras el trabajo bien hecho, otros hab6an reventado como cebras muertas expuestas demasiado tiempo al sol. Todos los muertos ten6an fusiles a su lado, pero 6stos no hab6an podido ayudarlos, ya que en la guerra de los blancos bien armados cada hombre ten6a un fusil.

Cuando el *bwana* hablaba de la guerra, siempre lo hac6a tambi6n de su padre. Entonces, nunca miraba a Kimani; su mirada vagaba hasta la alta monta6a sin que

viera su cabeza de nieve. Cuando hablaba, lo hacía con la voz de un niño impaciente que desea la luna de día y el sol de noche, y decía:

—Mi padre se está muriendo.

A Kimani esas palabras le resultaban tan familiares como su propio nombre, y aunque se tomaba su tiempo antes de abrir la boca, sabía lo que tenía que decir y preguntaba:

—¿Tu padre desea morir?

—No, no desea morir.

—Un hombre no puede morir si no lo desea —aseguraba en todas las ocasiones Kimani. Al principio mostraba los dientes al hablar, como hacía siempre que estaba contento, pero con el tiempo se acostumbró a dejar que de su pecho escapara un suspiro. Le preocupaba que su *bwana*, que tanto sabía, no fuera lo bastante listo para comprender que la vida y la muerte no eran cosa de los hombres, sino sólo del poderoso dios Mungo.

El *bwana* anhelaba las cartas más aún que los periódicos con las imágenes de casas destruidas y hombres muertos. Kimani estaba perfectamente al tanto del asunto de las cartas. Cuando el *bwana* llegó a la granja, Kimani aún creía que todas las cartas eran iguales. Pero ya no era tan tonto. Las cartas no eran como dos hermanos que hubieran salido juntos del vientre de su madre. Las cartas eran como las personas: nunca iguales.

Dependía del sello. Sin él una carta no era más que un trozo de papel y no podía emprender ni el más pequeño safari. Una única estampilla con la imagen de un hombre de cabello rubio y rostro de mujer hablaba de un viaje que un hombre podía hacer a pie. Eran justo esas cartas las que Kimani recogía a menudo en la *duka* de Patel. Procedían de Gilgil y eran del *bwana* que al reír hacía danzar su abultado vientre y tenía una *memsahib* que cantaba mejor que los pájaros.

Ambos venían con frecuencia a la granja desde Gilgil, y cuando las grandes lluvias convertían la carretera en un lodazal y los amigos del *bwana* no podían venir a Ol' Joro Orok, le enviaban cartas. De Nakuru llegaban las cartas de la *memsahib kidogo*, que aprendía a escribir en el colegio. Los sobres amarillos tenían el mismo sello que los de Gilgil, pero Kimani sabía quién había escrito la carta antes de que el *bwana* se lo dijera. Con las de la pequeña *memsahib* sus ojos se iluminaban como lozanas flores de lino y su piel nunca olía a miedo.

Las cartas con muchos sellos habían viajado mucho. Cuando el *bwana* las veía en la mano de Kimani, ni siquiera se tomaba tiempo de exhalar el aire de su pecho antes de rasgar el sobre y empezar a leer. Y había un sello que tenía él solo más poder que todos los demás juntos para inflamar al *bwana*. Éste también mostraba a un hombre sin brazos ni piernas, pero no era rubio. El cabello que se precipitaba desde su cabeza era tan negro como el del apestoso chucho de Patel. Los ojos eran pequeños y entre la nariz y la boca crecía una mata muy baja de tupido pelo negro plantada con esmero.

A Kimani le gustaba contemplar largo rato aquel sello en concreto. Era como si el

hombre quisiera hablar y tuviera una voz capaz de rebotar fuertemente contra la montaña. Tan pronto el *bwana* veía el sello, sus ojos se tornaban profundas cavidades y él mismo se quedaba tan inmóvil como un hombre amenazado por un furibundo ladrón con una *panga* recién afilada que hubiera olvidado cómo defenderse.

La imagen del hombre con el pelo bajo la nariz ahuyentaba la vida del cuerpo del *bwana*, que se tambaleaba como un árbol que aún no ha aprendido a doblegarse ante el viento. Antes de abrir aquellas cartas tan llenas de fuego, el *bwana* siempre gritaba: «¡Jettel!». Su voz se volvía débil como la de un animal que ya no tiene voluntad para escapar de la muerte.

Así y todo, Kimani sabía que al *bwana* le gustaba recibir las cartas que le daban miedo. Seguía siendo como un niño al que le falta la tranquilidad para quedarse sentado y dejar que el día se deslice como la fina tierra entre los dedos hasta que la cabeza caiga sobre el pecho y aparezca el sueño. Kimani sentía salada la garganta cuando pensaba que el *bwana* necesitaba la emoción que le hacía enfermar para seguir teniendo fuerza en sus miembros.

Hacía tiempo que no llegaba una carta así. Pero cuando Kimani le preguntó a Patel por el correo el día anterior a la gran cosecha de lino, el indio rebuscó en la estantería de madera y sacó una carta que no satisfizo el enorme anhelo de familiaridad de Kimani. Vio de inmediato que era una carta distinta de todas las demás que había llevado a casa hasta entonces.

El papel era fino y, en la mano de Patel, sonaba como un árbol moribundo en el primer viento de la tarde. El sobre era más pequeño que de costumbre. Faltaba el sello de colores. En su lugar, Kimani vio un círculo negro con pequeñas y finas líneas en el centro similares a diminutas lagartijas. En la esquina derecha del sobre relucía una cruz roja. Ya desde lejos se abalanzó sobre Kimani como una serpiente hambrienta. Por un momento se temió que la cruz roja también pudiera gustarle a Patel y decidiera no darle la carta. Pero el indio estaba discutiendo con una mujer *kikuyu* que acababa de meter los dedos muy dentro en un saco de azúcar, así que, refunfuñando, puso la carta sobre la sucia mesa.

Ya en el bosque, libre de las enojadas miradas de Patel, Kimani se detuvo para contemplar la cruz. A la sombra relucía más aún que en la tienda y era una alegría para unos ojos que, bajo los árboles, incluso durante el día capturaban únicamente los colores de la noche. Si Kimani cerraba un ojo y movía al mismo tiempo la cabeza, la cruz se ponía a bailar. Rió al comprender que se estaba comportando como un monito que ve por vez primera una flor.

Kimani se preguntaba una y otra vez si la hermosa cruz roja le gustaría al *bwana* tanto como a él o si también encerraría la misma magia mala y abrasadora que el hombre del pelo negro. No podía decidirse, por mucho que hiciera trabajar a su cabeza. La incertidumbre le arrebató la alegría por la carta y tornó sus piernas pesadas. El cansancio corvaba su espalda y se le pegaba en los ojos. La cruz parecía distinta que en la tienda y en el tiempo de las sombras largas. Se había dejado robar el

color.

Kimani se asustó. Sintió que había permitido que la noche se le acercara demasiado. Ella se aprovecharía de que no llevara una lámpara consigo. Si su cuerpo no recobraba las fuerzas y se apresuraba, oiría a las hienas antes de ver los primeros campos y eso no era bueno para un hombre de su edad. Tuvo que hacer el último tramo del camino a la carrera, y cuando alcanzó los primeros campos, tenía más aire en la boca que en el pecho.

La noche aún no había llegado a la granja. Ante la casa, Kamau limpiaba los vasos, atrapando el último rayo rojizo de sol. Lo envolvía en un trapo y volvía a liberarlo. Owuor estaba sentado en una caja de madera delante de la cocina, limpiándose las uñas con un tenedor plateado. Enviaba su voz a la montaña con la canción que siempre hacía hervir la piel de Kimani y reír al *bwana*.

La pequeña *memsahib* corría con el perro hacia la casa del corazón en la puerta, saltando entre la alta hierba amarilla. Movía la lámpara, que aún no estaba encendida, como si fuera tan ligera como un trozo de papel. Kania recortaba agujeros redondos en el aire con la escoba. Mascaba un palito para hacer que sus dientes, de los que estaba muy orgulloso, se volvieran aún más blancos. Como siempre que aguardaba el correo, el *bwana* estaba inmóvil ante la casa como un guerrero que aún no ha divisado al enemigo. La *memsahib* estaba a su lado. Los pequeños pájaros blancos que sólo vivían en su vestido volaban hacia las flores amarillas de la tela negra.

Jadeando por el esfuerzo de la carrera, Kimani aguardaba la alegría que solía experimentar cuando ambos salían corriendo hacia él, pero la satisfacción tardó demasiado tiempo en llegar y se desvaneció tan aprisa como la niebla de la mañana. Aunque el frío ya le lamía la piel, acres gotas de sudor le corrían por los ojos. De repente Kimani tuvo la sensación de ser un anciano que confunde a sus hijos y en los hijos de los hijos ve a sus hermanos.

Kimani sintió la mano del *bwana* en el hombro, pero estaba demasiado confundido para sacar calor del familiar placer. Notó que la voz del *bwana* no era más vigorosa que la de un niño que no encuentra en el acto el pecho de su madre. Entonces supo que el temor que le había sobrevenido como una repentina fiebre lo había hecho arrancar a tiempo.

—Han escrito a través de la Cruz Roja —musitó Walter—. No tenía idea de que se pudiera.

—¿Quién? ¡Di! ¿Cuánto más vas a seguir con la carta en la mano? Ábrela. Tengo un miedo atroz.

—Yo también, Jettel.

—Ábrela de una vez.

Cuando Walter sacó la delgada hoja de papel del sobre, recordó la fronda otoñal del bosque de Sohrau. Aunque rechazó el recuerdo al instante, obstinadamente, vio con hiriente claridad los contornos de una hoja de castaño. Después se le embotaron los sentidos. Sólo la nariz seguía burlándose de él con un aroma que lo atormentaba.

—¿Papá y Liesel? —preguntó Jettel en voz baja.

—No. Mamá y Käte. ¿Te la leo?

El tiempo que Jettel tardó en asentir con la cabeza fue un plazo de gracia. Bastó para que Walter leyera las dos líneas —a todas luces escritas con gran urgencia— acercándose tanto la carta a la cara que no tuviera que ver a Jettel y ella tampoco pudiera verlo a él.

—«Queridos todos —leyó Walter en voz alta—, estamos muy nerviosas. Mañana tenemos que ir a Polonia a trabajar. No nos olvidéis. Mamá y Käte».

—¿Eso es todo? ¡No puede ser todo!

—Sí, Jettel, sí. Sólo podían escribir veinte palabras. Les han regalado una.

—¿Por qué Polonia? Pero si tu padre siempre ha dicho que los polacos son aún peores que los alemanes. ¿Cómo es que hacen eso? ¡Pero si en Polonia hay guerra! Allí estarán aún peor que en Breslau. ¿O crees que quieren intentar emigrar por Polonia? ¡Di algo!

La lucha sobre si sería un pecado perdonable concederle a Jettel por última vez la clemencia de la mentira fue breve. La sola idea de huir le parecía a Walter un sacrilegio, una blasfemia.

—Jettel —empezó, y renunció a buscar palabras que hicieran la verdad más soportable—, debes saberlo. Tu madre así lo quiso. De lo contrario no habría escrito esta carta. No podemos seguir albergando esperanzas. Polonia significa la muerte.

Regina volvía caminando lentamente con *Rummler* del retrete a la casa. Había encendido la lámpara y dejaba que el perro persiguiera las trémulas sombras por el sendero cubierto de piedras claras que discurría entre la rosaleta y la cocina. El perro intentaba hundir sus patas en las manchas negras y aullaba decepcionado tan pronto como volaban hacia el cielo.

Walter vio que Regina reía, aunque al mismo tiempo oyó que gritaba «¡mamá!» como si estuviera angustiada. Al principio pensó que había aparecido la serpiente de la que Owuor les había advertido por la mañana, y bramó: «¡No te muevas!». Sin embargo, cuando los gritos cobraron más fuerza y engulleron todos los demás sonidos de la inminente oscuridad, supo que no era Regina la que llamaba a su madre, sino Jettel.

Walter le tendió los brazos a su mujer sin llegar a alcanzarla, y por fin consiguió arrancarle el miedo gritando su nombre varias veces. La vergüenza por su incapacidad de compartir su dolor se tornó pánico, un pánico que paralizaba sus miembros. Más aún lo mortificó descubrir que envidiaba a su esposa la terrible certeza que el destino le negaba a él para su padre y su hermana.

Al cabo de un tiempo que se le antojó demasiado largo se dio cuenta de que Jettel ya no gritaba. Estaba de pie, frente a él, con los brazos caídos y los hombros temblorosos. Por fin Walter halló fuerzas para tocarla y agarrarle la mano. En silencio, metió a su mujer en casa.

Owuor, que por lo general nunca abandonaba la cocina antes de preparar el té de

la cena, se encontraba ante la chimenea encendida, dejando vagar su mirada por la madera apilada. También Regina estaba allí. Se había quitado las botas de goma y sentado con Rummler bajo la ventana, como si nunca se hubiera movido. El perro le lamía la cara, pero ella miraba al suelo, mascando un mechón de pelo y abrazándose al voluminoso cuerpo del animal. Entonces Walter supo que su hija estaba llorando. No era preciso que le explicara nada.

—Mamá me prometió que estaría conmigo cuando volviera a tener un hijo —sollozó Jettel sin que de sus ojos brotaran lágrimas—. Me lo prometió cuando nació Regina. ¿No te acuerdas?

—No, Jettel, no. Los recuerdos son un tormento. Siéntate.

—Me lo prometió firmemente. Y siempre mantenía sus promesas.

—No llores, Jettel. Las lágrimas no son para gente como nosotros. Es el precio que hemos de pagar por habernos salvado. Ya nunca cambiará. No sólo eres hija, también eres madre.

—¿Quién dice eso?

—Dios. Me lo dijo por boca de Oha en el campo, cuando no quería seguir adelante. Y no te preocupes, Jettel, no tendremos más hijos hasta que el destino no vuelva a querer nuestro bien. Owuor, tráele a la *memsahib* un vaso de leche.

Owuor se tomó aún más tiempo que en los días sin sal para decidir qué trozo de madera debía arrojar al fuego. Al ponerse en pie, miró a Jettel, aunque le habló a Walter:

—Calentaré la leche, *bwana* —repuso con una lengua que tardó en obedecerlo—. Si la *memsahib* llora demasiado tampoco será niño esta vez. —Y se dirigió hacia la puerta, sin volverse.

—¡Owuor! —exclamó Jettel, y el gran asombro volvió a dotar de firmeza a su voz—. ¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo en la granja sabe que mamá va a tener un niño —replicó Regina, atrayendo la cabeza de *Rummler* a su regazo—. Todos menos papá.

VIII

El doctor James Charters se percató del tic de su ceja izquierda y del enojoso malentendido al ver ante su cuadro favorito, el de los magníficos perros de caza, a las dos desconocidas. Se encontraban aún a casi un metro de él y ya estaban tendiéndole la mano. Era prueba suficiente de que procedían del continente. La mirada estudiadamente discreta a la tarjetita amarilla junto al tintero reforzó su sospecha. Bajo el extraño apellido, Charters halló la observación de que el Stag's Head había pedido hora en su consulta para la paciente.

Desde que estallara la guerra ya no podía uno fiarse de las recepciones de los hoteles. Era evidente que tenían dificultades para identificar a aquellos huéspedes que habían cambiado todo el sistema de vida de la colonia. Hubo un tiempo en que en el único hotel de Nakuru se alojaban casi exclusivamente los granjeros de las inmediaciones que se permitían unos días libres y la ilusión de la vida en la gran ciudad cuando iban a llevar a sus hijos al colegio, tenían que ir al médico o debían hacer algo en la alcaldía del distrito. Por aquella época, que Charters ya llamaba los viejos tiempos, aunque en realidad desde entonces no habían pasado ni tres años, en el Stag también se hospedaban ocasionalmente cazadores, en su mayor parte americanos. Se trataba de tipos rudos y simpáticos que en modo alguno precisaban de un ginecólogo y con los cuales el médico, libre de asuntos profesionales, podía mantener una buena conversación.

Charters, que nunca hacía esperar a las nuevas pacientes más de lo necesario, profirió un suspiro apenas sofocado y se tomó su tiempo para sumirse en nuevas y desagradables reflexiones. Ya no le gustaba vivir en Nakuru. De no ser por la guerra, tras la muerte de su tía y la consiguiente herencia, inesperadamente elevada, se habría permitido abrir una consulta en Londres. La calle Harley era su más temprano sueño, mas abandonó su objetivo, imprudentemente, al casarse en segundas nupcias con la hija de un granjero de Naivasha. Su joven esposa siempre había sido capaz de hacerle cambiar de opinión y ahora sentía tal pánico de la guerra relámpago que no había forma de convencerla de que se mudaran a Londres. Él se consolaba con un desmedido orgullo del que se había privado durante años y ya no admitía a ninguna paciente que no se correspondiera con su nivel social.

Mientras rascaba meticulosamente una mosca muerta de la ventana, Charters contemplaba en el cristal a ambas mujeres, que, sin que nadie las invitara a hacerlo, se habían sentado en las sillas recién tapizadas que había ante su escritorio. Sin duda la más joven era la paciente, y asimismo una molestia atribuible exclusivamente al descuido de la señorita Colins, que sólo llevaba cuatro semanas trabajando para Charters y aún carecía de la intuición necesaria para saber las cosas a las que él concedía importancia.

Con un soplo de interés que, en vista de las discusiones que seguramente se

avecínaban, estimó del todo inoportuno, Charters pensó que la mayor habría podido pasar perfectamente por una dama de provincias inglesa siempre que no abriera la boca. Era esbelta, atildada, parecía segura de sí misma y tenía ese hermoso cabello rubio que él tanto apreciaba en las mujeres. En cierto modo aparentaba ser noruega, la grácil señora, y en todo caso estar acostumbrada a no reparar en gastos en las visitas al médico.

La paciente se encontraba al menos en el sexto mes y, según pudo observar Charters, no en el estado de salud que él tanto valoraba en las embarazadas para evitar lamentables complicaciones. Llevaba un vestido de flores que le pareció típico de la moda de los años treinta del continente. Los ridículos cuellos de encaje blanco le recordaron de un modo grotesco a las pequeñas burguesas de la época victoriana, así como la circunstancia de que hasta la fecha nunca había tenido que tratar precisamente a esa clase social. El vestido le acentuaba el pecho y le abombaba el vientre de un modo que Charters sólo juzgaba posible poco antes del parto. Seguramente la mujer había comido por dos ya desde el primer mes de embarazo. A los extranjeros no había forma de quitarles sus desatinadas costumbres. La mujer estaba pálida y parecía fatigada, tímida como una criada que espera un hijo ilegítimo, como si el embarazo fuera un castigo del destino. Seguro que era una quejica. Charters carraspeó. No tenía mucha experiencia, aunque sí indeleble, con las gentes del continente. Eran excesivamente sensibles y no lo bastante cooperadoras cuando se trataba de soportar el dolor.

Durante los primeros meses de la guerra, Charters asistió un parto de mellizos de la mujer de un judío dueño de una fábrica en Manchester. Debido a la repentina escasez de pasajes de barco, el matrimonio no había podido regresar a tiempo a Inglaterra. A decir verdad, se había conducido con absoluta corrección y había pagado sin rechistar los prohibitivos honorarios que, en su círculo de colegas, Charters denominaba indemnización por daño personal al médico. Pese a todo, conservaba malos recuerdos del caso. Le enseñó que, por lo general, la raza judía no era lo bastante disciplinada para apretar los dientes en momentos decisivos.

Fue entonces cuando el doctor James Charters se propuso no volver a tratar nunca a pacientes que no se correspondieran con su forma de pensar, y tampoco ahora tenía la intención de hacer una excepción que únicamente habría supuesto una carga para ambas partes. Y desde luego no en el caso de una mujer que a todas luces ni siquiera podía permitirse un vestido premamá como es debido.

Como a Charters no se le ocurría nada más que hacer con una ventana aparte de abrirla unas cuantas veces y cerrarla de nuevo, se volvió hacia sus visitantes. Se dio cuenta, irritado, de que la rubia ya había empezado a hablar. Justo lo que se temía. Su acento era francamente desagradable y en modo alguno estaba teñido del encantador dejo noruego de las hermosas películas que se veían últimamente.

La rubia acababa de decir:

—Soy la señora Hahn y ésta de aquí es la señora Redlich. No se encuentra bien.

Ya desde el cuarto mes.

Charters carraspeó por segunda vez. No era una tosecilla casual, sino un sonido de una agudeza perfectamente calculada que no incitaba a ulteriores confidencias antes de que se aclarara la situación.

—Le ruego que no se preocupe por los honorarios.

—No me preocupo.

—Claro que no —convino Lilly, esforzándose por tragarse su turbación sin que sus gestos la delataran—, pero todo está arreglado. La señora Williamson nos aconsejó que se lo advirtiéramos.

Charters se puso a pensar febrilmente si había oído alguna vez ese nombre y cuándo. Iba a señalar que con toda seguridad la señora Williamson no era una de sus pacientes cuando recordó que un dentista llamado así se había establecido en Nakuru hacía dos años, lardó un rato más en acordarse de dónde había oído ese apellido fuera de su ámbito. El desgraciado señor Williamson había tratado de entrar en el club de polo, el cual, sin embargo, no admitía a judíos. Fue un asunto de lo más embarazoso. Al menos tan desagradable como la discusión de las cuestiones financieras antes de que el médico hubiera tenido ocasión de efectuar el primer reconocimiento.

Charters se sintió desairado. No obstante, hizo un esfuerzo por serenarse, pensando que quizá las gentes del continente tendían a semejante crudeza sin malicia alguna. Y desgraciadamente también a una exagerada efusividad, tal y como comprobó, consternado, cuando cayó en la cuenta de que no había detenido a tiempo la verborrea de la provocativa mujer rubia. Estaba a punto de oír una historia en extremo desconcertante sobre unos desconocidos de Alemania que a todas luces guardaban una estrecha relación con la embarazada.

—¿Cómo es que se aloja en el Stag's Head? —interrumpió el médico el relato de Lilly. Le disgustó la brusquedad de su propio tono, en absoluto acorde con sus corteses modales, por todos apreciados.

—El embarazo ha sido complicado desde el principio. Pensamos que mi amiga no debe tener el niño sola en la granja.

En opinión de Charters, era más inteligente no hacer más preguntas si no quería verse en la obligación de aceptar el caso precisamente por haberse involucrado demasiado pronto desde el punto de vista médico. Combatió su desazón con un esbozo de sonrisa cuidadosamente dosificado.

—¿Ella no habla inglés? —preguntó, señalando a Jettel con un movimiento de la cabeza tan ausente que ni siquiera fue preciso mirarla.

—No mucho; a decir verdad, casi nada. Por eso he venido yo con ella. Vivo en Gilgil.

—Es muy amable por su parte. Pero no creo que vaya a quedarse aquí hasta el parto y estar a mi lado en el hospital para ir traduciendo.

—No —balbuceó Lilly—. Es decir, eso es algo en lo que aún no hemos pensado. La señora Williamson nos recomendó que acudiéramos a usted porque podía

ayudarnos.

—La señora Williamson —replicó Charters tras una pausa que le pareció adecuada, ni demasiado larga ni desde luego demasiado corta— no lleva mucho viviendo aquí. De lo contrario le habría hablado sin duda de la doctora Arnold. Ella es la persona que le conviene. Una médica extraordinaria.

Charters estaba tan complacido y asombrado de haber hallado una solución tan elegante que le costó esfuerzo disimular su satisfacción. Ciertamente la buena de Janet Arnold era su salvación. A veces incluso olvidaba que ahora vivía en Nakuru. Durante años se había desplazado con su destartalado Ford, que ya de por sí era un chiste, a remotas regiones para atender a los nativos de las granjas y las reservas.

La vieja solterona era una mezcla de Florence Nightingale y cabezota irlandesa y le importaban un comino el buen gusto, las convenciones y la tradición. En Nakuru, aquella eterna rebelde atendía a multitud de indios y *goaneses* y, claro está, a muchos negros, de los que apenas recibía un céntimo, y ciertamente también a los pobretones del continente, para quienes un simple brazo roto era una catástrofe económica. Sea como fuere, Janet Arnold trataba exclusivamente a pacientes a los que no les importaba que ya no fuera una jovencita y que además tuviera la puñetera costumbre, nada británica, de expresar su opinión sin que nadie se la pidiera.

Charters apartó el calendario que solía hojear cuando tenía que ser lamentablemente franco y dijo:

—Yo no soy su hombre, pues dentro de muy poco tengo la intención de tomarme un prolongado respiro. Les gustará la señora Arnold. —Sonrió—. Habla varios idiomas. Quizá también el de su pueblo. —Le molestó un tanto no haber formulado al menos la última frase con el tacto que lo caracterizaba, de modo que añadió, con una benevolencia que consideró muy lograda—: Gustosamente les daré una recomendación para la doctora Arnold.

—Gracias —espetó Lilly. Aguardó a que su rabia diera los últimos coletazos y luego dijo en el mismo tono sereno del médico, mas en alemán—: Cerdo arrogante, maldita mierda de médico. No es la primera vez que nos pasa que alguien no trate a judíos.

Charters hizo un leve movimiento de cejas, desconcertado, al preguntar: «¿Cómo dice?», pero Lilly ya se había puesto en pie y había ayudado a levantarse a Jettel, que respiraba con dificultad y al mismo tiempo trataba de enderezar los hombros. Lilly y Jettel abandonaron la estancia en silencio. Una vez en el oscuro pasillo soltaron una risita nerviosa y dejaron que aquel irreprimible comportamiento infantil arrastrara consigo su impotencia y su desazón. Sólo cuando enmudecieron, las dos a un tiempo, se dieron cuenta de que estaban llorando.

Lilly tenía previsto quedarse con Jettel en Nakuru al menos las dos primeras semanas de su estancia, pero al día siguiente recibió una carta de su esposo y tuvo que volver a Gilgil.

—Volveré en cuanto Oha no me necesite —la consoló—. Y la próxima vez

traeremos a Walter. Ahora es importante que no estés sola más de lo necesario devanándote los sesos.

—No te preocupes, estoy bien —la tranquilizó Jettel—. Lo más importante es que no vuelva a ver a Charters.

El primer día sin los cuidados de Lilly y su contagioso optimismo, su mundo se pobló de los negros agujeros de la soledad. «Tengo que volver ya mismo», le escribió a Walter, pero no tenía sellos y, con su pobre inglés, no se atrevió a pedirlos en la recepción del hotel. Sin embargo, al término de la semana esa carta que no había enviado le pareció un guiño del destino.

La actitud de Jettel consigo misma había cambiado. Se percató de que Charters y su humillante trato no la habían herido tanto y de que, paradójicamente, incluso le habían dado valor para hacerse una confesión largo tiempo reprimida.

Ni ella ni Walter querían tener un segundo hijo, pero ninguno de los dos se había atrevido a decirlo. Ahora que Jettel estaba a solas con sus pensamientos, ya no era preciso fingir alegría. Tenía claro que no era lo bastante fuerte para vivir sola en la granja con un bebé y con el miedo incesante de carecer de atención médica en un momento crítico, pero ya no se avergonzaba de su debilidad. También le parecía más soportable la vergüenza de que los Hahn y la pequeña Comunidad Judía de Nakuru tuvieran que pagarle la habitación en el Stag's Head.

Jettel aprendió a percibir la pequeña estancia, con su escaso mobiliario —un llamativo contraste con el lujo de los salones—, como un espacio que la protegía de un mundo del que ella estaba excluida. No podía conversar con ninguno de los clientes, leer ningún libro de la biblioteca y, tras una única tentativa, dejó de interesarse por los programas radiofónicos que se oían en el salón después de la cena para los huéspedes con vestido de noche y esmoquin. Sólo le servían dos de sus vestidos, su piel se había vuelto seca y gris, le costaba lavarse el cabello en la pequeña jofaina y tenía constantemente la sensación de que debía ahorrarles su presencia a los demás clientes. De modo que sólo abandonaba su habitación a la hora de las comidas y para dar el paseo diario por el jardín que la doctora le prescribía en cada visita con voz implorante y grandes aspavientos.

«*Babys need walks*», solía decir entre risas la doctora Arnold siempre que palpaba el vientre de Jettel.

Llevaba toda una vida confiando en la naturaleza y la capacidad del cuerpo para bastarse por sí mismo, y en ningún momento dejó que se le notara que Jettel le preocupaba. La doctora acudía todos los miércoles al Stag's Head, llevaba consigo cuatro sellos y dejaba en la desvencijada mesa un diccionario inglés-italiano y la última edición del *Sunday Post*, aunque desde la primera consulta había comprendido que ambas cosas eran inútiles.

Janet Arnold era una mujer efusiva, que olía débilmente a *whisky* e intensamente a caballos e irradiaba aún más confianza que buen humor. Saludaba a Jettel con un abrazo, reía a carcajadas mientras la reconocía y le acariciaba el vientre al marcharse.

Jettel se sentía impulsada a confiarle sus cuitas a aquella pequeña y rechoncha mujer con raídas ropas de hombre y a hablar con ella sobre el desarrollo de un embarazo que presentía no era normal. Mas la barrera lingüística resultaba infranqueable.

Lo que mejor resultado les daba era el suajili, pero ambas mujeres sabían que su vocabulario únicamente era adecuado para futuras madres que podían traer al mundo a sus hijos sin asistencia médica. De modo que, tan pronto creía haber dicho todo lo esencial, la doctora Arnold se limitaba a pronunciar palabras en todas las lenguas extranjeras que había pillado al vuelo en su aventurera vida. Lo intentaba una y otra vez con el *afrikaans* y el hindi. También buscaba ayuda en vano entre los sonidos gaélicos de su infancia.

Siendo una joven doctora, al principio de la Primera Guerra Mundial, Janet Arnold se había ocupado de un soldado alemán en Tanganica. Del muchacho en sí ya no se acordaba, pero mientras agonizaba él decía a menudo «maldito kaiser». Ella recordaba ambas palabras lo bastante bien como para ensayarlas con pacientes que suponía alemanes. En numerosos casos había surgido así una risueña complicidad que la doctora Arnold estimaba un éxito terapéutico. Le daba pena que precisamente Jettel, a la que le habría gustado ver alegre al menos una vez, no reaccionara en modo alguno a su lengua materna.

Para Jettel, la experiencia de no poder compartir con nadie su tristeza y su desesperación era nueva, y sin embargo ya no echaba de menos la conversación que tanto anhelara un día en la granja. Con frecuencia se maravillaba de que tampoco extrañara mucho a Walter, de que incluso se alegrara de saberlo en Ol' Joro Orok, tan lejos de ella. Sentía que el desvalimiento de su marido no habría hecho más que aumentar el suyo. La alegraban más sus cartas. Rezumaban una ternura que, en los años sin preocupaciones, había tomado por amor. Pese a todo, se preguntaba si su matrimonio podría volver a ser algo más que un destino común.

Jettel no creía que su embarazo fuera a llegar a buen término. Seguía atenazándola la conmoción del primer mes, cuando la carta de Breslau le arrebató toda esperanza para su madre y su hermana. Ni siquiera se molestó en luchar contra el presentimiento de que la carta era una advertencia de la desgracia que se cernía sobre ella misma. La sola idea de engendrar una nueva vida le parecía una burla, un pecado.

A Jettel no la abandonaba la sospecha de que el destino había determinado que ella siguiera a su madre en la muerte. Luego, atormentada, se imaginaba a Walter y Regina en la granja, ambos matándose a trabajar para sacar adelante al bebé sin madre. A veces también veía a Owuor, sonriente, meciendo al niño sobre sus grandes rodillas, y por la noche se despertaba asustada y caía en la cuenta de que había llamado a Owuor y no a Walter.

Cuando el miedo y la fantasía amenazaban con aplastarla, Jettel sólo ansiaba ver a Regina, a la que sabía tan cerca y sin embargo tan inalcanzable. El colegio de Nakuru

estaba a sólo cuatro millas del Stag's Head, pero el reglamento escolar no permitía que Regina fuera a ver a su madre. Tampoco habría permitido que Jettel visitara a su hija. Por la noche veía el resplandor de las luces del colegio sobre la colina y se aferraba a la idea de que Regina le hacía señas desde una de las numerosas ventanas. Cada vez necesitaba más tiempo para volver a la realidad tras semejantes espejismos.

También Regina se torturaba; ella, que nunca se había quejado de la larga separación de sus padres. Al hotel llegaban casi a diario breves cartas escritas en un torpe alemán. Las faltas y las expresiones inglesas, incomprensibles para Jettel, la conmovían aún más que sus peticiones de sellos, trazadas en letra de imprenta. «Tienes que *take care* de ti», comenzaban todas las cartas, «*that* no ponerte *emferma*». Regina escribía casi siempre: «Quiero *bisitarte*, pero no lo permito. Aquí somos *soldiers*». La frase «me *hálegro* por lo del niño» siempre la subrayaba con tinta roja, y con frecuencia decía: «Hago como *Alexander the Great*. No tienes que *have* miedos».

Jettel aguardaba las cartas con tanta impaciencia porque realmente le infundían valor. En la granja la abrumaba el hecho de que le resultara difícil establecer contacto con Regina, y ahora el cariño y la solicitud de su hija eran su único apoyo en la necesidad. Era como si viviera de nuevo la estrecha relación con su madre. Cada una de las cartas le decía que, a sus casi diez años, Regina ya no era una niña.

Nunca hacía preguntas y sin embargo comprendía todo lo que preocupaba a sus padres. ¿Acaso no había sabido Regina antes que Walter que su madre estaba embarazada? Estaba familiarizada con la vida y la muerte y acudía a las chozas cuando una mujer estaba con dolores, pero Jettel nunca había tenido el valor de hablar con su hija de las cosas que pasaban allí. Lo cierto es que pocas veces había podido hablar con ella abiertamente, pero ahora sentía el apremio de confiarle a Regina sus preocupaciones.

A Jettel le resultaba más fácil escribirle a su hija que a su marido. Se convirtió en una necesidad describir con precisión su estado físico, y pronto hablar de su miseria espiritual pasó a ser una liberación. Cuando llenaba las cuartillas del hotel con su letra grande y clara y las hojas se amontonaban ante ella, podía ser de nuevo la pequeña y satisfecha Jettel de Breslau que, a la menor preocupación, no tenía más que precipitarse escaleras arriba para hallar consuelo junto a su madre.

A finales de julio empezaron las grandes lluvias en Gilgil, ahogando el último rayo de esperanza de Jettel de que los Hahn aparecieran con Walter en el hotel. En Nakuru los días eran abrasadores y las noches también. El césped del jardín del hotel se iba consumiendo en la asolada tierra roja y los pájaros enmudecían ya desde por la mañana. El aire del lago salado poseía una acritud tan punzante que si uno respiraba profundamente le entraban ganas de vomitar al instante. A mediodía moría toda la vida.

Los domingos, cuando ni siquiera cabía la esperanza de recibir correo de Regina, Jettel luchaba contra la tentación de no levantarse, no comer nada y ahogar el tiempo

en el sueño. Apenas el sol asomaba en el cielo, el húmedo calor se hacía tan sofocante que así y todo se vestía y se sentaba en el borde de la cama. Entonces se concentraba únicamente en evitar cualquier movimiento innecesario. Pasaba horas contemplando la lisa superficie del lago, que apenas tenía agua, y no ansiaba más que ser un flamenco que sólo tuviera que empollar sus huevos.

En el estado de sopor entre tediosa vigilia e intranquilo letargo, Jettel era especialmente susceptible a los ruidos. Oía a los chicos encender el horno en la cocina, a los camareros manipular los cubiertos en el comedor, al perrillo gimotear en la habitación contigua y a los coches antes de que se detuvieran delante del hotel. Aunque rara vez veía a los huéspedes que se alojaban en su misma planta, era capaz de distinguir sus pasos, sus voces y sus toses. Chai, el *kikuyu* descalzo que servía el té a las once de la mañana y a las cinco de la tarde, ni siquiera tenía que tocar el picaporte de la habitación de Jettel para que supiera que era él. A la única a la que no oyó fue a Regina.

El último domingo de julio Regina llamó tres veces a la puerta, luego la abrió lentamente y Jettel se quedó mirándola como si nunca antes la hubiera visto. En aquel instante espectral, privada de sentidos y memoria, de alegría y reacción, aturdida por la incapacidad de comprender, Jettel solamente alcanzó a pensar en qué lengua debía hablar. Al final reconoció el vestido blanco y recordó que el colegio de Nakuru exigía que las niñas llevaran vestidos blancos para la visita semanal a la iglesia.

El sastre indio que iba a Ol' Joro Orok cada cierto tiempo y colocaba su máquina de coser bajo un árbol, ante la *duka* de Patel, se lo había hecho de un viejo mantel. Fue imposible disuadirlo de que añadiera los volantes blancos en el cuello y las mangas, por lo cual se había llevado tres chelines más. De repente Jettel recordó cada palabra de la conversación y cómo Walter, al ver el vestido, había dicho: «Me gustaba más cuando era un mantel en el hotel Redlich».

A Jettel, la voz de Walter le pareció demasiado alta y muy bronca, y se disponía a replicar enojada, mas las palabras se le pegaron a la boca como la vieja bata azul al cuerpo. El esfuerzo fue tan grande que la opresión de su garganta cedió y rompió a llorar.

—*Mummy!* —exclamó Regina con voz aguda, extraña—. Mamá —susurró luego en el tono familiar.

Respiraba como un perro anheloso que sólo ve a su presa y no nota que ya la ha perdido. Su rostro lucía el rojo amenazador de los bosques que arden en la noche. El sudor se abría paso por la frente a través de una fina capa de polvo rojizo. Oscuras eran las gotas de humedad que caían del cabello al vestido blanco.

—Regina, debes de haber venido corriendo como un demonio. Pero ¿de dónde sales? ¿Quién te ha traído hasta aquí? Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

—Yo misma me he traído hasta aquí —repuso Regina, saboreando el placer de que su voz volviera a ser lo bastante firme como para contener su orgullo—. Me he escapado de camino a la *church*. Y eso es lo que voy a hacer todos los domingos.

Por primera vez desde que se hospedaba en el Stag's Head, Jettel sintió que cabeza y cuerpo podían verse aliviados a un tiempo, pero seguía costándole hablar. El sudor de Regina olía dulce y aumentó el deseo de Jettel de no sentir más que el humeante cuerpo de su hija y escuchar los latidos de su corazón. Abrió la boca para darle un beso, mas le temblaban los labios.

—*Perdí mi corazón en Heidelberg* —empezó Regina, y se detuvo cohibida. No era capaz de entonar ni la más simple de las canciones y lo sabía—. La canción de Owuor —dijo—, pero no sé cantar tan bien como él. No soy tan lista como Owuor. ¿Te acuerdas de cómo llegó hasta nosotros por la noche? Con *Rummler*. Y papá lloró.

—Eres lista y buena —replicó Jettel.

Regina sólo se tomó el tiempo que necesitaron sus oídos para retener por siempre la caricia de aquellas palabras. Luego se sentó en la cama junto a su madre y ambas guardaron silencio. Se abrazaron y esperaron, pacientes, a que la dicha del reencuentro se tornara alegría.

Jettel seguía sin hallar el valor para pronunciar las palabras que llevaba dentro, pero sí podía escuchar. Supo de la perseverancia y las ansias con que Regina había planeado la fuga y de cómo se había separado del grupo de las demás chicas y había ido corriendo al hotel. Era una historia larga y desconcertantemente minuciosa que Regina, con el arte de la repetición aprendido de Owuor, recitaba una y otra vez con las mismas palabras y que Jettel, pese a sus esfuerzos, no podía seguir. Se dio cuenta de que su silencio empezaba a decepcionar a su hija y se quedó tanto más asustada cuando se oyó preguntar:

—¿Por qué te alegras tanto por lo del niño?

—Lo necesito.

—¿Por qué necesitas tú un niño?

—Así no estaré sola cuando tú y papá estéis muertos.

—Pero Regina, ¿de dónde has sacado esa idea? Tampoco somos tan viejos. ¿Por qué íbamos a morirnos? ¿Quién te ha metido en la cabeza esa tontería?

—Pero tu madre también se muere —contestó Regina, quebrando a mordiscos la sal de su boca—. Y papá me ha dicho que su padre también se muere. Y la tía Liesel. Pero me dijo que no te lo dijera, *I'm sorry*.

—Tus abuelos y tus tías —Jettel tragó saliva— no han logrado salir de Alemania. Eso ya te lo hemos explicado. Pero a nosotros no puede pasarnos nada. Nosotros estamos aquí. Los tres.

—Cuatro —corrigió Regina, cerrando satisfecha los ojos—. Pronto seremos cuatro.

—Regina, no tienes idea de lo difícil que es tener un niño. Cuando tú llegaste todo era distinto. Nunca olvidaré cómo se puso a bailar tu padre por la casa. Ahora todo es terrible.

—Lo sé —asintió Regina—. Yo estuve junto a Warimu. Warimu casi se muere. El niño salió de su vientre por los pies. Tuve que ayudar a tirar de él.

Con ademanes presurosos, Jettel logró contener las náuseas en el estómago.

—¿Y no tuviste miedo? —le preguntó.

—Pues no —recordó Regina, y se paró a pensar si su madre le estaba gastando una broma—. Warimu gritó mucho y eso la ayudó. Ella tampoco tuvo miedo. *Nobody* tuvo miedo.

La necesidad de devolverle a Regina al menos una pequeña parte de esa seguridad de que durante tanto tiempo la había privado acabó siendo para Jettel una tortura más difícil de soportar que la certeza de su fracaso. Regina le parecía tan indefensa como ella misma.

—Yo no tendré miedo —afirmó.

—Promételo.

—Prometido.

—Tienes que decirlo otra vez. Tienes que decirlo todo otra vez —instó Regina.

—Te prometo que no tendré miedo cuando llegue el niño. No sabía que el niño fuera tan importante para ti. No creo que otros niños se alegren tanto como tú de tener hermanos. Sabes —explicó Jettel, refugiándose en el consuelo siempre eficaz de sus recuerdos—, yo siempre hablaba con mi madre como hablo ahora contigo.

—Tú tampoco estuviste en un internado.

Jettel trató de disimular su tristeza cuando volvió a la realidad. Se puso en pie y abrazó a Regina.

—¿Qué pasará cuando se den cuenta de que te has escapado? —quiso saber, confusa—. ¿No te castigarán?

—Sí, pero *I don't care*.

—¿Eso significa que no te importa?

—Sí. No me importa.

—¡Pero a ningún niño le gusta que lo castiguen!

—A mí sí —rió Regina—. Sabes, cuando nos castigan tenemos que aprendernos poemas. Me encantan los poemas.

—A mí también me gustaba recitar poemas. Cuando volvamos a estar todos juntos en la granja, te recitaré *la canción de la campana*, de Schiller. Aún me acuerdo.

—Necesito los poemas.

—¿Para qué?

—Quizá algún día me metan en la cárcel —aclaró Regina, sin darse cuenta de que había enviado a su voz de safari—. Entonces me lo quitarán todo. No tendré ropa ni comida ni pelo. Tampoco me darán libros, pero no se llevarán los poemas. Ésos están en mi cabeza. Cuando esté muy triste, recitaré mis poemas. Lo tengo todo muy bien pensado, pero nadie lo sabe. Tampoco Inge sabe nada de mis poemas. Si lo cuento, se irá la magia.

Aunque sentía un agudo dolor en la espalda y también al respirar, Jettel contuvo las lágrimas hasta que Regina se hubo marchado. Entonces se aferró a su tristeza con

tanta fuerza como antes lo hiciera a su hija. Esperó, casi con anhelo, esa desesperación cuya familiaridad la confortaría. Asombrada, y también con una humildad que nunca antes había sentido, supo que había recuperado la voluntad para hacer frente a la vida. Jettel estaba decidida a luchar por Regina, que le había mostrado el camino. Durante el sueño solamente la acompañó el dolor físico.

Por la noche, con cuatro semanas de antelación, comenzaron las contracciones, y a la mañana siguiente Janet Arnold le dijo que el niño estaba muerto.

IX

Para Owuor, el último día sin la *memsahib* fue dulce como el jugo de la caña de azúcar verde y no más largo que una noche a la luz de la luna llena. Poco después de que saliera sol, ordenó a Kania que limpiara con agua hirviendo los tablones que había entre el horno, el armario y el montón de leña recién apilada. Kamau tuvo que meter en agua caliente con jabón todas las cacerolas, los vasos y los platos, y también el cochecito rojo de diminutas ruedas que tanto gustaba a la *memsahib*. Jogona bañó tanto al perro que parecía un cerdito blanco. A petición de Owuor, Kimani accedió a ocuparse en su momento con los chicos de las *schambas* de espantar a los buitres de los árboles de espinas que había delante de la casa. Owuor no había hablado de los buitres con el *bwana*, pero su cabeza le decía que seguro que a ese respecto las mujeres blancas no eran distintas de las negras. El que había visto la muerte no quería oír batir las alas de los buitres.

Owuor frotó el largo cucharón con un paño tan suave como el cuello de su capa negra y no paró hasta que sus propios ojos se vieron reflejados en el reluciente metal. Éstos bebían ya la alegría de los días que estaban por llegar. Le complacía que el cucharón pudiera pronto volver a bailar para la *memsahib* en la espesa salsa pardusca de harina, mantequilla y cebolla. Mientras Owuor reanimaba su nariz con el aroma de las alegrías que tanto había echado en falta, volvió a invadirle la satisfacción.

Ya no le resultaba tan fácil como en los días extintos de Rongai trabajar únicamente para el *bwana*. Cuando estaba solo en la granja, dejaba que la sopa se enfriara y que el pudín se volviera gris. Su lengua ya no sabía apreciar el sabor del pan que salía del horno. El día aciago en que se llevaron a la *memsahib* a Nakuru con el niño en el vientre, los ojos del *bwana* dejaron de despertar a su corazón. Desde entonces se movía como un anciano que sólo espera la llamada de sus vocingleros huesos y ya no oye la voz de Mungo.

En los días que transcurrieron entre la gran sequía y la muerte del niño, Owuor pensó que el *bwana* no tenía ningún dios que guiara su cabeza como un buen pastor su yunta de bueyes, pero desde hacía poco sabía que se había equivocado. Cuando el *bwana* le habló de la muerte de su hijo, fue él y no Owuor el que dijo: «*Schaurija mungo*». Owuor habría dicho lo mismo si la muerte le hubiese enseñado los dientes como un león hambriento a una huidiza gacela. Sólo que, en opinión de Owuor, un hombre no debía despertar a Mungo de su sueño por un niño. De los niños no se ocupaba Dios, sino el hombre que los necesitaba.

Incluso a la espera del día que había de devolver la antigua vida a la casa y a la cocina, Owuor suspiraba al pensar que el *bwana* no era lo bastante listo para enjugar en el sueño la sal de su garganta. Sin la *memsahib* y su hija, el *bwana* sólo tenía oídos para la radio. Las semanas en que había intentado ayudar al *bwana* a vivir sin saber cómo habían fatigado a Owuor. La carga ajena era demasiado pesada para su espalda.

De modo que ahora disfrutaba de aquel día en que únicamente tenía que preocuparse de la pequeña *memsahib* como un hombre que ha corrido demasiado tiempo y demasiado aprisa y, al llegar a su destino, no tiene otra cosa que hacer que tumbarse bajo un árbol y contemplar las nubes en su hermosa cacería sin presa.

—Está bien —dijo, horadando el cielo con su ojo izquierdo.

—Está bien —repitió Regina, obsequiando a Owuor con los suaves sonidos de su lengua. También ella vivió el día anterior al regreso de Jettel de forma distinta a todos los que ya habían sido y a los que aún estaban por llegar. Se hallaba sentada en la linde del linar, que agitaba al viento su delgado manto de flores azules, y removía con los pies el viscoso barro rojizo. El barro le calentaba el cuerpo y le provocaba en la cabeza esa agradable somnolencia que sólo podía permitirse a la radiante luz del día cuando se encontraba a solas con Owuor. Pero Regina aún estaba lo bastante despierta como para observar con los ojos entrecerrados cómo sus pensamientos se volvían pequeños círculos de colores que volaban hacia el sol.

Le agradaba que el día anterior su padre se hubiera marchado a Nakuru con los Hahn. Durante las grandes lluvias, las carreteras se tornaban blandos lechos de lodo y agua; un viaje que en los meses de sequía duraba sólo tres horas se convertía en un safari que arañaba la noche. Con pesados movimientos, Regina se quitó la blusa, sacó un mango del bolsillo del pantalón y le dio un mordisco, pero su corazón comenzó a palpar al comprender que estaba a punto de desafiar al destino. Si lograba comerse el mango sin derramar una sola gota de jugo, lo consideraría una señal de que Mungo haría que se produjera un milagro ese mismo día o al menos al día siguiente.

Regina tenía experiencia suficiente para saber que no debía dictarle a ese gran desconocido y a la vez tan familiar dios la forma de su buena acción. Inculcó la obediencia en su cabeza y se tragó el anhelo que había en su cuerpo, pero le costó esfuerzo arrebatarse el rostro a sus deseos. Olvidó el mango. Cuando sintió el cálido jugo en su pecho y vio que su piel se volvía amarilla, supo que Mungo había resuelto en su contra. Aún no estaba dispuesto a liberar el corazón de Regina de la prisión en que lo tenía.

Oyó un breve sonido lastimero que sólo podía proceder de su boca y envió sus ojos a la montaña para que Mungo no se enojara con ella. Regina había ahuyentado la tristeza por la pérdida del niño con tanta furia como un perro ahuyenta la rata que ha roído su hueso enterrado. Pero no se puede ahuyentar a las ratas por mucho tiempo. Vuelven una y otra vez. La rata de Regina a veces la dejaba en paz durante el día, pero por la noche no le permitía olvidar que en el futuro tendría que ser ella sola quien alimentara con orgullo los hambrientos corazones de sus padres.

Regina sabía que su madre era distinta de las mujeres de las chozas. Cuando a ellas se les moría un niño, el tiempo transcurrido entre las pequeñas y las grandes lluvias bastaba para que su vientre volviera a abultarse. Al pensar lo mucho que tardaría en volver a alegrarse por la llegada de un hermanito, Regina mordió con firmeza el hueso del mango y aguardó impaciente el rechinar de la boca. Sólo cuando

le dolieron los dientes se le fue de la cabeza todo lo malo. Pero la tristeza regresó al instante cuando pensó en sus padres.

Sus oídos no se alegraban con la lluvia y sus pies no sabían nada de la nueva vida que surgía en el rocío de la mañana. De Sohrau hablaba el padre cuando pintaba hermosos cuadros con palabras; de Breslau, la madre cuando sus sueños se iban de safari. De Ol' Joro Orok, que Regina llamaba home en el colegio y «casa» en vacaciones, ellos dos sólo eran capaces de ver los negros colores de la noche y nunca a las personas, que sólo al reír revelaban su voz.

—Ya verás como no hacen ningún niño nuevo —le dijo a *Rummler*.

Cuando la voz de Regina lo despertó, el perro sacudió la oreja derecha como si lo hubiese molestado una mosca. Abrió tanto la boca que el viento le enfrió demasiado los dientes, soltó un ladrido y todo su cuerpo se estremeció, pues el eco lo asustaba.

—Eres un bicho tonto, *Rummler* —rió Regina—, no puedes retener nada en la cabeza. —Ansiosa, restregó su nariz contra el pelaje mojado del animal, que vaheaba al sol, y sintió que por fin empezaba a tranquilizarse—. Owuor —explicó—, eres listo. Es bueno oler a un perro mojado cuando uno tiene los ojos húmedos.

—Tú has mojado su pelaje con tus ojos —afirmó Owuor—. Ahora nos iremos los dos a dormir.

Las sombras eran tan delgadas y cortas como una lagartija joven cuando al día siguiente Regina oyó la llamada de un motor jadeante. Se había pasado muchas horas sentada en la linde del bosque, escuchando los tambores, observando a los *dik-diks* y envidiando a una mona con una cría bajo el vientre. Pero cuando captó el primer sonido, aún muy lejano, recorrió la distancia que la separaba del reblandecido camino a tiempo de saltar al estribo para cubrir el último tramo del trayecto.

Oha iba al volante y olía al tabaco que él mismo cultivaba; a su lado estaba Jettel, con su acre olor a jabón de hospital. Detrás iban Lilly, Walter y Manjala, del que los Hahn nunca se separaban en la estación de las lluvias, ya que era el que mejor se las arreglaba con los coches que se quedaban atascados en el barro. El caniche negro aullaba, aunque no era de noche y en la garganta de Lilly aún no había ninguna canción.

Regina sólo necesitó el breve recorrido al viento para aguzar los sentidos y acostumbrar los ojos a su madre. Parecía distinta de aquellos días antes de que la gran tristeza llegara a la granja. Jettel se asemejaba a las esbeltas madres inglesas que apenas hablaban y mantenían una sonrisa entre los labios cuando iban a recoger a sus hijos al colegio al comienzo de las vacaciones. Su rostro era más redondo y sus ojos se habían vuelto tan serenos como los de las vacas saciadas. Su piel lucía de nuevo aquel hálito resplandeciente de un color que Regina no podía describir en ninguna de las lenguas que hablaba por mucho que lo intentase.

Cuando el coche se detuvo, Owuor y Kimani se encontraban ante la casa. Kimani no dijo nada y tampoco movió su rostro, pero olía a viva alegría. Owuor enseñó primero los dientes y luego exclamó alto y claro: «Capullo», tal y como el *bwana* le

había enseñado para recibir a las visitas. Era un buen encantamiento. Aunque el *bwana* de Gilgil lo conocía, rió con tanta fuerza que el eco no sólo calentó los oídos de Owuor, sino todo su cuerpo.

—Estás muy guapa —se maravilló Regina. Le dio un beso a su madre y dibujó con los dedos las ondas de su pelo.

Jettel sonrió, cohibida. Se frotó la frente, miró tímidamente la casa que tantas veces había deseado abandonar y por fin preguntó, aún confusa, mas sin que le temblara la voz:

—¿Estás muy triste?

—No. Sabes, siempre podemos hacer otro niño. Algún día —repuso Regina, e intentó hacerle un guiño, pero el ojo derecho se le quedó abierto demasiado tiempo—. Aún somos muy jóvenes.

—Regina, ahora no debes decirle esas cosas a mamá. Los dos debemos procurar que primero se recupere. Ha estado muy enferma. Maldita sea, ya te lo he explicado.

—Déjala —protestó Jettel—. Sé lo que quiere decir. Algún día haremos otro niño, Regina. Ya sé que necesitas un niño.

—Y poemas —susurró Regina.

—Y poemas —corroboró Jettel con gravedad—. Ya ves que no me he olvidado de nada.

El fuego nocturno olía a las grandes lluvias, pero al final la madera se vio obligada a desistir de su lucha y se tornó una llama llena de rabia y color. Oha arimaba las manos al calor y de pronto se dio la vuelta, aunque nadie lo había llamado, cogió a Regina en brazos y la levantó.

—¿Cómo es que habéis tenido una niña con tantas luces? —preguntó.

Regina bebió tanta atención de los ojos de Oha que sintió entrar en calor su piel y enrojecérsele el rostro.

—Pero si ya está oscuro —repuso ella, señalando la ventana.

—Señorita, eres una pequeña *kikuyu* —admitió Oha—, siempre tan literal. Serías una buena jurista, pero esperemos que el destino no te juegue esa mala pasada.

—No, *kikuyu* no —objetó Regina—, yo soy *jalu*. Miró a Owuor y captó el breve chasquido que sólo ellos dos podían oír.

Owuor sujetaba una bandeja con una mano y con la otra acariciaba a Rummler y al caniche a un tiempo. Más tarde trajo el café en la gran jarra que sólo podía llenar los días buenos y sirvió los minúsculos panecillos por los que ya lo elogiara su primer *bwana* cuando aún no era cocinero y no sabía nada de hombres blancos que sacaban de sus cabezas bromas más divertidas que los mismísimos hermanos del clan.

—¡Qué panes más pequeños! —exclamó Walter, golpeando el plato con el tenedor—. ¿Cómo hacen unas manos tan grandes unos panes tan pequeños? Owuor, eres el mejor cocinero de Ol' Joro Orok. Y esta noche —continuó, cambiando de idioma, para decepción de Owuor— vamos a beber una botella de vino.

—Y vas a ir a buscarla a la tienda de la esquina, ¿no? —rió Lilly.

—Mi padre me regaló dos botellas al despedirse. Para una ocasión especial. Quién sabe si llegaremos a abrir la segunda. La primera la beberemos hoy, ya que Dios nos ha dejado a Jettel. A veces también tiene tiempo para los *bloody refugees*.

Regina apartó la cabeza de Rummler de sus rodillas, corrió hasta su padre y le apretó la mano hasta sentir sus uñas. Lo admiraba mucho porque era capaz de dejar escapar la risa de su garganta y las lágrimas de sus ojos al mismo tiempo, y quería decírselo, pero su lengua fue demasiado rápida y en su lugar le preguntó:

—¿Hay que llorar con el vino?

Lo bebieron en unas copitas de licor de colores que, sobre la gran mesa de madera de cedro, parecían flores que aguardaran a las abejas por vez primera después de las lluvias. A Owuor le tocó una copa azul; a Regina, una roja. Entre los diminutos tragos que hacía resbalar por la garganta, alzaba la copa contra la trémula luz de la Petromax y aquélla se convertía en el centelleante palacio de la reina de las hadas. Se tragó su tristeza al pensar que no podía contárselo a nadie, pues estaba casi segura de que en Alemania no había hadas. Seguro que en Sohrau no vivía ninguna, ni en Leobschütz ni en Breslau. De lo contrario sus padres lo habrían mencionado, al menos en los días en que aún creía de verdad en las hadas.

—¿En qué piensas, Regina?

—En una flor.

—Toda una experta en vinos —encomió Oha.

Owuor se limitaba a meter la lengua en la copa para así saborear el vino, pero también conservarlo. Nunca había tenido algo dulce y agrio en la boca al mismo tiempo. Las hormigas de su lengua querían construir una historia más larga con la nueva magia, pero no sabía cómo empezar.

—Son las lágrimas de Mungo cuando ríe —se le ocurrió al final.

—Me gusta recordar Assmannshausen —dijo Oha, poniendo la etiqueta de la botella a la luz—. Solíamos ir allí a menudo los domingos por la tarde.

—Demasiado a menudo —apuntó Lilly. Su mano era una minúscula bola—. Quizá te acuerdes de que precisamente desde nuestra acogedora taberna vimos desfilar por vez primera a las SA. Aún puedo oír sus berridos.

—Tienes razón —reconoció Oha conciliador—. No debemos mirar atrás. Pero a veces le asaltan a uno los recuerdos. También a mí.

Walter y Jettel discutían con las ganas de siempre y una renovada alegría si las copas eran un regalo de boda de la tía Emmy o de la tía Cora. No se pusieron de acuerdo y después tampoco pudieron aclarar si la última noche en Leobschütz, en casa de los Gutfreund, habían tomado carpa con rábano picante o con salsa polaca. Le habían puesto excesivo celo y se dieron cuenta muy tarde de que habían ido demasiado lejos y que les costaba no decir lo que pensaban. La última tarjeta de los Gutfreund databa de octubre de 1938.

—Ella era tan hábil..., y siempre encontraba una salida —recordó Jettel.

—Ya no hay salidas —aseguró Walter en voz baja—. Sólo caminos sin retorno.

Pero ya no era posible aplacar el afán de volver al pasado.

—¿A que tampoco sabes de dónde ha salido ese mantel verde? —preguntó Jettel triunfante—. Ahí sí que no me la das. De Bilschofski.

—No. De la tienda de lencería Weyl.

—Mi madre sólo compraba en Bilschofski. Y el mantel es de mi ajuar. ¿También me vas a discutir eso?

—Bobadas. Estaba en nuestro hotel. En la mesa de juego, cuando no hacía falta. Y Liesel siempre compraba en Weyl cuando iba a Breslau. Vamos, Jettel, déjalo estar —propuso Walter con una determinación tan repentina que a todos sorprendió, y cogió su copa. Le temblaba el pulso.

Tenía miedo de mirar a Jettel. No sabía si se había enterado de la muerte de Siegfried Weyl. El anciano, que se negaba siquiera a pensar en emigrar, había muerto en prisión a las tres semanas de su detención. Walter se sorprendió esforzándose por imaginar su rostro ante la tragedia, mas sólo vio el oscuro empanelado de madera del establecimiento y los monogramas que Liesel siempre les mandaba bordar en la lencería del hotel. En un principio, las iniciales blancas eran de una nitidez absoluta, pero luego se tornaron serpientes rojas.

Desde su llegada a Kenia, Walter no había vuelto a beber alcohol. Cayó en la cuenta de que incluso aquella ridícula cantidad de vino lo mareaba y se masajó las palpitantes sienas. Sus ojos apenas podían retener las imágenes que lo importunaban. Cuando los maderos de la chimenea se quebraron con un chasquido, oyó las canciones de su época de estudiante y miró a Oha repetidas veces para compartir con él tan embriagador sonido. Éste estaba cargando la pipa y observando con grotesca atención los movimientos que hacía en sueños el caniche negro.

Jettel seguía fantaseando con las delicadas mantelerías de Bilschofski.

—No había sitio mejor en Breslau para el damasco —relataba—. Mi madre mandó confeccionar expresamente un mantel blanco para doce cubiertos con servilletas a juego.

También Lilly estaba ocupada con su ajuar.

—Lo compramos en Wiesbaden. ¿Te acuerdas de aquella tienda tan bonita de la calle Luisenstrajße? —le preguntó a su marido.

—No —replicó Oha, mirando la oscuridad—. Ni siquiera recordaba que en Wiesbaden hubiera una Luisenstrasse. Si seguís por ese camino, no tardaremos mucho en cantar *Tú, hermoso Rin alemán*. O tal vez las damas prefieran retirarse al salón a hablar de lo que van a ponerse para el próximo estreno teatral.

—¡Exactamente! Así Oha y yo podremos recapitular con tranquilidad nuestros casos jurídicos más importantes.

Oha se sacó la pipa de la boca.

—Eso es aún peor que la carpa con salsa polaca —dijo con una vehemencia que incluso él se asustó—. Soy incapaz de recordar uno solo de mis pleitos. Y eso que debía de ser un excelente abogado. Eso decían. Pero eso fue en otra vida.

—Mi primer caso —contó Walter— fue el de Greschek contra Krause. Fue por cincuenta marcos, pero eso a Greschek le daba igual. Era un auténtico picapleitos. De no ser por él, ya podía haber cerrado el bufete en 1933. ¿Te puedes creer que Greschek me acompañó hasta Génova? Le echamos un buen vistazo al cementerio. Era perfecto para mí.

—¡Basta ya! ¿Te has vuelto loco? Aún no has cumplido los cuarenta y sigues viviendo en el pasado. *Carpe diem*. ¿No te enseñaron eso en el colegio? ¿Ni nada útil para la vida?

—Eso era antes. Hitler no lo permitió.

—Eres tú quien permite que te mate —intervino Oha, y la compasión volvió a suavizar su voz—. Aquí, en medio de Kenia, te está matando. ¿Para eso te has salvado? Dios, Walter, acostúmbrate de una vez a esta tierra. A ella se lo debes todo. Olvida tus mantelerías, tus estúpidas carpas, toda esa maldita jurisprudencia y quién eras. Olvida de una vez tu Alemania. Toma ejemplo de tu hija.

—Tampoco ella ha olvidado —objetó Walter, saboreando esa expectación que sólo su talante era capaz de provocar—. Regina —preguntó de buen humor—, ¿todavía te acuerdas de Alemania?

—Sí —se apresuró a replicar ésta. Sólo se tomó el tiempo necesario para devolver a su hada a la copita roja. Sin embargo, la atención con que todos la miraban le produjo cierta inseguridad y al mismo tiempo sintió la presión de no decepcionar a su padre. Se puso en pie y dejó la copa en la mesa. El hada, que sólo hablaba inglés, le dio un tirón de orejas. El tenue tintineo la ayudó a continuar—. Aún sé cómo rompieron las ventanas —aseguró, alegre al ver las caras de asombro de sus padres— y cómo tiraron todas las telas a la calle. Y cómo escupía la gente. Y también había fuego. Uno muy grande.

—Pero Regina, si tú eso no lo has vivido. Ésa fue Inge. Por aquel entonces nosotros ya no estábamos en casa.

—Déjala —dijo Oha, atrayendo a Regina hacia sí—. Tienes toda la *razón*, jovencita. Tú eres la única inteligente de este grupo. Además de Owuor y los perros. En realidad, de Alemania no hace falta que recuerdes más que un montón de añicos y llamas. Y de odio.

Regina se había propuesto prolongar el elogio mediante una pregunta que pretendía soltar entre pausas pequeñas, mas no demasiado breves, cuando vio los ojos de su padre. Estaban tan húmedos como los de un perro exhausto de ladrar y al que sólo el agotamiento obliga a cerrar la boca. Así chillaba *Rummler* cuando se peleaba con la luna. Regina se había acostumbrado a ayudarlo antes de que el miedo volviera su cuerpoapestoso.

La idea de que su padre no era tan fácil de consolar como un perro arrojó una piedra a la garganta de Regina, pero ella la apartó con todas sus fuerzas. Estaba bien que hubiera aprendido a transformar los sollozos en una oportuna tos.

—No debes odiar a los alemanes —afirmó, sentándose en la rodilla de Oha—,

sólo a los nazis. ¿Sabes?, cuando Hitler pierda la guerra volveremos todos a Leobschütz.

Fue Oha el que respiró ruidosamente. Aunque no quería, Regina se echó a reír, ya que él no sabía nada de la magia de convertir las preocupaciones en sonidos que no revelaban nada de las cosas que sólo la propia cabeza debía saber.

X

Antes de que el *bwana* llegara a la granja cuatro estaciones de las lluvias atrás, Kimani apenas sabía nada de las cosas que ocurrían al otro lado de las chozas en las que vivían sus dos esposas, sus seis hijos y su anciano padre. Le bastaba con estar al corriente del lino, el pelitre y las necesidades de los chicos de las *schambas*, de quienes era responsable. Los *mesungu* de cabello claro y blanquísima piel a los que Kimani había conocido antes que a este *bwana* extranjero de negro cabello vivían en Nairobi. Sólo hablaban con él de la plantación de nuevos campos y de madera para las chozas, de lluvias, de cosechas y de los salarios. Cuando acudían a sus granjas, se pasaban todo el día cazando y desaparecían sin decir *kuaheri*.

El *bwana* que hacía imágenes con palabras no era como ellos, que sólo hablaban su propio idioma y el suajili chapurreado que necesitaban y que expresaban con una lengua que tropezaba entre los dientes. Con el *bwana*, que le regalaba muchas de las horas claras del día, Kimani podía hablar mejor que con sus hermanos. Era un hombre que a menudo dejaba dormir sus ojos aun cuando estuvieran abiertos. Prefería utilizar el oído y la boca.

Con el oído atrapaba las huellas que le guiaban por un camino que Kimani nunca antes había recorrido y que anhelaba cada día de nuevo. Cuando el *bwana* dejaba hablar a su *kinanda*, tenía la destreza de un perro que en un día sereno capta esos enigmáticos sonidos que no pueden oír las personas. Pero a diferencia de un perro, que guarda los sonidos para sí como un hueso enterrado, el *bwana* compartía con Kimani la alegría que sentía por las *schauris* que rastreaba.

Con el tiempo habían adoptado una costumbre en la que Kimani confiaba tanto como en el sol del día y en la olla de *poscho* caliente de la noche. Tras el paseo matutino por las *schambas*, los dos hombres se sentaban, sin que fuera preciso abrir la boca, en la linde del mayor de los linares y dejaban que el alto y deslumbrante sombrero blanco de la gran montaña jugueteara con sus ojos. Tan pronto el prolongado silencio adormecía a Kimani, éste sabía que el *bwana* había enviado su cabeza al gran safari.

Estaba bien permanecer allí sentados, en silencio, bebiendo sol; aún mejor era cuando el *bwana* le hablaba de cosas que provocaban en sus dedos un temblor leve como las gotas a última hora del día. Entonces las conversaciones encerraban una magia tan grande como la tierra reseca tras la primera noche de las grandes lluvias. En esas horas que Kimani ansiaba más que la comida para el vientre y el calor para sus doloridos huesos, se imaginaba que los árboles, las plantas e incluso el tiempo, que no se podía tocar, mascaban bayas de pimienta para que un hombre pudiera sentirlos mejor en la lengua.

Siempre que el *bwana* empezaba a hablar, lo hacía de la guerra. Gracias a esa guerra de los poderosos *mesungu* en el país de los muertos, Kimani había aprendido

más de la vida que todos los hombres de su familia antes que él. Sin embargo, cuanto más sabía del voraz fuego que se tragaba la vida, menos querían esperar sus oídos a que el *bwana* hablara. Cada silencio se podía cortar fácilmente como una presa recién cobrada con una *panga* bien afilada. Para ahuyentar el hambre que no dejaba de atormentarlo, y nunca en el estómago, Kimani no tenía más que pronunciar una de las hermosas palabras que en algún momento le había oído al *bwana*.

—El Alamein —dijo Kimani el día en que tuvo la certeza de que precisamente los dos bueyes más fuertes de la granja ya no verían ponerse el sol. Recordó cómo el *bwana* pronunció por vez primera esa palabra. Sus ojos parecían mucho más grandes que de costumbre. Su cuerpo se movía tan veloz como un campo de plantas jóvenes azotado por la tormenta, pero no paraba de reír y, más tarde, llamó Rafiki a Kimani.

Rafiki era el apelativo para un hombre que sólo tiene palabras buenas para otro y que lo ayuda cuando la vida lo pisotea como un caballo enloquecido. Hasta entonces, Kimani no tenía idea de que el *bwana* conociera esa palabra. No solía decirse en la granja y a él nunca se la había dicho un *bwana*.

—El Alamein —repitió Kimani. Estaba bien que por fin el *bwana* hubiera comprendido que un hombre ha de decir dos veces las cosas importantes.

—Del Alamein hace ya un año —repuso Walter, mostrando primero sus diez dedos y luego dos más.

—¿Y Tobruk? —quiso saber Kimani con la voz ligeramente cantarína que se le ponía siempre que estaba a la expectativa. Rió un poco al caer en la cuenta de lo mucho que había tenido que bregar para poder pronunciar aquellos sonidos. En su boca seguían siendo piedras arrojadas contra una chapa ondulada.

—Tampoco Tobruk ha servido de mucho. Las guerras duran demasiado tiempo, Kimani. La gente sigue muriendo.

—En Bengasi también muere. Tú lo dijiste.

—La gente muere todos los días. En todas partes.

—Cuando un hombre quiere morir, nadie puede detenerlo, *bwana*. ¿Acaso no lo sabías?

—Pero ellos no quieren morir. Nadie quiere morir.

—Mi padre —apuntó Kimani sin dejar de tirar de la brizna de hierba que quería sacar de la tierra— quiere morir.

—¿Está enfermo? ¿Por qué no me lo habías dicho? La *memsahib* tiene medicinas en casa. Iremos a verlo.

—Mi padre es viejo. Ya no puede contar a los hijos de sus hijos. Ya no necesita medicinas. Pronto lo llevaré delante de la choza.

—Mi padre también se muere —contó Walter—. Pero yo sigo buscando medicinas.

—Porque no puedes llevarlo delante de la choza —explicó Kimani—. Eso te da dolores en la cabeza. Un hijo debe estar con su padre cuando éste quiere morir. ¿Por qué no está tu padre aquí?

—Vamos, eso te lo contaré mañana. Es una larga *schauri*. Y nada buena. Hoy espera la *memsahib* con la comida.

—El Alamein —intentó Kimani de nuevo. Cuando se interrumpía un safari, siempre estaba bien volver al comienzo del sendero. Pero el día de los bueyes moribundos la palabra perdió su magia. El *bwana* cerró sus oídos y no volvió a abrir la boca en todo el largo camino hasta la casa.

Kimani se dio cuenta de que su piel se volvía fría, aunque para la tierra y las plantas el sol del mediodía tenía más calor del que necesitaban. No siempre estaba bien saber demasiado de la vida al otro lado de las chozas. Debilitaba al hombre, fatigaba sus ojos antes de que llegara su hora. Pese a todo, Kimani quería saber si los ávidos guerreros blancos les ponían un arma en la mano para morir a hombres tan ancianos como el padre del *bwana*. No obstante, las palabras que golpeaban su frente no llegaron a su garganta y sólo sintió que sus piernas le daban órdenes. Poco antes de llegar a casa, echó a correr como si hubiese recordado una tarea que hubiera olvidado y aún tuviera que terminar.

Walter permaneció en la clara sombra de los espinos egipcios hasta que perdió de vista a Kimani. La conversación había hecho latir su corazón más aprisa, no sólo por haber hablado de la guerra y los padres. De nuevo volvía a ser consciente de lo mucho que prefería compartir sus pensamientos y también sus miedos con Kimani u Owuor que con su esposa.

En los primeros momentos tras la muerte del niño la cosa fue distinta. Jettel y él se habían unido entristecidos y furiosos con su suerte y habían hallado consuelo en su común desamparo. Pero un año después cayó en la cuenta, más perplejo que amargado, de que su soledad y su mutismo habían agotado el afecto. Cada día que pasaba en la granja las espinas se clavaban un poco más en heridas que no cicatrizaban.

Cuando sus pensamientos daban vueltas en torno al pasado, como hacían los bueyes moribundos en su delirio febril alrededor del último retazo de hierba aún familiar, Walter se sentía tan necio y mortificado que la vergüenza le destrozaba los nervios. Al igual que Regina, se inventaba juegos absurdos para desafiar al destino. Cuando por la mañana los trabajadores, las mujeres y los niños enfermos de la granja venían a la casa a pedir ayuda y medicamentos, él creía firmemente que sería un buen día si el quinto de la fila era una madre con un bebé a la espalda.

Consideraba un buen augurio que el locutor de las noticias vespertinas mencionara más de tres ciudades alemanas bombardeadas. Con el tiempo, Walter desarrolló una interminable serie de ritos supersticiosos que o bien le infundían valor o bien alimentaban sus miedos. Sus fantasías le parecían indignas, pero seguían impulsándolo a huir de la realidad; despreciaba su tendencia, cada vez mayor, a fantasear y se preocupaba por su salud mental. Pero no tardaba mucho en volver a caer en las trampas que él mismo se tendía.

Walter sabía que a Jettel le ocurría algo similar. Sus pensamientos seguían

empujándola hacia su madre con la misma fuerza con que lo hicieran el día en que llegó el último correo. Una vez la sorprendió arrancándole las flores a una planta de pelitre y murmurando: «Vive, no vive, vive...». Conmocionado, le arrebató a Jettel la planta de la mano con una brutalidad de la que se arrepintió durante días, y ella le dijo: «Ahora ya no lo sabré». Se quedaron quietos en medio del campo y lloraron juntos, y Walter tuvo la sensación de ser un niño que no teme tanto el castigo como la certeza definitiva de que ya nadie lo quiere.

Kimani había desaparecido hacía ya tiempo tras los árboles de delante de las chozas, pero Walter seguía en el mismo sitio. Escuchó el crujir de las ramas y los monos en el bosque y deseó, como si fuera importante, sentir una pequeña parte de la alegría que Regina habría sentido. Con el propósito de retrasar el momento de volver a casa al menos lo suficiente para calmar sus sobreexcitados sentidos, empezó a contar los buitres de los árboles. Con el calor del mediodía, habían ocultado la cabeza en el plumaje y parecían una bola negra de grandes plumas.

Un número par sería una señal de que el día no le depararía nada peor que la desazón que lo atormentaba, una cifra impar inferior a treinta significaría visita; la partida conjunta de los indeseados pájaros, un aumento de sueldo.

«Y no debemos olvidar —les gritó a los árboles— que no hemos tenido un solo día aquí sin vosotros, maldita chusma». La ira de su voz lo tranquilizó un tanto. Pero perdió el control y ya no pudo distinguir a los pájaros. De pronto le pareció que lo único importante era saber el término en latín para augur. Pero por mucho que se esforzó no pudo recordarlo.

«Aquí uno se olvida hasta de lo poco que sabía —le dijo a *Rummler*, que corría a su encuentro—. Di, perro tonto, ¿quién iba a visitarnos?».

Cada vez eran más los días sin fin. Walter echaba de menos a Süskind, el heraldo optimista de su primera época de emigrado, una época que ya se le antojaba idílica. Al volver la vista atrás y comparar, Rongai era como un paraíso. Allí Süskind los protegía a Jettel y a él del abandono que tanto los oprimía en Ol' Joro Orok que ninguno de los dos se atrevía siquiera a hablar de él.

Las autoridades habían racionado la gasolina y se mostraban cada vez más reticentes a conceder los permisos que necesitaban los *enemy aliens* para salir de la granja. Las estimulantes visitas de Süskind, el único descanso para los nervios en tensión, cada vez eran menos. Sin embargo, cuando emergía de su saludable mundo y traía consigo noticias de Nakuru y su, contra toda lógica, inquebrantable fe en que la guerra no podía durar más de unos meses, desaparecían durante un breve plazo de gracia los barrotes de la cárcel de agujeros negros. Sólo Süskind podía transformar a Jettel en la mujer que Walter recordaba de los buenos tiempos.

Pensar en Süskind ocupaba su mente de tal modo que se imaginaba con lujo de detalles lo que haría, diría y oiría si Süskind apareciera de repente delante de él. Incluso creía oír voces procedentes de la cocina. Hacía tiempo que había dejado de resistirse a tales visiones. Cuando las aceptaba con suficiente dignidad, le daban

fuerzas para modelar durante unos momentos dichosos el presente conforme a sus necesidades.

Entre la casa y la cocina Walter vio cuatro ruedas y, sobre ellas, un cacharro abierto. Entornó los ojos, irritado, para protegerlos de la luz del mediodía. Hacía tanto tiempo que no veía un coche, aparte del de los Hahn, que no era capaz de determinar si se trataba de un vehículo militar o de una de esas alucinaciones que últimamente se burlaban de él. La seductora imagen iba cobrando mayor nitidez y, de tanto mirarlo, Walter acabó cerciorándose de que realmente había un *jeep* entre el cedro de grueso tronco y el depósito de agua.

Ni siquiera le pareció inverosímil que un agente de la comisaría de policía de Thompson's Falls hubiera viajado hasta Ol' Joro Orok con la intención de volver a internarlo. Curiosamente, el desembarco de los aliados en Sicilia había dado lugar a algunas detenciones, pero sólo en las inmediaciones de Nairobi y Mombasa. La idea de desembarazarse de la granja como ya sucediera al estallar la guerra no desagradaba a Walter, pero por otra parte tampoco podía imaginarse un cambio tan abrupto en su vida con todas sus consecuencias.

Entonces oyó la exaltada voz de Jettel. Le resultó extraña y al mismo tiempo, de un modo inquietante, también familiar. Jettel gritaba ora «Martin, Martin» ora «No, no, no». *Rummler*, que se había adelantado, ladraba en ese tono agudo y lastimero que reservaba únicamente para visitantes desconocidos.

Mientras corría, tropezando una y otra vez con las pequeñas raíces de la alta hierba, Walter trataba de recordar cuándo había oído ese nombre por última vez. Sólo le vino a la cabeza el cartero de Leobschütz, que siguió siendo amable hasta el último día que les llevó el correo.

En junio de 1936, pese a las cada vez mayores amenazas contra los judíos, el hombre acudió al bufete de Walter por un complicado asunto relacionado con una herencia. Al saludarlo siempre decía «*heil* Hitler», y al despedirse, un tímido «hasta luego». De pronto Walter lo vio con total claridad. Se llamaba Karl Martin, tenía bigote y era de Hochkretscham. De la finca de su tío le tocaron algunas yugadas más de lo previsto y en Navidad se presentó en la calle A sternweg con un ganso, claro está, una vez se hubo asegurado de que nadie podía verlo. La decencia necesitaba de la oscuridad para sobrevivir.

Owuor se asomó por la minúscula ventana de la cocina y le dio un baño de sol a sus dientes. Se puso a palmotear.

—¡*Bwana!* —gritó, chasqueando la lengua igual que hiciera el día en que le dieron vino—, ven deprisa. La *memsahib* llora y el áscari llora aún más.

La puerta de la cocina estaba abierta, pero sin la lámpara, que debido al precio de la parafina sólo se encendía al caer el sol, la habitación era casi tan oscura de día como de noche. Los ojos de Walter tardaron una eternidad en distinguir los primeros contornos. Entonces vio que Jettel y el hombre, que llevaba la gorra de cartero de Leobschütz, bailaban estrechamente enlazados por la habitación. Sólo se soltaron

para dar un salto y volver a abrazarse y besarse al instante. Por mucho que se esforzaba, Walter era incapaz de averiguar si reían, como él creía oír, o si lloraban, como afirmaba Owuor.

—¡Aquí está Walter! —exclamó Jettel—. Martin, mira, es Walter. ¡Suéltame! ¡Me vas a ahogar! Seguro que él también piensa que eres un fantasma.

Finalmente, Walter se percató de que el hombre llevaba uniforme caqui y gorra del ejército inglés. Entonces lo oyó llamarlo. Reconoció antes la voz que el rostro. Primero bramó:

—¡Walter! —Y luego susurró—: Creo que de ésta me vuelvo loco. Quién me iba a decir que vería esto.

El ahogo tardó tan poco en bajar de la garganta al estómago que Walter no tuvo tiempo de apoyarse en la mesa de la cocina antes de que se le doblaran las piernas, aunque no se cayó. Aturdido por una felicidad que lo agitó más de lo que nunca lo hiciera el miedo, apoyó la cabeza en el hombro de Martin Batschinsky. No podía creer que su amigo hubiera crecido tanto en los seis largos años transcurridos desde la última vez que se vieran.

Owuor se frotó la piel con las risas y las lágrimas de la *memsahib*, su bwana y el hermoso bwana áscari. Ordenó a Kamau que pusiera la mesa y las sillas bajo el árbol de grueso tronco contra el que el *bwana* se rascaba la espalda cuando le sobrevenían los dolores que volvían su piel blanca como la luz de la luna joven. Aunque la vajilla no estaba sucia, Kania tuvo que lavar en la gran tina todos los platos, los cuchillos y los tenedores. El propio Owuor se puso el *kanzu*, que sólo llevaba cuando le gustaban los invitados. Alrededor de su larga camisa blanca, que le llegaba casi hasta los pies, se ciñó el fajín rojo. El paño era tan suave como el cuerpo de un polluelo recién salido del cascarón. Justo sobre el vientre de Owuor estaban las palabras que el *bwana* había escrito y a las que la *memsahib* de Gilgil había dado los colores del sol con una gruesa aguja y un hilo dorado.

Cuando el *bwana* áscari vio a Owuor con el fez rojo oscuro del que se columpiaba la borla negra y el fajín bordado, sus ojos se agrandaron como los de un gato en la noche. Luego rió tan fuerte qué su voz regresó tres veces de las montañas.

—Dios mío, Walter, sigues siendo el mismo. Cómo se habría alegrado tu padre de ver a este cafre con el gorro en la cabeza y un fajín que pone «Hotel Redlich». Ya ni sé cuándo fue la última vez que pensé en Sohrau.

—Yo sí. Hace una hora.

—Hoy —intervino Jettel— no pensaremos más. Sólo miraremos a Martin.

—Y nos pellizcaremos para saber que estamos vivos.

Se conocieron en Breslau. Walter estaba en el primer semestre y Martin en el tercero y pronto cada uno de ellos sintió tantos celos del otro a causa de Jettel que, de no ser por el baile de Nochevieja de 1924, su relación se habría convertido en una enemistad de por vida en lugar de en una extraordinaria amistad. El vínculo sólo se rompió con la precipitada huida de Martin a Praga en junio de 1937. En el baile, que

más tarde los tres calificarían de desafortunado, Jettel se decidió por un tal doctor Silbermann y mandó a paseo a sus dos jóvenes pretendientes sin dar explicaciones.

La espinita se les quedó clavada muy dentro a los dos. Hasta que seis meses más tarde Silbermann se casó con la hija de un acaudalado joyero de Amsterdam, Martin y Walter se hicieron tan soportables las primeras penas de amor de su vida que de su rivalidad sólo quedó la de Silbermann. Sin embargo, al cabo de ese medio año, fue Walter el que estrechó entre sus consoladores brazos a Jettel.

Martin no era el tipo de hombre que olvida una ofensa, pero su amistad con Walter ya era demasiado profunda como para no hacerla extensiva a Jettel. Pasó muchas vacaciones en Sohrau, pues durante algún tiempo pareció que quizá pudiera convertirse en el cuñado de Walter, pero Liesel tardó demasiado en decidirse y la capacidad de aguante de Martin era bastante escasa, de modo que cejó en su empeño. En su lugar, pasó a ser el padrino de boda de Jettel. Después de que en 1933 se viera obligado a cerrar su bufete de abogados en Breslau y se hiciera representante de una empresa de muebles, iba mucho a Leobschütz para saborear la ilusión de que no todo en su vida había cambiado. La mayor parte del tiempo se la pasaba agasajando a Jettel con unos cumplidos tan imaginativos que inflamaron de nuevo los viejos celos de Walter. Y además estaba loco por Regina.

—Creo que dijo antes Martin que papá —recordó el invitado.

—Siempre he envidiado tu mala memoria. Hoy en día, para nosotros algo así vale su peso en oro. Lástima que no puedas conocer a Regina. Te gustaría.

—¿Y por qué diablos no podría conocerla? Pero si he venido aquí para eso.

—Está en el colegio.

—Si no es más que eso..., seguro que se me ocurre algo.

El padre de Martin, un tratante de ganado de un pueblecito cerca de Neisse, era un patriota fiel al kaiser e insistió en que sus cinco hijos —«igual que los de Guillermo II», algo que nunca olvidaba mencionar— aprendieran un oficio antes de la carrera, por la que él renunció a sus propias necesidades. Antes de licenciarse en derecho, Martin hizo su examen de oficial cerrajero.

Al ser el hermano menor, aprendió pronto a imponerse y estaba orgulloso de su inquebrantable voluntad. Entre sus amigos se le consideraba pendenciero. Su tendencia a dar demasiada importancia a trivialidades y a no tolerar nada siempre infundió respeto a Walter y Jettel, y ahora en Ol' Joro Orok era para los tres fuente de los más felices recuerdos.

—No te puedes imaginar cuánto hemos hablado de ti.

—Sí —repuso Martin—, basta con echar un vistazo alrededor para ver que sólo habláis del pasado.

—A menudo temimos que no hubieras salido de Praga.

—Me fui de Praga antes de que las cosas se pusieran feas. Entonces trabajaba para un librero con el que no me llevaba bien.

—¿Y luego?

—Primero me fui a Londres. Cuando estalló la guerra me internaron. La mayoría de nosotros fue a parar a la isla de Man, pero también se podía optar por Sudáfrica si uno tenía un oficio. Mi difunto padre tenía razón: los oficios son una mina. Dios mío, cuánto tiempo hacía que no oía esa frase.

—¿Y por qué ingresaste en el ejército?

Martin se frotó la frente. Siempre lo hacía cuando estaba confuso. Tamborileó con los dedos en la mesa y miró varias veces alrededor, como si quisiera ocultar algo.

—Sencillamente quería hacer algo —repuso en voz baja—. Todo empezó cuando me enteré por casualidad de que, poco antes de que muriera, metieron a mi padre en la cárcel y le colgaron un lío con una de nuestras criadas. Ésa fue la primera vez que sentí que no era tan de piedra como me creía. De algún modo me pareció que a mi padre le habría gustado verme de soldado. *Pro patria morí*, por si te acuerdas de lo que significa. La vieja patria nunca me exigió semejante sacrificio. En la Primera Guerra Mundial era demasiado joven, y la actual no la habría vivido si nuestra querida patria no me hubiera dado un puntapié a tiempo. Gracias a Dios, la nueva no piensa lo mismo de los judíos.

—No me había dado cuenta —aseguró Walter—. En cualquier caso, no aquí, en Kenia —puntualizó—. Aquí sólo cogen a los austríacos. Ahora son friendly *aliens*. ¿Dónde te destinarán?

—Ni idea. De todas formas, de repente tengo tres semanas de vacaciones. La mayor parte de las veces eso significa que al frente. Me da igual.

—¿Cómo pronuncian tu apellido en el ejército?

—Muy sencillo, Barret. Ya no me apellido Batschinsky. Tuve una suerte increíble con la nacionalización, suele tardar años. Hubo que sobornar a algún que otro funcionario. Estuve tonteando con una chica que sacó mi solicitud del montón de expedientes y la puso arriba del todo.

—Yo nunca podría hacer eso.

—¿El qué?

—Renunciar a mi apellido y a mi patria.

—E iniciar una relación con una dama extranjera. Ay, Walter, de los dos tú siempre has sido mejor persona y yo más listo.

—¿Cómo nos has encontrado? —quiso saber Jettel en la cena.

—En 1938 ya sabía que habíais venido a parar a Kenia. Liesel me escribió a Londres y me lo contó —replicó Martin, volviendo a frotarse la frente con dos dedos—. Quizá habría podido ayudarla. Por aquel entonces los ingleses aún acogían a mujeres solteras. Pero Liesel no quería dejar a tu padre solo. ¿Habéis sabido algo de ellos?

—No —contestaron Walter y Jettel al unísono.

—Lo siento. Pero tenía que preguntároslo.

—Llegó una carta de mi madre y de Käte. Iban a llevarlas al este.

—Lo siento. Dios mío, pero de qué estamos hablando. —Martin cerró los ojos

para ahuyentar las imágenes, pero, pese a todo, no pudo evitar ver a la Jettel de dieciséis años con su primer vestido de noche. Cuadros de tafetán amarillos, violetas y verdes como el musgo del pequeño bosque de Neisse bailotearon en su cabeza mientras luchaba contra la ira y el desamparo y, enfadado, mataba la nostalgia—. Vamos —añadió con ternura, y le dio un beso a Jettel—, ahora cuéntamelo todo sobre mi mejor amiga. Apuesto a que Regina es una estudiante estupenda. Y mañana iremos por el campo en el *jeep*.

—Los extranjeros enemigos necesitan un permiso para abandonar la granja.

—No si un sargento de Su Majestad va al volante —rió Martin.

El primer viaje, con Walter y Jettel junto a Martin y Owuor y Rummler detrás, sólo los llevó hasta la *duka* de Patel. Pero, gracias al enorme talento de Martin para hacer de una pequeña contienda una gran guerra, se convirtió en una dulce venganza por todas las pequeñas flechas que, a lo largo de cuatro años, Patel había ido lanzando desde su siempre repleto carcaj a quienes no sabían defenderse de él.

La guerra y las dificultades que ésta acarreaba a la hora de traer a Kenia a uno de sus hijos cada año y, en su lugar, enviar a otro a su casa en la India habían hecho que Patel despreciara a la gente aún más que de costumbre. Los refugiados de las granjas, que hablaban mejor el suajili que el inglés y, por tanto, no podían conversar bien con él, eran para Patel la siempre bienvenida válvula de escape para descargar su mal humor.

Era tan mezquino con todo lo que necesitaban que desarrolló su propio mercado negro. Walter y varios empleados de las granjas de Ol' Kalou tenían que pagar el doble por harina, carne en conserva, arroz, polvos para flan, pasas, especias, telas, artículos de mercería y, sobre todo, parafina. Aunque tales especulaciones estaban prohibidas oficialmente, en el caso de los refugiados Patel podía contar con la connivencia de las autoridades. Para éstas, tales triquiñuelas eran inofensivas y se correspondían plenamente con sus sentimientos patrióticos y con la xenofobia, que iba en aumento con cada año de guerra.

De camino a la *duka*, Martin se enteró de las privaciones y las humillaciones. Se detuvo delante de la última y espesa morera, mandó a Walter y Jettel ir solos a la tienda y él permaneció en el *jeep* con Owuor. Más tarde Patel nunca se perdonaría haber subestimado la situación y no haber comprendido en el acto que los pobretones de la granja de Gibson sólo podían ir a su tienda acompañados.

Patel terminó de leer una carta antes de mirar a Walter y Jettel. No les preguntó qué querían, sino que les puso delante, sin mediar palabra, harina con restos de cagadas de ratón, latas de carne abolladas y arroz humedecido y, cuando creyó percibir la confusa vacilación de costumbre de sus clientes, hizo su ademán habitual.

—*Take it or leave it* —se burló.

—*You bloody fuckin' Indian* —gritó Martin desde la puerta—, *You damned son of a bitch*.

Avanzó por la pequeña estancia y tiró del mostrador la carne enlatada y el saco de

arroz al mismo tiempo. Luego escupió todos los insultos aprendidos desde que llegara a Inglaterra y, sobre todo, en el ejército. Walter y Jettel entendían tan poco como Owuor, que se había quedado a la entrada de la tienda, pero les bastaba con ver el rostro de Patel. El hosco, sádico dictador, tal como Owuor relataría una y otra vez esa misma noche en las chozas, se volvió un perro quejumbroso.

Patel sabía demasiado poco del ejército británico para calibrar debidamente la situación, ni siquiera de un modo aproximado. Tomó a Martin, con sus tres franjas de sargento, por un oficial y fue lo bastante inteligente como para no arriesgarse a discutir. En cualquier caso, no tenía la menor intención de enemistarse con toda la fuerza armada aliada sólo por unas libras de arroz o unas latas de carne en conserva. Sin que nadie se lo pidiera, sacó de la trastienda, separada por una cortina, alimentos en perfecto estado, tres grandes cubos de parafina y dos fardos de tela que habían llegado de Nairobi el día anterior. Tartamudeando, aún añadió al montón cuatro cinturones de cuero.

—¡Al coche! —ordenó Martin en el mismo tono con que mangoneaba a las sirvientas polacas cuando tenía seis años y por el que su padre le daba frecuentes sopapos. Patel estaba tan atemorizado que él mismo llevó la mercancía al *jeep*. Owuor caminaba delante de él, fusta en mano, como si Patel, el envilecido hijo de una perra, fuera tan sólo una mujer—. La tela es para Jettel y los cinturones, todos para ti. Los míos me los da el rey Jorge.

—Pero ¿qué voy a hacer con cuatro cinturones? Sólo tengo tres pantalones, y de ellos uno ya está hecho polvo.

—Entonces uno para Owuor, para que se acuerde siempre de mí.

Owuor sonrió al oír su nombre, y cuando el *bwana* áscari le entregó el cinturón, el poder de la magia lo hizo enmudecer. Saludó llevándose dos dedos a la cabeza, como hacían los jóvenes que podían ser áscaris en Nakuru cuando regresaban por unos días a Ol' Joro Orok para ver a sus hermanos.

Así terminó el primer día de un total de diecisiete veces veinticuatro horas de felicidad y plenitud. A la mañana siguiente fueron a Naivasha.

—Naivasha es sólo para gente bien —dudó Walter cuando Martin le enseñó el mapa—. Aunque no han puesto ningún letrero que diga «Prohibido judíos», les gustaría hacerlo. Me lo ha contado Süskind. Una vez tuvo que acompañar a su jefe y quedarse sentado en el coche mientras éste entraba en el hotel a almorzar.

—Ya lo veremos —replicó Martin.

Naivasha no era más que una aglomeración de casas pequeñas, pero bien construidas. El lago, con sus plantas y sus pájaros, era la atracción de la colonia y estaba rodeado de algunos hoteles que parecían clubes privados ingleses. El hotel Lake Naivasha era el más antiguo y distinguido. Allí fue donde se sentaron a almorzar en una terraza cubierta de buganvillas, comieron rosbif y bebieron la primera cerveza desde Breslau. Jettel y Walter no se atrevían más que a susurrar. Se avergonzaban de hacerlo en alemán y consideraban el uniforme de Martin como el

delantal de una madre tras el cual los niños se sienten a salvo de todo peligro.

Más tarde salieron a navegar por el lago en un bote, deslizándose entre nenúfares, acompañados por mirlos metálicos de un azul luminoso. Aunque al principio la dirección del hotel vaciló, luego se dejó impresionar por el tono amenazador de Martin y puso otro bote a disposición de Owuor y *Rummler*. El recepcionista indio recalcó antes y después que tenía órdenes oficiales expresas de satisfacer los deseos de los militares.

Una semana después, antes de emprender viaje a Naro Moru, desde donde se disfrutaba de la vista más hermosa del monte Kenia, Walter insistió en llevar no sólo a Owuor, sino también a Kimani.

—¿Sabes?, es que nosotros dos contemplamos esa montaña todos los días. Kimani es mi mejor amigo. Owuor ya es de la familia. Pregúntale a Kimani por El Alamein.

—Menudo estás hecho —rió Martin, acomodando a Kimani entre *Rummler* y Owuor—, tu padre siempre se quejaba de que echabas a perder al servicio.

—A Kimani no se le puede echar a perder. Él impide que me vuelva loco cuando el miedo me devora el alma.

—¿Y de qué tienes miedo?

—De perder primero mi empleo y luego la *razón*.

—Nunca has sido un luchador. No me explico cómo te ganaste a Jettel.

—Fui su tercera opción. Cuando vio que no podía tener a Silbermann, te quiso a ti.

—Bobadas.

—Nunca has sabido mentir.

El hotel de Naro Moru había conocido tiempos mejores. Antes de la guerra, era el punto de partida de los montañeros en sus ascensiones. Sin embargo, desde la movilización ya no estaba preparado para acoger a huéspedes. Pero Martin podía ser tan encantador como testarudo. Se encargó de que fueran a buscar al cocinero y de que sirvieran el almuerzo en el jardín. A Owuor y Kimani los atendieron en las dependencias del personal del hotel, si bien volvieron inmediatamente después de comer para ver la montaña. Jettel se quedó dormida en la tumbona, con *Rummler* roncando a sus pies.

—Jettel parece la misma de siempre —comentó Martin—. Y tú también —se apresuró a añadir.

—No soy tan desgraciado como para no tener un espejo. Sabes, no he hecho muy feliz a Jettel.

—A Jettel es imposible hacerla feliz. ¿No lo sabías?

—Claro que sí. Sólo que quizá no lo haya sabido a tiempo. Pero no se lo reprocho. No fue lo bastante precavida a la hora de elegir marido. Hemos pasado momentos muy duros. Perdimos un hijo.

—Os habéis perdido el uno al otro —replicó Martin.

Owuor abrió sus oídos lo bastante como para atrapar el viento que enviaba la montaña. Nunca había oído al *bwana* áscari hablar con aquella voz, que era como el agua que salta entre piedrecitas. Kimani no tenía más que ver los ojos de su *bwana* para toser sal.

—Ahora ya sólo me falta Regina —explicó Martin la noche en que volvieron de Naro Moru—. Si no, no me voy a la guerra. Me hace mucha ilusión verla.

—No tiene vacaciones hasta dentro de una semana.

—Es justo cuando tengo que marcharme. ¿Cómo la recogéis del colegio?

—Tenemos ese problema cada tres meses. Mientras tanto, vivimos con un nudo en la garganta. Si somos amables, la trae el bóer de la granja vecina.

—¡Un bóer! —exclamó Martin asqueado—. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Eso no se lo puedes decir así como así a un hombre de Sudáfrica. Iré a buscarla yo. Solo. Mejor el jueves. Mañana le mandamos un telegrama.

—Podemos plantarnos ante el ayuntamiento de Breslau y romperles los cristales a los nazis que el colegio no soltará a los niños ni un día antes de las vacaciones. Ni siquiera dejaron que Regina fuera a ver a Jettel al hospital, y eso que la doctora llamó expresamente para pedirlo. Ese colegio es una cárcel. Regina no habla de ello, pero hace tiempo que lo sabemos.

—Habrá que ver si se atreven a negarles algo a sus valientes soldados. El jueves me plantaré ante ese maldito colegio y no pararé de cantar *Rule Britannia* hasta que me entreguen a la niña.

XI

El señor Brindley hizo crujir el papel en su mano y preguntó: «¿Quién es el sargento Martin Barret?».

Regina iba a contestar cuando se dio cuenta de que ni siquiera tenía una respuesta en la cabeza. Le dio vueltas y más vueltas, aún más desconcertada que de costumbre, a la turbación que seguía asaltándola como el perro guardián al ladrón siempre que se hallaba en el despacho del director. Haciendo un esfuerzo que por lo general no habría necesitado, obligó a su memoria a repasar todos los libros que el señor Brindley le había dado en las últimas semanas para que leyera, pero el nombre que acababa de mencionar no le decía nada.

Hacía ya tiempo que la sensación de estar a merced de las palabras no le era familiar a Regina. Era como si, por un descuido que no podía explicarse, hubiera arruinado la mejor magia de su vida al demostrar no estar a la altura de sus expectativas. Asustada, extendió la mano para tratar de retener el único poder capaz de hacer de aquel colegio que odiaba una diminuta isla en la que, desde hacía ya mucho tiempo, sólo podían habitar Charles Dickens, el señor Brindley y ella misma.

Regina lo sabía mejor que cualquiera de sus compañeras. Ni siquiera Inge sospechaba nada del mayor secreto del mundo. Un hada, que durante los tres terribles meses de colegio vivía entre los pimenteros de Nakuru y en las vacaciones habitaba una flor de hibisco en la linde del mayor de los linares de Ol' Joro Orok, había dividido al señor Brindley en dos mitades. A la parte temida de él, por todos conocida, no le gustaban los niños, era malvada e injusta y constaba únicamente de reglamento escolar, severidad, castigos y palmeta.

La mitad encantada del señor Brindley era suave como la lluvia que en una sola noche infundía nueva vida en las sedientas rosas de las semillas de su abuelo. Ese hombre extraño, que curiosamente también se llamaba Arthur Brindley, adoraba a David Copperfield y a Nicholas Nickleby, a Oliver Twist, al pobre Bob Cratchitt y a su diminuto Tim. Y, claro está, el señor Brindley adoraba en particular a la pequeña Nell. Regina incluso sospechaba que también le gustaba la *bloody refugee* de Ol' Joro Orok, pero rara vez se permitía pensar en ello, pues sabía que a las hadas no les agradan las personas vanidosas.

Había pasado mucho tiempo desde que Brindley llamara a Regina *Little Nell* por vez primera. Sin embargo, aún recordaba con absoluta nitidez el día en que comenzó la magia, pues al fin y al cabo era algo muy especial que a una niña judía le confiriesen un nombre inglés. Con los años, aquel tiempo siempre recurrente, y por desgracia demasiado breve, en que Regina podía llevar ese nombre dulce y de fácil pronunciación se tornó un juego con las mismas hermosas e inamovibles reglas que exigían en casa Owuor y Kimani.

Con frecuencia, en la única hora libre del día, entre el estudio y la cena, el

director mandaba llamar a Regina. En un primer momento, terrible, su boca era muy pequeña y de sus ojos saltaban chispas como de los del avaro señor Scrooge del *Cuento de Navidad*. Cuando Regina, conteniendo la respiración, recorría los escasos pasos que separaban la puerta del escritorio, daba la impresión de que Brindley sólo la había hecho llamar para imponerle un castigo.

Pero al cabo de un rato, que a Regina siempre se le antojaba demasiado largo, él se ponía en pie, suspiraba, apagaba el fuego de sus ojos, sonreía y sacaba un libro del armario de la llave dorada. Los días especialmente buenos, la pequeña llave se transformaba en la flauta que Pan, el dios de los azules linajes y las verdes colinas, tocaba en la hora de las sombras alargadas. El libro era siempre de Dickens y tenía unas suaves tapas de piel morada; mientras Regina lo tomaba con la misma ansiedad que si la hubieran sorprendido infringiendo las normas del colegio, el director dividido en dos siempre decía: «Dentro de tres semanas me lo devuelves y me cuentas lo que has leído».

Eran muy pocas las ocasiones en que Regina no podía responder a las preguntas de Brindley cuando le devolvía el libro. En las cuatro semanas previas a las vacaciones, a menudo ambos habían estado tanto tiempo conversando sobre las maravillosas historias que Dickens les contaba sólo a ellos dos que Regina había llegado a cenar demasiado tarde, pero los castigos de la profesora que vigilaba el comedor, que siempre simulaba no saber dónde había estado, poco importaban en comparación con la alegría que le proporcionaba la magia eterna.

En las vacaciones siguientes a la muerte del niño, Regina había intentado por vez primera hablarle de ello a su padre, pero éste opinaba que las hadas eran «bobadas inglesas» y, aparte de *Oliver Twist*, que no le gustaba, no se había topado con nadie que Dickens, el señor Brindley y ella conocieran. Como Regina no quería alterar a su padre, sólo le hablaba de Dickens cuando su boca era más rápida que su cabeza.

—Te he preguntado —repitió el director impaciente— que quién es el sargento Martin Barret.

—No lo sé, señor.

—¿Qué significa que no lo sabes?

—No —repuso Regina perpleja—. En ninguno de los libros que me ha dado aparece un sargento. Me habría dado cuenta, señor. Seguro que no se me habría pasado.

—Maldita sea, *Little Nell*, no estoy hablando de Dickens.

—Oh, perdón, señor. No lo sabía. Quiero decir, cómo iba a suponerlo.

—Estoy hablando de este señor Barret. El que te envía un telegrama.

—¿A mí, señor? ¿Me envía un telegrama? Nunca he visto un telegrama.

—Toma —dijo el director, tendiéndole el papel—. Léelo en alto.

—Te recojo jueves. Informa director —leyó Regina, y se dio cuenta un poco tarde de que su voz era demasiado alta para los delicados oídos del señor Brindley—. Voy al frente en una semana —musitó.

—¿Acaso tienes un tío que se llame así? —quiso saber Brindley, transformándose por un horrible instante en Scrooge la víspera de Navidad.

—No, señor. Sólo tengo dos tías. Y han tenido que quedarse en Alemania. Tengo que rezar por ellas todas las noches, pero nunca lo hago en voz alta porque he de decirlo en alemán.

Brindley se percató, enojado, de que estaba a punto de ser injusto, impaciente y muy brusco. Se avergonzó un tanto, pero es que no le gustaba cuando la pequeña Nell se convertía en aquella maldita extranjera con esos problemas realmente irresolubles sobre los que él leía de vez en cuando en los periódicos londinenses intentando reunir la energía necesaria para estudiar a fondo los artículos de las páginas centrales. Por fortuna, en el *East African Standard*, que leía con más regularidad y mayor placer desde que estallara la guerra, eran pocas las cosas que aparecían allende su mundo imaginario.

—Si te manda un telegrama, tienes que conocer al señor Barret —insistió Brindley. Ya no se esforzaba por ocultar su mal humor—. Sea como fuere, que no se crea que puedes irte a casa cinco días antes de las vacaciones. Sabes que va totalmente en contra de las normas del colegio.

—Oh, señor, pero si no quiero. Me basta con recibir un telegrama. Es igualito que en Dickens, señor. Hasta la gente pobre de pronto tiene suerte un día. Al menos a veces.

—Puedes irte —replicó Brindley, y sonó como si hubiera tenido que buscar la voz.

—¿Puedo quedarme con el telegrama, señor? —preguntó Regina tímidamente.

—Por qué no.

Arthur Brindley suspiró cuando Regina cerró la puerta. Cuando sus ojos empezaron a lagrimar, se dio cuenta de que había vuelto a resfriarse. Parecía un mentecato sentimental y senil que cargaba con problemas absolutamente impropios porque no mantenía su entendimiento lo bastante alerta y permitía que su corazón quedara indefenso. No estaba bien ocuparse de un niño más de lo necesario y nunca antes lo había hecho, pero el talento de Regina, sus ávidas ganas de leer y su amor por la literatura, que tan pocas veces había visto en los monótonos años de profesión, habían creado un vínculo que había hecho de él un prisionero adicto a una pasión francamente absurda.

En momentos cavilosos, se preguntaba qué pensaría Regina cuando él la atiborraba de libros que aún no podía entender. Después de cada conversación, se proponía no volver a llamar a la niña. El hecho de que nunca mantuviera su decisión le resultaba tan embarazoso como indigno de un hombre que siempre había despreciado las debilidades, pero la soledad que no había conocido ni en su juventud ni en la madurez, en la vejez se había tornado más dominante que su fuerza de voluntad y él mismo, tan susceptible a los sentimientos como sensibles sus huesos al húmedo aire del lago salado.

Regina dobló el telegrama, tanto que podría servirle a su hada de colchón, y se lo metió en el bolsillo del uniforme. Se esforzó por no pensar en él, al menos durante el día, pero no lo logró. El papel crujía a cada movimiento y a veces con tal sonoridad que creía que todo el mundo oiría los traicioneros sonidos y se quedaría mirándola. El telegrama del gran sello negro le parecía un mensaje de un rey desconocido que estaba segura se daría a conocer con sólo creer firmemente en él.

Tan pronto llegó el momento de echar el cerrojo al castillo de su fantasía, fustigó a su memoria con la crueldad de un tirano con sus esclavos para descubrir si había oído ese nombre antes. No obstante, muy pronto Regina comprendió que no tenía sentido buscar al sargento Martin Barret en las historias que le contaban sus padres. Sin duda el rey del extranjero tenía un nombre inglés, y aparte del señor Gibson, el jefe actual de papá, y el señor Morrison, el de Rongai, sus padres no conocían a ningún inglés. Como es natural, también estaba el doctor Charters, el culpable de la muerte del niño al no querer atender a judíos, pero Regina pensó que él quedaba descartado si le pasaba algo bueno precisamente a ella.

Esperaba y temía al mismo tiempo que el director volviera a hablarle del sargento, mas no vio al señor Brindley, aunque se pasó cada minuto libre del miércoles revoloteando por el pasillo que llevaba a su despacho. El jueves era el día preferido de Regina, puesto que recibía el correo de Ol' Joro Orok, y sus padres eran de los pocos que seguían escribiendo incluso la última semana antes de las vacaciones. Las cartas se repartían después del almuerzo. Llamaron a Regina, pero en lugar de entregarle un sobre, la profesora encargada de la vigilancia del almuerzo le ordenó: «Ve inmediatamente a ver al señor Brindley».

Ya tras la rosaleta, y más aún cuando se hallaba entre las dos columnas redondas, el hada le decía a Regina que había llegado su gran momento. En el despacho del director se encontraba el rey que enviaba telegramas a princesas desconocidas. Era muy alto, llevaba un uniforme caqui arrugado, sus cabellos eran como el trigo al que le ha dado mucho el sol y sus ojos, de un azul poderoso que de pronto se volvía tan claro como el pelaje de los *dik-diks* al calor del mediodía.

Los ojos de Regina hallaron tiempo para vagar con tranquilidad por las relucientes botas negras y seguir subiendo hasta la gorra, un tanto ladeada en la cabeza. Cuando por fin terminó el repaso, convino con el latir de su pecho en que nunca había visto a un hombre tan guapo. Miraba al señor Brindley con impavidez, como si el director fuera un hombre como los demás, no dividido en dos, y como si fuera tan fácil hacer reír a sus dos mitades como a Owuor cuando cantaba *Perdí mi corazón en Heidelberg*.

No había ninguna duda de que el señor Brindley mostraba tres de sus dientes: en él, eso significaba risa.

—Éste es el sargento Barret —anunció— y, según me dice, es un viejo amigo de tu padre.

Regina sabía que debía decir algo, pero de su garganta no brotó palabra alguna.

De modo que se limitó a asentir y se alegró de que el señor Brindley continuara hablando.

—El sargento Barret —prosiguió— es de Sudáfrica y estará en el frente dentro de dos semanas. Quería volver a ver a tus padres y llevarte hoy mismo a casa para las vacaciones. Eso me pone en una situación del todo inusual. En este colegio nunca se han hecho excepciones y así seguirá siendo en el futuro, pero al fin y al cabo estamos en guerra y todos hemos de aprender a hacer nuestros sacrificios personales.

Mientras pronunciaba esa frase, fue sencillo mirar con valentía al señor Brindley y al mismo tiempo mantener la barbilla pegada al pecho. Siempre que se hablaba de sacrificios, los niños tenían que comportarse así para manifestar su entusiasmo patriótico. Pese a todo, Regina se sentía tan confundida como si estuviera corriendo por el bosque justo al caer la noche. En primer lugar, nunca había oído hablar tanto al señor Brindley; y en segundo lugar, los sacrificios que exigía la guerra eran casi siempre la explicación de por qué no había cuadernos, lapiceros, mermelada para desayunar o pudín para cenar tan pronto llegaba la triste noticia de que se había hundido un barco inglés. Regina se paró a pensar por qué un soldado de Sudáfrica que quería recogerla cuatro días antes de las vacaciones era un sacrificio, pero sólo se le ocurrió que su barbilla debía seguir contra el pecho.

—No puedo negarle a uno de nuestros soldados el deseo de llevarte consigo hoy mismo a Ol' Joro Orok —decidió el señor Brindley.

—Regina, ¿no quieres darle las gracias a tu director?

Regina comprendió al instante lo cuidadosa que debía ser y envaró la cara, aunque estaba casi segura de que en su cuello se ocultaba una pluma de polluelo de flamenco. En el último momento, logró tragarse la traicionera risita que habría destruido la magia. El Rey Sargento de Sudáfrica sudaba la gota gorda con los sonidos ingleses igual que Oha y en toda la frase no había pronunciado bien más que una sola palabra, y ésa era precisamente su propio nombre.

—Gracias. Señor, muchas gracias, señor.

—Ve a decirle a la señorita Chart que te ayude a hacer la maleta, *Little Nell*. No debemos hacer esperar demasiado al sargento Barret. En la guerra el tiempo es muy valioso. Todos lo sabemos.

Una hora después, Regina soltaba el aire de sus pulmones, aspiraba de nuevo y liberaba su nariz del odiado olor acre a jabón, puerro, carne de carnero y sudor que, para ella, formaba parte de las amenazas del colegio tanto como las lágrimas que un niño debía tragarse antes de que se convirtieran en duros granos de sal en los ojos. Mientras se deshacía el nudo de la corbata y se subía tanto la estrecha falda del uniforme que sus rodillas veían el sol, al viento se le ocurrían nuevos juegos con sus cabellos. Cada vez que miraba a través de la fina red negra, el blanco colegio sobre la montaña se volvía un poco más oscuro. Cuando las numerosas y pequeñas construcciones se disolvieron por fin en lejanas sombras sin contornos, el cuerpo cobró la ligereza del ave joven que utiliza sus alas por vez primera.

Regina aún no se atrevía a decir palabra y, por miedo a que el rey de Sudáfrica pudiera transformarse de nuevo en un deseo con el que embaucar únicamente a corazón y cabeza, se prohibió mirar a Martin. Sólo podía contemplar sus manos, que rodeaban el volante con tanta firmeza que los nudillos se tornaron blancas piedras preciosas.

—¿Por qué te llama *Little Nell* ese viejo pájaro? —preguntó Martin al dejar Nakuru y tomar la polvorienta carretera que conducía a Gilgil.

Regina se echó a reír al oír al rey hablar en alemán y en el mismo tono que su padre.

—Es una larga historia —repuso—. ¿Sabes algo de hadas?

—Claro. Cuando tú naciste, había una en tu cuna.

—¿Qué es una cuna?

—A ver, tú me cuentas todo lo que sabes de las hadas y yo te explico qué es una cuna.

—¿Y también me dirás por qué has mentido al decir que eras amigo de papá?

—No es mentira. Tu papá y yo somos viejos amigos. Fuimos jóvenes juntos. Y tu madre no era mucho mayor que tú cuando la vi por primera vez.

—Pensé que querías raptarme.

—Y llevarte adonde.

—Donde no haya colegios ni jefes. Ni gente rica que no quiera a la gente pobre. Ni cartas de Alemania —enumeró Regina.

—Siento haberte decepcionado. Pero sí que he mentido; a tu director. La verdad es que vengo de la granja. Hemos pasado unos días fantásticos, tus padres, yo, Kimani y Owuor. Y *Rummler*, por supuesto. Y no quería marcharme sin verte.

—¿Por qué?

—Es verdad que tengo que marcharme dentro de tres días. A la guerra. Sabes, te conocí cuando aún eras muy pequeña.

—Eso fue en mi otra vida y no me acuerdo.

—También en la mía. Por desgracia, yo sí me acuerdo.

—Hablas igual que papá.

Martin estaba asombrado de lo fácil que era hablar con Regina. Había preparado las típicas preguntas que plantea un adulto que no tiene experiencia con niños. Pero ella le hablaba del colegio de un modo que le fascinaba, pues reconocía en él el humor de juventud de Walter y, al mismo tiempo, lo confrontaba con un sentido de la ironía desconcertante para una niña de once años. No tardó en comprobar que se desenvolvía tan bien en el turbador y veloz cambio de la fantasía a la realidad que podía seguirla sin esfuerzo de un mundo al otro. Entre historia e historia Regina hacía largas pausas y, al percatarse de la impaciencia de Martin, le explicó la razón como si él fuera un niño y ella, la profesora.

—Eso me lo enseñó Kimani —aclaró—, que no es bueno para la cabeza mantener la boca abierta demasiado tiempo.

Entre Thompson's Falls y Ol' Joro Orok, cuando la carretera se hacía más y más angosta, empinada y pedregosa, Regina pidió:

—Esperemos aquí hasta que el sol se ponga rojo. Éste es mi árbol. Cuando lo veo, sé que pronto estaré en casa. Quizá vengan los monos. Entonces podremos pedir un deseo.

—¿Para ti un mono es como un hada?

—Las hadas no existen. Sólo hago como si existieran. Me ayuda, aunque papá dice que sólo los ingleses pueden soñar.

—Pues hoy soñaremos los dos. Tu papá es un tonto.

—No —negó Regina, cruzando los dedos—. Es un refugiado. —Había bajado la voz.

—Lo quieres mucho, ¿no es cierto?

—Mucho —asintió Regina—. Y a mamá también —se apresuró a añadir. Vio que Martin, que estaba apoyado en el grueso tronco de su árbol, cerraba los ojos y también ella cerró los suyos. Los oídos atraparon las primeras *schauris* de los tambores y la piel hizo lo propio con el viento que se levantaba, aunque la hierba aún no se movía. La dicha por el regreso a casa calentaba su cuerpo. Se abrió la blusa para dejar escapar pequeños suspiros y se deleitó con los sonidos de la felicidad que tanto había echado en falta.

Los silbidos despertaron a Martin. Contempló a Regina largo tiempo y se percató demasiado tarde de su desasosiego. Por un instante se engañó a sí mismo pensando que la fuerza de la soledad, nunca antes vivida con tanta intensidad, los sonidos que no podía interpretar y el bosque de los sombríos gigantes lo desconcertaban, pero luego comprendió que lo que lo atormentaba eran los recuerdos que creía olvidados hacía tiempo.

Cuando los números de su reloj formaron un círculo negro que importunó a sus ojos con chispas violetas, cedió por fin al embriagador placer y volvió la vista atrás. Primero su nuevo nombre inglés se deshizo en sílabas que no podía recomponer, e inmediatamente después estaba de nuevo en Breslau y veía a Jettel por primera vez. Martin se sorprendió un tanto al verla desnuda, pero le agradó que sus negros rizos danzaran en rueda. Mas su sentido común aún era más fuerte que su memoria. Antes de que las imágenes le aclararan definitivamente la gran guerra, recordó las singulares historias que contaban los europeos de África. Todos ellos temían el momento en que el pasado los paralizara y los despojara de la noción del tiempo.

—¡Malditos trópicos! —exclamó Martin. Se asustó cuando su voz rasgó el silencio, pero como sólo un pájaro le respondió, comprendió que no había hablado tan alto; durante un lapso de tiempo que no pudo medir, le bastó con saborear ese dulce alivio para considerarse salvado de la miseria.

Regina no se parecía a su madre y estaba lejos de ser tan hermosa como Jettel cuando era joven, pero no era una niña. El presentimiento de que algunas historias comienzan una y otra vez desde el principio hizo que Martin sintiera los latidos de su

corazón. Hubo un día en que Jettel le hizo caer en la cuenta de que era un hombre. Regina despertaba en él el deseo de futuro, en lugar de pasado.

—Venga —dijo—. Nos vamos. Querrás estar pronto en casa.

—Ya estoy en casa.

—Te encanta la granja, ¿no es así?

—Sí, pero ése es mi secreto. Mis padres no deben saberlo. Ellos adoran Alemania.

—Prométeme una cosa: que cuando tengas que dejar la granja no te pondrás triste.

—¿Por qué iba a tener que dejarla?

—Tal vez tu padre también quiera hacerse soldado.

—Sería bonito que tuviera un uniforme como el tuyo —fantaseó Regina—. Y el señor Brindley dice que a los soldados no hay que hacerles esperar. Entonces los demás me envidiarían. Como hoy.

—Has olvidado la promesa de que nunca te pondrás triste —sonrió Martin.

De nuevo Regina vio que Martin no era una persona corriente. Sabía lo bueno que era decir más de una vez las palabras importantes. Se tomó su tiempo antes de preguntar:

—¿Y por qué quieres que no esté triste?

—Porque volveré a tu lado después de la guerra. Entonces serás una mujer. Pero antes he de ir al frente. Y allí el mundo no es tan hermoso como aquí. Allí al menos querría imaginarme que eres tan feliz como ahora. ¿Sería muy difícil?

—No —aseguró Regina—. Sólo tendré que imaginarme que eres un rey. El mío. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto —sonrió Martin—. En este rincón dejado de la mano de Dios uno aprende a soñar. —Se inclinó, subió a Regina a hombros y al rozar su piel el tiempo volvió a confundirse. Primero volvió a ser joven, despreocupado; y luego, al oír su resuello, viejo y necio. Tomó impulso para aplastar la melancolía, pero la voz de Regina se anticipó a su control:

—¿Qué haces? —dijo entre risitas—. Me haces cosquillas.

XII

A principios de diciembre de 1943, el coronel Whidett recibió una orden que arruinó por completo la alegría que sentía ante la perspectiva de pasar unas vacaciones de Navidad cuidadosamente planeadas en una exclusiva casa del Mount Kenya Safan Club y que además resultó el desafío más delicado a que se había enfrentado en toda su carrera militar. El Ministerio de la Guerra de Londres le confió la responsabilidad de la operación J, que a la larga habría de suponer la reestructuración de las fuerzas armadas destacadas en Kenia.

La colonia debía seguir sin demora el ejemplo de la madre patria y de los demás países de la Commonwealth y admitir también en el Ejército de Su Majestad a aquellos voluntarios que no estuvieran en posesión de la nacionalidad británica «siempre y cuando simpatizaran con la causa aliada y no constituyeran un peligro para la seguridad interna». Para el coronel Whidett, la formulación «en el círculo de los refugiados en cuestión deberá constatarse previamente una actitud antialemana irreprochable» vino a corroborar la experiencia adquirida a lo largo de dos Guerras Mundiales de que el sentido común británico no era un requisito indispensable para obtener un empleo en el Ministerio de la Guerra inglés.

Además, en una segunda parte extraordinariamente ampulosa, se señalaba que también debía considerarse sin falta el círculo de los emigrantes alemanes. Precisamente esa parte de la orden le resultó al coronel tan desconcertante y gratuita como esquizofrénica. Aún tenía demasiado presentes las directrices vigentes al estallar la guerra. Entonces sólo los refugiados procedentes de Austria, anexionada por Alemania contra su voluntad, de Checoslovaquia, brutalmente invadida, y de Polonia, digna de lástima, se consideraban amigos; los de Alemania, *enemy aliens* sin excepción. Desde entonces, al menos ésa era la unánime opinión de los altos mandos militares de Kenia, no había ocurrido absolutamente nada que pusiera en cuestión los principios establecidos.

De momento, el coronel Whidett envió a su familia de vacaciones a Malindi, canceló decepcionado su propio permiso de Navidad y se preparó con cierta amargura, mas también con aquella disciplina que pese a todas las tentaciones circundantes nunca había sacrificado al indolente estilo colonial, para el proceso de cambio de mentalidad que a todas luces se le exigía. Con una clarividencia que no le era dada en asuntos situados fuera de su esfera de influencia, comprendió tan rápidamente como al comienzo de la guerra que el círculo de los refugiados, que le seguía pareciendo igual de sospechoso que antes, creaba problemas que no podían resolverse mediante la práctica militar habitual.

Whidett percibió la orden de Londres como una modificación casi inaceptable de una situación que hasta el momento había sido de todo punto satisfactoria. Al fin y al cabo, a ella había de agradecerle la colonia que la mayor parte de las gentes del

continente estuviera a buen recaudo en las granjas de las tierras altas. Allí no constituían ningún riesgo para la seguridad y además eran de gran ayuda para los granjeros británicos que servían en el ejército, sin que oficiales como Whidett tuvieran que ocuparse previamente de su ideología y su pasado.

Llamar al servicio de Su Majestad a aquel grupo de personas en un país tan extenso e insuficientemente comunicado era, sin duda, para los afectados mucho más engorroso de lo que pudieran pensar los burócratas de la madre patria. En el pabellón de oficiales de Nairobi, donde Whidett, contrariamente a su costumbre de no discutir asuntos del servicio, habló de su preocupación, pronto se propagó la ingeniosa máxima *germans to the front*. El coronel consideró la enojosa salida no sólo un desafío a su sentido del humor arraigadamente británico, sino también una traición que ponía al descubierto con descaro su desconcierto. No sabía cómo llegar a los *Jicking Jerries*; no tenía ni la menor idea de cómo averiguar sus convicciones.

Su memoria, que por desgracia en este caso funcionaba demasiado bien, le recordó con claridad meridiana que la mayor parte de las veces se trataba de gentes con vidas tremendamente intrincadas que ya le habían acibarado la suya cuando estalló la guerra. En su círculo más íntimo reconoció sin tapujos que el comienzo de la guerra, al menos a este respecto, había sido un «mero ensayo» en comparación con aquel dilema que ni siquiera en febrero de 1944, es decir, dos meses después de recibir instrucciones de Londres, había logrado resolver.

«En 1939 —opinaba Whidett con su admirable sentido del sarcasmo— nos llegaban los muchachos en camiones y podíamos meterlos en el campo. Ahora, por lo visto el señor Churchill espera que vayamos hasta sus granjas y comprobemos personalmente si siguen comiendo *chucrú* y diciendo “*heil Hitler*”».

Por extraño que parezca, fueron precisamente los nostálgicos recuerdos del comienzo de la guerra los que llevaron al coronel a dar con la solución que había de salvarlo. Justo en el momento adecuado le vino a la memoria la familia Rubens y, con ella, las personas destacadas que en 1939 intercedieron con tamaña grandilocuencia por la liberación de los refugiados internados. Mediante un meticuloso estudio de la documentación, el coronel dio con los nombres que por desgracia volvían a ser necesarios.

En una carta que escribió no sin cierta desazón, pues estaba acostumbrado a mandar y no a pedir, Whidett se puso en contacto con la casa de los Rubens; tan sólo dos semanas más tarde tuvo lugar en su despacho una entrevista decisiva. El coronel averiguó, perplejo, que cuatro de los vástagos de la familia Rubens, a su juicio aún demasiado expresiva, pero de nuevo extremadamente útil, estaban en el ejército. Uno de ellos se encontraba en Birmania, que ciertamente no se podía considerar el paraíso de los holgazanes, y otro, en las fuerzas aéreas, en Inglaterra. Por el momento, Archie y Benjamín estaban acantonados en Nairobi. David vivía en casa de su padre, lo cual significaba para Whidett dos consejeros adicionales.

—Creo que en Londres no se han pensado las cosas como es debido —les dijo

Whidett a los cuatro hombres, de los que pensaba, al igual que lo hiciera en su primer encuentro, que le daban a su sala de reuniones un aire demasiado extraño—. Quiero decir —empezó de nuevo, no sin cierta turbación, ya que no sabía a ciencia cierta cómo expresar sus reservas con las palabras adecuadas—, ¿por qué iba a alistarse nadie voluntariamente en el maldito ejército si no tiene que hacerlo? La guerra está muy lejos.

—No para quienes han sufrido con los alemanes.

—¿Acaso ha sido así? —preguntó Whidett con interés—. Si mal no recuerdo, la mayor parte ya estaba aquí cuando estalló la guerra.

—En Alemania no hizo falta esperar a la guerra para sufrir con los alemanes —replicó el anciano Rubens.

—No me cabe la menor duda —se apresuró a asegurar Whidett mientras reflexionaba sobre si la frase podría tener algún sentido más allá del que había captado.

—¿Por qué cree usted que están mis hijos en el ejército?

—Rara vez me caliento esta vieja cabeza pensando por qué alguien está en el ejército. Tampoco yo me pregunto por qué llevo puesto este miserable uniforme.

—Pues debería, coronel. Nosotros lo hacemos. Para los judíos, la lucha contra Hitler no es una guerra normal y corriente. Entre nosotros, pocos han tenido la posibilidad de elegir si querían luchar o no. La mayoría son asesinados sin que puedan defenderse.

El coronel Whidett se tomó la libertad de proferir un pequeño suspiro reprobatorio. Recordó, aunque no dejó que se le notara, que el fornido hombre que estaba sentado ante su escritorio ya se había mostrado propenso a emplear expresiones repugnantes en su primer encuentro. Sin embargo, la experiencia y la lógica le decían que los judíos probablemente fueran capaces de resolver mejor sus problemas ellos solos de lo que podrían hacerlo espectadores profanos y no del todo imparciales.

—¿Y cómo podría llegar a su gente en este maldito país y hacerle saber que de repente el ejército se interesa por ella?

—Déjelo de nuestra cuenta —contestaron Archie y Benjamín. Y rieron al darse cuenta de que habían hablado a la vez. Luego propusieron, también al unísono, como si no pudiera hablar uno solo de ellos—: Si le parece bien, iremos a las granjas e informaremos a los hombres en cuestión.

El coronel Whidett asintió con cierta benevolencia. Tampoco se esforzó demasiado por ocultar su alivio. A decir verdad, era comedido en su aprecio de las soluciones poco convencionales, pero nunca había sido el tipo de hombre que se opone a la espontaneidad si ésta le parece ventajosa. Al cabo de un mes recibió de Londres la autorización oficial para dispensar a Archie y Benjamin del servicio regular y encomendarles las misiones especiales que fuera necesario. A su padre le escribió una amable carta en la que le pedía su permanente colaboración. Así se

ahorraba un nuevo encuentro que, en opinión de Whidett, habría sido demasiado personal para ambas partes.

La noche del viernes, tras el oficio religioso, el anciano Rubens pronunció un breve discurso en el que habló de la obligación de los jóvenes judíos de mostrar su agradecimiento al país de acogida y, a continuación, se ocupó sin pérdida de tiempo de organizar todo lo necesario. David se encargaría de entrar en contacto con los refugiados que vivían entre Eldoret y Kisumu, Benjamin debía recorrer la costa y Archie tenía que hacer lo propio con las tierras altas.

—Empezaré por el hombre de Sabbatia. No me pondré en camino sin intérprete —decidió.

—¿Quieres decir que nuestros correligionarios aún no hablan inglés? —le preguntó su hermano.

—Allí se ven historias realmente descabelladas. Desde hace dos años tenemos a un polaco muy curioso en el regimiento que apenas dice una palabra —contó Archie.

—Naturalmente eso nunca les habría pasado a mis inteligentes hijos si hubiesen tenido que emigrar. Todos ellos habrían aprendido el mejor inglés de Oxford en las granjas de los *kikuyus* —sentenció el padre.

Como aún no había empezado la pequeña estación de las lluvias en Ol' Joro Orok, la granja Gibson fue una de las primeras del itinerario de Archie. Así pues, en marzo de 1944, Walter —al igual que el coronel Whidett— recordó los comienzos de la guerra. De nuevo fue Süskind quien le anunció el decisivo giro que habría de dar su vida.

Apareció en la granja con Archie —que lucía el uniforme de brigada— a media tarde y apenas se hubo bajado del *jeep* gritó:

—Ha llegado la hora. Si quieres, a partir de este momento tus días en esta granja están contados. Por fin nos quieren. —Y corrió al encuentro de Jettel, danzando a su alrededor y riendo—: Y tú serás la novia más hermosa del ejército. Me apuesto la cabeza.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Jettel.

—Está clarísimo —repuso Walter.

La granja estaba a punto de despedirse del día. Kimani golpeó el depósito de agua con su barra de hierro más fuerte que de costumbre debido al intenso viento. El eco tenía un tono grave cuando regresó de la montaña. Los buitres salieron volando de los árboles entre chillidos, pero al instante regresaron a las temblorosas ramas.

Rummler se subió pesadamente *al jeep* de Archie, resoplando, y se dispuso entre jadeos a calentar su húmedo pelaje en los asientos. Kamau, con una camisa que parecía un pedazo de hierba fresca, llevó a la cocina la madera para encender el horno. En el bosque resonaba nítidamente el sordo golpeteo de los tambores vespertinos. El aire aún seguía cálido y suave por el sol que se ocultaba, pero húmedo ya por las primeras perlas del rocío de la noche. Ante las chozas ardían los fuegos, y los perros de los chicos de las *schambas* olisqueaban con sonoros ladridos el viento

de las hienas, que empezaban a aullar.

Walter se percató de que tenía los dedos entumecidos y la garganta seca. Los ojos le ardían. Era como si viera aquellas imágenes por vez primera y nunca antes hubiera oído sonidos tan familiares. La premura de su corazón le provocaba cierta inseguridad. Aunque trató de defenderse, sintió el odioso, agudo e inexplicable dolor de la despedida que quizá se avecinara.

—Como Fausto —dijo, demasiado alto y demasiado repentinamente—, dos almas en el pecho.

—¿Cómo quién? —preguntó Süskind.

—Bah, nada. No lo conoces, no es un refugiado.

—¿Es que no vas a explicárselo? —intervino Archie. Su voz reflejaba la impaciencia de la gente de la ciudad. Él mismo se dio cuenta y le sonrió al perro, que seguía en el coche, pero *Rummler* se bajó de un salto y le mostró su rechazo gruñendo y enseñando los dientes.

—No es necesario —lo tranquilizó Süskind—, ya lo saben. Aquí fuera no pensamos en otra cosa desde hace meses.

—¿Tanta prisa tenéis por escapar de las granjas? ¿O acaso tenéis miedo de que termine la guerra antes de que podáis haceros héroes?

—Tenemos familia en Alemania.

—*Sony* —balbuceó Archie mientras seguía a Süskind al interior de la casa, con la misma sensación desagradable en las rodillas que cuando de joven su padre lo reprendía por un comentario impertinente, y sintió la necesidad de sentarse. Sin embargo, antes de alcanzar una de las sillas, alzó la cabeza y miró alrededor. Contempló, primero por casualidad y luego con un detenimiento que lo divirtió, un dibujo del ayuntamiento de Breslau. El amarillento papel estaba enmarcado en negro.

Archie no estaba acostumbrado a ver más cuadros que el retrato de su abuelo en el comedor y las fotografías de su infancia y de los safaris con sus primos de Londres, pero aquel edificio, con sus innumerables ventanas, su imponente entrada, ante la cual se hallaban algunos hombres con altos sombreros, y su tejado, que se le antojó muy hermoso, lo cautivó y desconcertó. La imagen parecía formar parte de un mundo de cuya existencia no sabía más de lo que los chicos de su padre sabían de las festividades judías.

Encontró grotesca la comparación. Mientras tiraba de la manga del uniforme con la corona sobre las tres franjas de tela blanca, se puso a pensar en si la fuerza aérea ya habría arrojado sus bombas sobre la ciudad del impresionante edificio y si su hermano Dan habría tomado parte. Le sorprendió un tanto que la idea le desagradara; la sensación de desagrado lo enojaba. Ya era demasiado tarde para continuar hasta la siguiente granja.

Jettel le dijo a Owuor que preparase café, y Archie se quedó asombrado al oírlo hablar suavemente con fluidez. Se preguntó por qué no se lo había esperado y se sintió un necio al no hallar respuesta. Mientras le sonreía, cayó en la cuenta de que era

hermosa y muy distinta de las mujeres que conocía en Nairobi. Al igual que el cuadro del marco negro, parecía provenir de un mundo extraño.

Dorothy, su propia esposa, jamás se habría puesto un vestido en una granja, sino unos pantalones, probablemente de él. Los cuadros rojos de la tela negra del escotadísimo vestido de Jettel empezaron a desvanecerse ante sus ojos, y al volver la vista y contemplar de nuevo el ayuntamiento, le pareció que las innumerables ventanitas eran ahora más grandes. Se percató de que estaba a punto de sufrir uno de sus ataques de jaqueca y preguntó si podía tomar un *whisky*.

—Aquí no hay dinero para esas cosas —replicó Süskind.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Walter.

—Que le gusta vuestro cuadro —explicó Süskind.

—El ayuntamiento de Breslau —apuntó Jettel. Le llamó la atención que Archie volviera a decir *sorry* y esta vez fue ella quien le sonrió, pero las lámparas aún no estaban encendidas y no pudo ver si él le devolvía la mirada. Jettel se dio cuenta de que, en su juventud, semejante intercambio de pequeñas ingenuidades tal vez habría sido el inicio de un flirteo, pero antes de sentir el estímulo advirtió que había perdido la costumbre de ser coqueta.

Para cenar había arroz con cebollas muy fritas y plátanos desecados.

—Por favor, explícale a nuestro invitado que no esperábamos visita —se disculpó Jettel.

—Además, vivimos sin carne desde que Regina fue tan desconsiderada como para que se le quedaran pequeños los zapatos —añadió Walter, intentando alegrar su ironía con una sonrisa.

—Es un viejo plato nacional alemán —tradujo Süskind, y se propuso buscar en el diccionario la palabra inglesa para «silesia» en cuanto pudiera.

A Archie le supuso casi un esfuerzo físico no quedarse escarbando en la comida. Le vino a la memoria que estando en tercero en el internado una vez llegó tarde a comer y, como castigo, tuvo que aprenderse de memoria un estúpido poema sobre una niña tonta a la que no le gustaba el arroz con leche, pero sólo recordaba el primer verso. La infructuosa búsqueda del segundo no lo entretuvo demasiado.

Decidió tragarse el arroz y, sobre todo, los salados plátanos sin masticar para saborearlos lo menos posible. Eso le resultó más sencillo que enfrentarse a la vergüenza que lo atenazaba. Primero pensó que su aversión a la inusual comida y el chocante ambiente lo habían vuelto sensible, pero con desagradable rapidez comenzó a importunarle la idea de que su familia y los demás judíos que llevaban tiempo en Nairobi siempre se habían mostrado muy serviciales a la hora de ayudar a los emigrantes con dinero y buenos consejos, pero nunca se habían preocupado por su pasado, su vida, sus problemas y sus sentimientos.

A ello había que añadir que a Archie le resultaba cada vez más embarazoso tener que dirigir primero a Süskind para que las tradujera todas y cada una de las palabras que deseaba transmitir a sus anfitriones. Sentía unas ganas totalmente absurdas de

tomarse un *whisky* y al mismo tiempo tenía la sensación de haberse echado al colete tres dobles con el estómago vacío. Era como si volviera a ser un niño pillado escuchando tras la puerta; pasó mucho tiempo antes de que se le quitara esa costumbre. Al final dio por perdida su lucha y dijo que estaba cansado. Aliviado, aceptó la propuesta de retirarse a la habitación de Regina.

Süskind contemplaba el fuego absorto, Jettel rascaba los últimos restos de arroz de la fuente y le daba un poquito a *Rummler*, Walter hacía girar un cuchillo sobre su propio eje. Era como si los tres estuviesen esperando una señal para abandonarse a la alegre naturalidad de las habituales visitas de Süskind, pero el silencio era excesivo; la liberación no llegaba. Todos lo sentían, incluido Süskind, sorprendido de que ya no supieran sobrellevar los cambios. La mera posibilidad de que la vida pudiera discurrir por nuevos derroteros los asustaba. Se había vuelto más fácil soportar las ataduras que romperlas. Lágrimas que ni siquiera sabía que albergara brotaron de los ojos de Jettel.

—¿Cómo puedes hacernos esto? —exclamó—. Ir a la guerra después de todo lo que hemos pasado. ¿Qué va a ser de mí y de Regina?

—Jettel, no montes una de tus escenas. El ejército ni siquiera me ha admitido aún.

—Pero lo hará. ¿Por qué iba a tener suerte precisamente yo?

—Tengo cuarenta años —replicó Walter—. ¿Por qué iba a tener suerte precisamente yo? No puedo creer que los ingleses hayan estado esperando por mí para ganar la guerra.

Se puso en pie, quería acariciar a Jettel, pero no sentía calor en sus manos, de modo que bajó los brazos y se dirigió a la ventana. El familiar olor que emanaba de los húmedos tabiques de madera le pareció de pronto dulce y suave. Sus ojos no veían más que oscuridad y, sin embargo, barruntó la belleza que antaño sólo alegrara la vista de Regina. ¿Cómo iba a decírselo? Se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado en voz alta.

—Por Regina no hace falta que te preocupes —repuso Jettel entre sollozos—, reza todas las noches para que puedas entrar en el ejército.

—¿Desde cuándo?

—Desde que Martin estuvo aquí.

—No lo sabía.

—Probablemente tampoco sepas que está enamorada de él.

—Tonterías.

—No ha olvidado nada de lo que Martin le dijo. Se aferra a cada palabra. Debiste pedirle a Martin que la preparara para la despedida de la granja. Vosotros siempre os habéis liado la manta a la cabeza.

—Si mal no recuerdo, fuiste tú la que estuvo con Martin bajo la misma manta. Una manta morada. Y Martin también iba morado, dicho sea de paso. ¿De verdad crees que no sé lo que pasó aquella vez en Breslau?

—Aquella vez no pasó nada. Sólo que tú estabas otra vez celoso sin motivo.

Como siempre.

—Niños, no os peleéis. Al fin y al cabo aquí ha ocurrido algo bueno —intervino Süskind—. Archie me ha contado cómo será todo. Comparecerás ante una comisión y deberás decir por qué quieres ingresar en el ejército. Y no seas tonto. Seguro que los ingleses no quieren oír que esta granja os está matando.

—Yo no quiero irme de la granja —sollozó Jettel—. Esta granja es mi hogar. —Se sintió muy satisfecha de haber logrado reunir en su voz y en su rostro la mentira, la inocencia y la obstinación, pero entonces se dio cuenta de que Walter había descubierto su hermoso y viejo truco.

—Desde que emigramos, Jettel se ha pasado todo el tiempo recordando las ollas de Egipto —dijo Walter. Sólo miraba a Süskind—. Claro que quiero irme de la granja, pero no es sólo eso. Por primera vez en años tengo la sensación de que me preguntan si quiero hacer algo o no y de que puedo hacer algo por mis convicciones. Mi padre habría querido que fuera al ejército. Él también cumplió con su deber de soldado.

—Creo que no te gustan los ingleses —le reprochó Jettel—. ¿Por qué quieres morir por ellos?

—Dios, Jettel, aún no estoy muerto. Además, es a los ingleses a los que no les gusto yo. Pero si me quieren, allí estaré. Así tal vez pueda volver a mirarme algún día en el espejo sin ver a un pobre desgraciado. Por si te interesa, siempre deseé ser soldado. Desde el día en que empezó la guerra. Owuor, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué echas al fuego un trozo de madera tan grande? Pero si estamos a punto de irnos a la cama.

Owuor se había puesto su toga de abogado. Silbando bajito, arrojó unas ramas más a la chimenea, llenó su boca del cálido aire de sus pulmones y avivó las llamas con mucho cariño. Luego se levantó muy lentamente, como si tuviera que devolver primero a la vida cada uno de sus miembros. Aguardó paciente hasta que llegó el momento de hablar.

—*Bwana* —empezó, saboreando de antemano el gran asombro que había estado esperando desde que llegara el *bwana* áscari—. *Bwana* —repitió, y rió como una hiena que ha encontrado una presa—, si tú te vas de la granja, yo voy contigo. No quiero volver a buscarte como el día en que te fuiste de safari en Rongai. La *memsahib* necesitará a su cocinero si te vas con los áscaris.

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes?

—*Bwana*, puedo oler las palabras. Y los días que están por venir. ¿Lo has olvidado?

XIII

La mañana del 6 de junio de 1944, antes de que tocaran diana, Walter permaneció dos horas sentado en la vacía cantina de la tropa. Por las angostas ventanas abiertas se colaba la vivificante brisa de una noche de luna amarilla y vaheaba al chocar contra las paredes de madera, que durante unos breves e inesperadamente gratos instantes olían tan bien como los cedros de Ol' Joro Orok. Para Walter, el tiempo que transcurría entre la oscuridad y el alba era un agradable regalo de su insomnio, ideal para aclarar ideas e imágenes, escribir cartas y buscar noticias en alemán sin que lo molestaran las recelosas miradas de aquellos soldados que tenían la suerte de haber nacido en el país adecuado y muy poca fantasía para apreciarlo. Se metió la burda camisa caqui —más indicada para la guerra en el invierno europeo que para los calurosos días en la orilla meridional del lago salado de Nakuru— por dentro del pantalón y saboreó su sosiego como el acontecimiento más emocionante de su recién adquirida estabilidad.

Al cabo de cuatro semanas en el ejército, aún no se había acostumbrado lo suficiente al agua corriente, la luz eléctrica y la plenitud de los días como para no disfrutarlas a fondo como comodidades largamente anheladas. Experimentaba un placer infantil yendo a la oficina en su tiempo libre y contemplando el teléfono. A veces incluso levantaba el auricular para deleitarse con el sonido de la señal.

Cada día disfrutaba como el primero escuchando la radio sin tener que preocuparse por las pilas. Cuando el dentista de la compañía le sacó de forma burda y desmañada las dos muelas que lo atormentaban desde los primeros días en Ol' Joro Orok, incluso consideró aquel dolor como una prueba de que había llegado lejos: no tenía que preocuparse por la factura. Cuando su agotamiento físico se lo permitía, y desde hacía unos días los intensos sudores, se daba el gustazo de hacer meticuloso balance de su vida, una vez más objeto de un abrupto cambio.

En un mes, Walter había oído, hablado e incluso reído más que en los cinco años en las granjas de Rongai y Ol' Joro Orok. Comía cuatro veces al día, dos de ellas carne, lo cual no le costaban nada, tenía mudas, calzado y más pantalones de los que necesitaba, podía comprar cigarrillos a precio reducido para soldados y tenía derecho a una ración semanal de alcohol que un escocés con bigote ya le había cambiado dos veces por tres amistosas palmaditas en la espalda. Con su paga de soldado raso del ejército británico podía pagar el colegio de Regina y aun enviarle una libra a Jettel a Nairobi. Además, ella recibía una ayuda mensual del ejército. Y por encima de todo, Walter vivía sin el temor de que cada carta pudiera significar el despido de su desagradable empleo, su destrucción.

En un estrecho armario había papel y sobres; entre botellas vacías y ceniceros llenos se hallaba un tintero; a su lado, un portaplumas. Sólo pensar en que no tenía más que servirse y el ejército también franquearía y enviaría su correo le hacía

sentirse tan satisfecho como el mendigo hambriento ante la montaña de dulces gachas en el país de la abundancia. En la pared colgaba una foto descolorida de Jorge VI. Walter le sonrió al rey de mirada grave. Antes de diluir la tinta seca con agua, contó las gotas que cayeron del grifo en la herrumbrosa pila y silbó la melodía de *God save the king*.

«Querida Jettel», escribió, y dejó la pluma en la mesa un tanto asustado como si hubiera desafiado al destino y tuviera que enfrentarse ahora a la envidia de los dioses. Se dio cuenta de que hacía años que no le decía nada parecido a su esposa y que tampoco lo sentía. Se paró a pensar un momento si la ternura que le sobrevinía con tanta naturalidad debía alegrarlo o si por el contrario tenía que avergonzarlo, mas no dio con la respuesta.

Pese a todo, no estaba descontento consigo mismo cuando continuó escribiendo. «Tienes toda la *razón* —garabateó en el amarillento papel—, volvemos a escribirnos cartas como antaño, cuando esperabas en Breslau a que llegara el momento de emigrar. Sólo que ahora los tres estamos a salvo y podemos aguardar tranquilamente lo que la vida nos depare. Y creo, al contrario que tú, que debemos estar especialmente agradecidos y que no podemos quejarnos sólo porque tengamos que cambiar nuestras costumbres. Al fin y al cabo, ya tenemos cierta práctica.

»Y ahora hablemos de mí. Estoy todo el día al trote y no concibo cómo los ingleses han podido pasarse tanto tiempo sin mí. Nos instruyen a fondo, como si hubieran estado esperando a los “malditos refugiados” para poder por fin lanzarse al ataque. Creo que quieren hacer de mí una mezcla de luchador cuerpo a cuerpo y topo. Por la noche es como si volviera a tener malaria, pero espero que las cosas mejoren pronto. Sea como fuere, me paso el día cuerpo a tierra, arrastrándome por cieno y barro, y por la noche a veces no sé si aún sigo vivo. Pero no te preocupes, tu marido aguanta bien, y ayer me pareció que el sargento me guiñaba un ojo. Aunque es bizco, como el viejo Wanja de Sohrau. Tal vez incluso quiera condecorarme por tener que soportar todo esto con ampollas en los pies. Pero claro, como no sabe pronunciar mi nombre aún no ha dicho nada al respecto.

»En caso de que te sorprenda lo de las ampollas, es que me han endilgado unas botas demasiado estrechas y no sé suficiente inglés para decírselo. No obstante, me he propuesto no pedirle a ninguno de los otros refugiados de mi *unit* (quiere decir unidad) que me haga de intérprete. Después de todo, quizá acabe aprendiendo inglés. Además, a los instructores no les gusta que hablemos alemán. Al menos se han dado cuenta de que la gorra era demasiado grande y no dejaba de caérseme de la cabeza. Así que desde hace dos días puedo ver cuando voy de uniforme. Como verás, un soldado también tiene sus preocupaciones. Sólo que son distintas de las de antes.

»A propósito, no debemos olvidar advertir a Regina del cambio más importante en su vida. Ahora ya no es preciso que rece todas las noches para que yo no pierda mi empleo y puede concentrarse plenamente en pedirle a Dios la victoria de la causa aliada. Naturalmente no tiene ni idea de que estoy en Nakuru. Ya te habrás percatado

de que el correo militar se envía sin remitente. Pero tampoco me gustaría ponerla en la misma situación que cuando tu embarazo.

»En todo caso, estoy seguro de que hemos tomado la decisión adecuada. Algún día me darás la *razón*. Igual que has acabado comprendiendo lo bueno que fue que emigráramos a Kenia y no a Holanda. Por cierto, que he conocido aquí a un tipo muy simpático que tenía una tienda de radios en Görlitz. Como es lógico, sabe manejar una radio mucho mejor que yo y está muy bien informado. Me ha contado que tampoco hay esperanza ya para los judíos holandeses. Pero no se lo comentas a tus anfitriones. Si no recuerdo mal, Bruno Gordon tenía un hermano que se fue a Amsterdam en 1933.

»Espero que pronto encuentres alojamiento en Nairobi y quizá incluso un trabajo que sea de tu agrado y nos sirva de ayuda a todos. Quién sabe si algún día podremos ahorrar algo de dinero para después de la guerra (entonces ya no necesitarán soldados y, en cambio, nosotros sí necesitaremos un nuevo futuro). Cuando ya no tengas que quedarte con los Gordon y puedas volver a vivir como quieras, seguro que acabas cogiéndole el gusto a Nairobi. Siempre deseaste volver a estar con gente. Yo disfruto de veras ese aspecto pese a todas las vejaciones.

»Los ingleses de nuestra unidad son muchachos muy jóvenes y realmente simpáticos. Lo cierto es que no comprenden por qué un hombre del mismo color de piel que ellos no habla también su idioma, pero algunos me dan amables palmaditas en la espalda, probablemente porque a sus ojos soy más viejo que Matusalén. En cualquier caso, es la primera vez desde que dejé Leobschütz que no me siento en absoluto como una persona de segunda clase, aunque sospecho que el sargento no es precisamente un filosemita. A veces incluso es estupendo no hablar el idioma del país.

»Echo mucho de menos a Kimani. Sé que suena absurdo, pero sencillamente no puedo perdonarme no haber dado con él cuando nos despedimos de la granja y no haber podido decirle lo buen amigo que era para mí. Da gracias por tener contigo a Owuor y a *Rummler*, aunque Owuor se pelee con los chicos de los Gordon. En Ol' Joro Orok no se llevaba bien con nadie salvo con nosotros. Para nosotros, él es parte de nuestro hogar. Así lo verá Regina cuando pase sus primeras vacaciones en Nairobi. Como ves, con los años me vuelvo sentimental. Pero últimamente el ejército inglés ha tenido tales éxitos que hasta puede permitirse tener un soldado sentimental. Un soldado que también ha aprendido algunas palabrotas en inglés y que, dicho sea de paso, espera tus cartas ansioso. Escríbele pronto a tu viejo Walter».

La recién adquirida autoestima de Walter sólo se resquebrajaba como antaño cuando pensaba en Regina. Entonces el miedo de haber fracasado lo torturaba con igual crueldad que en los días de mayor desesperación. Era incapaz de imaginarse a su hija, para quien Ol' Joro Orok era su hogar, en Nairobi. Le resultaba insoportable saber que la había arrancado de sus raíces y que le exigía un sacrificio extremo.

La imposibilidad de hallar una solución y la desesperanza no lo habían herido

tanto en su orgullo como el hecho de que su llamamiento a filas lo hubiese degradado al rango de cobarde a los ojos de su hija. Se vio obligado a comunicarle la despedida de la granja por escrito. Fue la primera vez que le hizo daño a sabiendas. En la carta que le mandó al colegio trató de pintarle la vida en Nairobi como una sucesión de días alegres y despreocupados llenos de diversión y nuevos amigos, pero al hacerlo sólo pudo pensar en su despedida de Sohrau, Leobschütz y Breslau y no encontró las palabras adecuadas. Regina le respondió de inmediato, pero no mencionó en ningún momento la granja que jamás volvería a ver. «*England* —escribió en caracteres de imprenta subrayados en rojo— *expects every man to do his duty. Admiral Nelson*».

Cuando Walter logró por fin traducir la frase con ayuda del pequeño diccionario que constituía su única lectura desde el día en que ingresó en el ejército y constató que ya se había topado con ella en el penúltimo curso del instituto, no fue capaz de decidir si quien se burlaba de él era el destino o su hija. Ambas posibilidades le desagradaban.

Lo atormentaba no saber si Regina era realmente tan adulta, patriota y, sobre todo, tan inglesa como para no mostrar sus sentimientos o si sólo era una niña herida que estaba enojada con su padre. De tales cavilaciones sólo sacó una cosa en claro: sabía demasiado poco de su hija para interpretar su reacción. Si bien no dudaba de su amor, tampoco se hacía muchas ilusiones. Su hija y él ya no tenían en común la lengua materna.

Por un instante, cuando todavía hacía oídos sordos a los sonidos del día que despuntaba, Walter pensó que una vez que hubiera aprendido inglés nunca más volvería a hablar con Regina en alemán. Había oído que muchos emigrantes lo hacían para proporcionarles a sus hijos la seguridad de que se hallaban firmemente arraigados en su nuevo medio. La imagen de él mismo balbuceando avergonzado y confuso palabras que no sabía pronunciar y obligado a expresarse con las manos para hacerse entender se perfiló con grotesca nitidez en el incipiente crepúsculo matutino.

Walter oyó a Regina reír, primero bajito, luego en voz alta, desafiante. Su risa sonaba como el odioso aullido de las hienas. La idea de que se burlara de él y él no pudiera defenderse lo aterrorizó. ¿Cómo iba a explicarle a su hija en un idioma extranjero lo que había hecho de todos ellos para siempre unos marginados? ¿Cómo hablar en inglés de una patria que le destrozaba el corazón?

Sólo haciendo un gran esfuerzo logró recobrar la calma que necesitaría para afrontar el día. Hizo girar con avidez el dial de la radio para librarse de los fantasmas que él mismo había conjurado. Al darse cuenta de que un sudor frío le bajaba por la espalda, comprendió horrorizado que el pasado le había dado caza. Era la primera vez desde que estaba en el ejército que le asaltaba ese pensamiento reprimido. Llevaba en la frente el estigma del apátrida y seguiría siendo un extraño entre extraños mientras viviera.

A los oídos de Walter llegaron algunas palabras sueltas. Aunque la radio no estaba alta, sonaban fuertes, exaltadas, a veces casi histéricas, y sin embargo apaciguaron por

unos instantes sus confusos sentimientos. Pronto se percató de que la voz del locutor no sonaba como de costumbre. Walter trató de formar palabras con las sílabas aisladas, mas no lo consiguió. Sacó otra hoja de papel del armario y se esforzó por traducir en letras los sonidos que atrapaba. No tenían ningún sentido, pero advirtió que dos palabras se habían repetido varias veces en un breve espacio de tiempo y que probablemente fueran «ájax» y «argonauta». Le sorprendió haber reconocido aquellos dos nombres tan familiares pese a la nasal pronunciación inglesa. Ante sus ojos vio la imagen del profesor Gladisch en el elitista internado de Pless repartiendo con rostro impasible los cuadernos tras un examen de griego, pero ya no tuvo tiempo de atrapar ese recuerdo. El sensible suelo de madera dejó oír nuevos sonidos en la habitación.

El sargento Pierce apareció con el sol naciente. Sus pasos tenían ya la fuerza que envolvía su figura en un halo de arrogancia, pero el resto de su cuerpo luchaba aún contra la noche que tan indiferente era a su talento para obligar a sus subordinados a sumergirse en el mundo previsible y seguro de sus blasfemias y su intransigencia. El sargento se mesó su abundante cabello sin energía ni concentración, bostezó un par de veces como un perro que llevara horas tumbado al sol, se ciñó lentamente el cinturón y miró alrededor con expresión escrutadora. Era como si esperara una señal determinada para empezar el día.

Mirando a Walter fijamente, en silencio, con los ojos aún entrecerrados, parecía una estatua superada hacía tiempo por el curso de la historia, mas entonces la vida afluyó a sus miembros con inopinada brusquedad. Dio unos grotescos saltos y echó a correr hacia la radio apenas sus pesadas botas tocaron el suelo. Su respiración traqueteaba con sacudidas breves y vehementes mientras ponía el aparato a todo volumen. Un arrebol en extremo inusitado para su pálida tez puso de manifiesto un estupor igualmente inusitado en él. El sargento Pierce se enderezó ceremoniosamente cuan alto era, se llevó ambas manos a las costuras del pantalón, vació sus pulmones y pegó un chillido:

—*They've landed!*

Walter supo al instante que tenía que haber ocurrido algo extraordinario y que el sargento esperaba una reacción por su parte, pero ni siquiera se atrevía a mirarlo a la cara, así que, cohibido, clavó la vista en el papel en que había estado escribiendo.

—*Ájax* —dijo finalmente, aunque estaba seguro de que Pierce debía de tomarlo por un imbécil.

—*They've landed!* —gritó de nuevo el sargento—, *you bloody fool, they've landed.* —Le propinó a Walter una enérgica palmada en el hombro que, pese a su impaciencia, no estaba exenta de amabilidad, lo levantó de la silla y lo llevó ante el precario mapa que colgaba entre la foto del rey y la orden de no divulgar a los cuatro vientos secretos militares—. *Here* —bramó.

—Aquí —repitió Walter, satisfecho por haber pillado al menos una palabra. Contempló perplejo el carnosos dedo índice del sargento desplazándose por el mapa y

deteniéndose finalmente en Noruega.

—*Norway* —leyó Walter en alto, con esmero, y se paró a pensar si en inglés Noruega realmente rimaba con «ay» y qué demonios podría haber sucedido precisamente allí.

—*Normandy, you damn'd fool* —corrigió Pierce irritado. Primero deslizó el dedo hacia el este, hasta Finlandia, y luego hacia el sur, a Sicilia, y después, ante el silencio de Walter, se puso a tamborilear sobre el mapa de Europa con su tatuada mano. Finalmente se le ocurrió la improbable idea para un hombre con su potencia de voz de coger la pluma. Con movimientos torpes, escribió la palabra *Normandy*. Observó a Walter lleno de agitación y le tendió la mano como un niño asustado.

Walter la agarró en silencio y posó suavemente el tembloroso dedo índice del sargento Pierce sobre la costa de Normandía. No obstante, él mismo no se enteró de que los aliados habían desembarcado allí hasta el desayuno, y eso gracias al comerciante de radios de Görlitz. En lugar de la marcha a campo traviesa con todo el equipo a costas prevista para los reclutas, el sargento Pierce ordenó a Walter que prestara sus servicios en la oficina y, aunque su rostro parecía el mismo de siempre, Walter supuso que con ello había querido hacerle un favor.

Para cenar se sirvió carnero asado con salsa de menta, judías verdes poco hechas y un pudín de Yorkshire^[15] acorde con el milagro acaecido en la lejana Francia, es decir, muy graso y compacto: un banquete que no se repetía desde el desembarco de los aliados en Sicilia.

Antes de dar comienzo al festín, en el comedor, profusamente engalanado con pequeñas banderas del Reino Unido, se cantó *God save the king* y *Rule Britannia*; con la macedonia con salsa de vainilla templada, *Keep the home fires burning*; y con *It's a long way to Tipperary* el entusiasmo alcanzó su primer punto álgido.

Ya con el primer coñac, que se bebió en vasos de agua, brotaron lágrimas de nostalgia. El sargento Pierce estaba exultante, y en las pausas entre canción y canción disfrutaba de la admiración de sus alborozados hombres y de los elogios por haber sido el primero en enterarse de tamaña suerte en la evolución de la guerra, si bien su acreditado sentido del juego limpio funcionaba igual de bien que su memoria. El sargento disipó en su origen toda sospecha de que pudiera perder la cabeza hasta el punto de adornarse con plumas ajenas.

Ya mientras cenaban y antes de que se efectuara una nueva y feliz recapitulación de las noticias del día, insistió en dedicarle un breve aplauso a Walter por haber sabido al punto dónde estaba la *bloody Normandy*. Pierce se encargó personalmente de que el vaso de Walter estuviera siempre lleno.

No paraba de servirle ora coñac ora *whisky*, y se alegró más aún de lo que ya estaba cuando el extraño y taciturno europeo aprendió por fin a decir *cheers*, y además con el hermoso acento *cockney* que pasaba por uno de los principales rasgos del sargento.

Walter recibió el coñac como una bendición para su estómago, un tanto rebelde

desde hacía unos días, y el *whisky* como la bebida ideal para distribuir de forma homogénea en la boca la fría y desagradable grasa del carnero, aun cuando con cada trago se le hacía más difícil concentrarse en una conversación que de todos modos no entendía. Sintió la cargazón en la cabeza, pero también un agradable zumbido en los oídos que, de un modo especialmente placentero, le recordó su época de estudiante y que interpretó como felicidad hasta que notó que empezaba a tener frío. Al principio la sensación no le resultó desagradable, pues refrescaba su cabeza en aquella espesa bruma de alcohol, tabaco y sudor y hacía soportable el palpitante dolor de sus sienas.

Pero luego los muebles empezaron a tambalearse ante sus ojos, y pronto también la gente. El sargento Pierce se hacía más y más grande a una velocidad sorprendente. Su rostro parecía uno de aquellos globos de un rojo intenso que Walter había visto por última vez en la fiesta a bordo del *Ussukuma*. Consideró absolutamente pueril y, sobre todo, enormemente imprudente que los aliados hubieran empleado unos globos tan malos en el desembarco de Normandía, tanto más cuanto que estallaban demasiado pronto y se descomponían en pequeñas cruces gamadas que cantaban, ruidosas e insolentes, el *Gaudeamus igitur*.

Tan pronto cesó el canto y remitió por un instante la afluencia de imágenes, Walter comprendió que él era el único que no aguantaba el alcohol. Le resultaba embarazoso e intentó, pese a los sudores, mantenerse lo más erguido posible pegando la espalda al respaldo de la silla y apretando los dientes. Cuando descubrió que la fría grasa del carnero se había convertido en sangre caliente en su boca, deseó levantarse, mas se dijo que, como refugiado que era, no debía llamar la atención de forma innecesaria. De modo que permaneció sentado y clavó las uñas en el borde de la mesa.

Los nuevos sonidos lo atormentaban aún más que los anteriores; poseían una vehemencia tal que lo paralizaban. Walter oyó la risa de Owuor y poco después la llamada de su padre, pero no pudo distinguir sus voces por mucho tiempo, pues pronto se fundieron en un lamento angustiado. A pesar de todo, Walter se sintió inmensamente aliviado al saber a su padre seguro en Normandía, tan sólo un poco apenado porque ya no le venía a la memoria el nombre de su hermana. En modo alguno debía ofenderla, aunque también ella lo llamara a gritos, pero el esfuerzo de acordarse a tiempo y disculparse ante su padre al cabo de tantos años por haberlos dejado solos en Sohrau a él y a su hija hizo que su cuerpo se derritiera de calor. Walter sabía que ésa era su última oportunidad de agradecerle al anciano Rubens que hubiese avalado a Regina y a Jettel y las hubiese sacado del infierno. Qué bien que ya no tuviera frío. De pronto le resultó fácil ponerse en pie e ir al encuentro de su salvador.

Walter despertó tres días más tarde, si bien sólo durante un breve lapso y no en el barracón, sino en el Hospital General del Ejército, en Nakuru. Cuando esto sucedió, se encontraba de servicio por casualidad la cabo Prudence Dickinson, a la que la mayoría de los pacientes admiraba por la envidiable movilidad de sus caderas y

llamaba simplemente Prue. Sin embargo, no estaba dispuesta a charlar con un hombre que sin lugar a dudas en sus perturbadores accesos de delirio febril había hablado alemán y, por tanto, ofendido sus patrióticos oídos más de lo que hubiera podido hacerlo el propio enemigo.

No obstante, Prue le secó el sudor de la frente al enfermo, con movimientos igualmente ausentes le ahuecó la almohada y le alisó la bata verde oliva del hospital, le deslizó el termómetro entre los dientes y pronunció, en contra de su costumbre con los pacientes que le desagradaban, una frase completa. Con aquella ironía que tan poco se correspondía con su inteligencia y su sentido del humor, pero que consideraba la única arma *capaz* de hacerle soportable el servicio en aquella miserable colonia que tanto le repugnaba, Prue se dijo que bien podía haberse ahorrado la molestia. Walter había vuelto a quedarse dormido y, de momento, había dejado pasar la única oportunidad de averiguar que ni el *whisky* ni el coñac ni el carnero eran los responsables de su estado. Tenía la fiebre de las aguas negras.

El hecho de que siguiera con vida debía agradecérselo a la rápida reacción del sargento Pierce, que, al haber sido soldado, tenía sobrada experiencia con el alcohol y, al haber crecido en los suburbios londinenses, había visto a demasiada gente en el delirio de la fiebre para malinterpretar el estado de Walter en la gran fiesta de la victoria. Cuando Pierce vio desplomarse en el comedor a aquel curioso tipo del continente, no se dejó desconcertar ni por un instante por las sugerencias de sus jubilosos camaradas, que pretendían sumergir a Walter en una cuba de agua fría. Pierce se encargó de que llevaran a Walter al hospital de inmediato. El eco de su hazaña llegó hasta Nairobi, pues daba fe de las extraordinarias dotes organizativas de un militar capaz que, en un día como el del desembarco de Normandía, había dado con un conductor sobrio.

Aunque tenía sobrados motivos para ocuparse única y exclusivamente de su propia persona, ya que a sus oídos habían llegado los primeros rumores de su ascenso a brigada, se informaba a diario sobre la evolución de la enfermedad de Walter. De tan singular comportamiento hablaba lo menos posible. Pierce consideraba que su interés por uno de sus hombres en concreto no resultaba del todo apropiado y, sobre todo, que era un favoritismo indigno de él, algo que lo preocupaba. Tan extraña incursión en el terreno de lo privado únicamente podía explicarse por el hecho de que se trataba del *funny refugee* con el que se había enterado del «asunto de Normandía». De vez en cuando se burlaban de él porque decía con frecuencia *funny* y sólo en ocasiones *bloody*, pero Pierce no solía pararse a analizar sutilezas lingüísticas, así que tampoco veía motivo alguno para corregirlas.

Al cabo de una semana fue a visitar a Walter al hospital y se asustó al encontrarlo tendido en la cama con aire apático, los labios azulados y la tez amarillenta. La alegría de Walter al verlo y el hecho de que dijera *cheers*, y además con el hermoso acento *cockney*, conmovieron a Pierce. Así y todo, tras tan prometedor saludo ambos hombres no pudieron hacer otra cosa que mirarse sin decir nada, pero cuando los

silencios se hacían demasiado largos, el sargento exclamaba «*Normandy!*» y Walter reía, algo que casi siempre impulsaba a Pierce a palmotear, sin que en ningún momento se sintiera ridículo al hacerlo. En su visita a comienzos de la segunda semana llevó con él a Kurt Katschinsky, el comerciante de radios de Görlitz, y comprendió por primera vez en su vida lo importante que era que las personas pudieran comunicarse.

El bien alimentado y taciturno enviado del cielo con pantalones cortos color caqui, que se llamaba Katschinsky y estaba a punto de olvidar su lengua materna, le explicó a Walter lo de la fiebre de las aguas negras y lo redimió por fin de los mortificantes reproches que él mismo se hacía al creer que se había comportado como un idiota y se había intoxicado con alcohol. Katschinsky le contó al sargento que en caso de enfermedad grave tenía la obligación de organizar la visita de la esposa al hospital, pero que no sabía la dirección de Jettel, que Walter tenía una hija de doce años en un colegio que se hallaba a sólo unas millas de distancia. Al día siguiente Pierce apareció con Regina.

Cuando Walter vio a su hija entrar de puntillas en la habitación, pensó que había sufrido una recaída y le había vuelto a subir la fiebre. Cerró rápidamente los ojos para retener aquella hermosa imagen antes de que se disipara. En los primeros días de su enfermedad había visto una y otra vez a su padre y a Liesel sentados junto a la cama y los había visto convertirse en seres incorpóreos tan pronto hablaba con ellos; en modo alguno podía repetir ese irreparable error con Regina.

Walter se dijo que su hija era aún demasiado pequeña para entender lo que les ocurría a los refugiados que no querían olvidar. Era mejor para ambos no entablar contacto para así no tener que separarse luego de nuevo. Algún día Regina se lo agradecería. Cuando se dio cuenta de que ella no quería aprender de las experiencias de su padre, se tapó la cara con las manos, a la defensiva.

—Papá, papá, ¿no me reconoces? —la oyó decir.

Su voz le llegaba de tan lejos que Walter no era capaz de decir si su hija lo llamaba desde Leobschütz o desde Sohrau, pero sintió que no había tiempo que perder si quería ponerla a salvo. El mero hecho de permanecer en la patria como si fuera una niña cualquiera suponía un peligro mortal. Regina era demasiado mayor para sueños que los proscritos no podían permitirse. Su incorregibilidad enojó a Walter, mas la ira le dio fuerzas y comprendió que tenía que obligarse a abofetearla para salvarla. Logró incorporarse y abrir ambos brazos. Luego notó el calor del cuerpo de Regina y su voz tan cerca de su oído que podía sentir la vibración de cada sonido.

—Por fin, papá. Creí que no te ibas a despertar nunca.

Walter estaba tan aturdido por la realidad que tanto había tardado en revelársele que no se atrevía a decir palabra. Tampoco se percató de que el sargento Pierce se encontraba a la cabecera de la cama.

—¿Eres herido? —quiso saber Regina.

—Cielo santo, había olvidado que ya no hablas bien alemán.

—¿Estás herido? —insistió la niña.

—No, tu papá no es más que un soldado tonto que ha pillado la fiebre de las aguas negras.

—Pero es un soldado —recalcó Regina orgullosa.

—*Cheers* —dijo Pierce.

—*Three cheers for my daddy!* —exclamó Regina a voz en grito. Alzó los brazos por encima de la cabeza y entonces vio que aquel curioso soldado, que hablaba un inglés tan extraño que ella tenía que esforzarse por no reír, levantaba el brazo derecho y coreaba con ella lleno de júbilo, asombrosamente alto: «*Hipp, hipp, hooray!*».

Más tarde, Walter le propuso a su hija:

—Dile que tiene que averiguar por qué la arpía de la enfermera no me puede ni ver.

El sargento Pierce escuchó con atención mientras Regina se lo relataba, nerviosa, y acto seguido hizo llamar a la cabo Prudence Dickinson. Primero le hizo unas preguntas amables, pero luego, de repente, se plantó ante ella, puso las manos en jarras y, para sorpresa de Regina, le dijo a la enfermera Prue que era *a nasty bitch*, tras lo cual ésta abandonó la sala sin decir palabra, sin contoneo de caderas y más roja que un incendio en un matorral reseco.

—Dile a tu padre que esa mujer es un pollino —aclaró Pierce—. Le molestó que con la fiebre hablara en alemán. Pero creo que eso no deberías contárselo hasta que se ponga bien.

—Quiere saber otra cosa —añadió Regina en voz baja.

—Dime.

—Quiere saber si ahora ya no podrá ser soldado.

—Y eso, ¿por qué?

—Por haberse puesto tan enfermo así sin más.

Pierce notó un movimiento en la garganta y la boca y tuvo que carraspear. Sonrió, aunque no le pareció un momento oportuno para hacerlo. Por algún motivo aquella pequeña le gustaba. Aunque no tenía ni trenzas ni el pelo rubicundo ni pecas, le recordaba a una de sus hermanas, pero ya no sabía a cuál. Probablemente a las cinco, en algún momento. Hacía demasiado tiempo que no veía a sus muchachitas. Sea como fuere, aquella niña, con su maldito acento altivo de Oxford propio de la gente rica, tenía valor. Lo presentía y eso le gustaba.

—Explícale a tu padre —sentenció Pierce— que el ejército aún lo necesita.

—Ha dicho que sigues teniendo tu empleo —susurró Regina, y se apresuró a besar los ojos de su padre para que el sargento no se diera cuenta de que estaba llorando.

XIV

El hotel Hove Court, con costrosas palmeras a ambos lados de la puerta de entrada de hierro negro primorosamente forjado, limoneros con duras frutas verdes y amarillas, exuberantes moreras, gigantescos cactus, crecidos rosales en un gran jardín y floridas buganvillas de un intenso violeta ante bajas casitas blancas dispuestas en torno a un cuidado césped, tenía casi la misma edad que la propia ciudad de Nairobi. Cuando en 1905 un arquitecto de Sussex con fe en el futuro construyó aquella amplia edificación, ésta servía de primer alojamiento a los funcionarios del gobierno recién llegados hasta que se traían a sus familias a la colonia y se mudaban a una casa propia.

El aire exquisitamente distinguido que en los turbulentos años de la fundación de la joven ciudad hizo de él un enclave marcadamente inglés había desaparecido desde que el señor Malan era su propietario. Al encargar letreros nuevos y prescindir, en un gesto calculador, de la palabra «hotel», fue el responsable de que el Hove Court dejara de ser, de forma tan rápida como radical, el lugar adecuado para quienes sabían vivir como correspondía a su posición social.

El avezado comerciante de Bombay supo ver con su diestra mirada las exigencias de una nueva época. Ya no eran funcionarios del gobierno con nostálgicos sueños de la vieja patria quienes buscaban alojamiento, ni tampoco cazadores de safari con una acuciante necesidad de elegancia y comodidad antes de partir hacia la gran aventura, sino refugiados de Europa. En opinión de Malan, que debía su fortuna a un acusado instinto para sacar partido de los baches de la vida, con ellos el trato era fácil. Tenían que forjarse una nueva vida, y en su celo y diligencia eran tan moderados y modestos como los compatriotas suyos que se atrevían a empezar de cero en Kenia.

A los refugiados, que no podían permitirse la nostalgia, se les ofrecía mucho mejor servicio con precios bajos que con la tradición de las antiguas casas de campo inglesas. Ya a mediados de los años treinta, cuando llegaron al país los primeros emigrantes del continente, Malan mandó transformar las habitaciones grandes en pequeños apartamentos. Reformó los salones y las pequeñas cocinas y baños, convirtiéndolos en habitaciones individuales con un lavabo tras una cortina, instaló servicios comunes y únicamente dejó en su estado original las pequeñas y mugrientas cabañas con techo de chapa ondulada de la servidumbre negra que había en la explanada detrás del gran jardín. Esta única concesión a las costumbres del país pronto demostró ser una jugada especialmente acertada.

Si bien los inquilinos de Malan eran de una pobreza y humildad inusitadas entre los blancos y vivían casi con la misma sencillez y las mismas estrecheces que sus parientes de Bombay, gracias a la estratagema de Malan, que denotaba una excelente perspicacia psicológica, podían permitirse la servidumbre establecida por leyes no escritas para las clases altas blancas y, con ello, la ilusión de hallarse en camino hacia

la integración y de tener el mismo nivel de vida que los ingleses ricos de las casas de las afueras de la ciudad. Todo el que, tras una angustiada espera y a menudo también tras el pago de un generoso suplemento al vencimiento del primer alquiler, lograba alojarse en el Hove Court, acababa instalándose para largo. Algunas familias llevaban años viviendo allí.

El señor Malan no sabía gran cosa de la geografía europea y tampoco tenía los prejuicios que correspondían a un hombre de su fortuna; era sólo que a la hora de elegir a sus inquilinos prefería a los refugiados alemanes. Éstos eran mucho más apocados que, por ejemplo, los pretenciosos austríacos, más limpios que los polacos, ante todo puntuales en los pagos, no ponían cara de dolor, como los arrogantes blancos nativos, al oír su acento y, por descontado, dadas las dificultades que tenían con el idioma, no eran propensos a protestar, algo que Malan detestaba.

Había descubierto que los alemanes, contra los que, dicho sea de paso, no tenía nada ni siquiera después de que estallara la guerra por la sencilla razón de que él mismo odiaba a los ingleses, temían los cambios y deseaban vivir con los suyos más que la mayoría de la gente. Eso le beneficiaba. Un cambio repentino en el Hove Court y las ineludibles reformas que ello acarrearía no habrían hecho más que perjudicarlo económicamente. De modo que cada año aumentaban tanto su cuenta corriente como su prestigio, también fuera del pequeño círculo de los comerciantes indios, y no le preocupaba en absoluto que su próspera propiedad tuviera que medirse por un rasero completamente distinto del de los lujosos hoteles de la ciudad.

Malan se dejaba caer por el Hove Court tres veces por semana, principalmente para aclararles a los que se quejaban que vivían en un país libre y que tenían derecho a irse a otra parte cuando quisieran. No le preocupaba la jerarquía del Hove Court. En el apartamento más hermoso, con un frondoso eucalipto ante la ventana y un minúsculo jardín con claveles rojo sangre, amarillo vainilla y rosa, vivían la anciana señora Clavy y su viejo perro *Tiger*, un bóxer marrón con auténtica aversión a los sonidos alemanes, demasiado duros. Por el contrario, la propia señora Clavy, cuyo prometido había muerto de malaria a las seis semanas de llegar a Nairobi, mucho antes de la Primera Guerra Mundial, era muy amable. No juzgaba a los niños por su lengua materna y les sonreía sin ninguna reserva.

Lydia Taylor, en su día camarera del Savoy de Londres, era la otra inglesa que sobrellevaba la vida en aquella comunidad de extranjeros con una serenidad que los refugiados no encontraban en absoluto natural. Su tercer marido era capitán y no estaba dispuesto a proporcionarles a ella y a sus tres hijos, de los cuales sólo uno era suyo, más dinero que el del alquiler mensual de dos habitaciones en el Hove Court.

Sus caros y escotados vestidos de seda, supervivientes del breve tiempo que duró su segundo matrimonio con un comerciante textil de Manchester, sus tres criados y una anciana *aja* que, nada más salir el sol, aparecía en el jardín empujando el cochecito y cantando a pleno pulmón eran la comidilla del lugar. La señora Taylor era envidiada por su *terraza*. Allí daba el pecho a su hijo de día y recibía, al caer la

noche, a multitud de ruidosos jóvenes de uniforme. Ellos garantizaban su prestigio social desde que, para alivio suyo, a su esposo lo destinaran a Birmania.

Igualmente bien alojados, casi siempre en la codiciada umbría del jardín y con frecuencia con diminutos voladizos en las ventanas, justo lo bastante grandes para colocar algunas macetas de próspero cebollino, se encontraban los emigrantes de la primera hornada. Suscitaban una enorme envidia entre los refugiados llegados después y los trataban con la caritativa condescendencia que en la vieja patria se consideraba la actitud adecuada con los parientes pobres.

Entre la élite de emigrantes favorecida por el destino se hallaban los viejos Schlachter de Stuttgart, a los que no había forma de convencer de que revelaran su receta de los *maultaschen*^[16] y los *spätzle*⁷ y de qué vivían; el desabrido carpintero Keller con su esposa y su insolente hijo adolescente, de Erfurt, que había llegado a ser director de una maderería; y Leo Slapak con su esposa, su suegra y sus tres hijos, de Cracovia. Slapak ganaba bastante dinero con su tienda de artículos de segunda mano, pero no estaba dispuesto a gastarlo precisamente en vivir mejor.

A Elsa Conrad se la consideraba una inquilina veterana del Hove Court, si bien no por derecho, sino por haberse ganado rápidamente el respeto de todos por su superioridad en el trato con el señor Malan. Aunque se había establecido en el país después de que estallara la guerra, tenía dos grandes habitaciones y una terraza casi tan amplia como la de la señora Taylor. El profesor Siegfried Gottschalk, con sus ochenta años, sí que era uno de los primeros inquilinos del señor Malan. Pese a todo, lo encontraban simpático hasta los desafortunados que habitaban los pequeños cuartuchos; era el único que no hacía alarde de su condición de perspicaz emigrante temprano que supo ver a tiempo las señales de la inminente desgracia.

En la Primera Guerra Mundial sacrificó por el kaiser la movilidad de su brazo derecho y después sirvió con igual entrega a su ciudad natal como profesor de filosofía. Un día de primavera de 1933 que quedaría grabado para siempre en su memoria, primero por su suave brisa y más tarde por la tormenta de su corazón, lo echaron a la calle unos alborotadores estudiantes de la Universidad de Francfort. Hasta que llegó su hora lo consideraban un extraordinario mentor, mimado entre los suaves algodones de la ilusión, profesándole un cariño que exteriorizaban sin tapujos.

En contra de la costumbre generalizada en el Hove Court, Gottschalk rara vez hablaba del esplendor de los buenos tiempos. Se levantaba todos los días a las siete de la mañana e iba hasta la pequeña colina que había tras las cabañas de los criados, a los que insistía en llamar adláteres; con el salacot que se había comprado para emigrar llevaba siempre el traje oscuro y la corbata gris, que asimismo procedían de su ciudad natal, y nunca se permitía, ni siquiera al calor del mediodía, ni ropas más ligeras ni la siesta habitual en el país.

«Nuestro profesor», como lo llamaban en el Hove Court incluso aquéllos que en su tierra no habían tenido ocasión de conocer el mundo académico y que, por tanto, lo tenían por grotesco y despistado, era el padre de Lilly Hahn. Rechazaba una y otra

vez las reiteradas súplicas de Lilly de que se mudara con ella y con Oha a la granja de Gilgil con el argumento de que «necesito personas a mi alrededor, no vacas».

Desde hacía casi diez años se preguntaba a sí mismo y a sus libros por qué precisamente él tenía que ser testigo de la carrera de los Jinetes del Apocalipsis y seguir viviendo, pero jamás se quejaba. Entonces llegó una carta de su hija que, al menos por unos días, consiguió animarlo e irritarlo a un tiempo. Lilly le pedía a su padre que fuera a ver a Jettel a casa de los Gordon y que intercediera en su favor ante Malan para que ella y su hija pudieran alojarse en el Hove Court.

Aunque dicha tarea lo ponía ante la situación más delicada desde su llegada al puerto de Kilindini, el anciano se sentía feliz ante la perspectiva de pasar una pequeña parte de su tiempo en compañía de otras personas aparte de Séneca, Descartes, Kant y Leibniz. El domingo a las ocho de la mañana cruzó la puerta de hierro del Hove Court con paso alegre y una botellita de agua en el bolsillo de la chaqueta. No se atrevió a tomar el autobús, pues no podía indicarle su destino al conductor ni en inglés ni en suajili, de modo que recorrió a pie los tres kilómetros que lo separaban de la casa de los Gordon.

Para su regocijo, el hospitalario matrimonio era de Königsberg, donde él solía pasar las vacaciones cuando era joven, en casa de un tío suyo. La palidez de Jettel, sus ojos oscuros, su expresión infantil y sus negros rizos, que le recordaban la afable imagen que un día colgara en su despacho, lo conmovieron e hicieron que se avergonzara más aún de su incapacidad para ayudarla.

—Sólo puedo servirle de acompañamiento, pero no de ayuda. No he aprendido a hablar inglés —le dijo tras la tercera taza de café.

—Ay, señor Gottschalk. Lilly me ha hablado tan bien de usted... Sólo con que me acompañe a ver al señor Malan ya me siento mejor. No lo conozco de nada.

—Por lo que sé no es ningún filántropo.

—Usted me traerá suerte —afirmó Jettel.

—Hacía mucho que no me decía algo así una mujer —sonrió Gottschalk—, y nunca una tan bonita. Mañana le enseñaré primero nuestro Hove Court y tal vez allí se nos ocurra algo.

Dos días después le escribía a su hija: «Es la mejor idea que he tenido en este país encantado». Sin embargo, no fue él quien puso las cosas en marcha, sino la casualidad y Elsa Conrad. Gottschalk estaba mostrándole a Jettel las delicadas flores de hibisco que crecían en el muro rodeadas de aleteantes mariposas amarillas cuando Elsa Conrad le arrojó al bóxer de la señora Clavy el agua que quedaba en su regadera y lo llamó «chucho asqueroso». Jettel reconoció al instante a la temperamental compañera de fatigas de los primeros días de la guerra por su larga bata de flores y el turbante rojo enrollado en la cabeza.

—¡Dios mío, la Elsa del Norfolk! —exclamó agitada—. ¿Te acuerdas? ¡Estuvimos internadas juntas allí en 1939!

—¿Acaso crees que una se puede pasar la vida en un bar sin quedarse con las

caras? —preguntó Elsa indignada—. Vamos, pasa. Usted también, señor Gottschalk. Aún lo recuerdo perfectamente. Tu marido era abogado. Y tienes una niña muy mona y muy tímida. Pero si estabais en una granja. ¿Qué estás haciendo en Nairobi? ¿Acaso has huido de tu marido?

—No. Mi esposo está en el ejército —explicó Jettel orgullosa—. Y yo no tengo ni idea de lo que debo hacer —añadió—. No tengo alojamiento y a Regina pronto le darán las vacaciones.

—Reconozco el tono de desvalimiento. ¿Sigues siendo la distinguida esposa del señor letrado? Sea como fuere, no eres más adulta. No importa. Elsa siempre ha ayudado cuando ha podido. Sobre todo a los héroes de guerra. Necesitas a alguien que vaya contigo a ver a Malan. No se lo tome a mal, profesorcito. Usted no es la persona adecuada. Iremos mañana mismo. Y no te pongas a lloriquear. Ese indio asqueroso no se deja impresionar por las lágrimas.

Malan reprimió la ira y un suspiro cuando Elsa Conrad irrumpió en su despacho y presentó a Jettel como la esforzada esposa de un soldado que necesitaba alojamiento sin demora y, naturalmente, a un precio que ni siquiera su hermano predilecto se habría atrevido a pedirle. Malan sabía por demasiadas experiencias penosas que no tenía sentido llevarle la contraria. De modo que se contentó con lanzarle una mirada que con cualquier otro habría bastado para arreglar cuentas en el acto y hacerse a la idea, que al menos a él le resultaba reconfortante, de que aquella ruidosa persona, que poseía la fuerza de un toro enfurecido, se parecía cada vez más a los acorazados que desde el desembarco de Normandía aparecían retratados incluso en los periódicos indios de orientación abiertamente antiinglesa.

A la señora Conrad no la hacía callar con sus artimañas habituales. Su voz era mucho más estridente que la de él y aquella mujerona era propensa a emplear argumentos para los que él no encontraba respuesta, ya que sus enardecidas parrafadas iban acompañadas de violentas expresiones proferidas en un idioma que él desconocía. A ello había que añadir que, por desgracia, Malan tenía que cuidar de su extensa familia y no podía enemistarse con aquel diabólico volcán.

Aquel mastodonte del provocador turbante y el ridículo clavel encima, que para más inri procedía del jardín del propio Malan, no sólo sabía que en el Hove Court casi siempre había una habitación libre para casos especiales. Además, la mujer era precisamente la encargada del Horse Shoe. En aquel pequeño bar, que debido a su ambiente íntimo, al helado de vainilla y a los platos de curry era el lugar de reunión favorito de los soldados ingleses de todo Nairobi, únicamente contrataban a personal indio para la cocina, casi siempre miembros de la diligente parentela del señor Malan.

De modo que en el caso de la esposa del soldado, que logró enternecer a Malan, pues sus ojos le recordaban las maravillosas vacas de su juventud, y que, para satisfacción suya, al menos resultó ser una refugiada alemana, la negociación fue de la brevedad habitual. Jettel consiguió la habitación libre y permiso para traer a su perro y al chico. Y el hermano pequeño de la esposa de Malan, al que le faltaban dos

dedos de la mano derecha y, por consiguiente, le resultaba especialmente difícil encontrar trabajo, pasó a hacerse cargo de la limpieza del servicio de caballeros del Horse Shoe.

En el Hove Court, todo aquel al que le interesaba sabía que la nueva inquilina se encontraba bajo la protección de Elsa Conrad, de forma que Jettel se ahorró las numerosas triquiñuelas con que solían tener que apachucarse sin rechistar los recién llegados a menos que quisieran que se les catalogara de refunfuñones a los que rehuían las personas decentes. Las quejas de Jettel se limitaban al sofocante calor de Nairobi, al que no estaba acostumbrada, a la estrechez tras una «vida en la deliciosa libertad de nuestra granja» y al hecho de que Owuor tuviera que preparar la comida en un diminuto hornillo eléctrico. No obstante, aquellos arrebatos eran siempre oportunamente acallados por Elsa Conrad con el comentario: «Antes de emigrar, todo *teckel* era un san bernardo. Será mejor que busques un empleo».

Cuando Regina llegó al Hove Court para pasar sus primeras vacaciones, Jettel ya se había acostumbrado de tal modo a su nueva vida y, sobre todo, a las numerosas personas con que podía hablar y lamentarse que le prometía todos los días a su hija:

—Aquí te olvidarás rápidamente de la granja.

—No quiero olvidar la granja —replicaba Regina.

—¿Ni siquiera para complacer a tu querido padre?

—Papá me entiende. Tampoco él quiere olvidar su Alemania.

—Aquí no te aburrirás nunca y podrás ir todos los días a la biblioteca en autobús y sacar tantos libros como desees. Para los miembros del ejército es gratis. La señora Conrad está ansiosa por que le traigas libros.

—¿A quién voy a contarle lo que he leído si papá no está?

—Pero si aquí hay muchos niños.

—¿Y voy a hablarles de libros a los niños?

—Pues a tu estúpida hada —repuso Jettel impaciente.

Regina cruzó los dedos a la espalda para no arrancar de su sueño a la ignorancia de su madre. Ya en su primer día de vacaciones había acomodado a su hada en un guayabo de embriagador aroma y poderosas ramas. También ella era capaz de trepar sin esfuerzo a aquel árbol de frutas verdes. El follaje le proporcionaba protección y la posibilidad de soñar de día como en casa, en Ol' Joro Orok. No le resultó fácil acostumbrarse a su nuevo entorno. En particular, la asustaban las mujeres cuando, a última hora de la tarde, se paseaban por el jardín con los labios pintados de colores chillones y largos vestidos que llamaban *housecoats* y abordaban a Regina tan pronto como abandonaba su árbol.

Frente a la pequeña y oscura habitación con dos camas, una jofaina, dos sillas y una mesa con hornillo eléctrico que compartían Jettel, Regina y *Rummler*, vivía la señora Clavy. A Regina le gustaba porque le sonreía sin decir una palabra, acariciaba a *Rummler* y le daba lo que dejaba su perro *Tiger*. De la asiduidad con que intercambiaban sonrisas y carne de ave finamente picada pronto surgió un hábito que,

en sus sueños, Regina convirtió en la gran aventura de sus vacaciones.

En aquellos días que parecían no querer acabar nunca, se imaginaba que *Rummler* y *Tiger* se transformaban en caballos y que ella regresaba a Ol' Joro Orok montada en ellos. Pero Diana Wilkins, que vivía al lado de Jettel en un apartamento con dos grandes habitaciones, echó abajo de una única embestida los muros de la solitaria fortaleza de Regina.

Un día caluroso y seco, como un cebado incendio en el matorral, en que Regina volvía a su árbol después de almorzar, se encontró a Diana sentada en una rama. La grácil mujer de ojos azules, largo cabello rubio y una piel que resplandecía como la luna entre el espeso follaje llevaba un vestido de encaje blanco transparente que le llegaba hasta los pies descalzos. Tenía los labios pintados de un rosa suave y en la cabeza brillaba una corona dorada con piedrecitas de colores en las puntas.

Durante un sobrecogedor instante, Regina se quedó asombrada de haber logrado dar vida a un hada en la que hacía tiempo ya no creía. No se atrevía a respirar, pero cuando Diana dijo: «Si no subes tú, bajaré yo», su cuerpo se vio sacudido por una risa tan vehemente que la vergüenza le escaldó la piel. El inglés que hablaban los refugiados y que bramaba en los oídos de Regina como el viento que lucha contra un bosque lleno de gigantes era un suave murmullo en comparación con la dura pronunciación de Diana.

—Nunca te había visto reír —constató Diana satisfecha.

—Nunca había reído en Nairobi.

—La tristeza afea. Ahora ya vuelves a reír.

—¿Eres una princesa?

—Sí. Pero la gente de aquí no se lo cree.

—Yo sí —contestó Regina.

—Los bolcheviques me han robado mi patria.

—A mi padre también le han robado su patria.

—Pero no los bolcheviques.

—No, los nazis.

Diana Wilkins era de Letonia, de pequeña pasó por Alemania, Grecia y Marruecos, huyendo, y a principios de los años treinta se quedó en Kenia sólo porque alguien le dijo que en Nairobi iban a inaugurar un teatro. Había sido bailarina y estaba convencida de que los buenos tiempos aún estaban por llegar. El apellido inglés y una pensión de viudedad, ambas cosas aún más envidiadas por los inquilinos del Hove Court que su belleza, se los debía a un brevísimo matrimonio con un joven oficial. Un rival celoso le pegó un tiro.

Cuando le enseñó su habitación a Regina por primera vez, señaló orgullosa las gotas de sangre seca de la pared. En realidad eran mosquitos aplastados, pero Diana estaba aún más sedienta de romanticismo que de *whisky* y encontraba demasiado triste la idea de que el difunto teniente Wilkins no hubiera dejado ningún rastro en su vida aparte de su apellido.

—Entonces, ¿estabas presente cuando le dispararon? —quiso saber Regina.

—Por supuesto. Antes de morir me dijo: «Tus lágrimas son como el rocío».

—Nunca había oído nada tan bonito.

—Espera y verás. Algún día tú también vivirás algo así. ¿Ya tienes novio?

—Sí. Se llama Martin y es soldado.

—¿Aquí en Nairobi?

—No, en Sudáfrica.

—¿Y tu mayor deseo es casarte con él?

—No lo sé —dudó Regina—. Aún no lo he pensado. Deseo todavía más tener un hermano.

Se asustó al oírse hablar así. Desde que se despidiera de Martin en la granja, Regina sólo había mencionado su nombre en su diario. El hecho de que ahora, de golpe, no sólo hablara de él, sino también del niño muerto la desconcertó. El alocado bailoteo de su cabeza le pareció una magia especial que hacía desvanecerse la tristeza como los ríos en la estación seca.

Desde que Regina compartiera con Diana sus dos secretos, los días transcurrían para ella tan veloces como bueyes que caminan en círculos con delirio febril. Hacía oídos sordos a las lacrimosas súplicas de su madre y más aún a las órdenes de Elsa Conrad de que se buscara una amiga de su misma edad.

—¿No te gusta Diana?

—Sí —replicaba Jettel dubitativa—, pero ya sabes que papá es un poco raro.

—¿Por qué?

—Es un hombre.

—Todos los hombres adoran a Diana.

—Precisamente por eso. Él tiene algo en contra de las mujeres que se acuestan con todos los hombres.

—Diana me ha dicho que no se acuesta con todos los hombres —aclaró Regina al día siguiente—. Sólo se va con ellos al sofá.

—Explícale eso a tu padre.

Los únicos seres masculinos a los que Diana quería de verdad eran su minúsculo perro *Reppi*, al que llevaba en brazos en sus paseos por el jardín y que en realidad era un príncipe encantado de Riga, algo que sólo Regina sabía, y su chico. Chepoi era un nandi alto, de pelo cano, con el rostro picado de viruelas y unas manos delicadas capaces de una gran fuerza y de una suavidad aún mayor. Con el aire de un padre preocupado se ocupaba de Diana, a la que consideraba la herencia obligada de su difunto *bwana*, el cual le había salvado la vida de un búfalo enloquecido.

Por la noche, cuando ya había pasado la hora del último pretendiente, Chepoi salía una vez más de su diminuta cabaña tras los cuartos de la servidumbre, se deslizaba sigilosamente en la guarida de Diana, que estaba llena de humo y apestaba a alcohol, le quitaba la botella de la mano a su *memsahib* y la metía en la cama. En el Hove Court se decía que, con frecuencia, incluso tenía que desvestirla y aplacar sus

crispados nervios con canciones, pero Chepoi no era hombre de muchas palabras. A él le bastaba con ser el protector de su hermosa *memsahib*, y eso sólo podía serlo si no hablaba con personas cuya lengua era igual de malvada que sus oídos.

Regina era la excepción. Pese a los reparos iniciales de Jettel y al celoso griterío de Owuor, Chepoi se la llevaba a menudo al mercado, donde compraba carne y, tras acaloradas discusiones y un fiero toma y daca, se decidía por enormes repollos con los que preparaba la única comida que renovaba las fuerzas de la *memsahib* tras las fatigas nocturnas.

Para Regina, en el mercado del centro de Nairobi se abría un mundo nuevo. Mangos de un anaranjado reluciente junto a papayas verdes, racimos de plátanos rojos, amarillos y verdes, henchidas piñas con coronas de brillantes púas de color verde oscuro y frutas de la pasión abiertas con pepitas similares a abalorios de un gris resplandeciente aturdían sus ojos; el aroma de flores, café muy tostado y especias recién mezcladas y el hedor a pescado putrefacto y carne sanguinolenta, su nariz; el derroche de belleza, originalidad y repugnancia consiguió por fin aplacar la angustiada nostalgia de aquellos días que ya nunca volverían.

Había altas torres de cestas de sisal trenzado llamadas *kikapus* con más colores que el arco iris, delicadas tallas de marfil y lustrosos guerreros con largas lanzas de madera negra y cinturones guarnecidos con perlas de colores y telas cuyos motivos narraban historias de seres embrujados y de animales salvajes que sólo la fantasía había logrado amansar. Indios de ojos negros y veloces manos ofrecían escamosas pieles de serpiente, pellejos de leopardo y cebras, pájaros de pico amarillo disecados, cuernos de búfalo, almejas gigantes de Mombasa, delicados brazaletes de pelo de elefante y collares dorados con cuentas de colores.

El aire era pesado y el concierto de voces, tan poderoso como las chillonas cataratas Thompson. Las gallinas cacareaban y los perros ladraban. Entre los puestos se apiñaban mujeres inglesas de avanzada edad, piel pálida y fina como el papel, viejos sombreros de paja y guantes blancos. Tras ellas caminaban sus chicos con las pesadas *kikapus*, como perros bien adiestrados. *Goaneses* agitados hablaban tan aprisa como monos parlanchines e indios con turbantes de vistosos colores paseaban lentamente, muy atentos, ante la mercancía.

Había numerosos *kikuyus* con pantalones grises y alegres camisas que acentuaban su aire urbano con pesados zapatos, y silenciosos somalíes, muchos de los cuales parecían querer entrar en una guerra a la antigua usanza. Extenuados mendigos que apestaban a pus, con los ojos apagados, carcomidos por la lepra muchos de ellos, pedían limosna, y madres acurrucadas en el suelo amamantaban impasiblemente a sus hijos.

En el mercado, Regina se enamoró de Nairobi y de Chepoi. Primero se convirtió en su socia y más tarde en su confidente. Como hablaba *kikuyu*, podía regatear con los hombres de los puestos aún mejor que él, el *nandi* que no podía prescindir del suajili. Con el dinero que se ahorraba, Chepoi solía comprarle a Regina un mango o

una mazorca de maíz asado que sabía de maravilla, a madera quemada; y el día más hermoso de sus vacaciones, tras consultarlo con su *memsahib*, Chepoi le entregó un cinturón guarnecido con diminutas perlas de colores.

—Cada una de esas piedrecitas encierra su magia —le aseguró, abriendo los ojos de par en par.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Con eso basta.

—Deseo tener un hermano —confesó Regina.

—¿Tienes padre?

—Sí. Es áscari en Nakuru.

—Entonces, primero has de desear que venga a Nairobi —le recomendó Chepoi. Cuando reía, sus amarillentos dientes se iluminaban y la ronquera de su garganta se tornaba calidez.

—Me gusta cómo hueles —constató Regina frotándose la nariz.

—¿Cómo huelo?

—Bien. Hueles como un hombre inteligente.

—Tú tampoco eres tonta —replicó Chepoi—. Eres joven. Pero eso no será siempre así.

—La primera piedra ya ha hecho algo —dijo Regina satisfecha—. Nunca me habías dicho nada parecido.

—Lo he dicho muchas veces. Sólo que tú no lo has oído. No siempre hablo con la boca.

—Lo sé. Hablas con los ojos.

Ya de vuelta en el Hove Court, al pasar junto a los gigantescos cactus cubiertos de fina tierra rojiza, la hora más sedienta del día poseía una fuerza abrasadora, pero aún no había empujado a la gente, como de costumbre, a sus oscuras madrigueras. El anciano señor Schlachter estaba asomado a la ventana chupando cubitos de hielo. Tenía el corazón delicado y no podía beber mucho, todo el mundo lo sabía; sin embargo, todos envidiaban a los Schlachter por su nevera.

Regina estuvo un rato contemplando cómo el fatigado anciano de ojos vidriosos y vientre rotundo tomaba un cubito tras otro de una pequeña cacerola plateada y se los llevaba lentamente a la boca. Se paró a pensar detenidamente si con una de aquellas pequeñas perlas podría desear también un corazón enfermo y muchos cubitos de hielo, mas el modo en que el viejo Schlachter la miró y le dijo «me gustaría poder saltar de nuevo así yo también» la confundió.

El rosado niño del pelele azul celeste chupaba el blanco pecho de la señora Taylor y despertaba la envidia de Regina, una envidia capaz de devorar la calma más aprisa que las grandes hormigas de safari un trocito de madera. Para liberar su aturullada cabeza, observó cómo la señora Friedländer sacudía el ensortijado abrigo de pieles negro que se había comprado para emigrar y nunca se puso.

La señora Clavy se hallaba en su jardín, contándoles a sus claveles rojos que no

podía darles agua hasta que no se pusiera el sol. Regina se pasó la lengua por los labios para poder sonreírle, pero antes de que la humedad llegara a su boca vio a Owuor con *Rummler* bajo un sediento limonero. Llamó al perro, que sólo movió perezosamente una oreja, y se dio cuenta, arrepentida, de que no se había ocupado de él en todo el día. Se puso a pensar en cómo enseñarle el cinturón a Owuor sin avivar los celos que sentía de Chepoi. Entonces vio que sus labios se movían y que había fuego en sus ojos. Mientras corría hacia Owuor, le llegó su voz.

—*Perdí mi corazón en Heidelberg* —cantaba, tan alto como si hubiera olvidado que en Nairobi no había eco.

Regina sintió la dolorosa punzada de la esperanza, ansiada en vano durante tanto tiempo.

—¡Owuor, Owuor! ¿Ha venido?

—Sí, el *bwana* ha venido —rió Owuor—. El *bwana* áscari ha venido —proclamó orgulloso. Alzó a Regina en brazos como el día en que empezó la magia y la apretó contra sí. Durante un breve instante de dicha, Regina estuvo tan cerca de su rostro que pudo ver la sal pegada a sus párpados.

—Owuor, eres tan listo... —dijo en voz baja—. ¿Recuerdas cuando llegaron las langostas?

Ahita de alegría y recuerdos, aguardó hasta que el chasquido de la lengua de Owuor abandonó sus oídos; luego liberó sus pies de los zapatos para poder volar más veloz por la hierba, echó a correr, impaciente, hacia el apartamento y abrió la puerta con tanta fuerza como si quisiera hacer un agujero en la pared.

Sus padres estaban sentados muy juntos en la estrecha cama y se separaron con un movimiento tan brusco que por un momento la mesilla que tenían ante sí se tambaleó. Sus rostros tenían el color de los claveles más lozanos de la señora Clavy. Regina oyó que Jettel respiraba sonora y entrecortadamente, y también vio que su madre no llevaba ni blusa ni falda; de modo que no había olvidado su promesa de tener otro niño cuando volvieran los buenos tiempos. ¿Acaso se habían ido de safari los buenos tiempos?

Regina se sintió insegura al comprobar que sus padres no decían nada y que estaban tan tiesos, mudos y serios como las figuritas de madera del mercado. También sintió que se ruborizaba. Le resultaba difícil separar los dientes.

—Papá —dijo por fin, y entonces las palabras que había querido retener se precipitaron por su boca como pesadas piedras—: ¿Te han echado?

—No —respondió Walter, sentó a Regina en su desnuda rodilla y apagó el fuego de sus propios ojos con una sonrisa—. No —repitió—, el rey Jorge está muy satisfecho conmigo. Me ha pedido expresamente que te lo diga. —Y dio unos leves golpecitos sobre la manga de su almidonada camisa caqui. En ella resplandecían dos franjas de tela blanca.

—¡Eres cabo! —exclamó Regina asombrada. Acarició una de las piedrecitas de su nuevo cinturón y besuqueó el rostro de su padre con la fuerza renovada del miedo

vencido, igual que hacía *Rummler* en cada reencuentro, cuando la alegría sacudía su cuerpo.

—*Corporal is bloody good for afucking refugee* —dijo Walter.

—*You are speaking English, daddy* —rió Regina.

La frase hizo mella en su cabeza, asqueándola y llenándola de culpa. ¿Acaso sospechaba su padre lo mucho que ella había deseado tener un *daddy* que fuera como los demás padres, hablara inglés y no hubiera perdido su patria? Se avergonzó enormemente de haber sido tan niña.

—¿Te acuerdas del brigada Pierce?

—Sargento —corrigió Regina, contenta por haberse tragado la tristeza sin dejar que la ahogara.

—Brigada. También los ingleses ascienden. ¡Adivina lo que le he enseñado! Ahora sabe cantar *Lili Marleen* en alemán.

—Yo también quiero aprender —afirmó Regina. No necesitó más que una décima de segundo para transformar la mentira de su boca en un dulzor que, según Diana, era el verdadero sabor del gran amor.

XV

El hecho de que el 8 de mayo de 1945 la radio comenzara todos los noticiarios del día con la frase «no se esperan incidentes especiales» se debía al tiempo, que de Mombasa al lago Rodolfo era inusitadamente estable y seco para la estación. Por deferencia hacia los granjeros, a quienes no se les podía exigir que, justo en la época de la primera cosecha tras las grandes lluvias, escucharan cada hora el relato de los lejanos acontecimientos mundiales primero y sólo entonces los detalles de interés vital, en la emisora de Nairobi los partes meteorológicos siempre habían tenido prioridad.

Ni la muerte de Jorge V, ni la abdicación de Eduardo VIII, ni la coronación de Jorge VI, ni el estallido de la Segunda Guerra Mundial se habían considerado motivo suficiente para romper esa tradición. De modo que el redactor de turno tampoco creyó que la capitulación incondicional de los alemanes hubiera de ser una excepción. Pese a todo, la colonia se abandonó a una borrachera de victoria que en modo alguno le iba en zaga al júbilo de la sufrida madre patria.

En Nakuru, el señor Brindley ordenó embanderar todo el colegio, lo cual puso a prueba el talento para la improvisación de profesores y alumnos de un modo nunca visto hasta entonces. En el colegio sólo había una única y descolorida *Union Jack* que en cualquier caso ondeaba a diario en el edificio principal. Se valieron de banderas pegadas apresuradamente y cosidas a toda prisa con sábanas desechadas y los disfraces de mono rojo de la última función escolar.

Para el azul que aún faltaba en las banderitas se cortaron uniformes escolares y trajes de los exploradores, más concretamente los de los niños pudientes, que poseían un amplio guardarropa y a quienes después costó un gran esfuerzo no hacer demasiada ostentación de su orgullo por tan gozoso sacrificio.

Regina no se desalentó por sólo tener una falda y un traje de exploradora descolorido y, por consiguiente, tener que contemplar en silencio tan patriótica guerra de tijeras. El destino le tenía preparado algo más elevado. El señor Brindley no sólo dispensó a todos los hijos de miembros del ejército de los deberes del día siguiente, sino que además los animó en un tono imperioso, mas inusitadamente amable, a que escribieran a sus uniformados padres una carta digna de tan fausto acontecimiento para felicitarlos por la victoria en los lejanos escenarios bélicos del mundo, pacificado de repente de un modo maravilloso.

Al principio, Regina tuvo dificultades con la tarea. Se preguntaba si Ngong —a sólo unos kilómetros de Nairobi—, donde se encontraba destinado su padre desde hacía tres meses, se podía considerar un lejano escenario bélico según el señor Brindley. A ello había que añadir que se avergonzaba de no haber querido sacrificar a su padre por el Imperio Británico. En vista de la victoria, ya no le parecía bien haberse sentido tan aliviada e incluso haber dado gracias a Dios cuando rechazaron su

solicitud de traslado a Birmania.

Pese a todo, empezó su carta con las palabras «mi héroe, mi padre» y concluyó con la frase «*theirs but to do and die*», de su poema favorito. Lo cierto es que sospechaba que su padre no podría apreciar la belleza lingüística y que poco sabría de la fatal batalla de Balaklava y de la Guerra de Crimea, pero en un momento tan decisivo de la historia universal no fue capaz de renunciar a alabar la valentía inglesa.

No obstante, para dar a su padre una alegría especial en la hora de la verdad para Inglaterra, le obsequió con su propia lengua, añadiendo en letra muy pequeña: «*Proto biajaremos a Leobschütz*», algo que Brindley, pese a su desconfianza de aquello que no entendía, pasó generosamente por alto. Con todo, leyó la famosa cita con benevolencia, asintió dos veces seguidas en señal de aprobación y le pidió a Regina que ayudara con sus cartas a las niñas menos expresivas.

Por desgracia, con ello avergonzó a las malas estudiantes de un modo muy poco inglés, si bien Regina se sintió como si se cumpliera un viejo sueño y la hubieran distinguido con la Cruz de la Victoria. Cuando acto seguido el director invitó a los hijos de los combatientes a tomar el té en su despacho, le devolvió su carta a Regina para que relatará el homenaje que había recibido. Afortunadamente, al señor Brindley no le llamó la atención que ahora su agradecimiento a los héroes, ése que él mismo ensalzara y leyera públicamente, concluyera con el comentario «*Bloody good for a fucking refugee*». Regina sabía perfectamente lo mucho que él detestaba la vulgaridad.

También en Nairobi se festejó el final de la guerra en Europa con vehemencia, como si sólo la colonia hubiera contribuido a la victoria. La avenida Delamare se transformó en un mar de flores y banderas, e incluso en los comercios de poca categoría y minúsculos escaparates donde los blancos casi nunca compraban se exhibieron fotografías adquiridas de prisa y corriendo de Montgomery, Eisenhower y Churchill junto al retrato del rey Jorge VI. Igual que lo vieran en los noticiarios los espectadores de los cines durante la liberación de París, personas desconocidas se abrazaban jubilosas y besaban a hombres de uniforme, ocurriendo en ocasiones que, en medio de la euforia, incluso besuqueaban a indios de piel especialmente clara.

Coros de hombres formados apresuradamente entonaban *Rule Britannia* y *Hang out yow washing on the Siegfried Line*; damas entradas en años lucían cintas rojas, blancas y azules en sus sombreros y sus perrillos; vocingleros niños *kikuyu* se calaban sobre los rizos gorros de papel hechos con la edición especial del *East African Standard*. Ya a mediodía, las recepciones del New Stanley Hotel, el Thor's y el Norfolk no admitían más reservas para sus solemnes banquetes triunfales. Para la noche se había preparado un gran castillo de fuego y para los días siguientes, desfiles triunfales.

En el Hove Court, el señor Malan, en un arrebató de patriotismo que lo desconcertó aún más a él mismo que a sus inquilinos, mandó limpiar los cactus de la puerta, cubiertos por una costra de tierra, rastrillar los senderos que rodeaban el

parterre de rosas e izar la bandera del Reino Unido en el viejo mástil, que hubo de ser reparado expresamente para ello. No había vuelto a utilizarse desde que Malan se hiciera cargo del hotel. Por la tarde, la señora Malan, que lucía el sari rojo y dorado de las festividades, hizo colocar una mesa de caoba y sillas tapizadas en seda bajo el eucalipto de ramas caídas y tomó allí el té con cuatro hijas adolescentes que parecían flores tropicales y cuyas cabezas se mecían al viento entre frecuentes risitas cual embriagadas rosas.

Pese a las furiosas protestas de Chepoi, Diana no desistió de su propósito de corretear por el jardín descalza, con un camisón transparente y una botella de *whisky* medio vacía, gritando ora «*to hell with Stalin*» ora «malditos bolcheviques». Un comandante, invitado de la señora Taylor, le indicó con cierta brusquedad que los rusos habían contribuido a la victoria de forma considerable y con un sacrificio digno de admiración. Cuando Diana comprendió que ni siquiera su perro se creía que era la hija menor del zar, aun cuando ella lo juraba por su vida, la invadió tal sensación de desgracia que se echó a llorar bajo un limonero. Chepoi acudió presuroso para calmarla y finalmente logró llevarla de vuelta al apartamento. La trasladó en brazos como a un niño, tarareando la triste canción del león que ha perdido su fuerza.

En los últimos meses, al profesor Gottschalk se le veía delgado y muy taciturno. Caminaba como si le doliera cada paso, ya no bromeaba con los niños de los cochecitos, rara vez acariciaba a un perro y apenas dirigía cumplidos a las mujeres jóvenes. Los allegados intentaron averiguar si su decaimiento había comenzado precisamente en la época en que los aliados arrojaban a diario sus bombas sobre las ciudades alemanas, pero el bienquisto profesor no estaba dispuesto a hablar del tema. El día de la gloriosa victoria se hallaba sentado ante su apartamento en una vieja silla de cocina, pálido el semblante, y en lugar de leer como de costumbre, contemplaba los árboles pensativo y murmuraba una y otra vez: «Mi hermosa Francfort».

Al igual que a él, a muchos refugiados les resultó inesperadamente arduo mostrar de forma apropiada su alivio por el fin de la guerra, esperado desde hacía días. Algunos hacía tiempo que ya no querían hablar alemán y en verdad creían que habían olvidado su lengua materna. Precisamente éstos hubieron de constatar en tan dichoso momento que su inglés en modo alguno bastaba para expresar su sentimiento de liberación. Con una amargura que eran incapaces de explicarse, envidiaban a los que lloraban abiertamente. No obstante, esas lágrimas de alivio hicieron sospechar a sus vecinos ingleses que los refugiados simpatizaban en secreto con Alemania y ahora lamentaban la merecida victoria británica.

Jettel sintió únicamente una lástima pasajera por no poder pasar tan extraordinaria noche con Walter, como correspondía a la esposa de un combatiente. Sin embargo, estaba acostumbrada al ritmo quincenal de sus visitas y encontraba su compañía tan bien dosificada que ni siquiera en un día verdaderamente prometedor como ése deseaba cambio alguno. Además, estaba de muy buen humor para dejar que su conciencia la afligiese más de lo necesario. Justo ese día cumplía tres meses

trabajando en el Horse Shoe y desde entonces recibía cada noche la confirmación largamente anhelada de que aún era una mujer joven y deseable.

El Horse Shoe, con su mostrador en forma de herradura, era el único local de Nairobi en el que había mujeres blancas detrás de la barra. Aunque no se servía alcohol, aquel agradable establecimiento de paredes rojas y muebles blancos se consideraba un bar. Su clientela, mayoritariamente masculina, lo apreciaba tanto precisamente porque eran mujeres y no camareros indígenas quienes servían. Los jóvenes oficiales ingleses que frecuentaban el Horse Shoe sentían una permanente nostalgia y una insaciable sed de contacto y flirteo. No les molestaba ni el duro inglés de Elsa Conrad, pronunciado a gritos con lengua berlinesa, ni el escaso vocabulario de Jettel. Los clientes lo encontraban agradable; podían desplegar su encanto sin necesidad de muchas palabras. Era un agasajo mutuo. Jettel les proporcionaba una sensación de importancia que no tenían, y para ella la amabilidad y el buen humor que ella misma provocaba eran como una medicina que le trae a alguien una curación inesperada tras una gravísima enfermedad.

Cuando a última hora de la tarde Jettel se maquillaba, probaba nuevos peinados o simplemente intentaba recordar un cumplido especialmente emocionante de los jóvenes soldados, que, cosa curiosa, siempre se llamaban John, Jim, Jack o Peter, volvía a enamorarse de nuevo de la imagen que le devolvía el espejo. Algunos días incluso mostraba cierta tendencia a creer en las hadas de Regina. Su piel clara, que en la granja siempre se veía amarillenta o grisácea, volvía ahora a producir aquel antiguo y hermoso contraste con su oscuro cabello, sus ojos resplandecían como los de un niño colmado de elogios y la redondez que empezaba a vislumbrarse dotaba a la aparente indiferencia de su ser de una atractiva feminidad.

En el Horse Shoe, Jettel podía olvidarse por unas horas de que Walter y ella seguían siendo unos refugiados con escasos ingresos, sólo unos parias con miedo al futuro, y dejar a un lado la realidad con una delirante alegría. Era como una colegiala rodeada de admiradores que no pudiera perderse ni un baile en ninguna de las fiestas de estudiantes de Breslau. Jettel era feliz aunque sólo fuera Owuor el que chasqueara la lengua y la llamara su «hermosa *memsahib*».

De no haber sido por Elsa Conrad, que cada noche le decía: «Si engañas a tu marido una sola vez, te rompo todos los huesos del cuerpo», Jettel se habría abandonado tan desenfrenadamente a su embriagadora vanidad como a sus ocasionales sueños de futuro, en los que Walter era capitán, construía una casa en el mejor barrio de Nairobi y Jettel recibía en ella a la flor y nata de la sociedad, que, cautivada por su levísimo acento, la tomaba por suiza.

Jettel tenía claro que la victoria también se celebraría por todo lo alto en el Horse Shoe y que era su deber patriótico prepararse para los combatientes que tan lejos estaban de la patria: Cuando se conoció la noticia de la capitulación alemana, se apuntó de inmediato en la lista del baño y, tras una acalorada discusión con la señora Keller, que precisamente en un día tan importante para Jettel quería obtener un baño

para su esposo saltándose el orden, consiguió el cuarto de aseo a mediodía. Después de mucho pensar, se decidió, no sin que su buen humor sufriera un pequeño revés, por el traje de noche largo aún sin estrenar que desde que llegara a Rongai fuera motivo de permanente discusión con Walter, pues él no estaba dispuesto a olvidar su nevera.

Necesitó más tiempo de lo previsto para enfundar pecho y caderas en aquel vestido de grueso tafetán azul con cuerpo a rayas blancas y amarillas, mangas de farol y diminutos botones en la espalda. Más aún tardó en encontrar en el pequeño espejo de la pared a la mujer que buscaba, pero se sonrió con tal resolución e ilusión que acabó por sentirse satisfecha.

Siempre supe que necesitaba este vestido, se dijo, y alzó el mentón frente al espejo, pero la obstinación, que sólo había querido saborear por un instante como un juego festivo, como el helado de vainilla que era la especialidad del Horse Shoe, se transformó en un cuchillo que destruyó de un enérgico tajo el espléndido retrato de la hermosa joven en pleno delirio triunfal.

De pronto, con una brusquedad que aceleró su respiración, vio la casa de Rongai, con aquel tejado incapaz de resguardarlos tanto de la lluvia como del calor, vio a Walter decepcionado, mirándola por encima de las cajas de Breslau, y lo oyó maldecir: «Nunca podrás ponerte esa cosa de ahí. No tienes idea de lo que nos has hecho». Trató de ahogar ambas frases entre risitas sofocadas, pero su memoria le cerró el paso y las palabras le parecieron un símbolo de los años que las seguirían.

Las anchas franjas blancas y amarillas que rodeaban su pecho se tornaron estrechos y firmes anillos de hierro. Como si cada uno de ellos portara un látigo, empujaron a Jettel hacia sus recuerdos, a duras penas reprimidos. Con una precisión inusitada, casi como un suplicio, volvió a vivir de nuevo el día en que llegó a Breslau la carta de Walter con la noticia de que estaba listo el aval para que ella y Regina emigraran. En el delirio de la salvación, compró el vestido con su madre. Cómo rieron las dos al imaginarse la perplejidad de Walter cuando viera el vestido en lugar de la nevera.

La idea de que su madre no se riera tanto ni tan gustosamente con nadie como con ella logró infundirle ánimos, pero sólo por un breve instante. La última imagen la torturó sin piedad. La madre acababa de decir: «Sé buena con Walter, te quiere tanto...», y de repente estaba en el puerto de Hamburgo, llorando y diciéndole adiós, cada vez más pequeña. Jettel sintió que apenas le quedaba tiempo para volver al presente. Sabía que no podía pensar en su madre, en su ternura, su valentía y su abnegación, y desde luego no en la última carta, aquella terrible carta, si quería salvar su sueño de prosperidad. Era demasiado tarde.

Primero se le secó la garganta, y luego el dolor desgarró su cuerpo con tal violencia que ni siquiera tuvo tiempo de quitarse el vestido antes de arrojarse sobre la cama entre sollozos entrecortados. Intentó llamar a su madre, después a Walter y, por último, en su extrema desolación, a Regina, pero ya no lo logró. Cuando Owuor

regresó con *Rummler* del jaleo de la avenida Delamare, el cuerpo de su *memsahib* yacía en la cama como una piel secándose al sol.

—No llores —dijo en voz queda, acariciando al perro.

Owuor tragó satisfacción. Llevaba algún tiempo deseando para sí una *memsahib* que fuera como una niña, como la que veía cuando Chepoi arrancaba a Diana de las garras del miedo y luego el orgullo alisaba y agrandaba su rostro. Para Owuor era emocionante vivir en Nairobi, pero a menudo tenía los ojos llenos y la cabeza vacía. Rara vez le hacían cosquillas en la garganta las bromas del *bwana*, y en las vacaciones la pequeña *memsahib* hablaba y reía demasiado con Chepoi. Owuor se sentía como un guerrero al que han enviado a la batalla, pero le han robado las armas.

Cuando veía a Chepoi llevar a su *memsahib* por el jardín, sentía que lo abrasaba un fuego amarillo con deslumbrantes y convulsos destellos. La envidia lo confundía. No era que quisiera ver a Jettel tumbada bajo un árbol borracha o medio desnuda y con unos ojos que ya no podían retener nada, y seguro que para el *bwana* habría supuesto un golpe capaz de derribar un árbol. Sin embargo, un hombre como Owuor tenía que sentir su propia fuerza una y otra vez si no quería ser como los demás.

Jettel yacía en la cama con aquel vestido que había tomado los colores del cielo y el sol, y parecía la niña que Owuor deseaba, pero la preocupación le arañaba la cabeza con afiladas garras. La boca pintada de rojo de la *memsahib* era como los espumarajos sanguinolentos del hocico de una joven gacela que vuelve a ponerse en pie tras una mortal dentellada en la cerviz. El miedo que emanaba de aquel cuerpo exangüe olía como la última leche de una vaca envenenada. Cuando Owuor abrió la ventana, Jettel soltó un gemido.

—Owuor, querría no volver a llorar nunca.

—Sólo los animales no lloran.

—¿Por qué no soy un animal?

—Mungo no nos pregunta lo que queremos ser, *memsahib*.

La voz de Owuor era tranquila y sonaba tan llena de compasión y seguridad que Jettel se incorporó y, sin que él dijera nada, se bebió el vaso de agua que le tendía. Owuor le colocó una almohada en la espalda y, al hacerlo, rozó su piel. En aquel breve instante de gracia, a Jettel le pareció como si los fríos dedos de Owuor hubiesen borrado de un solo golpe toda la vergüenza y desesperación que había en ella, mas el alivio no duró mucho. Las imágenes que no quería ver, las palabras que no quería oír la atormentaban ahora con más insistencia que antes.

—Owuor —balbució—, es el vestido. El *bwana* tenía razón. No es bueno. ¿Sabes lo que dijo la primera vez que lo vio?

—Que parecía un león que hubiese perdido el rastro de su presa —rió Owuor.

—¿Aún lo recuerdas?

—Fue mucho antes del día en que las langostas llegaron a Rongai. Eran los días en que el *bwana* aún no sabía que soy listo —recordó Owuor.

—Eres un hombre listo, Owuor.

Él sólo se tomó el tiempo que un hombre necesita para guardar en su cabeza aquellas bonitas palabras. Luego cerró la ventana, corrió la cortina, acarició una vez más al perro dormido y dijo:

—Quítate el vestido, *memsahib*.

—¿Por qué?

—Tú lo has dicho. No es un vestido bueno.

Jettel permitió que Owuor le desabrochara los numerosos botoncitos de la espalda y se permitió a sí misma sentir su tacto agradable y la fuerza que emanaba de él trayéndole la salvación. Percibió su mirada y supo que lo íntimo de aquella situación que nunca antes se había dado tendría que haberla hecho sentirse insegura, pero no notó más que el grato calor que despedían sus ya calmados nervios. Los ojos de Owuor reflejaban la misma dulzura que aquel día en Rongai, hacía muchos años, en que él sacó a Regina del coche, la estrechó contra sí y la hechizó para siempre.

—¿Has oído, Owuor? —quiso saber Jettel, y se sorprendió al darse cuenta de que estaba susurrando—. La guerra ha terminado.

—Todo el mundo lo comenta en la ciudad. Pero no es nuestra guerra, *memsahib*.

—No, Owuor, era mi guerra. ¿Adónde vas?

—A ver a la *memsahib monenu mingi* —respondió Owuor sonriendo, pues sabía que Jettel siempre se echaba a reír cuando él llamaba así a Elsa Conrad, ya que hablaba más de lo que podía atrapar el mayor de los oídos—. Voy a decirle que hoy no vas a trabajar.

—Pero eso no puede ser. Tengo que ir a trabajar.

—Primero ha de acabar la guerra de tu cabeza —sentenció Owuor—. El *bwana* siempre dice: primero ha de acabar la guerra. ¿Va a venir hoy con nosotros?

—No, la próxima semana.

—¿No era su guerra? —preguntó Owuor, dándole un pequeño puntapié a la puerta. Para él, los días sin el *bwana* eran como las noches sin mujeres.

—Era su guerra, Owuor. Vuelve pronto. No quiero estar sola.

—Yo cuidaré de ti, *memsahib*, hasta que él venga.

La guerra en la cabeza de Walter estalló en el idílico paisaje de Ngong cuando menos se esperaba una rebelión. A las cuatro de la tarde se encontraba asomado a la ventana de su dormitorio contemplando sin nostalgia cómo la mayor parte de la décima unidad del Royal East África Corps subía a los *jeeps* para remojarse en la victoria en la cercana Nairobi. Él se había ofrecido voluntario para el servicio nocturno, y los eufóricos soldados de su unidad e incluso el teniente McCall, un escocés parco en palabras, lo habían aclamado breve y enérgicamente como *a jolly good chap*.

Walter no estaba de humor para celebraciones. La noticia de la capitulación no le había suscitado ni júbilo ni sensación de liberación. Le zahería lo contradictorio de sus sentimientos, que consideraba una ironía especialmente maliciosa de la historia, y a medida que avanzaba el día se iba sintiendo cada vez más abatido, como si el fin de la guerra hubiera decidido su destino. Le pareció representativo de su situación que la

renuncia a una noche fuera de los barracones no le supusiera ningún sacrificio. La necesidad de estar solo en aquel día, que tanto significaba para los demás y para él no lo bastante, era demasiado grande para cambiarla por los inconvenientes de una visita sin previo aviso a Jettel.

Poco después de que lo destinaran a Ngong y Jettel empezara a trabajar en el Horse Shoe, Walter comprendió que se avecinaban cambios en su matrimonio. Jettel, que seguía escribiéndole cartas cariñosas, a veces incluso apasionadas, a Nakuru, ya no daba mayor importancia a su presencia en Nairobi. Él la entendía. Un marido con galones de cabo en la bocamanga, sentado en la barra con expresión malhumorada y taciturna mientras su esposa trabajaba, no encajaba en la vida de una mujer rodeada por un enjambre de alegres caballeros con uniforme de oficial.

Paradójicamente, en un principio los celos lo habían estimulado en lugar de atormentarlo. De un modo tierno, romántico, le habían recordado su época de estudiante. Durante aquel plazo de gracia demasiado breve, Jettel volvió a ser la quinceañera del traje de noche a cuadros lilas y verdes, una bella mariposa en busca de admiración; él tenía otra vez diecinueve, estaba en el primer semestre y era lo bastante optimista para creer que, en algún momento, la vida también ofrecería su recompensa a los pacientes. No obstante, en la monotonía de la rutina militar, y más aún por las vivencias de los ratos de ocio, los nostálgicos celos, con las idealizadas y agradables imágenes de Breslau, se transformaron en la apatía de África. Su excesiva susceptibilidad, que creía tan corroída por los años de emigración como los sueños de tiempos mejores, renació de nuevo.

Cuando Walter tenía que esperar en el Horse Shoe a que Jettel terminara de trabajar, sentía su nerviosismo, barruntaba su rechazo. Más aún le molestaban las miradas altivas y suspicaces de la señora Lyons, que no aprobaba las visitas privadas a sus empleadas y parecía contar con el ceño fruncido cada helado que Jettel le ponía a su esposo para mantenerlo de buen humor y en silencio hasta que ambos pudieran marcharse a casa.

Sólo pensar en la señora Lyons y en su Horse Shoe y en el ambiente que habría allí esa noche provocaba en Walter esa necesidad de lucha y evasión que tan duros zarpazos asestaba a su orgullo. Enfadado, cerró de un golpe la pequeña ventana del dormitorio. Permaneció un rato mirando absorto a través del cristal tapizado de moscas muertas, pensando, hastiado, cómo podía matar de una sola vez el tiempo, su desconfianza y los primeros asomos de pesimismo. Se sintió satisfecho al recordar que hacía días que no escuchaba las noticias en alemán y que era una buena ocasión para intentarlo de nuevo. La cantina de la tropa, con su estupenda radio, estaría vacía, así que no se produciría ningún alboroto si el aparato profería los sonidos del enemigo y para colmo en la noche de la gran victoria.

En la unidad de Walter, los que más protestaban por las emisiones en alemán eran los escasos refugiados que había, mientras que los ingleses rara vez perdían la calma. De todos modos, cuando no se trataba del suyo, la mayoría de las veces ni siquiera

sabían qué idioma estaban oyendo. Walter lo había comprobado en repetidas ocasiones, y en la mayoría de los casos sin inmutarse, pero de pronto aquel afán de los refugiados por pasar inadvertidos ya no le pareció ridículo, sino una envidiable prueba de su talento para desligarse del pasado. Sin embargo, él seguía siendo un marginado.

En el trayecto de su barracón a la cantina, en el edificio principal, intentó huir de esa melancolía que solía desembocar indefectiblemente en depresión. Igual que un niño que se aprende la lección de memoria sin molestarse en buscar el sentido, se decía una y otra vez, y en ocasiones incluso en voz alta, que ése era un día afortunado para la humanidad. Pese a todo, sólo sentía vacío y cansancio. Con una nostalgia que se reprochó por considerarla un sentimentalismo especialmente necio, Walter pensó en el comienzo de la guerra y en cómo Süskind le anunció desde el camión lo del internamiento y la despedida de Rongai.

El recuerdo aumentó a un ritmo hiriente para su autoestima el deseo de volver a hablar por fin con Süskind. Hacía tiempo que no veía al protector de sus primeros días africanos, pero el contacto nunca se había roto. Al contrario que a Walter, al que el ejército rechazó para ir al frente por ser demasiado mayor, a Süskind lo enviaron a Extremo Oriente, donde resultó levemente herido. Ahora se hallaba en Eldoret. No hacía ni cinco días que había recibido su última carta.

«Es probable que pronto perdamos éste estupendo empleo con el rey Jorge — había escrito Süskind—, pero quizá, por gratitud, nos consiga un trabajo en el que volvamos a ser vecinos. Se lo debe un gran rey a unos viejos combatientes». Lo que para Süskind era una broma y Walter había entendido como tal en su momento, aquella solitaria tarde del 8 de mayo se le antojaba una significativa y despiadada alusión a un futuro que, desde su primer día de uniforme, no había querido admitir. Se irguió y sacudió la cabeza, pero se dio cuenta de que caminaba arrastrando los pies.

Faltaban apenas dos horas para la puesta de sol. Walter sentía el peso de su desamparo como un dolor físico. Sabía que sus cavilaciones estaban a punto de transformarse en fantasmas de los que ya no podría escapar y cuyos ataques serían inclementes. Agotado, se sentó en una gran piedra de superficie lisa bajo un viejo espino egipcio de exuberante copa. Su corazón latía a toda velocidad. Se sobresaltó al oírse decir en voz alta: «Walther von der Vogel-Weide». Desconcertado, se paró a pensar quién podría ser, pero el nombre le resultó ajeno. La situación le pareció tan grotesca que se echó a reír a carcajadas. Quería ponerse en pie y, sin embargo, se quedó sentado. Seguía sin saber que había llegado el momento de que sus ojos se abrieran ante lo idílico de un paisaje contra el que durante mucho tiempo se habían defendido con férrea obstinación.

Las suaves colinas azules de Ngong se elevaban entre la oscura hierba hacia una franja de finas nubes que alzaba el vuelo con el viento que acababa de levantarse. Vacas de gran cabeza y una joroba que les confería la apariencia de animales

primitivos se abrían paso a través de una polvareda rojiza hacia el angosto río. Se oían con claridad los estridentes gritos de los pastores. A lo lejos, una celosía de luz blanca y negra permitía ver una gran manada de cebras con numerosas crías.

Cerca de ellas, unas jirafas que apenas movían sus largos cuerpos devoraban las hojas de los árboles hasta dejarlos desnudos. Walter se sorprendió pensando que envidiaba a las jirafas, a las que nunca había visto hasta que llegó a Ngong, porque sólo podían vivir con la cabeza bien alta. Se sintió inseguro al ver de pronto aquel paisaje como un paraíso del que habría de ser expulsado. La certeza de que no había vuelto a tener esa sensación desde que abandonara Sohrau estremeció sus sentidos.

El aire fresco de la noche azotó bruscamente sus brazos y fustigó sus nervios. La oscuridad, que cayó como una losa de un cielo todavía claro, le impidió contemplar de nuevo la cadena de montañas y lo dejó desorientado. Walter quiso imaginarse Sohrau de nuevo, esta vez con mayor precisión, pero no vio ni la plaza mayor ni la casa o los árboles de delante, sino sólo a su padre y a su hermana en una gran superficie vacía. Walter tenía otra vez dieciséis años y Liesel, catorce; el padre parecía un caballero medieval. Volvía de la guerra, mostraba sus condecoraciones y quería saber por qué su hijo le había fallado a su patria.

«*I am a jolly good chap*», dijo Walter, avergonzándose de hablar inglés con su padre.

Regresó lentamente al presente y se vio en una granja, contando las horas desde el orto hasta el ocaso. La rabia le quemaba la piel.

«No he sobrevivido para plantar lino o lamerles el culo a las vacas», añadió. Su voz era sosegada y queda, pero el perro blanco de la mancha negra en el ojo derecho que acudía a diario a los barracones y estaba hurgando en un herrumbroso cubo lleno de apestosa basura lo oyó y movió las orejas. Primero ladró para ahuyentar aquel inesperado sonido, luego aguzó el oído un instante al tiempo que alzaba el hocico. Echó a correr hacia Walter y se restregó contra su rodilla.

«Me has entendido —dijo Walter—, lo veo en tus ojos. Un perro tampoco olvida y siempre encuentra el camino a casa».

El animal, sorprendido por tan musitada muestra de cariño, le lamió la mano. Los finos pelillos en torno al hocico se humedecieron, los ojos se volvieron más grandes. La cabeza hizo un leve movimiento hacia arriba y se deslizó entre las piernas de Walter.

«¿Lo has notado? Dios, acabo de decir casa. Te lo explicaré, amigo mío. Con todo lujo de detalles. Hoy no sólo ha acabado la guerra, sino que también mi patria ha sido liberada. Ahora puedo volver a decir patria. No me mires con esa cara de idiota. Tampoco yo he caído en la cuenta de inmediato. Se acabaron los asesinos, pero Alemania sigue existiendo».

La voz de Walter era sólo un temblor, mas también la expresión de un aliento reparador. Intentó explicarse aquel cambio de humor con detenimiento, pero no era capaz de ordenar sus ideas. La sensación de liberación era demasiado grande. Sintió

que era importante enfrentarse una vez más a aquella verdad que tanto tiempo había reprimido.

«No se lo diré a nadie más que a ti —le reveló al soñoliento perro—, pero voy a volver. No puedo hacer otra cosa. No quiero seguir siendo un extraño entre extraños. A mi edad, un hombre ha de pertenecer a algún sitio. Adivina adonde pertenezco yo».

El perro se había despabilado y aullaba como un joven animalillo que por primera vez se aventura entre la alta hierba sin su madre. El marrón claro de sus ojos iluminaba el crepúsculo.

«Ven conmigo, *son of a bitch*. El polaco está en la cocina haciendo una sopa de hierbas. ¿Sabes?, él también siente nostalgia. Quizá tenga algún hueso para ti. Te lo has ganado».

En la cantina, Walter hizo girar todos los botones de la radio, pero sólo encontró música. Después se bebió media botella de *whisky* con el polaco, que hablaba inglés aún peor que él. El estómago le ardía tanto como la cabeza. El polaco sirvió la humeante sopa en dos platos y rompió a llorar cuando Walter le dijo: «*Dziękuję*». Walter resolvió enseñarle al perro, que no se había apartado de su lado desde primera hora de la noche, la letra y la melodía de *No sé lo que significa*.

Los tres se quedaron dormidos: el polaco y Walter en un banco; el perro, debajo. A las diez de la noche Walter se despertó. La radio seguía encendida. Era la emisora alemana de la BBC. Al resumen de noticias de la capitulación incondicional del Tercer Reich Alemán siguió un informe especial sobre la liberación del campo de concentración de Bergen-Belsen.

XVI

Regina dejó cuidadosamente el sombrero, azul marino en los primeros días de miedo y nostalgia, en el portaequipajes situado sobre los asientos de terciopelo marrón claro, y con un movimiento largamente ensayado alisó el áspero fieltro. Cuando se dejó caer en el sillón, tuvo que apretar firmemente la nariz y la boca contra la ventanilla para no echarse a reír. La costumbre de ocuparse primero de su sombrero y sólo entonces de sí misma le pareció ridícula en vista de los cambios que se avecinaban. Al final del trayecto, aquel sombrero, demasiado estrecho desde hacía años y descolorido por el sol y el aire salado del lago, no sería más que un sombrero como otro cualquiera.

La delgada cinta a rayas blancas y azules con el escudo *Quisque pro omnibus* estaba casi nueva. La inscripción, bordada con grueso hilo de oro, resplandecía de forma llamativa en la pequeña mancha de sol que penetraba en el compartimiento. Para Regina fue como si el escudo se burlara de ella. Trató de hallar cobijo en la alegría que le provocaban las vacaciones, pero pronto cayó en la cuenta de que las ideas la rehuían y se sintió insegura.

Durante años había deseado en vano la cinta del sombrero del colegio de Nakuru para dejar de ser por fin una marginada en una sociedad que juzgaba a las personas por sus uniformes y a los niños por los ingresos de sus padres, y entonces había conseguido la cinta por su decimotercer cumpleaños, casi demasiado tarde. Tan pronto la locomotora entrara en Nairobi, Regina no volvería a necesitar ni el sombrero ni la cinta. El colegio de Nakuru, que había devorado el salario de su padre como los voraces monstruos de las leyendas griegas a sus indefensas víctimas, tan sólo sería su colegio durante unas pocas horas.

Después de las vacaciones, Regina iría al Instituto para chicas de Kenia, en Nairobi, y sabía de sobra que odiaría el nuevo colegio de igual modo que el viejo. Volverían a empezar de nuevo las pequeñas vejaciones que se iban acumulando a lo largo del día hasta convertirse en un gran suplicio: profesoras y alumnas incapaces de pronunciar su nombre que torcían el gesto al hacerlo como si cada una de las pequeñas sílabas les produjera el mayor de los dolores; los infructuosos esfuerzos por jugar bien al *hockey* o, al menos, por recordar las reglas y fingir que era importante para una negada en deportes a qué portería iba a parar la bola; el tormento de estar entre las mejores de la clase o, peor aún, de ser nuevamente la primera de la clase; lo más opresivo, empero, era tener y querer a unos padres con un acento que negaba a cualquier niño la posibilidad de formar parte discreta pero plena de la comunidad escolar.

Era una suerte, cavilaba Regina mientras contemplaba absorta el cuero arañado de su maleta, que Inge, la única amiga que había encontrado y deseado en los cinco años que había pasado en Nakuru, también fuera a ir al colegio de Nairobi. Inge ya no

llevaba el traje bávaro; afirmaba sin rubor alguno que sólo hablaba un idioma, el inglés, y se avergonzaba sobremanera de tener un apellido alemán. No obstante, Inge seguía prefiriendo con mucho el queso fresco casero que su madre le enviaba para la hora del té a las acres galletas de jengibre por las que se pirraban los niños ingleses, y continuaba besando a sus padres cuando hacía tiempo que no los veía, en lugar de darles a entender con un leve gesto que había aprendido a dominar sus sentimientos. Sobre todo, Inge nunca hacía preguntas estúpidas, como por qué Regina no tenía familia aparte de su padre y su madre o por qué nunca cerraba los ojos ni abría la boca mientras rezaban el avemaría en el salón de actos.

Al pensar en Inge, Regina lanzó un suspiro de alivio en dirección a la cortina marrón de la ventanilla. Asustada, miró alrededor para ver si alguien se había percatado. Sin embargo, las otras chicas que iban con ella a Nairobi para pasar las vacaciones estaban entretenidas con su futuro, sus voceillas agitadas y sus relatos impregnados de esa arrogancia que les conferían la casa paterna y la lengua materna. Regina ya no envidiaba a sus compañeras. De todos modos ya no volvería a verlas. Pam y Jennifer se habían matriculado en un colegio privado de Johannesburgo, Helen y Daphne se irían a Londres, y a Janet, que no había aprobado el examen final del colegio de Nakuru, la esperaba una tía rica que criaba caballos en Sussex. Regina se permitió otro suspiro de alivio que esta vez profirió con deleite.

Supo que el tren ya había abandonado las sombras del bajo edificio de la estación por la deslumbrante claridad que inundó el compartimiento. Se alegró de estar sentada junto a la ventanilla y poder contemplar tranquilamente una vez más su antiguo colegio. Se sintió como un buey agotado al que desuncen del yugo demasiado tarde, y sin embargo tuvo la necesidad de despedirse sin prisas. No como en Ol' Joro Orok, cuando abandonó la granja sin sospechar nada y sus ojos no pudieron aprovechar el tiempo por todos los días que vendrían después.

El tren avanzaba lenta, ruidosamente. En la bruma del incipiente calor diurno, los edificios blancos del colegio, que tanto habían amedrentado a Regina cuando tenía siete años que mucho tiempo después su único deseo seguía siendo desaparecer por un gran agujero como *Alicia en el País de las Maravillas*, se veían extremadamente luminosos sobre la colina de arena rojiza. Las casitas de tejados grises de chapa ondulada e incluso el edificio principal, con sus gruesas columnas, se le antojaron más pequeños y, en su familiaridad, más amables que el día anterior.

Aunque era consciente de que sólo alimentaba su mente con fantasía, Regina se imaginó que podía ver la ventana del despacho del señor Brindley y a él mismo agitando una bandera hecha de pañuelos blancos. Desde hacía meses la inquietaba la certeza de que lo echaría de menos, pero no sospechaba que su añoranza tardaría tan poco tiempo en brotar como el lino tras la primera noche de las grandes lluvias. El último día antes de las vacaciones el director la hizo llamar de nuevo. No dijo gran cosa, se quedó mirando a Regina como si buscara una palabra concreta que se le hubiera extraviado. Fueron los labios de Regina los que no pudieron contenerse.

Regina sintió que la invadía de nuevo el calor al pensar cómo había roto el hermoso silencio y balbuceado:

—Le estoy muy agradecida, señor, le estoy muy agradecida por todo.

—No olvides nada —repuso Brindley, y puso cara de ser él y no ella quien tuviera que emprender un safari sin retorno. Luego murmuró—: *Little Nell*.

Y ella se apresuró a responder, pues le resultaba difícil tragar saliva:

—No olvidaré nada, señor. —Y añadió sin quererlo realmente—: No, señor Dickens.

Ambos se echaron a reír y tuvieron que carraspear a la vez. Por fortuna, Brindley, al que seguían sin gustarle los lloricas, no se dio cuenta de que a Regina se le habían anegado los ojos en lágrimas.

La certeza de que a partir de ese momento no habría ni un señor Brindley ni ninguna otra persona que conociera a Nicholas Nickleby, a la pequeña Dorrit o a Bob Cratchitt, y con toda seguridad tampoco a la pequeña Nell, le arañaba la garganta como un hueso de pollo atascado. Era la misma sensación que retumbaba en su cabeza cuando pensaba en Martin. Su nombre le vino a las mientes con demasiada prontitud. Apenas había llegado a sus oídos cuando la neblina de sus ojos se llenó de agujeros de los que salieron disparadas pequeñas y afiladas flechas.

Regina recordó con claridad el día que Martin fue a recogerla al colegio vestido de uniforme y cómo los dos fueron en *el jeep* hasta la granja y se tumbaron bajo el árbol poco antes de llegar. ¿Fue entonces cuando decidió casarse con aquel rubio príncipe encantado o acaso fue más tarde? ¿Seguiría pensando Martin en su promesa de esperarla? Ella había mantenido la suya y nunca lloraba al pensar en Ol' Joro Orok; al menos, no lágrimas.

La idea de que un gran pesar pudiera devorar su tristeza era nueva para Regina, mas no le resultaba desagradable. El tren mecía sus sentidos y la trasladaba a un estado en que aún podía oír palabras sueltas, pero ya no era capaz de formar una frase con ellas. Cuando estaba explicándole a Martin que no se llamaba Regina, sino pequeña Nell, lo cual provocó en él aquella maravillosa risa que al cabo de tanto tiempo seguía haciendo arder sus oídos como el fuego, el primer vagón entró resoplando en Naivasha. El vapor de la locomotora envolvió la casita de color amarillo claro del jefe de estación en un velo blanco y húmedo. Hasta el hibisco de los muros perdió el color.

Escuálidas ancianas *kikuyu* con el vientre hinchado bajo un paño blanco, los ojos vidriosos y pesados racimos de plátanos sobre sus encorvadas espaldas golpeaban las ventanillas. Sus uñas les arrancaban el mismo sonido que el granizo a un depósito de agua vacío. Si aquellas mujeres querían hacer negocio, tenían que vender sus plátanos antes de que el tren se pusiese en marcha. Susurraban tan conjuradoras como si tuvieran que apartar a una serpiente de su presa. Regina trazó un amplio movimiento con su mano derecha para indicar que no tenía dinero, pero las mujeres no la entendieron. Entonces bajó la ventanilla y les gritó en *kikuyu*:

—Soy pobre como un mono.

Las mujeres se echaron a reír golpeándose el pecho con los puños y vociferando como los hombres cuando se sentaban solos por la noche ante las chozas. La más vieja, una mujer menuda maltratada por el clima y la vida con un resplandeciente pañuelo azul en la cabeza y sin un solo diente, aflojó la correa de cuero que ceñía sus hombros, dejó en el suelo el pesado racimo, arrancó un gran plátano verde y se lo tendió.

—Para el mono —le dijo, y las carcajadas de todos los que lo oyeron resonaron como el relincho de los caballos. Las cinco chicas del compartimiento miraban a Regina con curiosidad y se sonreían entre sí, pues se entendían sin palabras y se consideraban demasiado adultas para mostrar su desaprobación de otro modo que no fuera con la mirada.

Cuando la mujer deslizó el plátano por la ventanilla, sus rígidos dedos tocaron por un instante la mano de Regina. La piel de la anciana olía a sol, sudor y sal. Regina trató de retener en su nariz aquel olor tan familiar, tan largamente ansiado, todo el tiempo que le fue posible, pero cuando el tren se detuvo en Nyeri, del intenso recuerdo de los buenos tiempos no quedaba más que esa sal de afilados granos que oprimían los ojos como los minúsculos *dudus* chupasangre bajo las uñas de los pies.

En la estación de Nyeri había mucha gente con pesados fardos envueltos en mantas de colores y grandes cestas de sisal de las que surgían bolsas de papel marrón llenas de harina de maíz, trozos de carne sangrienta y pieles de animales sin curtir. Sólo faltaba una hora para llegar a Nairobi.

Las voces ya no tenían la melodiosa suavidad de las tierras altas. Eran sonoras y, pese a ello, difíciles de entender. Los hombres, que al igual que sus padres y abuelos antes que ellos iban gallina en mano arreando a sus mujeres —los fardos a rastras— como si fueran vacas camino de casa, llevaban zapatos en los pies y camisas tan coloridas como si hubieran recortado el arco iris tras una tormenta. Algunos jóvenes lucían relojes plateados en la muñeca y muchos portaban en la mano un paraguas en lugar de la habitual vara. Sus ojos se asemejaban a los de animales acorralados en una cacería, pero su paso era enérgico y uniforme.

Indias con un punto rojo en la frente y brazaletes que resplandecían como estrellas danzarinas incluso a la sombra ordenaban a negros silenciosos que subieran sus equipajes a los vagones, aun cuando sólo podían viajar en segunda. Soldados de piel clara vestidos de caqui, que pese a los años que llevaban en África seguían creyendo en la puntualidad de los horarios, subían precipitadamente a los vagones de primera. Al desfilar, iban cantando el éxito de la posguerra *Don't fence me in*. El joven revisor indio les sujetaba la puerta sin mirarlos. La locomotora anunciaba la salida con un estridente silbido.

A la luz amarilla del sol de la tarde, que arrojaba sombras alargadas, las altas montañas que rodeaban Nyeri parecían gigantes inmóviles. Manadas de gacelas avanzaban dando saltos hacia las charcas de agua de un reluciente gris perla. Los

babuinos trepaban arriba y abajo por los peñascos terrosos. El trasero de los vocingleros machos cabecillas era de un rojo luminoso. Las crías se aferraban al peludo vientre de sus madres. Regina los observaba con envidia y trataba de imaginarse que también ella era un monito con una gran familia, pero el juego de la infancia había perdido su magia.

Como le sucedía siempre al ver las primeras montañas de Ngong, empezaron a asaltarla las preocupaciones habituales: si su madre dispondría de tiempo para ir a buscarla a la estación o si tendría que ir a trabajar al Horse Shoe y enviaría a Owuor. Para Regina ' era algo muy especial cuando su madre tenía tiempo, pero también le encantaba intercambiar con Owuor, tras tres meses de separación, aquellas miradas, bromas y juegos de palabras que sólo ellos entendían. A pesar de todo, cuando empezaron las últimas vacaciones se sintió un tanto avergonzada al ver que sólo había ido a recibirla el chico. Experimentó satisfacción cuando comprendió que esta vez todo sería diferente y que cuando el tren llegara a Nairobi no tendría que volver a ver nunca más a sus antiguas compañeras.

Regina sabía perfectamente que su madre la atiborraría de albondiguillas de Königsberg^[17] y le diría: «En este país de monos no hay alcaparras». Su plato favorito nunca llegaba a la mesa sin aquella lastimera frase y Regina tampoco olvidaba preguntar: «¿Qué son alcaparras?». Consideraba aquellas costumbres parte de su hogar, y cada vez que regresaba sus sedientos ojos y oídos bebían con deleite la prueba de que nada había cambiado en su vida. Pensar en sus padres, que siempre se esforzaban por hacer de su regreso un día especial, la emocionó aún más que otras veces. Era como si acariciara ya el cariño que esperaba. Recordó que en la última carta antes de las vacaciones su madre le había escrito: «Te vas a quedar de piedra cuando veas la sorpresa que te hemos preparado».

Para prolongar la expectación, Regina se había prohibido pensar en la sorpresa hasta que no viera la primera palmera, pero en la última parte del trayecto el tren iba más deprisa que en todo el viaje y entró en Nairobi con una brusquedad inesperada. Regina no tuvo tiempo de asomarse a la ventanilla como de costumbre. Fue la última en coger su maleta y tuvo que esperar a que bajaran las chicas de su compartimiento para buscar con la mirada quién había ido a recogerla. Por un breve instante que se le antojó eterno permaneció indecisa ante el tren y no vio más que un muro de piel blanca. Oía gritos excitados, pero no la voz que esperaban sus oídos. Sin respetar el intervalo entre tensión y miedo, Regina sintió la sacudida de la vieja duda de que su madre pudiera haber olvidado el día en que comenzaban sus vacaciones o de que Owuor hubiese salido demasiado tarde para llegar a tiempo a la estación.

Presas de un pánico que la avergonzaba, pues le parecía excesivo e indigno, pero que amenazaba con arrancarle el corazón, Regina cayó en la cuenta de que no tenía dinero para tomar el autobús al Hove Court. Decepcionada, se sentó en la maleta y se alisó la falda del uniforme con movimientos presurosos. Desesperanzada, obligó a sus ojos a vagar de nuevo en la distancia. Entonces descubrió a Owuor. Estaba tan

tranquilo en el otro extremo del andén, casi delante de la locomotora: alto, confiado, sonriente y con la negra toga de abogado. Aunque sabía que Owuor iría a su encuentro, corrió hacia él.

Casi lo había alcanzado y ya había colocado entre la lengua y los dientes la broma que él esperaba, cuando se percató de que no estaba solo. Walter y Jettel, que se habían escondido tras un montón de tablones, se incorporaron lentamente y la saludaron con gestos cada vez más excitados. Regina dio un traspié y casi se cae sobre la maleta. La dejó en el suelo, siguió corriendo, extendió los brazos, y mientras corría pensó a quién debía abrazar primero. Decidió estrechar a sus padres con tanta fuerza que los tres se fundieran en uno solo. Tan sólo unos metros la separaban de ese viejo sueño que había dado por perdido hacía tiempo. Entonces se dio cuenta de que de sus pies nacían vigorosas raíces. Se detuvo asombrada: su padre era sargento y su madre estaba embarazada.

La mayor de las felicidades paralizó por un instante las piernas de Regina, pero de tal manera sus sentidos que cada aliento tenía melodía propia. Era como si no pudiera mantener los ojos abiertos por más tiempo sin destruir aquella embriagadora imagen. Mientras corría hacia Owuor, se hizo la oscuridad. Hundió la cabeza en la tela, ahora burda, de la desgastada toga, vio la piel de Owuor a través de sus numerosos agujerillos y olió el recuerdo que la devolvió a la niñez, oyó su corazón y se echó a llorar.

—Nunca olvidaré esto —aseguró cuando sus labios recobraron la movilidad.

—Te lo había prometido —rió Jettel. Llevaba el mismo vestido con el que esperara en Nakuru al niño que no logró vivir. Como entonces, el vestido le apretaba el pecho.

—Pero pensaba que lo habías olvidado —confesó Regina, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo? No me has dejado.

—También yo he contribuido un poco.

—Lo sé, sargento Redlich —se burló Regina. Se caló ceremoniosamente el sombrero, que recogió del suelo, extendió tres dedos de la mano derecha y saludó a la manera de los exploradores.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres semanas.

—Me estás tomando el pelo. Pero si mamá ya está gorda.

—Hace tres semanas que tu padre ascendió a sargento. Tu madre está en el cuarto mes.

—¡Y no me lo habéis dicho en las cartas! Podría haber rezado.

—Era una sorpresa —aclaró Jettel.

—Primero queríamos estar seguros, y ya hemos empezado a rezar —añadió Walter.

Mientras Owuor daba palmas y enviaba sus ojos al vientre de la *memsahib* como si acabara de enterarse de la hermosa *schauri*, los cuatro se quedaron mirándose en

silencio y cada uno supo en qué estaban pensando los demás. Luego, los seis brazos de Walter, Jettel y Regina volvieron a unirse en una muestra de gratitud y amor. Así que no era ningún sueño infantil.

Las palmeras que flanqueaban la puerta de hierro del Hove Court aún estaban repletas de la savia de la última gran lluvia. Owuor se sacó un pañuelo rojo y le vendó los ojos a Regina. Ella tenía que subirse a su espalda y rodear su cuello con los brazos. Él seguía tan fuerte como en los días de Rongai, que hacía ya tanto se tragara el tiempo, aunque su cabello se había vuelto más sedoso. Owuor chasqueó la lengua tentador, dijo en voz baja «*memsahib kidogo*» y la llevó por el jardín como un pesado saco, pasando ante la rosaeda, que desprendía el calor del día cuando, a última hora de la tarde, comenzaba a refrescar.

Tras el pañuelo, que la llenaba de expectación y la cegaba a un tiempo, Regina podía oler el árbol de las aromáticas guayabas; oyó a su hada tocar muy bajito la canción infantil de la estrella que brillaba en la noche como un diamante. Aunque no podía ver nada salvo los destellos en el firmamento de la fantasía, sabía que el hada llevaba un vestido de flores de hibisco rojas y que soplaba una flauta plateada.

—Gracias —le gritó Regina al pasar a su lado, pero lo dijo en jalu, y sólo Owuor rió.

Cuando éste, con el gemido de un asno que lleva días sin hallar agua, la bajó por fin y le quitó el pañuelo de la frente, Regina se encontró ante un pequeño horno en una cocina extraña que olía a pintura fresca y madera húmeda. Sólo reconoció la cacerola de esmalte azul en que las albondiguillas de Königsberg —más redondas y grandes que nunca— flotaban en una espesa salsa tan blanca como las dulces gachas de los cuentos infantiles alemanes. *Rummler* salió gimoteando de la habitación contigua y se abalanzó, jadeante, sobre ella.

—Ahora éste es nuestro apartamento. Dos habitaciones con cocina y lavabo propio —anunciaron Walter y Jettel haciendo de sus voces una sola.

Regina cruzó los dedos para mostrarle a la fortuna que sabía ser agradecida.

—¿Cómo ha sido? —preguntó, dando un paso vacilante en la dirección por la que acababa de aparecer *Rummler*.

—Los apartamentos que se quedan libres han de ofrecerse primero a los soldados —aclaró Walter. Pronunció la frase, que había aparecido en el periódico y que se había aprendido de memoria, tan aprisa en su duro inglés que la lengua se le enredó, mas Regina se dio cuenta a tiempo de que no debía reírse.

—¡Hurra! —exclamó después de que el nudo de su garganta volviera a las rodillas—. Ahora ya no somos refugiados.

—Sí —corrigió Walter, riendo a pesar de todo—. Seguimos siendo refugiados. Pero no tan *bloody* como antes.

—Pero nuestro niño no será un refugiado, papá.

—Algún día ninguno de nosotros será un refugiado. Te lo prometo.

—Ahora no —intervino Jettel enojada—. Hoy de verdad que no.

—¿No tienes que ir al Horse Shoe?

—Ya no trabajo. El médico me lo ha prohibido.

La frase penetró en la cabeza de Regina y removió los recuerdos que había enterrado hasta formar un espeso lodo de miedo y desamparo. Pequeños puntitos bailoteaban ante sus ojos, ahora ardientes, cuando preguntó:

—¿Es un buen médico esta vez? ¿Atiende también a los judíos?

—Pues claro —la tranquilizó Jettel.

—Es judío —explicó Walter, recalcando cada palabra.

—Y un hombre muy atractivo —apuntó Diana entusiasmada. Estaba en la puerta con un vestido amarillo claro que hacía palidecer su piel de tal modo que se diría que la luna brillaba ya en el cielo. En un primer momento, Regina sólo vio el resplandor de las flores de hibisco en sus rubios cabellos y, durante un instante de delirio, lo que tardó en abrir y cerrar los ojos, pensó realmente que su hada había bajado del árbol. Luego cayó en la cuenta de que el beso de Diana sabía a *whisky* y no a guayabas—. Últimamente estoy hecha un lío —sonrió ésta al ir a acariciar el cabello de Regina sin soltar primero a su perro, al que llevaba en brazos—. Vamos a tener un niño. ¿Has oído? Vamos a tener un niño. Ya no puedo dormir por las noches.

Owuor sirvió la cena con el largo *kanzu* blanco y el fajín rojo del bordado dorado. No dijo ni palabra, tal como aprendiera con su primer *bwana* en Kisumu, mas sus ojos ya no quisieron regresar a la ardua quietud de una granja inglesa. Sus pupilas estaban tan grandes como la noche en que ahuyentó a las langostas.

—No hay alcaparras en este país de monos —se quejó Jettel, pinchando la albondiguilla con el tenedor.

—¿Qué son alcaparras? —preguntó Regina, masticando complacida y saboreando la agradable magia del anhelo satisfecho, si bien por primera vez no se dio tiempo suficiente para hacer llegar la respuesta a su corazón—. ¿Cómo se llamará nuestro niño? —quiso saber.

—Hemos escrito a la Cruz Roja.

—No lo entiendo.

—Estamos intentando averiguar algo de tus abuelos, Regina —aclaró Walter, metiendo la cabeza debajo la mesa, aunque *Rummler* estaba detrás de él y tampoco tenía nada en la mano para darle—. Mientras no sepamos qué ha sido de ellos, no podremos llamarlo Max o Ina en memoria suya. Ya sabes que entre nosotros los niños no pueden llevar el nombre de parientes vivos.

Durante un breve instante, Regina se permitió desear no haber entendido aquellas palabras cargadas con flechas envenenadas, igual que Diana, que le susurraba ternezas a su perro al oído y le metía en la boca bolitas de arroz. Pero vio que la seriedad de su padre se transformaba en una expresión de sombría angustia. Los ojos de su madre estaban húmedos. El miedo y la ira se disputaban la victoria en la mente de Regina, y envidió a Inge porque en casa podía decir: «Odio a los alemanes».

Con la lentitud de un mulo viejo, hizo acopio de fuerzas para concentrarse

únicamente en por qué las albondiguillas de Königsberg se convertían en su garganta en una pequeña montaña de sal y acritud. Finalmente logró al menos mirar a su padre como si fuera ella y no él la criatura necesitada de ayuda.

XVII

Después de la guerra, incluso en los círculos conservadores de la colonia, la tolerancia y la apertura al mundo se consideraban concesiones inevitables a los nuevos tiempos por los que tantos sacrificios había tenido que hacer el Imperio. Con todo, los tradicionalistas estaban unánimemente de acuerdo en que, a ese respecto, sólo el buen sentido británico de la proporción era capaz de protegerlos de exageraciones precipitadas y, por desgracia, también de muy mal gusto. Así pues, en sus conversaciones con los preocupados padres, Janet Scott, la directora del Instituto para chicas de Kenia, mencionaba de pasada que el internado de su colegio, a diferencia del instituto asociado para alumnos externos, de mucho menor prestigio social, sólo admitía un exiguo número de hijos de refugiados. El elevado nivel del internado, baluarte de los viejos ideales, se propaló a gran velocidad por sí solo precisamente en una época de auge social que tendía a apostar más por los sentimientos que por la razón.

Sólo en el círculo íntimo de quienes compartían su parecer recordaba la señora Scott, con un leve arrebol que delataba su orgullo, haber solucionado tan difícil problema con elegancia. Las alumnas que vivían a menos de cincuenta kilómetros del colegio sólo podían acudir al renombrado internado a petición y en circunstancias especiales. Las demás chicas únicamente podían ser admitidas como alumnas externas y no eran consideradas miembros de pleno derecho de la comunidad escolar ni por el profesorado ni por sus compañeras.

Sólo se hacían excepciones, saltándose la norma a la hora de admitir a chicas en el internado, cuando sus madres eran exalumnas del centro o sus padres resultaban ser patrocinadores generosos. Eso ofrecía garantía suficiente de que las cosas se mantendrían en el equilibrio que tanto apreciaban los arrogantes tradicionalistas. La solución de adaptarse a la nueva situación sin perder de vista la esencia del elemento conservador era considerada por sus partidarios tan diplomática como práctica.

«Es curioso —solía reflexionar la señora Scott a un volumen admirado por su osadía— que precisamente los refugiados sean tan proclives a amontonarse en la ciudad y, por ende, en su mayor parte no tengan la posibilidad de entrar en el internado. Dada su enorme susceptibilidad, es probable que esos pobres diablos se consideren en cierto modo discriminados, pero ¿qué podemos hacer nosotros para ayudarlos?». Sólo cuando la directora se encontraba realmente segura entre los suyos y a salvo de los molestos malentendidos de las nuevas modas, maravillaba a cuantos la escuchaban con su opinión, expresada de forma objetiva y reparadora, sin sarcasmos gratuitos, de que por fortuna algunas personas eran más hábiles que otras en el trato con las denominadas discriminaciones.

En los dos meses que llevaba de alumna externa, sin ese prestigio social que en la vida escolar de la colonia tenía aún más peso que en cualquier otro sitio, Regina sólo

había visto a Janet Scott una vez y de lejos. Fue en la ceremonia celebrada en el salón de actos con motivo de la capitulación de Japón. De comportarse con la discreción que con mayor motivo era de esperar en las alumnas externas, apenas sí existía la necesidad de conocer más de cerca a la directora.

Con todo, la obligada distancia no atenuaba en modo alguno el aprecio que Regina sentía por la señora Scott. Más bien al contrario. Le estaba inmensamente agradecida a la directora del colegio —que no exigía de ella más que la limitada autoestima a la que de todos modos estaba acostumbrada— por un reglamento que la preservaba de una condena aún mayor, la de la odiosa vida en el internado.

También Owuor le debía a la desconocida señora Scott su permanente euforia. Disfrutaba cada día de la posibilidad de ir al mercado con dos *kikapus* en lugar de con una diminuta bolsa y no tener que bajar los ojos ante los chicos de las *memsahib* ricas, de volver a cocinar en grandes cacerolas y, sobre todo, de mantener los oídos bien abiertos a las vivencias de tres personas, como en los mejores tiempos de la granja. Por la noche, antes de llevar la comida de la minúscula cocina a la sala de la mesa redonda y la hamaca en que dormía la pequeña *memsahib*, decía con la intensa satisfacción de un cazador con suerte: «Ya no somos gente cansada de safari».

Tan pronto Regina saboreaba el primer bocado de comida, llenaba la cabeza de Owuor y su propio corazón de un regocijo siempre embriagador repitiendo la hermosa frase con la cadencia precisa de una voz satisfecha. De noche, en el estrecho columpio de su cama, seis días a la semana convertía aquella magia en un verboso agradecimiento al generoso dios Mungo, que tras tantos años de anhelo y desesperación por fin había escuchado sus plegarias. Las dos horas de autobús antes y después de clase le parecían un precio ínfimo por la certeza de que nunca más tendría que separarse de sus padres durante tres largos meses.

Antes de que saliera el sol, antes aun de que se encendieran las primeras lámparas en las bajas casitas del servicio, se montaba con su padre en el abarrotado autobús que iba a la avenida Delamare, y allí en otro aún más repleto que salía de la ciudad y sólo utilizaban los nativos. Tras numerosas instancias al capitán McDowell, que tenía cuatro hijos en Brighton, abundantes y nostálgicos recuerdos de una vida en familia y una permanente escasez de espacio para sus hombres en los barracones de Ngong, Walter obtuvo permiso para pernoctar en casa en el sexto mes de embarazo de Jettel.

Todos los días acudía a su puesto en el servicio de correos e información de su unidad y no regresaba al Hove Court hasta el anochecer, tan sólo los viernes llegaba a tiempo, la mayor parte de las veces, de acompañar a Regina a la sinagoga. En un principio, cuando su padre retomó la tradición de su infancia con la misma naturalidad que si nunca hubiera renegado de ella para siempre en la desesperación del destierro, Regina pensó que lo único que le importaba era rogar por el bienestar del niño en el lugar adecuado.

«Se trata de ti —le dijo sin embargo su padre—, debes saber cuál es tu sitio. Ya va siendo hora». Regina no se atrevió a pedir la explicación que ansiaba, pero, sea

como fuere, los viernes suprimió sus conversaciones nocturnas con Mungo.

Un viernes de diciembre, aun antes de llegar a los limoneros que había tras las palmeras, Regina oyó a su padre hablando exaltado. Ni siquiera tuvo tiempo de oler el caldo de gallina y el pescado dulce de aquellos apartamentos cuyos inquilinos todavía no hablaban exclusivamente inglés entre ellos y habían pasado a sacrificar el sabat a sus agotadores esfuerzos de adaptación. A decir verdad, no era habitual que su padre estuviera de vuelta tan temprano, si bien tampoco contradecía por principio todas sus experiencias anteriores. De modo que, en principio, no tenía motivo para estar intranquila.

Pese a ello, echó a correr por el jardín más deprisa que de costumbre y decidió tomar el atajo que conducía al apartamento por entre los hormigueros. El miedo fue más veloz que sus piernas, descendió a toda prisa de la cabeza al estómago y permitió que sus ojos contemplaran las imágenes que no querían ver. Cuando Regina salió del angosto agujero del frondoso seto de las espinas, la puerta de la cocina estaba abierta. Encontró a sus padres en un estado que no conocía por experiencia, pero del que lo sabía todo. Aunque la tarde aún conservaba el calor abrasador del día y a su madre le costaba moverse en el húmedo aire más de lo habitual, a Regina le pareció que sus padres habían estado bailando.

Durante un instante lleno de deseo, Regina creyó que el gran milagro de Ol' Joro Orok se había repetido y que Martin había llegado de visita tan inesperadamente como en los días en que aún era un príncipe. Su corazón acezaba en su interior y su fantasía galopaba hacia un futuro tejido con un manto de estrellas doradas con piedras de un resplandeciente rojo rubí en las puntas. Entonces vio en la mesa redonda un sobre amarillo con muchos sellos. Regina trató de leer el texto que había entre las líneas onduladas del matasellos, pero, aunque todas las palabras estaban en inglés, ninguna de ellas tenía sentido. Al mismo tiempo se dio cuenta de que la voz de su padre era tan aguda como la llamada de un pájaro que siente ' las primeras gotas de lluvia en las alas.

—¡Ha llegado la primera carta de Alemania! —gritó Walter. Tenía el rostro enrojecido, pero sin miedo; los ojos, lípidos, iluminados por minúsculos destellos.

Expedida como correo militar de las fuerzas de ocupación de la zona británica, la carta iba dirigida a «Walter Redlich, *farmer in the surrounding of Nairobi*» y la enviaba Greschek. Owuor, que había ido a recogerla a la oficina del Hove Court y había desencadenado sin sospecharlo la alegría que aún horas más tarde llameaba como un incendio en el matorral, pronunciaba ya tan bien aquel apellido que la lengua apenas se le quedaba pegada entre los dientes.

—Greschek. —Rió, dejó el sobre en la hamaca y observó atentamente cómo la fina envoltura se balanceaba como si fuera uno de aquellos barquitos que viera una vez en Kisumu siendo joven—. Greschek —repitió, haciendo que también su voz se tambaleara.

—¡Josef lo ha conseguido! —exclamó Walter lleno de entusiasmo, y sólo

entonces se percató Regina de que las lágrimas le resbalaban por la barbilla—. ¡Se ha salvado! No me ha olvidado. ¿Sabes quién es Greschek?

—Greschek contra Krause —recordó Regina con alegría. De pequeña creía que aquella frase encerraba la mayor magia del mundo. No tenía más que decirla y su padre se echaba a reír. Era un juego maravilloso, pero un buen día comprendió que, cuando se reía, su padre parecía un perro apaleado. Después de eso enterró en el fondo de su cabeza aquellas tres palabras cuyo significado jamás llegó a entender—. He olvidado lo que quiere decir —continuó, cohibida—. Pero siempre decías eso en Rongai. Greschek contra Krause.

—Tal vez tus profesores no sean tan tontos. A decir verdad pareces una niña muy lista.

El halago acarició suavemente el oído de Regina, tranquilizándola. Se paró a pensar satisfecha cómo podía hacer que el aplauso recién cosechado desembocara en una gran ovación sin parecer vanidosa.

—Fue contigo hasta Roma cuando tuviste que marcharte de tu patria —se le ocurrió por fin.

—Hasta Génova, Roma no tiene puerto. ¿Es que no os enseñan nada en el colegio?

Walter le tendió la carta a Regina. Ésta vio que a su padre le temblaba la mano y comprendió que esperaba de ella la misma agitación que sacudía su cuerpo. Sin embargo, al contemplar la delgada caligrafía con sus arcos y sus picos, que le pareció la escritura de los mayas que había visto hacía poco en un libro, no consiguió reprimir la risa a tiempo.

—¿Tú también escribías así cuando eras alemán? —preguntó sin dejar de reír.

—Soy alemán.

—¿Cómo va a leer la *Sütterlin*^[18]? —le increpó Jettel, acariciando la frente de Regina y llevándose en su mano la turbación. Tenía la mano caliente, el rostro le ardía y la bola de su vientre se movía de un lado a otro—. También el niño está excitado, Regina. —Rió. —No ha parado de patalear como un loco desde que llegó la carta. Dios mío, quién habría pensado que pudiera ponerme tan nerviosa una carta de Greschek. No te puedes hacer una idea de lo curioso que era. Pero también era una de las pocas personas decentes de Leobschütz. No soporto que se hable mal de él. Nos envió a su Grete para que nos ayudara a hacer las maletas cuando yo ya no sabía dónde tenía la cabeza. Nunca lo he olvidado.

Sumergidos en un pasado que volvía a ser presente gracias a una única carta, Walter y Jettel se recluyeron en un mundo donde sólo había sitio para ellos dos. Estaban sentados muy juntos en el sofá, cogidos de la mano, pronunciando nombres, suspirando y empapándose de nostalgia. Juntos sólo tenían diez dedos cuando empezaron a discutir si Greschek tenía la tienda en la calle de Jägerndorf y la casa en la calle Troppau o viceversa. Walter no era capaz de convencer a Jettel y ella tampoco a él, pero sus voces seguían siendo dulces y alegres.

Finalmente convinieron en que, sea como fuere, el doctor Müller tenía la consulta en la calle Troppau. Durante unos instantes de peligro, y precisamente por causa del doctor Müller, las amables llamas del buen humor amenazaron con convertirse en el fuego habitual de las ofensas no olvidadas. Jettel sostenía que él había tenido la culpa de su neumonía tras el nacimiento de Regina, y Walter replicó enojado:

—No le diste la menor oportunidad y llamaste de inmediato al médico de Ratibor. Aún hoy me resulta embarazoso. Al fin y al cabo, Müller era miembro de mi asociación estudiantil.

Regina apenas se atrevía a respirar. Sabía que el doctor Müller podía desencadenar una guerra entre sus padres con la misma rapidez que una vaca robada entre los *masai*. No obstante, se percató aliviada de que esta vez las flechas con que se libraba la batalla no estaban envenenadas. No la encontraba tan desagradable como había esperado, e incluso se puso interesante cuando Walter y Jettel empezaron a discutir si el día era lo suficientemente señalado como para descorchar la última botella de vino de Sohrau, para la que seguían aguardando una ocasión especial. Jettel estaba a favor y Walter en contra, pero luego ambos cambiaron de opinión. Antes de que el enfado se colara en la habitación, dijeron los dos a la vez: «Será mejor que esperemos un poco, quizá todavía llegue un día mejor».

Mandaron a Owuor a la cocina a preparar café. Lo sirvió en la esbelta jarra blanca con rosas en la tapa y, mientras lo hacía, no paró de guiñar el ojo izquierdo, algo que en él siempre significaba que también estaba al tanto de aquellas cosas de las que no podía hablar. Cuando comprobó que, nada más ver la carta, el *bwana* y la *memsahib* se ponían locos de contentos, sacó la levadura para los panecillos que sólo sus manos sabían hacer tan redondos como los hijos de una luna mofletuda.

La *memsahib* no olvidó mostrarse asombrada al verlo aparecer con el plato lleno de diminutos panecillos calientes, y el *bwana*, en lugar de decir «*senté sana*» pestañeando tres veces rápidamente, le comunicó:

—Ven, Owuor, ahora vamos a leerle la carta a la *memsahib kidogo*.

Henchido del orgullo que calentaba su vientre sin necesidad de comer, y aún más su cabeza, Owuor se sentó en la hamaca. Se abrazó a su rodilla, dijo «Greschek» con voz cantarína y, en el último rayo de sol, alimentó sus oídos con la risa del *bwana* cuyo rostro era tan suave como el pelaje de una joven gacela.

—«Querido doctor —leyó Walter—, no sé si aún sigue con vida. En Leobschütz se contaba que se lo había comido a usted un león. Nunca he acabado de crérmelo. Dios no salvaría a un hombre como usted para que luego se lo comiera un león. He sobrevivido a la guerra. Grete también. Pero tuvimos que marcharnos de Leobschütz. Los polacos sólo nos dieron un día. Fueron aún peores que los rusos. Ahora vivimos en Marke. Es un pueblo muy feo del Harz. Más pequeño aún que Hennerwitz. Aquí nos llaman chusma polaca y gentuza del Este y piensan que sólo nosotros hemos perdido la guerra. No tenemos mucho que comer, pero sí más que otros, ya que también trabajamos más. Lo hemos perdido todo y queremos volver a abrirnos

camino. Eso es algo que aquí les molesta bastante. Pero ya conoce a su Greschek. Grete recoge chatarra y yo la vendo. ¿Recuerda lo que siempre me decía?: Greschek, lo que hace usted con Grete no está bien. Pues me casé con ella cuando huimos, y ahora me alegro mucho de haberlo hecho.

»Hasta que estalló la maldita guerra, me acercaba a menudo a Sohrau y, por la noche, les llevaba alimentos a su señor padre y a su hermana. Las cosas les iban bastante mal. Grete rogaba por ellos todos los domingos en la iglesia. Yo no era capaz. Si Dios ha visto todo esto y no ha hecho nada, entonces tampoco habrá escuchado ninguna plegaria. Al señor Bacharach las SA lo molieron a palos en plena calle y luego se lo llevaron poco después de que usted se marchara de Breslau. No hemos vuelto a saber nada de él.

»Espero que esta carta llegue a África. Le he conseguido un casco de acero a un soldado inglés. Todos están locos por hacerse con esos chismes. El hombre hablaba algo de alemán y me prometió enviarle esta carta. Quién sabe si mantendrá su palabra. Nosotros aún no podemos enviar correo.

»¿Va a volver a Alemania? Aquella vez, en Génova, me dijo: Greschek, volveré cuando esos cerdos se hayan ido. ¿Qué podría hacer ahora entre los negros? Siendo como es abogado. Ahora los que no eran nazis consiguen buenos empleos y obtienen una vivienda más rápidamente que los demás. Si viene, Grete ayudará de nuevo a su señora con el traslado. Aquí en el oeste no trabajan tan bien como nosotros. Son todos unos vagos. Y además tontos. Si tiene tiempo, escíbame, por favor. Y salude de mi parte a su señora y a la niña. ¿Aún le tiene miedo a los perros? Atentamente, su viejo amigo Josef Greschek».

Cuando Walter hubo terminado de leer, sólo los cadenciosos ronquidos de *Rummler* arañaban un silencio espeso como la niebla de los bosques lluviosos. Owuor seguía sosteniendo el sobre en la mano y estaba a punto de preguntarle al *bwana* por qué un hombre enviaba sus palabras a un safari tan largo, en lugar de decirle al amigo las cosas que sus oídos llevaban tanto tiempo esperando. Pero vio que el *bwana* sólo estaba en la habitación en cuerpo, mas no en alma. El suspiro de Owuor al ponerse lentamente en pie para preparar la cena despertó al perro.

Más tarde, Walter dijo:

—Se acabó la mala racha. Tal vez pronto sepamos algo más de casa. —Pero su voz sonaba fatigada cuando añadió—: No volveremos a ver nuestro Leobschütz.

Se fueron todos a la cama antes de que en el jardín cesaran las voces de las mujeres, como si ésa fuera la costumbre los viernes y no otra. Durante un rato, Regina oyó a sus padres hablando al otro lado de la pared, pero entendía demasiado poco para seguirlos por un mundo de nombres y calles ajenos. La imagen de la extraña letra de Greschek la sacó del primer sueño, y luego fue como si los retazos de conversación de la habitación contigua tuvieran también arcos y picos y volaran raudos a su encuentro. La irritaba no poder defenderse y, aunque era viernes y a su conciencia le pesaba como una losa, habló largo rato con Mungo.

Al día siguiente, lo primero que mencionaron las noticias fue el extraordinario bochorno de Nairobi. El calor se revolvía como un león herido. Abrasaba la hierba, las flores y hasta los cactus, debilitaba los árboles, acallaba los pájaros, enloquecía a los perros y abatía a las personas. Ni siquiera en los espaciosos apartamentos de costosos cortinajes lo soportaban, se apiñaban todos en las exiguas sombras de los grandes árboles y rescataban de sus álbumes de fotos y sus recuerdos —con pudor, mas con una nostalgia tan desconcertante como ávida— imágenes enterradas hacía tiempo de invernales paisajes alemanes.

El último día del año 1945 hacía tanto calor que muchos hoteles indicaban primero el número de ventiladores del comedor y sólo entonces los platos que componían el menú del banquete. En Ngong ardían en el monte bajo los mayores incendios desde hacía años. En el Hove Court había restricciones de agua y ya no regaban las flores; incluso Owuor, que había crecido en el calor de Kisumu, tenía que secarse a menudo el sudor de la frente mientras cocinaba. No había duda de que la pequeña estación de las lluvias ya no llegaría y de que, antes de julio, no cabía esperar alivio alguno.

Jettel estaba demasiado agotada para quejarse. A partir del octavo mes de embarazo, se condenó a sí misma a una retirada absoluta de la vida y se volvió sorda a todo consuelo y a todos los buenos consejos. No había quien le quitara de la *cabeza*, que el aire de fuera era más llevadero que el de los espacios cerrados y ya a las ocho de la mañana corría a refugiarse bajo el guayabo de Regina. Aunque el doctor Gregory le decía que había engordado demasiado y que necesitaba hacer ejercicio, se pasaba horas sentada en la silla que Owuor le sacaba al jardín y cubría con pañuelos blancos con tanto esmero como si quisiera erigir un trono.

Las mujeres del Hove Court admiraban de tal modo la ocurrencia de Owuor que acudían al árbol a visitar a Jettel con tanta asiduidad como si realmente fuera una reina que sólo concediese audiencia a sus súbditos a determinadas horas. Sin embargo, eran pocas las que poseían la paciencia necesaria para escuchar sentimentalismos sobre el saludable invierno de Breslau, y muchas en cambio las que tenían la costumbre, insoportable para la sensibilidad de Jettel, de refugiarse lo antes posible en su propio pasado. Encontraba el lastre de la vida ajena aún más difícil de soportar que el permanente temor de que el calor pudiera dañar al niño y una vez más viniera al mundo muerto.

—Ya no soy capaz de concentrarme cuando alguien me cuenta algo —se lamentaba ante Elsa Conrad.

—Tonterías, eres demasiado vaga para escuchar. Despierta de una vez. También las demás tienen niños.

—Ya no puedo ni discutir como Dios manda —se quejó Jettel por la noche.

—No te preocupes —la consoló Walter—, ya podrás. Eso no lo has olvidado en ningún momento de tu vida.

Sólo cuando Regina volvía del colegio y se sentaba con ella bajo el árbol, emergía

Jettel del estado entre soñolienta desesperación y profundo sueño. Únicamente el mundo de las hadas y los deseos cumplidos de Regina, al que no quería renunciar aunque su padre se burlara de ella tan pronto oía una palabra al respecto, y también su entusiasmo cuando describía la vida con el nuevo niño liberaban a Jettel de las molestias de su pesado cuerpo y forjaban de nuevo un fuerte vínculo con su hija, como ya hicieran durante el infortunado embarazo de Nakuru.

El último domingo de febrero devolvió a Jettel a la realidad con una violencia que nunca olvidaría. Por la mañana, el día no se diferenció en nada de los anteriores. Después de desayunar, Jettel se instaló bajo el árbol, suspirando, y Walter se quedó en el apartamento para escuchar la radio. A mediodía, Owuor, que por lo general nunca se alejaba de la *memsahib*, no respondió a ninguna de sus llamadas. Enfadada, Jettel mandó a Regina a la cocina por un vaso de agua, pero ésta no regresó. La sed dio paso de pronto a un ardor tan vehemente que Jettel resolvió levantarse. Se percató de que la desgana entumecía sus miembros y luchó en vano contra la pereza, que le parecía tan indigna como ridícula.

Lentamente, logró poner un pie delante del otro y esperó a cada paso que aparecieran Owuor o Regina para ahorrarle el resto del camino. Pero no vio a ninguno, de modo que supuso, exhausta a causa de una ira que la importunaba aún más que el breve trayecto sin sombra a lo largo del agostado seto espinoso, que los sorprendería a ambos en una de las numerosas conversaciones sobre la granja que a ella siempre le parecían una traición a su desvalido estado.

Al abrir la puerta de un empujón, vio a Owuor. Estaba de pie en la cocina, cabizbajo, y no pareció advertir la presencia de Jettel. Repitió varias veces «*bwana*» con una voz tan queda como si llevara rato hablando consigo mismo. En el dormitorio las cortinas estaban echadas. En el aire denso y la mortecina luz, los escasos muebles de la habitación parecían tocones en un paisaje desierto. Walter y Regina, ambos sorprendentemente pálidos y con los ojos rojos, estaban sentados en el sofá y permanecían abrazados como dos niños confusos.

Jettel se asustó tanto que no se atrevió a preguntar nada. Se quedó mirándolos fijamente. Sintió frío y al mismo tiempo fue consciente de que el fresco que tanto había anhelado le hería la piel como un montón de alfileres.

—Papá lo ha sabido todo este tiempo —sollozó Regina, aunque su sonoro llanto se tornó al punto un suave lamento.

—Cállate. Has prometido no decir nada. No debemos poner nerviosa a mamá. Eso puede esperar hasta que llegue el niño.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Jettel. Su voz sonó firme y, aunque la invadió una vergüenza que no alcanzaba a explicarse, se sintió más fuerte que en todas las semanas anteriores. Incluso se agachó junto al perro sin notar dolores en la espalda. Se llevó la mano al corazón, mas no percibió sus latidos. Estaba a punto de repetir la pregunta cuando vio que Walter trataba de ocultar, apresurada y torpemente, un papel en el bolsillo del pantalón.

—¿La carta de Greschek? —preguntó sin esperanza.

—Sí —mintió Walter.

—¡No! —exclamó Regina—. ¡No!

Fue Owuor el que obligó a su lengua a decir la verdad. Se apoyó en la pared y anunció:

—El padre del *bwana* ha muerto. Y su hermana también.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significa todo esto?

—Owuor ya lo ha dicho. Sólo se lo he contado a él.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—La carta llegó unos días después de la de Greschek. Me la entregaron en mano en el campamento. Me alegré de que tuviera que pasar la censura militar por venir de Rusia, así no era preciso que os hablara de ella. No he llorado. No hasta hoy. Y precisamente tiene que pillarme Regina. Se la he leído. No quería, pero no me dejaba en paz. Dios mío, me avergüenzo tanto por la niña.

—Dámela —dijo Jettel en voz baja—. Tengo que saberlo.

Se acercó a la ventana, desdobló el amarillento papel, vio la letra de imprenta e intentó leer primero únicamente el nombre y la dirección del remitente.

—¿Dónde queda Tarnopol? —preguntó, aunque no aguardó a oír la respuesta. Era como si aún pudiera eludir el horror que se avecinaba con sólo negarse el tiempo para comprender lo ocurrido.

Jettel leyó en voz alto las palabras «Estimado doctor Redlich», pero luego su voz se refugió en el aislamiento del silencio y comprendió, con una impotencia estremecedora que ya no podía esperar clemencia de sus ojos.

«Antes de la guerra yo era profesor de alemán en Tarnopol —leyó—, y hoy tengo el triste deber de comunicarle la muerte de su padre y de su hermana. Conocí bien al señor Max Redlich. Él confiaba en mí, ya que conmigo podía hablar alemán. Traté de ayudarlo en todo cuanto estuvo en mi mano. Una semana antes de su muerte me dio su dirección. Entonces supe que quería que le escribiera en caso de que le pasara algo.

»Tras muchos peligros y terribles privaciones, su padre y su hermana lograron llegar a Tarnopol. Al comienzo de la ocupación alemana aún había esperanza para él y para la señorita Liesel. Permanecían ocultos en el sótano de la escuela y querían pasar a la Unión Soviética cuando se presentara la ocasión. Luego, el 17 de noviembre de 1942, dos soldados de las SS golpearon a su padre en plena calle hasta matarlo. Murió en el acto, dejó de sufrir.

»Un mes más tarde sacaron a la señorita Liesel de la escuela y se la llevaron a Belsec. No pudimos hacer nada por ella y tampoco hemos vuelto a tener noticias suyas. Fue el tercer transporte a Belsec. De allí no volvió nadie. No sé si sabe que la señorita Liesel se casó con un checo en la huida. El señor Erwin Schweiger era camionero y el ejército ruso lo obligó a alistarse. De modo que tuvo que abandonar a su padre y a la señorita Liesel.

»Su padre estaba muy orgulloso de usted y no cesaba de mencionarlo. Siempre llevaba en el bolsillo la última carta que usted le escribió. Cuántas veces la hemos leído y nos hemos imaginado lo a gusto y seguros que estarían usted y su familia en la granja. El señor Redlich era un hombre valiente y hasta el último momento mantuvo la fe en que volverían a verse. Que Dios se apiade de su alma. Me avergüenzo de toda la humanidad por tener que escribir esta carta, pero sé que en su religión el hijo reza una oración por el padre el día de su muerte. La mayoría de sus hermanos no podrá hacerlo. Si supiera que tal vez sea un consuelo para usted poder hacerlo, mi deber resultaría menos oneroso.

»Su padre siempre me decía que tenía usted buen corazón. Que Dios se lo conserve. No me escriba a Tarnopol. Aquí las cartas del extranjero traen problemas. Ruego por usted y por su familia».

Mientras aguardaba la llegada de las lágrimas que habían de redimirla, Jettel dobló la carta cuidadosamente, mas sus ojos seguían secos. La desconcertó no poder gritar, ni siquiera hablar; tuvo la sensación de ser un animal capaz de sentir únicamente el dolor físico. Se sentó, aturdida, entre Walter y Regina y se alisó la bata, empapada en sudor. Hizo un ligero movimiento, como si quisiera acariciarlos a ambos, pero no fue capaz de alzar la mano lo suficiente, de modo que se la pasó una y otra vez por el vientre.

Jettel se preguntaba si no sería pecado dar a luz a un niño que al cabo de unos años preguntaría por sus abuelos. Al mirar a Walter, supo que éste percibía su protesta, pues negaba con la cabeza. Con todo, la desamparada obstinación de Walter fue para ella un consuelo, y dijo, sin dejar que la desesperación debilitara su voz:

—Será niño, y ya sabemos cómo se llamará.

XVIII

En la larga noche del 6 de marzo de 1946 fueron muchos los agotados inquilinos del Hove Court que no hallaron el descanso que en épocas de extraordinario calor defendían aún con más pasión que sus bienes personales. En la mayoría de las habitaciones y los apartamentos, las lámparas ardieron hasta el amanecer; los niños gritaban llamando a sus ajas y pidiendo sus biberones ya antes de medianoche; los chicos perdieron el sentido de la razón, el deber y el orden y pusieron a calentar el agua para el té de la mañana antes de escuchar el canto de los primeros pájaros; los perros le ladraban a la luna, a las sombras, a los árboles resecos y a la irritada gente; se enzarzaban con enconada animosidad en peleas que invariablemente desembocaban en una lucha sin cuartel entre sus dueños; las radios proclamaban los grandes éxitos del momento con tanta sonoridad como al término de la guerra en Europa; hasta la señorita Jones, casi sorda, apareció en camisón ante la oficina cerrada para notificar que había oído mucho barullo.

Owuor, que estaba solo con la *memsahib kidogo*, no fue a su cuarto ni para cenar ni para ver a la joven mujer a la que había hecho venir de Kisumu hacía una semana. Tres horas después de que se pusiera el sol, sacudió todas las mantas y los colchones, luego barrió los suelos de madera y cepilló al perro, y por último se arregló las uñas con la lima de la *memsahib*, cosa que ésta jamás le habría permitido de haber estado en casa.

Con un gran peso en el pecho y el vientre, meció su agotamiento en la hamaca de Regina hasta lograr serenarse sin que el sueño fuera lo bastante intenso para disolver las imágenes de su cabeza. De vez en cuando trataba de entonar la melancólica canción de la mujer que busca a su hijo en el bosque y sólo oye su propia voz, pero a menudo la melodía se le atascaba en la garganta y al final tuvo que expulsar su impaciencia tosiendo.

Regina estaba tumbada en la cama de sus padres con la blusa blanca del colegio y la delicada falda gris que exigía aún más cuidados que un polluelo recién salido del cascarón. Se había propuesto leer *David Copperfield* de principio a fin sin siquiera levantarse por un vaso de agua, pero ya en los dos primeros párrafos las letras empezaron a enmarañarse y a pasar ante sus ojos a toda velocidad como círculos de un rojo encendido. Tenía las manos húmedas del esfuerzo de acariciar las perlas de colores del cinturón mágico; la lengua ya temía las penalidades de formular correctamente el único deseo que Regina quería volver a pedirle al destino para así convencer al taciturno dios Mungo de que esta vez tenía que estar de su parte y no de la de la muerte, como en los días de las lágrimas ahogadas.

Desde que Walter y Jettel salieran corriendo en mitad de la cena con una maletita y, despidiendo el olor de una manada de perros rabiosos, se marcharan en el coche del señor Slapak, Regina luchaba contra el miedo, que tenía una fuerza más malvada que

una serpiente famélica. La incertidumbre bramaba en sus entrañas como una cascada furiosa tras una tormenta. Sólo cuando la pedregosa montaña de su garganta amenazó con deslizarse entre sus dientes, corrió hacia Owuor, palpó con los dedos las familiares curvas de sus hombros y le preguntó:

—¿Crees que éste será un buen día?

Entonces Owuor abrió los ojos y, como si en toda su vida sólo hubiera aprendido a decir esa única frase, repuso:

—Sé que será un buen día.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, él y la *memsahib kidogo* miraron al suelo, y es que ambos tenían una cabeza que no podía olvidar. Y ambos sabían que un nítido recuerdo de los días en cuestión era aún peor que el palo vengador de la víctima sobre la piel desnuda del ladrón pillado in fraganti.

A las tres de la mañana, Elsa Conrad regó las camelias de su ventana y se llamó a sí misma loca senil tan alto que la señora Taylor salió al balcón hecha una furia, pidiendo a gritos un poco de silencio. Pese a todo, no pasó a mayores, pues precisamente en el momento en que a Elsa se le ocurrieron por fin los improperios adecuados en inglés y además tuvo clara su pronunciación correcta, vio al profesor Gottschalk. Estaba paseando por el oscuro jardín con el sombrero y el diminuto plato de porcelana en que tomaba su papilla de avena por la mañana. Las dos se gritaron: «Ya está», y se tocaron al mismo tiempo la sien con el índice para indicar que dudaban de que estuviera en sus cabales.

Mucho antes, Chepoi había tenido que despachar a dos oficiales decepcionados sin que los hambrientos jóvenes pudieran juzgar siquiera con una mirada los encantos de la famosa señora Wilkins. La propia Diana aún seguía asomada a la ventana al amanecer. Llevaba la corona dorada con las piedrecitas de colores que, en su única actuación en Moscú, le hiciera creer en la promesa de un futuro ilusorio. En los breves descansos que se tomaba en el sillón, rociaba tan a menudo a su perro con su perfume favorito que éste le mordía el dedo con inusitado arrojito para protegerse la nariz.

Por su parte, Diana insultaba al extenuado animal llamándolo «sucio Stalin». Aullando de dolor y rabia, y atormentada por una vaga animadversión hacia todo aquello que, de haber estado sobria, habría podido definir claramente con la palabra «bolcheviques», cedió por fin a los esfuerzos de Chepoi por calmarla. Tras un forcejeo desacostumbradamente breve, se dejó arrancar de las manos la botella de *whisky* y permitió que su chico la llevara a la cama con la promesa de despertarla en caso de que hubiera novedades.

Sin embargo, sin que ni el más mínimo indicio apuntara en el Hove Court a la trascendencia de aquel instante, a las cinco y un minuto, en la Clínica de Maternidad Eskotene, a cinco millas de distancia, nació Max Ronald Paul Redlich. Su primer berrido se produjo al unísono con un repentino estruendo en el cielo que sonó como la estampida de una manada de ñúes amenazados. Cuando la hermana Amy Patrick

colocó al niño en la balanza y anotó su peso, de cinco libras y cuatro onzas, y aquel nombre tan largo y difícil de deletrear, sus vidriosos ojos revivieron levemente y ella habló de un milagro.

»Ni la sonrisa —exagerada para la ocasión— de la comadrona, agotada tras su tercera noche en vela, ni la eufórica evocación de un poder sobrenatural tenían nada que ver con el niño, como tampoco con la aliviada madre, cuyo acento, atroz para oídos sensibles, le había resultado tan molesto a la hermana Amy durante el difícil parto. El espontáneo entusiasmo de Amy Patrick era únicamente la expresión de un asombro comprensible por el hecho de que las pequeñas lluvias hubieran salvado a Nairobi, sin el correspondiente aviso en el parte meteorológico del día anterior, de una ola de calor nunca vista hasta entonces. La comadrona se sintió tan aliviada que, pese a la lamentable circunstancia de carecer de un público versado, sacó a relucir su humor inglés. Cuando le estaba poniendo el ombliguero al recién nacido, dijo con un suspiro de satisfacción: “Dios santo, el muchacho berrea como un inglesito”».

Aquella bendición del cielo fue extraordinariamente escasa para ser una estación de las lluvias tardía. A lo sumo, sería tema de conversación durante una semana y apenas alcanzaría para limpiar de polvo el plumaje de los pájaros más pequeños, los tejados de chapa ondulada y las ramas más altas de los espinos egipcios. No obstante, el hecho de que lloviera reafirmó a toda la gente de buena fe que había sacrificado voluntariamente su reposo nocturno en la creencia de que el nacimiento de Max Redlich era un suceso extraordinario y de que el niño podía ser portador de esperanzas para la segunda generación de refugiados.

Al principio, Regina y Owuor no se percataron de la llegada de Walter. No oyeron ni el fuerte empujón que le propinó a la puerta, que no cerraba bien, ni la imprecación que soltó al tropezar con el perro, que estaba dormido. Sólo salieron de su somnolencia, sobresaltados como dos soldados ante una repentina orden de ataque, al oír unas atronadoras arcadas procedentes de la cocina. Owuor le dio un puntapié a la puerta abierta con el que ni siquiera de joven habría arreado a un burro obstinado. Su *bwana* estaba arrodillado, lanzando ayes, ante un cubo herrumbroso al que se aferraba con ambas manos.

Regina corrió hacia su padre e intentó abrazarlo por detrás antes de que la decepción y el pánico la paralizaran. Cuando Walter notó los brazos de Regina en torno a su pecho, se levantó como un árbol que hubiera acusado la sed en sus raíces y sintiera justo a tiempo en sus hojas las gotas de agua que habían de salvarlo.

—Ha llegado Max —jadeó—. Esta vez Dios ha sido bueno con nosotros.

Reinó el silencio hasta que la cenicienta piel de Walter se tiñó de nuevo de aquel tenue *beige* que tan bien le sentaba a su uniforme. Regina dejó que las palabras de su padre se entretuvieran demasiado tiempo en sus oídos, de modo que no pudo hacer más que obligar a su cabeza a describir pequeños movimientos uniformes. Tardó treinta penosos segundos en sentir el vivificador torrente de lágrimas.

Cuando por fin logró abrir los ojos, vio que también Walter estaba llorando;

arrimó su cara a la de él para compartir largamente la cálida savia salada de la alegría.

—Max —dijo Owuor. Sus dientes relucían como velas nuevas en la oscura estancia—. Ahora tenemos un *bwana kidogo* —rió.

De nuevo nadie dijo nada. Pero luego Owuor repitió el nombre una vez más, pronunciándolo con tanta nitidez como si lo conociera de toda la vida, y entonces el *bwana* le dio una palmada en el hombro. Al hacerlo, se echó a reír como el día en que huyeron las langostas y lo llamó *rafiki*.

La suave y dulce palabra para amigo, que Owuor sólo podía saborear con orgullo cuando el *bwana* la decía bajito y un tanto ronco, voló hacia sus oídos como una mariposa en un día caluroso. Aquellos sonidos caldearon su pecho y borraron el miedo de la larga noche, esculpido con un cuchillo demasiado afilado.

—¿Ya has visto al niño? —quiso saber—. ¿Tiene dos ojos sanos y diez dedos? Un niño ha de parecerse a un monito.

—Mi hijo es más hermoso que un mono. Ya lo he tenido en mis brazos. Hoy por la tarde lo verá la *memsahib kidogo*. Owuor, he preguntado si podía llevarte con nosotros, pero en el hospital las hermanas y el médico me han dicho que no. Quería que estuvieras presente.

—Puedo esperar, *bwana*. ¿Lo has olvidado? He esperado cuatro estaciones de las lluvias.

—¿Con tal exactitud sabes cuándo murió el otro niño?

—Tú también lo sabes, *bwana*.

—A veces tengo la sensación de que Owuor es el único amigo que tengo en esta maldita ciudad —dijo Walter de camino al hospital.

—Un amigo basta para toda una vida.

—¿De dónde has sacado eso? ¿De tu estúpida hada inglesa?

—De mi estúpido Dickens inglés, pero el señor Slapak también es un poco tu amigo. Te ha prestado su coche. Si no, ahora tendríamos que ir en autobús.

Regina arrancó un trocito del relleno de los desgastados asientos y le hizo cosquillas a Walter en el brazo con la dura punta de la crin de caballo. Nunca había visto a su padre al volante de un coche y, a decir verdad, ni siquiera tenía idea de que supiera conducir. Estaba a punto de decírselo, pero temió, sin que pudiera explicarse el motivo, que el comentario pudiera ofenderlo, de modo que en su lugar observó:

—Conduces muy bien.

—Ya conducía cuando aún nadie contaba contigo.

—¿En Sohrau? —preguntó obediente.

—En Leobschütz. El Adler de Greschek. Dios mío, si Greschek supiera qué día es hoy.

El traqueteante Ford ascendía la colina gemebundo, dejando tras de sí espesas nubes de fina arena rojiza. El coche no tenía cristales ni en el lado izquierdo ni en la parte delantera, y en el oxidado techo había grandes agujeros por los que entraba un sol abrasador. El calor, con sus veloces alas, y el sofocante viento arañaban la piel

volviéndola roja. Regina se sentía como en aquel *jeep* en que Martin había ido a buscarla para pasar las vacaciones. Vio los oscuros bosques de Ol' Joro Orok con una nitidez que hacía tiempo no recordaba, y luego una cabeza de rubio cabello y ojos claros de los que salían volando pequeñas estrellas que se perdían a lo lejos.

Por unos momentos disfrutó del pasado con igual regocijo que del presente, pero un repentino ardor en la nuca le devolvió aquel doloroso anhelo que creía devorado para siempre por los días de espera. Mascó aire para liberar a sus ojos de aquellas imágenes que ya no podía volver a ver y a su corazón de aquella aflicción que tan poco casaba con su embriagadora felicidad.

—Te quiero mucho —susurró.

La Clínica de Maternidad Eskotene, un edificio blanco de sólida construcción con ventanas de cristal azul celeste y esbeltas columnas en el pórtico por las que trepaban rosas del color del cielo a la caída del sol, se hallaba en un parque con un estanque en el que se distinguían carpas doradas entre los nenúfares y una cuidada alfombra de tupida hierba verde. Los altos cedros, sobre cuyas ramas los mirlos metálicos desplegaban su plumaje de un azul resplandeciente formando pequeños abanicos, aún vaheaban tras la lluvia de la mañana. Ante el portón de la verja de hierro había un áscari de anchas espaldas con uniforme azul marino y un grueso palo de madera que sostenía con ambas manos. Un lebrél irlandés color café de barba gris yacía dormido a sus pies.

La costosa clínica privada se mostraba reacia a ayudar a los hijos de los refugiados a iniciar su andadura en la vida, y a este respecto el doctor Gregory, por lo demás siempre dispuesto a transigir, no se avenía a razones. Por principio, no atendía a ninguna paciente en el Hospital General, en el que los médicos tenían que atravesar los pasillos en que se encontraban las unidades para negros antes de llegar a la sección de los europeos. Durante el embarazo sus honorarios habían acabado con todos los ahorros que Jettel había acumulado con su empleo en el Horse Shoe, y la factura del parto y la estancia en el Eskotene se llevaría seguramente la paga extraordinaria que le correspondía a un sargento por el nacimiento de un hijo.

Pese a todo, el doctor Gregory hacía gala de una simpatía y un esmero intachables incluso con aquellas pacientes que no podían permitirse pagar sus honorarios y que no se correspondían con su categoría, alcanzada con el sudor de su frente. Tal como relató él mismo con aire risueño en su círculo íntimo, no sin cierto asombro ante aquel talante tan tolerante, nunca visto hasta la fecha, incluso se había acostumbrado a la pronunciación de Jettel. Cada vez que la examinaba, se sorprendía luego arrastrando la erre durante algún tiempo de un modo ciertamente absurdo.

Pero, sobre todo, no dejó que aquel extraño personaje advirtiera en su distinguida consulta que para sufragar la fuerte suma restante que le correspondía había recurrido, con total discreción y aludiendo a la edad de Jettel y a las complicaciones que cabía esperar durante el embarazo y el parto, a la Comunidad Judía de Nairobi. Al fin y al cabo, hacía años que estaba en la junta directiva con el anciano Rubens y

nunca había vacilado en declarar públicamente su adhesión al judaísmo, ni siquiera cuando cambió su nombre, de origen polaco, por la versión inglesa, más fácil de pronunciar.

El doctor Gregory, que visitaba a sus pacientes dos veces al día porque el Eskotene le quedaba de camino al campo de golf y poseía desde joven un talento especial para combinar las obligaciones y las aficiones, estaba con Jettel cuando apareció Walter con Regina. Al verlo, los dos se quedaron indecisos en la puerta. La torpeza de ambos, la turbación del padre, que de inmediato se trocó en un atribulado servilismo, y la hija, con el cuerpo de una niña y un rostro que parecía cincelado por vivencias demasiado prematuras, conmovieron al médico.

Se preguntó, algo aturdido por una vergüenza que lo irritaba más de lo que le agradaba, si no debería haberse preocupado más de la suerte de aquella pequeña familia que, en su palpable unión, la cual se le antojaba grotescamente anticuada, le recordaba a los relatos de su abuelo. Hacía años que no pensaba en aquel anciano que, en su pequeño y húmedo piso del East End londinense, solía apelar un tanto fastidiosamente a las mismas raíces de las que el ambicioso estudiante de medicina había intentado librarse tan tenazmente. Con todo, la emoción fue demasiado efímera para dejarse vencer por ella.

-*Come on!* —exclamó, pues, a un volumen un poco exagerado que se había acostumbrado a utilizar expresamente con las gentes del continente, sedientas de cordialidad, para luego añadir, en voz más queda e incluso algo tímida y con un sentimiento de comunión que sólo podía explicarse con sentimentalismo—: *Massel tow.* —Le dio unas palmaditas a Walter en la espalda, acarició distraído la cabeza de Regina, rozando con su mano la mejilla de la niña, y abandonó a toda prisa la habitación.

Sólo cuando el médico cerró la puerta tras de sí vio Regina apoyada en el brazo de Jettel una diminuta cabecita con una corona de pelusilla negra. Oyó, como salida de una niebla que se tragara los sonidos, la respiración de su padre y, a continuación, un leve gimoteo del recién nacido y a Jettel acallando al bebé con tentadores arrullos. Regina deseaba echarse a reír a carcajadas o al menos dar gritos de alegría como sus compañeras cuando ganaban un partido de *hockey*, pero de su boca sólo salió un ruido gutural que le pareció francamente mezquino.

—Ven —dijo Jettel—, te estábamos esperando.

—Sujétalo bien, no podemos permitirnos hacer uno nuevo —le advirtió Walter, poniéndole el niño a Regina en los brazos—. Éste es tu hermano Max —anunció con una voz extraña, solemne—. Ya le he oído gritar esta mañana temprano. Sabe exactamente lo que quiere. Cuando sea mayor te cuidará bien. No como yo a mi hermana.

Max había abierto los ojos. Iluminaban de azul un semblante que tenía el color de las mazorcas tempranas de Rongai, y su piel olía dulce como el *poscho* recién hecho. Regina rozó la frente de su hermano con la nariz para apoderarse del aroma. Estaba

segura de que nunca en la vida volvería a sentir tal borrachera de felicidad. En ese instante le dijo un último adiós a su hada, a la que ya no tendría que molestar nunca más. Fue una despedida breve, sin pena ni titubeos.

—¿No quieres decirle nada?

—No sé en qué idioma hablar con él.

—Aún no es un refugiado en toda regla y no se avergonzará de oír su lengua materna.

—*Jambo* —musitó Regina—, *jambo, bwana kidogo*. —Se asustó al darse cuenta de que la felicidad había adormecido su atención a las palabras que atemorizaban a su padre. El arrepentimiento hizo palpitar su corazón—. ¿De verdad es mío? —preguntó cohibida.

—De todos nosotros.

—Y también de Owuor —añadió Regina pensando en las conversaciones de la noche.

—Pues claro, siempre que Owuor pueda quedarse con nosotros.

—Hoy no —repuso Jettel enojada—, hoy sí que no.

Regina se tragó la pregunta que la curiosidad intentaba deslizar en su boca.

—Hoy sí que no —le explicó a su nuevo hermano, pero sólo pronunció las palabras mágicas mentalmente, y convirtió la risa que le arañaba la garganta en agudos sonidos de alegría para que ni el padre ni la madre se enteraran de que su hijo ya estaba aprendiendo la lengua de Owuor.

Owuor permaneció sentado ante la cocina con la cabeza entre las manos y el sueño bajo los párpados hasta la puesta de sol, antes de oír el coche, que chillaba más que un tractor maltratado por el barro y las piedras. Como el *bwana* tenía que devolverle primero el coche al tunante de Slapak, su espera aún tardaría un rato en concluir, pero él nunca había contado las horas, sólo los días buenos. Movié lentamente un brazo, y después un poco la cabeza, en dirección a la figura que estaba apoyada contra la pared detrás de él, y siguió dormitando satisfecho.

A Slapak también le gustaba el sabor de la alegría. Precisamente porque, tras cuatro hijos —el último ya estaba empezando a gatear—, contemplaba el nacimiento de un retoño en su propia familia con la misma sobriedad que el almacén de su tienda de artículos de segunda mano, cuya prosperidad era extraordinaria desde que terminara la guerra, precisamente por eso ansiaba la dicha ajena. Cuando Walter y Regina fueron a devolverle las llaves del coche, los hizo pasar a su apretada sala de estar, que olía a pañales mojados y sopa de hierbas.

Si bien la mayor parte de la gente del Hove Court sólo veía en León Slapak al taimado comerciante que vendería a su propia madre si ello le reportara el menor beneficio, en el fondo era un hombre piadoso para el que los favores con los que a otros colmaba eran la confirmación de que Dios quería el bien de los hombres buenos. Y a él siempre le había gustado aquel humilde y amable soldado de uniforme extranjero cuyos ojos delataban que sus heridas no las había recibido en el campo de

batalla, sino en la lucha con la vida. Slapak siempre saludaba a Walter cuando lo veía, y le complacía la gratitud con que éste le devolvía el saludo, la cual le recordaba a los hombres de su tierra.

De modo que Slapak, al que sus vecinos despreciaban, llenó de vodka un vaso que previamente limpió a conciencia con su pañuelo, se lo puso a Walter en la mano, bebió él mismo un trago de la botella y soltó una retahíla de palabras de las que Walter no entendió ni una. Era la mezcolanza habitual de los refugiados del Este; constaba de expresiones en polaco, *yidish* e inglés que a Walter, cuanto más lo agasajaba Slapak con su ardiente corazón y su refrescante alcohol, más le recordaban a Sohrau, ya que Slapak desistió pronto de sus esfuerzos con el inglés, y después también con el *yidish*, y empezó a hablar únicamente en polaco. Por su parte, Slapak, al oír a Walter chapurrear el escaso polaco que recordaba de su infancia, se alegró tanto como si acabara de hacer un lucrativo negocio del todo inesperado.

Fue una noche de complicidad entre dos hombres entregados a unos recuerdos que procedían de dos mundos muy distintos, pero que compartían las raíces comunes del dolor. Dos padres que no pensaban en sus hijos, sino en el deber de hijos que no habían podido cumplir. Aunque su invitado tenía su misma edad, Slapak lo despidió poco antes de medianoche con la antigua bendición de los padres. Después le regaló a Walter un cochecito que él mismo volvería a necesitar a lo sumo en un año, un paquete de pañales hechos jirones y un vestido de terciopelo rojo para Regina, aunque para llenarlo a ésta le faltaban varios kilos y otros tantos centímetros.

—He celebrado el nacimiento de mi hijo con un hombre con el que no puedo hablar —suspiró Walter en el breve trayecto que los separaba de su apartamento. Le dio un empujón al cochecito. Las ruedas, con la goma resquebrajada, crujieron en el empedrado—. Tal vez algún día pueda reírme de ello.

Tenía la necesidad de explicarle a Regina por qué, pese a la reconfortante sensación de calidez, consideraba la visita a Slapak como un símbolo de su disgregada vida, pero no sabía cómo.

También Regina estaba en ese momento ordenándole a su cabeza que contuviera aquellos desconcertantes pensamientos que no debía manifestar, pero entonces dijo:

—No me entristecerá si ahora quieres a Max más que a mí. Ya no soy una niña.

—¿Cómo se te ocurre semejante tontería? Sin ti no habría aguantado todos estos años. ¿Acaso crees que puedo olvidar eso? Menudo padre sería. Nunca he podido darte más que amor.

—Ha sido *enough*. —Regina lamentó no haber logrado encontrar a tiempo la palabra alemana. Echó a correr tras el cochecito como si fuera importante cogerlo antes de que llegara a los eucaliptos, lo paró, regresó corriendo hacia su padre y lo abrazó. El olor a alcohol y tabaco que emanaba de su cuerpo y la sensación de seguridad que bullía en el suyo se fundieron en un torbellino que la dejó aturdida. —Te quiero más que a todas las personas del mundo —le dijo.

—Yo a ti también, pero eso no se lo diremos a nadie. Nunca.

—Nunca —prometió Regina.

Owuor estaba tan erguido ante la puerta como el áscari del palo en el hospital.

—*Bwana*, ya he encontrado un *aja* —anunció, el orgullo tiñendo su voz.

—¿Un *aja*? Eres tonto, Owuor. ¿Qué vamos a hacer con un *aja*? Nairobi no es como Rongai. En Rongai, el *bwana* Morrison pagaba al *aja*. Ella vivía en su granja. En Nairobi he de ser yo quien pague al *aja*. Y no puedo. Sólo tengo dinero suficiente para ti. No soy rico. Eso ya lo sabes.

—Nuestro niño es tan bueno como los demás —replicó Owuor—. Ningún niño puede estar sin *aja*. La *memsahib* no puede pasear por el jardín con un cochecito tan viejo. Y yo no puedo trabajar para un hombre que no tiene un *aja* para su hijo.

—Tú eres el gran Owuor —se burló Walter.

—Ésta es Chebeti, *bwana* —explicó Owuor, guarneciendo con paciencia cada una de las cuatro palabras—. No tienes que darle mucho dinero. Ya se lo he contado todo.

—¿Qué le has contado?

—Todo, *bwana*.

—Pero si no la conozco.

—Yo la conozco, *bwana*. Eso es suficiente.

Chebeti, que estaba sentada delante de la puerta de la cocina, se puso en pie. Era alta y delgada, llevaba un amplio vestido azul que le cubría los pies desnudos y colgaba de sus hombros como una capa floja. En la cabeza lucía un pañuelo blanco a modo de turbante. Tenía los movimientos lentos y elegantes de las jóvenes del clan de los *jaluo*, su porte seguro. Cuando Walter le tendió la mano, ella abrió la boca, mas no dijo nada.

Regina no estaba ni siquiera lo bastante cerca como para ver en la oscuridad el blanco de aquellos ojos extraños, pero se dio cuenta de que la piel de Chebeti olía igual que la de Owuor, como *dik-diks* a mediodía en la alta hierba.

—Chebeti será una buena *aja*, papá —aprobó Regina—. Owuor sólo duerme con mujeres buenas.

XIX

El capitán Bruce Carruthers se puso en pie enérgicamente, pisó un escarabajo que había en el suelo, aplastó luego contra el cristal de la ventana una curruca que confundió con un mosquito y volvió a sentarse desganado. Le disgustaba tener que revolver el montón de papeles de su escritorio para sacar una carta concreta antes de hablar con aquel sargento que siempre saludaba como si estuviera ante el mismísimo rey y hablaba inglés como un indio miserable, aquel sargento que, pese a algunas reservas difíciles de explicar, en realidad no le era del todo antipático. Carruthers tenía aversión a toda forma de indisciplina y una repugnancia enfermiza a un desorden que él mismo había provocado. Le daba vueltas —demasiadas, pensaba malhumorado— al hecho de que precisamente a él, que detestaba las discusiones aún más que el desvarío entre los soldados, le tocara siempre la tarea de decirles a sus hombres cosas que no deseaban oír.

A él, que no quería otra cosa que poder por fin pasear por Princess Street en una neblinosa mañana de otoño y sentir en la piel las primeras señales del invierno, era al único al que nadie le había comunicado que su solicitud de baja del ejército había sido «pospuesta hasta nuevo aviso». Esa decepción había tenido que procurársela él mismo sacándola del correo dos días atrás. Desde entonces, el capitán tenía aún más claro que antes que África no era un buen lugar para un hombre que hacía cinco años, demasiado largos ya, había dejado en Edimburgo, además de su corazón, a una mujer muy joven que cada vez tardaba más tiempo en responder a sus cartas y ya hacía mucho que no podía explicar de forma convincente por qué.

El capitán Carruthers se tomó como una doble ironía del destino tener que informar ahora a aquel singular sargento con ojos de collie sumiso de que el Ejército de Su Majestad no tenía interés en prolongar su servicio.

—¿Por qué demonios quiere este tipo irse a Alemania? —rezongó.

—Allí me siento como en casa, señor.

El capitán miró a Walter sorprendido. Ni lo había oído llamar a la puerta ni se había percatado de que hablara solo, algo que últimamente le ocurría con lamentable frecuencia.

—¿Desea unirse al ejército de ocupación británico?

—Sí, señor.

—No es mala idea. Supongo que sabe alemán. Por algún motivo, parece usted de allí.

—Sí, señor.

—Allí sería usted el hombre adecuado para **poner orden** entre **los fucking jerries**.

—Así lo creo, señor.

—Los de Londres no piensan así —afirmó Carruthers—. Si es que piensan alguna

vez. —Rió con ese asomo de burla que le había granjeado reputación de oficial con el que siempre se podía hablar.

Cuando comprendió que había malgastado su ingenio, le tendió la carta a Walter. Se quedó contemplando con una impaciencia que no venía a cuento cómo Walter se peleaba con las ceremoniosas fórmulas de los arrogantes burócratas londinenses.

—En casa —dijo con una brusquedad que lamentó un tanto cuando la advirtió— no quieren ningún soldado en las fuerzas de ocupación que no tenga pasaporte inglés. Realmente, ¿qué quería hacer en Alemania?

—Quería quedarme allí cuando me licenciara.

—¿Por qué?

—Alemania es mi patria, señor —balbuceó Walter—. Perdone, señor, que se lo diga.

—No tiene importancia —respondió el capitán, distraído.

Tenía claro que no necesitaba entrar en discusiones sobre el tema. Sólo estaba obligado a poner a sus hombres al corriente de aquellas cuestiones que les concernían y a cerciorarse de que también ellos entendían las decisiones, algo que, con la cantidad de extranjeros y la maldita gente de color que había en el ejército, ya no era tan obvio como en los buenos tiempos. El capitán se espantó una mosca de la frente. Sabía que se implicaría innecesariamente en un asunto que no le incumbía si no zanjaba la conversación de inmediato.

Sin embargo, un impulso, que más tarde se explicaría por la duplicidad del destino y su melancolía, le hizo demorar más de la cuenta la leve inclinación de la cabeza con que se habría deshecho del sargento del modo habitual y habría quedado libre para la siguiente batalla con los estúpidos mosquitos. El hombre que tenía ante sí había hablado de patria, y precisamente esa necia, profanada y romántica palabra perturbaba desde hacía meses el descanso de Bruce Carruthers.

—Mi patria es Escocia —dijo, y por un instante creyó de veras que hablaba de nuevo consigo mismo—, pero a algún chiflado de Londres se le ha metido en su retorcida cabeza que debo pudrirme aquí, en la condenada Ngong.

—Sí, señor.

—¿Conoce Escocia?

—No, señor.

—Una tierra maravillosa con buen clima, buen *whisky* y buena gente en la que aún se puede confiar. Los ingleses no tienen ni la menor idea de lo que es Escocia ni de lo que nos hicieron cuando capturaron a nuestro rey y nos robaron la independencia —prosiguió el capitán. Cayó en la cuenta de que era totalmente ridículo hablar de Escocia y del año 1603 con un hombre que aparentemente no podía decir mucho más que sí y no.

—¿A qué se dedica en la vida civil? —preguntó en su lugar.

—En Alemania era abogado, señor.

—¿De verdad?

—Sí, señor.

—Yo también soy abogado —replicó el capitán. Recordó que la última vez que había pronunciado esa frase fue cuando ingresó en el maldito ejército—. ¿Cómo diablos —preguntó pese al descontento por su repentina curiosidad— ha venido a parar a este país de monos? Un abogado necesita su lengua materna. ¿Por qué no se quedó en Alemania?

—Hitler no me quería.

—¿Y por qué no?

—Soy judío, señor.

—Cierto. Lo dice aquí. ¿Y ahora quiere volver a Alemania? ¿Acaso no ha leído esos horribles informes sobre los campos de concentración? Al parecer, Hitler ha tratado muy mal a su gente.

—Los Hitler van y vienen, pero el pueblo alemán perdura.

—Vaya, de repente sabe inglés. ¡Cómo lo ha expresado!

—Lo dijo Stalin, señor.

Los años en el ejército habían enseñado al capitán Carruthers a no hacer más de lo que a uno se le exigía y, sobre todo, a no cargar sobre sus espaldas cuitas ajenas, pero la situación, por grotesca que fuera, le fascinaba. Acababa de mantener la primera conversación inteligente en meses, y precisamente con un hombre con el que no era capaz de comunicarse mejor que con el mecánico indio de la compañía, que interpretaba cada papel escrito como una ofensa personal.

—Seguro que quiere que el ejército le pague el pasaje. Un billete a casa gratis. Eso es lo que queremos todos.

—Sí, señor. Es mi única oportunidad.

—El ejército está obligado a enviar a cada soldado a su patria con su familia —le aclaró el capitán—. Eso lo sabe, ¿no?

—Disculpe, señor, no le he entendido.

—El ejército debe llevarlo a Alemania si allí es donde está su hogar.

—¿Quién ha dicho eso?

—Las ordenanzas. —El capitán rebuscó entre los papeles de su escritorio, pero no encontró lo que buscaba. Finalmente, sacó del cajón una hoja amarillenta, escrita con letra pequeña y muy apretada. No esperaba que el sargento pudiera leer lo que decía, pero le tendió de todas formas el reglamento y descubrió, perplejo y un tanto conmovido, que a todas luces Walter parecía entender la complicada exposición de los hechos, al menos en lo que a él concernía—. Un hombre de letras —sonrió Carruthers.

—Disculpe, señor, de nuevo no le he entendido.

—No tiene importancia. Mañana cursaremos su solicitud de licenciamiento y traslado a Alemania. ¿Por casualidad me ha entendido esta vez?

—Oh, sí, señor.

—¿Tiene familia?

—Esposa y dos hijos. Mi hija va a cumplir catorce años y mi hijo tiene ahora mismo ocho semanas. Se lo agradezco mucho, señor. No tiene idea de lo que está haciendo por mí.

—Creo que sí —lo interrumpió Carruthers pensativo—. Pero no se haga demasiadas ilusiones —añadió con una ironía que ya no le salió con tanta facilidad como antes—, en el ejército todo va muy despacio. ¿Cómo dicen aquí los malditos negros?

—*Pole pole* —se alegró Walter y, al repetir lentamente las dos palabras, tuvo la sensación de ser Owuor. Cuando vio que Carruthers inclinaba la cabeza, se apresuró a abandonar el despacho.

Al principio no era capaz de explicarse las cambiantes emociones que sentía. Lo que primero había interpretado como la perspicacia de un hombre que tenía valor suficiente para reconocer su fracaso de repente le parecía una imprudencia irresponsable. Y, sin embargo, presentía que había surgido una chispa de esperanza que ni las dudas ni el miedo al futuro podían apagar.

No obstante, cuando Walter regresó al Hove Court aún estaba ofuscado por la inquietante mezcla de euforia e incertidumbre. Se detuvo en la puerta y se quedó allí un rato que se le hizo eterno, entre los cactus, contando las flores y tratando, sin éxito, de hallar la suma de las cifras de cada número. Más tiempo aún necesitó para vencer la tentación de pasarse primero por casa de Diana y sacar fuerzas de su buen humor y, sobre todo, de su *whisky*. Su paso era lento y silencioso cuando se decidió a continuar, pero entonces vio a Chebeti sentada con el bebé bajo el mismo árbol que había ofrecido consuelo, protección y sombra a Jettel durante el embarazo. Decidió darle un respiro a sus nervios.

Su hijo yacía oculto entre los pliegues del vestido azul celeste de Chebeti. Tan sólo asomaba su diminuta gorra de lienzo blanco. Ésta rozaba la barbilla de la mujer y, con el suave viento, parecía un barco en el océano en calma. Regina, con una corona de hojas de limonero en la cabeza, estaba acurrucada en la hierba con las piernas cruzadas. Como no sabía cantar, les leía al *aja* y a su hermano con voz solemne y enigmática una canción infantil con muchos y repetitivos sonidos.

Por un instante, Walter se enfadó pues no conseguía entender ni una sola palabra; luego comprendió, reconciliándose al punto consigo mismo y con el destino, que al recitarlo su hija estaba traduciendo sobre la marcha el texto inglés a la lengua *jalu*. Tan pronto Chebeti captaba un sonido familiar, aplaudía y su garganta se inundaba de una risa dulce y melodiosa. Cuando su temperamento se encendía, los movimientos de su cuerpo despertaban a Max y era como si éste intentara imitar los tiernos y tentadores ruiditos antes de ser mecido hasta volver a sumirse en un placentero sueño.

Owuor estaba sentado, muy erguido, bajo un cedro de hojas oscuras y contemplaba hasta el menor movimiento del bebé con viva atención. A su lado yacía el bastón con la cabeza de león tallada en la empuñadura que se había comprado el primer día de trabajo de Chebeti. Se afanaba en el cuidado de sus dientes con un

pedacito de caña de azúcar verde que roía con vigorosas dentelladas, y de cuando en cuando escupía a la alta hierba hasta que ésta refulgía al sol vespertino con los mismos visos multicolores que el rocío de la mañana. Con la mano izquierda acariciaba a *Rummler*, que incluso dormitando respiraba lo bastante fuerte como para espantar a las moscas antes de que llegaran a molestarle.

La armonía y plenitud de la escena le recordaron a Walter las imágenes de los libros de su infancia. Sonrió levemente al darse cuenta de que en la canícula europea la gente no era negra ni se sentaba bajo cedros y limoneros. Como la conversación con el capitán seguía bulléndole en la cabeza, deseaba impedir que sus ojos bebieran del idílico efluvio que flotaba en el ambiente, si bien sus sentidos no permitieron que les infligiera semejante castigo por mucho tiempo. Aunque el aire era pesado a causa de la humedad, disfrutaba de cada bocanada. En su inocencia, sentía un deseo impreciso de retener aquella imagen que lo fascinaba y se alegró de que Regina advirtiera su presencia y lo rescatara de sus sueños. Lo saludó y él le devolvió el saludo.

—Papá, Max ya tiene un nombre como es debido. Owuor lo llama *askarija ossjeku*.

—Un poco excesivo para un niño tan pequeño.

—Sabes lo que significa *askarija ossjeku*, ¿no? Soldado nocturno.

—Quieres decir vigilante nocturno.

—Pues claro —repuso Regina impaciente—, porque se pasa todo el día durmiendo y por la noche siempre está despierto.

—No sólo él. ¿Dónde está tu madre?

—Dentro.

—¿Y qué hace en casa a estas horas y con este calor?

—Ponerse nerviosa —dijo Regina reprimiendo una risita. Se dio cuenta demasiado tarde de que su padre no sabía interpretar ni las voces ni las miradas y de que estaba a punto de arrebatarle la tranquilidad—. Max —añadió a toda prisa, arrepentida— sale en el periódico. Yo ya lo he leído.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—¿No me has preguntado dónde estaba mamá? Chebeti dice que una mujer debe cerrar el pico cuando un hombre envía a sus ojos de safari.

—Eres peor que todos los negros juntos —la reprendió Walter, si bien fue una estimulante impaciencia la que le hizo levantar la voz.

Echó a correr hacia la casa con tal prisa que Owuor se puso en pie alarmado. Arrojó al suelo la caña de *azúcar* y el bastón y apenas se dio tiempo a desentumecer sus miembros. También *Rummler* espabiló y salió tras Walter con la lengua colgando tan rápido como se lo permitieron sus pesadas patas.

—¡Enséñamelo, Jettel! —exclamó aún a la carrera—. No creí que fuera tan rápido.

—Aquí. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Quería que fuera una sorpresa. Cuando nació Regina, aún pude regalarte el anillo. Con Max sólo daba para un anuncio.

—Pero menudo anuncio. Me alegré mucho cuando el viejo Gottschalk llegó hace un momento con el periódico. Estaba muy impresionado. Imagínate cuánta gente lo leerá.

—Eso espero, ésa era la intención. ¿Ya has visto a algún conocido?

—Aún no. Quería dejarte a ti el placer. Esa parte siempre te ha tocado a ti.

—Pero siempre has sido tú la que ha encontrado las buenas noticias.

El periódico estaba abierto sobre un pequeño escabel que había junto a la ventana. El fino papel crujía con cada ráfaga de viento y dejaba barruntar la familiar y a la vez siempre nueva melodía de la esperanza y el desencanto.

—Nuestros tambores —dijo Walter.

—A mí me pasa como a Regina —reconoció Jettel, inclinando a un lado la cabeza con un rastro de su antigua coquetería—, oigo historias antes de que sean contadas.

—Jettel, a ver si a tu edad vamos a descubrir en ti a una poetisa.

Se hallaban de pie ante la ventana abierta, contemplando embriagados las exuberantes buganvillas lilas junto al muro blanco, sin percatarse de lo cerca que estaban sus cuerpos y sus rostros; era uno de los escasos momentos de su matrimonio en que cada uno aprobaba los pensamientos del otro.

Der Aufbau no era un periódico cualquiera. Ya antes de la guerra, y más aún después, aquel diario en lengua alemana escrito en América era más que un mero portavoz para los emigrantes del mundo entero. Cada edición, lo quisieran o no los afectados, alimentaba las raíces que los unían al pasado e impulsaba el carrusel de los recuerdos hacia la tormenta del dolor. Incluso unas pocas líneas podían convertirse en destino. No eran los reportajes y los editoriales lo que primero se leía. Siempre y en todos los casos eran los anuncios de búsqueda de desaparecidos y acontecimientos familiares.

A través de ellos se reencontraban personas que no habían vuelto a saber nada las unas de las otras desde la emigración. Las referencias a la vieja madre patria podían resucitar a los dados por muertos e informaban mucho antes que las organizaciones humanitarias oficiales de quién había escapado del infierno y quién había sucumbido en él. Aun once meses después de que terminara la guerra en Europa, *Der Aufbau* seguía siendo con frecuencia la única posibilidad que tenían los supervivientes de enterarse de la verdad.

—Dios mío, el anuncio es enorme —se sorprendió Walter—. Y está arriba del todo. ¿Sabes lo que creo? Mi carta debió de caer en manos de alguien que nos conoce de antes y que ha querido hacernos un favor. Imagínate: alguien sentado en Nueva York, y de repente lee nuestro nombre y que somos de Leobschütz. Y se entera de que no he sido devorado por un león.

Walter carraspeó. Se dio cuenta de que siempre lo hacía antes de iniciar un alegato, pero reprimió la idea con una turbación que se le antojó la confesión de un

delito. Aunque no le cabía duda de que Jettel ya se sabía el texto de memoria, leyó en alto las escasas líneas:

—«El doctor Walter Redlich y la señora doña Henriette, de soltera Perls (antes residentes en Leobschütz), se complacen en anunciar el nacimiento de su hijo Max Ronald Paul. P. O. B. 1312, Nairobi, Kenya Colony. 6 de marzo de 1946». ¿Qué dices a eso, Jettel? Tu marido vuelve a ser el doctor. La primera vez en ocho años.

Aún mientras hablaba, Walter comprendió que el azar le había dado pie para contarle a Jettel lo de la conversación con el capitán y la gran oportunidad de llegar a Alemania por cuenta del ejército. Sólo tenía que buscar las palabras adecuadas y, sobre todo, hallar el valor necesario para comunicarle con el mayor tacto posible que finalmente se había decidido por el viaje con retorno. Durante un instante lleno de deseo, y en contra de su propia convicción, se abandonó a la ilusión de que Jettel lo comprendería e incluso quizá admirara su perspicacia, pero su experiencia no le permitió engañarse por mucho tiempo.

Walter sabía desde el día en que mencionó por primera vez la posibilidad de regresar a Alemania que no podría contar con el apoyo de Jettel. Desde aquel momento, discusiones fútiles se convertían cada vez con mayor frecuencia en contiendas sin lógica ni razón, llenas de amargura. Le parecía una ironía que, en esos casos, sintiera envidia de la intransigencia de su esposa. Cuántas veces había dudado él de su propia capacidad para sobreponerse al dolor, que dejaría heridas sin cicatrizar para siempre, pero al analizar sus motivos nunca había hallado otro camino que el que le imponía el anhelo de su idioma, sus raíces y su profesión. Sólo tenía que imaginarse la vida en una granja y de inmediato sabía que quería y debía volver a Alemania, por penoso que pudiera resultar el trayecto.

Jettel no pensaba igual. Se sentía feliz entre gente a la que le bastaba con el odio a Alemania para percibir el presente como la única dicha a que tenían derecho los que se habían salvado. No ansiaba más que la certeza de que había otros que opinaban como ella; siempre se había resistido a los cambios. ¡Cómo se había opuesto a emigrar a África en un tiempo en que cada día de demora suponía una amenaza mortal!

El recuerdo de la época previa a la emigración en Breslau le proporcionó a Walter la certeza definitiva. Oyó a Jettel gritar: «Antes muerta que apartarme de mi madre»; vio la insolencia infantil de su rostro tras la cortina de lágrimas con tanta claridad como si aún siguiera sentado en el sofá de pana de su suegra. Desencantado y frustrado, Walter comprendió que nada había cambiado en su matrimonio desde entonces.

Jettel no era una mujer que se avergonzara de sus errores. Se empeñaba en cometerlos una y otra vez. Sólo que esta vez Walter ya no tenía los argumentos de un hombre que quiere salvar a su familia para convencer a su esposa. Seguía siendo un desposeído y un proscrito, y cualquiera podía tacharlo de hombre sin carácter ni orgullo. Aguardaba esa ira que no podía dejar traslucir, pero sólo sentía una agotadora

lástima de sí mismo.

El corazón se le salía por la boca cuando carraspeó una vez más para conferirle a su voz una firmeza que ya no sentía en su interior. Notó que su empuje disminuía. Se sintió impotente contra la indecisión y el temor a hablar de regresar y de la patria. Las palabras que con tanta facilidad habían acudido a su mente en una lengua extranjera y en presencia del capitán se burlaban ahora de él, pero aun así no quería darse por vencido. Le parecía más oportuno y, en todo caso, más diplomático utilizar el término inglés que él mismo había oído por primera vez hacía sólo unas horas.

—*Repatriation* —dijo.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Jettel de mala gana. Al mismo tiempo estaba pensando si tenía que conocer la palabra y si debía mandar al *aja* que entrara en casa con el niño o mejor ocuparse primero de que Owuor calentara el agua para hervir los pañales. Profirió un suspiro, ya que tomar decisiones a última hora de la tarde la fatigaba aún más que en la época anterior al parto.

—Bah, no es nada. Sólo se me pasó por la cabeza algo que dijo el capitán esta mañana. Tuve que buscar durante horas una ordenanza que el muy estúpido tenía desde el principio en su escritorio.

—Ah, ¿has estado con él? Al menos espero que hayas aprovechado la oportunidad para hacerle comprender que ya es hora de que te ascienda. Elsa también dice que en estas cosas no eres lo bastante decidido.

—Jettel, hazte de una vez a la idea de que en el ejército británico los refugiados no pueden pasar de sargento. Créeme, soy un maestro a la hora de aprovechar oportunidades.

La ocasión de hablar tranquilamente con Jettel de Alemania ya no volvió a presentarse. El *Aufbau* no lo permitió. Seis semanas después de la publicación del anuncio, llegó la primera de un montón de cartas que evocaban tanto el pasado que Walter no halló el valor suficiente para describirle a Jettel un futuro que él mismo adivinaba muy incierto incluso en momentos de optimismo.

La primera carta era de una anciana de Shanghai. «El destino me ha traído hasta aquí desde la hermosa Maguncia —decía—, y aún albergo una pequeñísima esperanza de averiguar, por medio de usted, estimado doctor, algo sobre el paradero de mi único hermano. La última vez que recibí noticias suyas fue en enero de 1939. Entonces me escribió desde París diciendo que quería intentar emigrar a Sudáfrica para reunirse con su hijo. Por desgracia no tengo la dirección de mi sobrino en Sudáfrica, y él tampoco sabe que yo vine a parar a Shanghai en el último transporte. Ahora es usted la única persona que conozco en África. Naturalmente, sería una casualidad que usted se hubiera encontrado con mi hermano, pero los que vivimos se lo debemos todo a la pura casualidad. Les deseo todo lo mejor para su hijo. Quiera Dios que crezca en un mundo mejor que el que nos ha sido concedido a nosotros».

Siguieron muchas más cartas de desconocidos que se aferraban a una última esperanza de recibir noticias de familiares desaparecidos por el mero hecho de que o

bien eran de la Alta Silesia o bien habían escrito por última vez desde allí. «Mi cuñado fue asesinado en Buchenwald en 1934 —escribía un hombre desde Australia —, tras lo cual mi hermana se mudó con sus dos hijos pequeños a Ratibor, donde encontró trabajo en una tejeduría. Pese a todas las averiguaciones que he realizado en la Cruz Roja, no ha sido posible hallar su nombre ni el de sus hijos en ninguna lista de deportados. Me dirijo a usted porque mi hermana mencionó Leobschütz en una ocasión. Tal vez se haya topado alguna vez con su apellido o esté en contacto con judíos de Ratibor que hayan sobrevivido. Sé que es una petición disparatada, pero aún no he llegado al extremo de enterrar las esperanzas».

—Siempre pensé que nadie conocía Leobschütz —se sorprendió Jettel cuando, al día siguiente, llegó una carta similar—. Ojalá recibiéramos una buena noticia alguna vez.

—Ahora me doy cuenta —respondió Walter abatido— de lo cerca que estaba la Alta Silesia de Auschwitz. Eso me preocupa.

La plétora de desgracias ajenas y de absurdas esperanzas que se habían depositado en Nairobi no sólo hacía sangrar las heridas propias, sino que, con su violencia, lo volvía a uno apático.

—Buena la has armado —le dijo Walter a su hijo.

Un viernes de mayo Regina tomó el correo de la cesta de Owuor:

—Una carta de América —anunció—, alguien que se llama Use.

Pronunció el nombre a la inglesa, y Jettel se echó a reír:

—Así no se llama nadie en Alemania. Dámela.

Regina aún tuvo tiempo de decir:

—Pero no rompas el sobre, los de América son muy bonitos... —Y entonces vio que su madre palidecía y le temblaban las manos.

—No estoy llorando ni mucho menos —sollozó Jettel—, es que me alegro tanto... Regina, la carta es de mi amiga de la infancia Use Schottländer. Dios mío, aún vive.

Se sentaron una al lado de la otra junto a la ventana y Jettel comenzó a leer la carta en voz alta, muy despacio. Era como si su voz quisiera retener cada sílaba antes de pronunciar la siguiente. Había algunas palabras que Regina no entendía, y los extraños nombres se arremolinaban en sus oídos como langostas en un campo de maíz en flor. Tenía que hacer un gran esfuerzo para reír y llorar cuando su madre lo hacía, pero obligó a sus sentidos con decisión a soportar el temporal de tristeza y alegría. Owuor preparó té, aunque todavía no era la hora, sacó del armario los pañuelos que tenía preparados para los días en que había sellos extranjeros y se sentó en la hamaca.

Una vez Jettel hubo leído la carta por cuarta vez, ella y Regina estaban tan cansadas que ninguna de las dos dijo nada más. No fue hasta después del almuerzo, que Owuor, para su disgusto, retiró intacto, cuando estuvieron de nuevo en condiciones de hablar sin tener que respirar hondo antes.

Pensaban cómo debían contarle a Walter lo de la carta, y al final decidieron no mencionar nada y dejársela en la mesa redonda con el resto del correo. Sin embargo, a primera hora de la tarde la emoción y la impaciencia hicieron que Jettel se echara a la calle. Pese al calor y a la ausencia de sombra, se puso en camino a toda prisa, con Regina, Max en el cochecito, el *aja* y el perro, hacia la parada del autobús.

El autobús estaba aún en marcha cuando Walter se bajó de un salto.

—¿Le pasa algo a Owuor? —preguntó asustado.

—Hoy más que nunca ha tenido que resignarse —le susurró Jettel.

Walter comprendió de inmediato. Se sintió como un niño que quiere apurar la alegría del momento hasta el final y prefiere no abrir un regalo inesperado. Primero besó a Jettel y luego a Regina, acarició a su hijo y silbó la melodía de *Don't fence me in*, que tanto le gustaba a Chebeti. Sólo entonces preguntó:

—¿Quién ha escrito?

—No lo adivinas en la vida.

—¿Alguien de Leobschütz?

—No.

—¿De Sohrau?

—No.

—Dilo ya, estoy a punto de estallar.

—Use Schottländer. De Nueva York. Quiero decir de Breslau.

—¿Los Schottländer ricos? ¿Los que vivían en la plaza Tauentzienplatz?

—Sí, Use iba a mi clase.

—Dios mío, hacía años que no me acordaba de ella.

—Yo tampoco —afirmó Jettel—, pero ella no me ha olvidado.

Se empeñó en que Walter leyera la carta allí mismo, en la parada del autobús. Al borde de la carretera se alzaban dos desmedrados espinos egipcios. Chebeti los señaló, sacó una manta del cochecito una vez la *memsahib* hubo acabado de hablar y la extendió bajo el mayor de los dos árboles, aún tarareando la hermosa melodía del *bwana*. Con aire risueño, sacó a Max del cochecito, dejó por un momento que las sombras bailotearan en el rostro del pequeño y luego lo colocó en su regazo. En los oscuros ojos de Chebeti refulgían chispas verdes.

—Una carta —dijo—, una carta que ha cruzado a nado el ancho mar. Owuor la ha traído.

—En alto, papá, léela en alto —le pidió Regina con voz suplicante de niña pequeña.

—¿Acaso no te la ha leído ya mamá miles de veces?

—Sí, pero lloraba tanto que aún no la he entendido.

—«Mi querida, queridísima Jettel —leyó Walter—, cuando mami llegó a casa ayer con el *Aufbau*, casi me vuelvo loca. Aún sigo muy emocionada y apenas puedo creer que te esté escribiendo. Os felicito de todo corazón por el nacimiento de vuestro hijo. Ojalá nunca tenga que pasar por lo que hemos pasado nosotros. Aún recuerdo

con nitidez cuando nos visitabas en Breslau con tu hija. Por aquel entonces, ella tenía tres años y era muy tímida. Probablemente ahora sea una señorita y ya no hable alemán. Aquí todos los hijos de los refugiados se avergüenzan de la denominada lengua materna. Con razón.

»En realidad, sabía que habíais emigrado a África, pero a partir de ese momento os perdí la pista. Así que tampoco sé por dónde empezar. En cualquier caso, nuestra historia se cuenta rápido. El 9 de noviembre de 1938 esos monstruos derribaron nuestra casa y a mi querido padre, que estaba en cama con una pulmonía, lo sacaron a la calle a rastras y se lo llevaron. Ésa fue la última vez que lo vimos. Murió cuatro semanas después en la cárcel. Sigo sin poder pensar en esa época sin sentir la impotencia y desesperación que ya nunca me abandonarán. Por aquel entonces yo no quería seguir viviendo, pero mi madre no lo permitió.

»Esa mujer menuda y frágil, en cuyos ojos mi padre había leído siempre todos y cada uno de sus deseos y que nunca había tenido que tomar la menor decisión, vendió todo lo que nos quedaba y encontró a un primo lejano en América que fue tan amable de proporcionarnos las referencias necesarias. Aún hoy no sé quién nos tendió una mano amiga en Breslau ni cómo conseguimos los pasajes para el barco. No nos atrevimos a hablar de ello con nadie. Tampoco nos arriesgamos a despedirnos de nadie (en una ocasión vi a tu hermana Käte delante de Wertheim, pero no llegamos a hablar), pues si se corría la voz de que uno quería emigrar, las dificultades eran aún mayores. Llegamos a América en el último barco y no teníamos literalmente nada, salvo algunos recuerdos sin valor. Uno de ellos, el libro de cocina de nuestra vieja y hacendosa criada Anna, que ni siquiera tras la Noche de los Cristales Rotos dejó de visitarnos a escondidas, resultó un tesoro insospechado.

»En una habitación con dos hornillos, mi madre y yo, que habíamos estado rodeadas de cocineras y sirvientas toda la vida, comenzamos a servir comidas a refugiados. Cuando empezamos, no sabíamos cuánto tiempo había que cocer un huevo pasado por agua, y sin embargo logramos de algún modo reproducir todos los platos que en tiempos mejores engalanaran la mesa finamente vestida de los Schottländer. Qué suerte que mi padre adorara la comida casera. No obstante, no fueron nuestras artes culinarias las que nos mantuvieron a flote, sino el inquebrantable optimismo y la imaginación de mami.

»De postre ofrecía siempre los chismes de la alta sociedad judía de Breslau. No te imaginas hasta qué punto la gente que lo había perdido todo anhelaba que le contaran historias que resultaban disparatadas y absurdas en una época en que todo el mundo tenía que luchar por sobrevivir como ni siquiera lo hicieran en nuestra casa los criados y las sirvientas. Aún hoy vendemos productos caseros —mermeladas, pasteles, pepinillos envinagre con mostaza y arenques en escabeche—, aunque entretanto yo he hecho carrera. Soy dependienta en una librería y, aunque sigo sin hablar inglés especialmente bien, al menos sé leerlo y escribirlo, lo cual aquí se valora mucho. Hace tiempo que olvidé que un día quise ser escritora y que incluso

llegué a cosechar mis primeros y modestos éxitos. Sólo hoy recuerdo mi sueño de juventud porque te estoy escribiendo a ti, a quien siempre tenía que ayudar con las redacciones. «Estamos en contacto con alguna gente de Breslau. Vemos con frecuencia a los dos hermanos Grünfeld. Su familia tenía un almacén al por mayor de productos textiles junto a la estación que abastecía a media Silesia. Wilhelm y Siegfried vinieron a Nueva York con sus esposas en 1936. Los padres no querían emigrar y fueron deportados. Los Silbermann (él era dermatólogo, pero nunca ha logrado superar el examen de inglés requerido y es recepcionista en un modesto hotel) y los Olschewski (él era boticario y no consiguió salvar nada, excepto a un hijo de su hermana) viven en nuestro barrio, que aquí todo el mundo conoce como el Cuarto Reich. Mi madre necesita el pasado, yo no.

»Jettel, no te imagino en África. Siempre le tuviste tanto miedo a todo..., incluso a las arañas y abejas. Y, si mal no recuerdo, detestabas todos los trabajos a los que no se pudieran llevar los más elegantes vestidos. Me acuerdo perfectamente de tu apuesto marido. He de confesar que siempre te envidié por su causa, como también por tu belleza y por tu éxito con los hombres. Yo, como tú bien me auguraste durante una discusión con sólo doce años, me he convertido en una auténtica solterona; y aunque alguien hubiera estado tan ciego como para proponerme matrimonio, lo habría rechazado.

»Después de todo lo que mami ha hecho por mí, nunca habría podido dejarla sola.

»Pero aún hay algo más que debo contarte. ¿Te acuerdas del bedel de nuestro antiguo colegio, Barnowsky? Solía echarle una mano a nuestro jardinero en primavera y a Gretel, los días de colada. Mi padre le pagaba la matrícula en el colegio a su hijo mayor, que era muy inteligente, y pensaba que no lo sabíamos. No sé cómo se enteró el buen Barnowsky de nuestra partida, pero la noche antes de marchar apareció de pronto en la puerta de casa y nos trajo *wellwurst*^[19] para el viaje. Tenía lágrimas en los ojos y sacudía la cabeza sin cesar, y se ha ocupado durante todo este tiempo de evitar que odie a todos los alemanes.

»Ahora sí que he de poner punto final. Sé que nunca te ha gustado escribir, aun así espero de todo corazón que respondas a esta carta. Hay tantas cosas que querría que me contaras. Y mi madre se muere de ganas de saber si hay alguien más de Breslau en Kenia. A mí las historias de antaño sólo consiguen entristecerme. Cuando murió mi padre, una parte de mí murió con él, pero quejarse sería pecado. Ninguno de nosotros, los que sobrevivimos, logró salvar su alma. Escríbele pronto a tu vieja amiga Use».

Las sombras eran largas y negras cuando Walter guardó la carta en el bolsillo de la camisa. Se puso en pie, ayudó a Jettel a levantarse y por un momento fue como si ambos quisieran decir algo al mismo tiempo, pero se limitaron a sacudir la cabeza al unísono muy levemente. Durante el breve trayecto que separaba la parada del autobús del Hove Court sólo se oyó a Chebeti. Acallaba con retazos de una dulce melodía el llanto del bebé, que comenzaba a revolverse a causa del hambre, y rió satisfecha

cuando se dio cuenta de que su canto también servía para secar los ojos de la *memsahib* y del *bwana*.

—Mañana —dijo contenta— llegará otra carta. Mañana será un buen día.

Justo el día que Max cumplió seis meses puso fin, con una inesperada determinación, al rumor de que la ternura de Chebeti lo había ablandado y lo había hecho tan perezoso como los vástagos de su propio clan, que seguían aferrados al pecho de su madre cuando ya habían aprendido a andar. El pequeño áscari de Chebeti se incorporó por sí solo en su cochecito, pasando por encima de las reticencias de las experimentadas madres alemanas. Era domingo por la mañana cuando ocurrió. Entonces el jardín del Hove Court no ofrecía al pesado bebé el ambiente propicio para llamar la atención con proezas físicas.

La mayoría de las mujeres se mantenía fiel —si bien con cierto embarazo, ya que, desde que la palabra *brunch* comenzara a cobrar cada vez más popularidad, ya no se correspondía con las costumbres del país— al ritual europeo del opíparo almuerzo dominical. Todas estaban ocupadas supervisando a la servidumbre en la cocina y quejándose de la calidad de la carne sin manir. Los hombres se afanaban con el *Sunday Post*, que con sus florituras lingüísticas, sus ambiciones literarias y los complicados relatos de la vida de la alta sociedad londinense fatigaba de tal modo a la mayoría de los refugiados que sólo se sentían capaces de hacer frente a las penalidades de la lectura alternándola con largas pausas y con la idea, pronto desechada, de que querer es poder.

Si Owuor se hubiera asomado a la ventana cada poco, como hacía siempre, habría visto erguido en el cochecito al niño de sus ojos, al que se empeñaba en llamar «áscari» a pesar de que la tranquilidad se iba apoderando de las noches. Pero en aquel preciso instante Owuor vociferaba en la cocina como un joven *masai* en su primer día de caza, pues sobre las patatas había caído demasiada lluvia antes de la cosecha y se deshacían en el agua. Las patatas, que después de cocidas se parecían a las nubes que coronaban la gran montaña de Ol' Joro Orok, solían provocar en Owuor una sensación de fracaso y en el rostro del *bwana*, un surco de ira entre la nariz y la boca.

Chebeti planchaba los pañales, lo que Owuor consideraba un envidioso ataque a su virilidad: entre las labores de un *aja* sólo se contaba lavar la ropa, no andar con la pesada plancha, que sólo le obedecía a él. Jettel y Walter habían aplazado su disputa de la noche anterior con aquel agotamiento que zanjaba prematuramente toda conversación desde el día en que Jettel comprendió hasta sus últimas consecuencias el significado de la palabra *repatriation*.

Ella y Walter habían ido a visitar al profesor Gottschalk. Éste se había torcido un tobillo y dependía desde hacía tres semanas de que sus amigos lo abastecieran tanto de comida como de noticias del mundo exterior, con el que no podía mantener contacto ni a través de la radio ni por los periódicos, sino sólo mediante conversaciones personales.

Así que sólo estaba presente Regina cuando su hermano, con un vigoroso impulso

y un fuerte berrido, que sin embargo sólo atrajo la atención del perro de Diana, adoptó una nueva postura en la vida. En menos tiempo del que necesita un pájaro para desplegar sus alas ante un peligro, Max se transformó de un bebé que no veía más que el cielo y al que había que coger en brazos para que pudiera ensanchar su horizonte en un ser lleno de curiosidad capaz de mirar a la gente a los ojos en todo momento y de contemplar la vida desde lo alto a su antojo.

El cochecito se encontraba a la sombra del guayabo en que antaño se alojara el hada inglesa. Desde que aquella dama clasista dejó de ocuparse de los deseos y las inquietudes de la solitaria hija de un refugiado, Regina sólo buscaba la protección de su fantasía cuando el sol la empujaba despiadado hacia las sombras, devolviéndola así al pasado.

Cuando Max, presa de un asombro que hizo que sus ojos se tornaran redondos como la luna que en las noches de máximo esplendor nos regala la claridad del día, abandonó la seguridad de su almohada, su hermana acababa de hacer un descubrimiento irritante. Experimentó por vez primera con una claridad meridiana que un mero olor familiar era capaz de despertar de su letargo aquellos recuerdos tan bien enterrados que avivaban en su mente el fuego de un turbador sufrimiento. El dulce aroma de aquellos días que ya nunca más serían le produjo un cosquilleo de nostalgia en la nariz. Sobre todo, lo que Regina no sabría decir a ciencia cierta era si deseaba que su hada volviera o no. La elección entre las dos posibilidades la hacía dudar.

—No —decidió al fin—, ya no la necesito. Te tengo a ti. Tú al menos sonrías cuando te cuentan algo. Y contigo puedo hablar inglés exactamente igual de bien que antes con el hada. Por lo menos cuando estamos solos. ¿O prefieres que te hable en suajili?

Regina abrió la boca de par en par como un ave que alimenta a su nidada, llenó sus pulmones de aire fresco y rió sin perturbar la calma. Aún disfrutaba, con el mismo gozo que el maravilloso día en que le fue dado contemplar por vez primera aquel milagro, del hecho de que su sonrisa era capaz de hacer brotar la alegría como por arte de magia en el rostro de su hermano. Satisfecho, Max profería ruidos guturales y logró canalizar el torrente de expresiones de júbilo que se agolpaba en su interior hasta formar un sonido que Regina interpretó como «*aja*».

—No dejes que papá oiga eso —le dijo reprimiendo una risita—, se volverá loco si la primera palabra de su hijo es en suajili. Querrá hablar contigo de su patria en su idioma. Di mejor Leobschütz o al menos Sohrau.

Regina descubrió demasiado tarde que se había comportado de forma tan inexperta como un buitre joven que mediante un graznido prematuro atrae a sus congéneres y ha de compartir con ellos su presa. Se había dejado arrastrar por su fantasía a un abismo del que no podría salir incólume. El antiguo y agradable juego del interlocutor que nunca daba una respuesta y, por tanto, siempre ofrecía la deseada había dado paso a una presencia con gesto burlón, y Regina recordó la pelea de sus

padres, que ahora se repetía con tanta frecuencia como el aullido de las hienas en las noches de Ol' Joro Orok.

Ya entonces Regina sabía hasta qué punto la palabra Alemania, tan pronto como su padre pronunciaba las primeras sílabas, era sinónima de pesar y disgusto. Pero desde hacía algún tiempo, Alemania representaba para todos una amenaza aún más fuerte que el poder de todas las palabras incomprensibles que Regina había aprendido a temer en su niñez. Cuando sus oídos no lograban cerrarse a tiempo a la despiadada batalla de sus padres, tenían que oír hablar una y otra vez de aquella despedida que Regina se imaginaba mucho más dolorosa aún que la separación de la granja, la cual no podía olvidar pese a sus esfuerzos y a la promesa hecha a Martin.

No eran sólo las barbaridades con las que sus padres se torturaban mutuamente las que asustaban a Regina, sino también y sobre todo la sensación de que se esperaba de ella que decidiera entre dar la razón a su cabeza o a su corazón. Su cabeza estaba del lado de su madre, su corazón latía por su padre.

—¿Sabes, áscari? —dijo Regina, y habló con su hermano en la hermosa y dulce lengua *jaluo*, como hacían Owuor y Chebeti tan pronto se quedaban a solas con el niño—, a ti te pasará exactamente lo mismo. Nosotros no somos como los demás niños. A los demás niños no les cuentan nada, a nosotros nos lo dicen todo. Nosotros tenemos unos padres que no pueden tener la boca cerrada.

Regina se puso en pie, disfrutó por un instante de las punzadas de la hierba dura en los pies descalzos como si de un vivificante baño se tratara, echó luego a correr hacia el florido hibisco y arrancó un ejemplar lila de la exuberante planta. Llevó con cuidado la delicada flor hasta el cochecito y acarició con ella al bebé hasta que éste berreó y chilló y de su garganta brotaron de nuevo aquellos monosílabos que sonaban como una mezcla *de jaluo* y *suajili*.

—Si no se lo cuentas a nadie —le susurró, lo sentó en su regazo y prosiguió, algo más alto, en inglés—, te lo explico. Ayer oí a mamá gritar: «Nadie logrará llevarme al país de esos asesinos», y no tuve más remedio que llorar con ella. Sabía que estaba pensando en su madre y su hermana. Sabes, eran nuestra abuela y nuestra tía. Pero entonces papá le contestó, también a gritos: «No todos eran asesinos», y estaba tan pálido y temblaba tanto que me dio una pena horrible. Y entonces lloré por él. Siempre es igual. Nunca sé de qué lado estoy. ¿Entiendes por qué prefiero hablar contigo? Ni siquiera sabes que existe Alemania.

—¡Vaya, Regina! ¿Ya estás atosigando a tu hermano con tus poesías en inglés o acaso estás inculcándole algún otro disparate? —gritó Walter desde lejos, asomando tras la morera.

Regina alzó a su hermano y ocultó el rostro tras su cuerpo. Esperó hasta que la turbación dejó de colorear su piel y tuvo la sensación de ser un cazador cazado. Esta vez Owuor se había equivocado. Él sostenía que Regina tenía la vista de un guepardo, pero no había visto venir a su padre.

—Creía que estabas en casa del viejo Gottschalk —balbuceó.

—Allí estábamos. Te manda recuerdos y dice que a ver si te dejas caer por allí alguna vez. Debes hacerlo, Regina. El pobre hombre está cada vez más solo. Hay que prestarle la poca ayuda que uno pueda de buen grado. No podemos darle nada salvo a nosotros mismos. Mamá se ha adelantado y va camino del apartamento. Y yo he pensado que mis hijos se alegrarían de verme. Pero mi hija parece una ladrona de huevos sorprendida con las manos en la masa.

La fuerza del arrepentimiento al percibir la decepción de Walter sacudió a Regina de aquel estado. Se levantó pesadamente, como una anciana desdentada y sin fuerzas, devolvió a Max a su almohada, se acercó a su padre poco a poco, vacilante, y lo abrazó tan fuerte como si ella sola pudiera con sus brazos aprisionar aquellos pensamientos de los que él no podía saber nada. El temblor de su padre le transmitió aun con más claridad que su expresión la agitación de la noche anterior. Aunque se resistía, sobre Regina pesaba una tristeza que le oprimía; buscó palabras con las que ocultarle su compasión, pero él se le adelantó.

—No fuiste muy cuidadosa en la elección de tus padres —dijo Walter, sentándose bajo el árbol—. Y ahora quieren llevarte con ellos a un país extranjero por segunda vez.

—Tú quieres, mamá no.

—Sí, Regina, quiero y debo. Y tú tienes que ayudarme.

—Pero aún soy una niña.

—No lo eres y lo sabes. Al menos no me lo pongas más difícil. Nunca podría perdonarme haberte hecho desgraciada.

—¿Por qué tenemos que ir a Alemania? Los demás no tienen que hacerlo. Inge dice que su padre será inglés el año que viene. Tú también puedes serlo. Tú estás en el ejército y él no.

—¿Es que le has contado a Inge que queremos volver a Alemania?

—Sí

—¿Y qué dice ella?

—No lo sé. Ya no quiere hablar conmigo.

—No sabía que los niños pudieran ser tan crueles. No querría hacerte eso —murmuró Walter—, pero trata de entenderme. Es posible que al padre de Inge le den un pasaporte inglés, pero no por eso va a ser inglés. Dime, ¿crees que van a invitarlo a los hogares de las familias inglesas? Digamos, por ejemplo, ¿a casa de tu querida directora?

—¡A casa de ella nunca!

—Ni a la de nadie. ¿Lo ves? No quiero ser un hombre con un apellido que no le pertenece, pero debo saber por fin adonde pertenezco. No puedo seguir siendo un *bloody refugee* al que nadie toma en serio y al que la mayoría desprecia. Aquí se limitarán a soportarme y nunca dejaré de ser un marginado. ¿Puedes hacerte una idea de lo que eso significa?

Regina se mordió el labio inferior, pero aun así respondió de inmediato:

—Sí —dijo—, sí que puedo. —Se preguntaba si su padre se figuraba lo que había sufrido y aprendido en todos aquellos años en el colegio, primero en Nakuru y ahora también en Nairobi—. Aquí —le explicó— es aún peor. En Nakuru sólo era alemana y judía, ahora soy alemana, judía y una *bloody scholar*. Eso es peor que ser un *bloody refugee*. Créeme, papá.

—Nunca nos habías dicho nada de eso.

—No podía. Al principio no tenía palabras suficientes y luego no quise que te pusieras triste. Y además... —agregó tras una larga pausa durante la cual la asediaron los fantasmas de la soledad—, no me importa. Ya no.

—Lo mismo le pasará a Max cuando vaya al colegio. Espero que tenga un corazón tan grande como el tuyo y que no le reproche a su padre ser un fracasado.

Cuando el amor de una niña se tornó la admiración de una mujer, Regina decidió guardar silencio, pero supo que sus ojos la delataban. Su padre no era tonto, soñador y débil, como pensaba su madre. No era un cobarde ni huía de las dificultades, como afirmaba ella cada vez que discutían. El *bwana* era un luchador lleno de fuerza y tan astuto como sólo podía serlo un hombre que no abría la boca hasta el momento oportuno. Sólo un vencedor sabía cuándo debía sacar su mejor flecha, y él calculaba su disparo con gran precisión para hallar el punto más sensible de aquellos a los que quería alcanzar. A ella el intrépido *bwana* le había dado en pleno corazón, tan hondo como Cupido y tan sagaz como Ulises. Regina se preguntaba si debía reír o llorar.

—Tú luchas con las palabras —admitió Regina.

—Es lo único que sé hacer. Y quiero volver a hacerlo. Por todos vosotros. Debes ayudarme. Sólo te tengo a ti.

La carga que su padre le imponía era pesada. Regina trató una vez más de rebelarse, pero al mismo tiempo se sintió como si estuviera perdida en el bosque y acabara de descubrir el claro que habría de salvarla. El tira y afloja por su corazón tocaba a su fin. Su padre tenía en su mano de una vez por todas el trozo más largo de cuerda.

—Prométeme —dijo Walter— que no te pondrás triste cuando regresemos a casa. Prométeme que confiarás en mí.

Aun mientras su padre hablaba, los recuerdos golpearon a Regina tan certeros como un hacha afilada a un árbol enfermo. Aspiró el aroma del bosque de Ol' Joro Orok, se vio a sí misma tumbada en la hierba, sintió el fuego de un inesperado roce y luego, al instante, un lancinante dolor.

—Martin también me dijo eso. Cuando aún era un príncipe y fue a buscarme al colegio. «No debes ponerte triste cuando tengas que marcharte de la granja», me dijo. Tuve que prometérselo. ¿Lo sabías?

—Sí. Algún día olvidarás la granja. Te lo prometo. Y otra cosa, Regina, olvídate de Martin. Eres demasiado joven para él y él no es suficientemente bueno para ti. Martin sólo se quiere a sí mismo, siempre ha sido así. Ya le hizo perder la cabeza a tu madre. Por aquel entonces, ella no era mucho mayor que tú ahora. ¿Te ha escrito?

—Lo hará —se apresuró a decir Regina.

—Eres igual que tu padre. Un pobre diablo que todo se lo cree. Quién sabe si volveremos a tener noticias de Martin. Se quedará en Sudáfrica. Debes olvidarlo. El primer amor nunca llega a nada en la vida, y está bien así.

—Pero mamá también fue tu primer amor. Ella misma me lo dijo.

—¿Y qué hemos sacado en limpio?

—Max y yo —repuso Regina. Se quedó mirándolo hasta que por fin logró arrancarle una sonrisa.

De camino al apartamento, preguntó:

—Si tenemos que irnos a Alemania, ¿qué será de Owuor? ¿Podrá venir con nosotros también esta vez?

—Esta vez no. Nos partirá el corazón y la herida no cicatrizará jamás. Regina, lamento que ya no seas una niña. A los niños se les puede engañar.

Durante el almuerzo, no fue difícil justificar las lágrimas aduciendo un dolor físico. Owuor había hecho de las patatas deshechas un puré compacto con mucha pimienta y aún más sal.

El jueves, Regina fue con Chepoi de compras al mercado con la vista puesta en el cumpleaños de Diana. Después tuvo que emplear mucho tiempo y muchas palabras, sacadas de un poema de Shakespeare y traducidas con mucha libertad, para aplacar los celos de Owuor, y por fin pudo visitar al profesor Gottschalk. Por primera vez desde la caída, volvía a estar sentado ante su puerta en la desvencijada silla de tijera con la gruesa chaqueta de terciopelo negro. Sobre la manta que cubría sus rodillas estaba el ya familiar libro, pero las tapas de piel roja con caracteres dorados que siempre habían fascinado a Regina de tal modo que no era capaz de concentrarse en las letras ahora estaban cubiertas de polvo.

Regina comprendió con una angustia que le hizo paladear el amargo sabor del miedo, y que sólo al día siguiente aprendió a identificar como un dolor, que aquel anciano ya no deseaba leer. Había enviado a sus ojos de safari por un mundo en el que los limoneros bajo los cuales había paseado tan a menudo en sus días de plenitud ya no daban frutos. Desde su última visita, el sombrero negro se había vuelto más grande y el rostro que cubría, más pequeño, pero su voz sonó firme cuando dijo:

—Cuánto me alegro de que hayas venido, el tiempo se acaba.

—En absoluto —se apresuró a negar Regina con aquella obsequiosa amabilidad que tanto había tenido que ensayar como virtud de los exploradores—. Estoy de vacaciones.

—Antes yo también tenía vacaciones.

—Pero si usted siempre está de vacaciones.

—No. En casa tenía vacaciones. Aquí todos los días son iguales. Un año tras otro. Perdona, Lilly, que sea tan ingrato y que diga tantos disparates. Tú no puedes hacerte una idea de lo que quiero decir. Aún eres lo bastante joven para que tus ojos beban cuanto se les ofrece.

Cuando Regina se percató de que el profesor la había confundido con su hija, quiso decírselo, pues no era bueno que una persona se apropiara del nombre de otra, pero no sabía cómo explicarle una historia tan compleja si no era con las palabras y en la lengua de Owuor.

—Mi padre también dice esas cosas —murmuró.

—Pronto ya no las dirá más, su corazón está listo para despedirse y comenzar de nuevo —dijo el profesor, e hizo un guiño sin que sus ojos reflejaran alegría. Por un breve instante, su rostro volvió a ser tan grande como su sombrero—. Tu padre es un hombre inteligente. Vuelve a tener esperanza. Y lo que dice la voz interior no defrauda al alma esperanzada.

Regina se preguntaba desconcertada por qué sentía tanto frío en la piel aun cuando la sombra del muro no podía alcanzarla. Entonces cayó en la cuenta. El aullido de las hienas demasiado viejas para capturar una presa resonaba en las noches oscuras como la risa del profesor a plena luz del día. Al mismo tiempo, pensaba cuántos años tendría el profesor y por qué la gente mayor decía tan a menudo cosas aún más difíciles de descifrar que los misteriosos enigmas de las leyendas antiguas.

—¿Te alegras de irte a Alemania? —quiso saber el profesor.

—Sí —dijo Regina, cruzando los dedos como había aprendido de Owuor cuando era niña para proteger su cuerpo del veneno de una mentira que su boca no había podido retener. Ahora estaba segura de que el profesor no hablaba con ella, pero eso no la confundía. ¿Acaso no había visto en su padre una y otra vez que un hombre necesita a alguien que le escuche aunque ese amigo no sea el más adecuado?

—Cuánto me gustaría estar en tu lugar. Imagínate que estás en casa, sales a la calle y todo el mundo habla alemán. Hasta los niños. Sólo tienes que preguntarles algo y te entienden de inmediato y te responden.

Regina abrió la boca lentamente y volvió a cerrarla aún más despacio. Necesitaba tiempo para averiguar si el profesor sabía que estaba sentada en el suelo junto a su silla. Él esbozó una sonrisa, como si llevara toda la vida hablando con monos bostezadores que ni siquiera tuvieran que proferir un sonido para llamar la atención.

—Francfort —espetó el profesor, rasgando con voz suave el apacible silencio— era tan bonito. ¿Te acuerdas? ¡Cómo puede alguien no ser de Francfort! Eso ya sabías decirlo cuando eras una canija. Todos se reían. Dios mío, ¡qué felices éramos entonces! ¡Y qué necios! Saluda a la patria de mi parte cuando la veas. Dile que no he podido olvidarla. Dios sabe que lo he intentado una y otra vez.

—Lo haré —respondió Regina. Se tragó su desconcierto y comenzó a toser.

—Y gracias por haberlo conseguido a tiempo. Dile a tu madre que no debe regañarte si llegas tarde a clase de canto.

Regina cerró los ojos mientras esperaba que la sal que había bajo sus párpados se convirtiera en pequeños granitos secos. Tardó más de lo que pensaba en volver a ver con claridad y entonces se dio cuenta de que el profesor se había quedado dormido. Hacía tanto ruido al respirar que el tenue silbido del viento enmudeció; el ala del

sombrero negro le rozaba la nariz.

Aunque Regina no llevaba zapatos y sus pasos sobre la tierra encostrada apenas hacían más ruido que una mariposa que se detiene a descansar sobre un sediento pétalo de rosa, procuró que sólo las puntas de sus pies tocaran el suelo. A medio camino se dio la vuelta de nuevo, pues de pronto le pareció conveniente e importante que el profesor no se despertara hasta que recuperase las fuerzas para ordenar en su cabeza las formas y los colores.

Le complacía y, por algún motivo que aún no alcanzaba a entender, le alegraba verlo dormir plácidamente. Como sabía que no la oiría, cedió al repentino y desbordante impulso de exclamar *kwaheri* en lugar de adiós.

Cayó la tarde antes de que a los inquilinos del Hove Court comenzara a extrañarles que el profesor Gottschalk, que tenía auténtica aversión al súbito frío que acompañaba a las noches africanas, siguiera plácidamente sentado en su silla. Pero luego, tan deprisa como si lo hubieran anunciado los tambores de la selva con sus ecos hechizados, corrió la voz de que había muerto.

El entierro tuvo lugar al día siguiente. Como era viernes y el difunto debía ser inhumado antes del comienzo del *sabat*, el rabino, pese a las alusiones a la extraordinaria furia de la estación de las lluvias en Gilgil, se negó a retrasar el sepelio más allá del mediodía. Procuró mostrar su comprensión por la irritación que suscitaba en el cortejo fúnebre su deber de fidelidad a las leyes sagradas con un amago de sonrisa y toda una serie de gestos conciliadores, pero desoyó toda objeción, incluso los argumentos, expuestos en un inglés de lo más comprensible, de que el profesor tenía derecho a estar acompañado de su hija y su yerno en su último viaje.

—Si oyera la radio en lugar de rezar, sabría que la carretera de Gilgil a Nairobi es un barrizal —dijo Elsa Conrad exasperada—. A un hombre como el profesor no se le enterra sin sus parientes.

—Sin hombres tan piadosos como el rabino aquí presente, ya no quedarían judíos —intentó mediar Walter—. El profesor lo habría entendido.

—Maldita sea, ¿es que siempre tienes que mostrar comprensión por otra gente?

—Ésa es una cruz que he llevado toda mi vida.

Lilly y Osear Hahn llegaron al cementerio cuando el sol apenas arrojaba aún sombra y el pequeño círculo de cariacontecidos permanecía en pie, apenado, junto a la fosa. Tras las correspondientes oraciones, el rabino había pronunciado un breve discurso en inglés lleno de sabiduría y erudición, pero la indignación y, sobre todo, la falta de conocimientos lingüísticos de la mayoría de los presentes no habían hecho más que incrementar la agitación.

Oscar, vestido con unos pantalones caqui y una chaqueta oscura demasiado estrecha, no llevaba corbata, tenía rastros de barro seco en el pantalón y en la frente y respiraba con dificultad.

No dijo ni una palabra y sonrió confuso cuando llegó junto al grupo. Lilly llevaba puestos los pantalones con que daba de comer a las gallinas por las noches y un

turbante rojo en la cabeza. Estaba tan nerviosa que olvidó cerrar la puerta del coche al bajarse a la entrada del cementerio. Su caniche, que, al igual que Osear, en los últimos dos años se había vuelto mucho más viejo, más gris y más gordo, corría tras ella jadeando. Desde el otro lado de los enormes árboles se oyó a Manjala, a quien Regina reconoció de inmediato por su ronca voz, llamar a gritos al perro. Lo insultaba llamándolo hijo de la voraz serpiente de Rumuruti y lo amenazaba ora con su cólera ora con la venganza del implacable dios Mungo.

Regina tuvo que tragarse la risa, que aflucía a su garganta con el ímpetu de una catarata furibunda, como quien mastica por descuido bayas de pimienta demasiado maduras; por respeto al profesor se esforzó también por desterrar de su rostro la alegría que sentía al ver a Lilly y Oha. Se encontraba en pie entre Walter y Jettel, bajo un cedro desde el que un mirlo en celo, pese al calor del resistero, galanteaba tratando de llamar la atención con sonidos agudos. Cuando Regina vio cómo corría Lilly y cómo la fatiga cincelaba profundas arrugas en su rostro, se dio cuenta de que al profesor le preocupaba que su hija pudiera llegar tarde a clase de canto. Primero pensó que debía reír, y se mordió el labio horrorizada, y luego sintió las lágrimas, aunque sus ojos estaban aún secos.

Cuando Lilly llegó junto a la fosa y suspiró aliviada, el caniche olisqueó a Regina y se abalanzó sobre ella con un estridente ladrido de alegría antes de enroscarse entre sus piernas. Ella lo acarició para calmarse ella misma, además de apaciguar al perro, llamando así la atención del rabino, que se quedó mirándolos fijamente, a ella y al perro, que no dejaba de gimotear.

En voz muy baja y sin haber recuperado aún el aliento, Oha recitó el *kadis* por los muertos, pero hacía tanto tiempo que habían fallecido sus padres que ya no era capaz de recordar el texto de la oración lo suficientemente rápido, y a cada palabra tenía que evocar un pasado que en aquel momento de agotadora emoción lo confundía con palabras equivocadas. Todos se percataron de lo embarazoso que le resultaba tener que aceptar la ayuda de un hombre solícito y menudo a quien nadie conocía y que había aparecido detrás de una lápida justo en el momento adecuado.

El desconocido de barba y sombrero alto y negro asistía a todos los enterramientos del círculo de los refugiados porque, por experiencia, podía estar seguro de que eran pocos los que conservaban la ortodoxia suficiente para recitar con soltura la oración por los difuntos y de que casi siempre se mostraban agradecidos por su ayuda con la generosidad de quienes no podían permitirse dar nada.

Cuando por fin Oha hubo balbuceado la última palabra de la oración por los muertos, el hoyo se cubrió de tierra rápidamente. Hasta el rabino parecía tener prisa. Ya se había alejado unos metros cuando Lilly se desasíó de los brazos que la consolaban y, con una timidez casi infantil que la hizo parecer una extraña, dijo en voz queda: «Sé que la canción no pega en un entierro, pero mi padre la adoraba. Me gustaría cantarla para él una última vez».

El rostro de Lilly estaba pálido, pero su voz era suficientemente clara y firme para

arrancarle más de un eco al azul resplandeciente de las montañas de Ngong cuando entonó *No sé lo que significa*. Algunos tararearon la melodía, y el silencio tras la última nota fue de una solemnidad tal que hasta el caniche pareció comprender, pues rompió —por primera vez en años— con su costumbre de acompañar el canto de Lilly con una salva de aullidos. Regina intentó primero tararear con los mayores y luego llorar con ellos, pero no logró ni una cosa ni la otra. La apenaba haber olvidado lo que tenía que decirles a Lilly y Oha, a pesar de que su padre había estado practicando con ella aquella misma mañana las tres palabras en alemán que tan bonitas y oportunas le habían parecido.

Jettel invitó a Lilly y Oha a cenar. Owuor, henchido de orgullo, les mostró al pequeño Max y les explicó con lujo de detalles por qué él lo llamaba áscari. Más orgulloso aún se sintió al recordar cómo le gustaban los huevos fritos a la hermosa *memsahib* de Gilgil. Duros y con una costra marrón, no blandos y con una telilla como al *bwana*. También fue Owuor quien le contó a Lilly que, poco antes de su muerte, su padre había hablado con Regina.

—Ella —le dijo— fue con él al gran safari.

Regina se asustó, pues había pensado que su último encuentro con el profesor debía permanecer en secreto, pero luego volvió a comprobar una vez más lo listo que era Owuor, pues Lilly dijo primero: «Me alegro de que estuvieras con él», y más tarde propuso: «Tal vez te gustaría contarme de qué hablasteis».

Cuando Jettel se retiró para acostar a Max y los dos hombres fueron a dar un paseo por el jardín, Regina dejó salir las palabras que guardaba en su memoria desde la muerte del profesor. Incluso la frase «cómo puede alguien no ser de Francfort».

Al principio, a Regina le daba reparo hablar de la equivocación del profesor, pero precisamente eso acudía a sus labios con tanta insistencia que parecía que llevara todo ese tiempo aguardando la liberación del cautiverio. A Lilly aquella historia pareció confortarla; rió por primera vez desde que se bajara precipitadamente del coche en el cementerio, y luego volvió a hacerlo más fuerte cuando supo lo de la clase de canto.

—Típico —recordó—, mi padre siempre temía que llegara tarde.

—Ahora tú eres algo así como la hermana pequeña que nunca tuve —dijo cuando ella y Oha se despidieron para pasar la noche en la habitación del profesor.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Lilly dejó a Regina aún más perpleja que la noche anterior cuando le preguntó:

—¿Qué te parecería venir con nosotros a Arkadia? Ya le he preguntado a tus padres. Ellos están de acuerdo.

—No puede ser —rehusó Regina, y mientras lo decía notó en el ardor de su piel que sólo había sido capaz de dominar su boca, mas no su cuerpo, y sintió vergüenza porque sabía cuánto anhelo contenía su mirada.

—¿Por qué no? Pero si estás de vacaciones.

—Me gustaría mucho volver a una granja..., pero también quiero estar con Max.

Acaba de llegar.

—Ayer por la noche Max dijo con absoluta claridad que quería conocer Gilgil —
sonrió Oha.

XXI

En Gilgil los días volaban más aprisa que los patos salvajes en su largo safari hacia el lago Naivasha. Regina sólo trató de defenderse del vuelo del tiempo los primeros días. Al comprender lo mucho que la inquietaba intentar retener la felicidad, empezó a observar detenidamente a los viajeros de resplandecientes plumas verdes y azules. Para ella, aquellos pájaros que pasaban planeando bajo los remolinos de nubes formaban parte de la magia única de Arkadia, la granja de los tres acertijos imposibles de resolver.

Entre las montañas, con sus cimas carcomidas por el calor y las tormentas, y las enormes *schambas* de maíz, pelitre y lino, los ojos jamás se topaban con una valla o una zanja. En esa llanura interminable, el dios Mungo reinaba sobre las gentes de Gilgil con mano aún más dura que en Ol' Joro Orok. A éstas les bastaba con tener suficiente comida para ellas y su ganado. No se habían dejado domeñar ni por las órdenes ni por el dinero de los blancos; lo sabían todo acerca de la vida en la granja, pero de ellas la granja únicamente sabía que existían. Sólo Mungo podía disponer sobre la vida y la muerte de aquellos seres orgullosos que cuidaban de sí mismos y sólo permitían que llegara a su nariz el olor de lo familiar.

A partir de los primeros rebaños de ovejas que pastaban en la hierba, las cabras que brincaban hábilmente entre pequeños riscos musgosos, las vacas tumbadas que en su saciedad apenas movían la cabeza y las apelonadas chozas con minúsculas piedras blancas en sus paredes de barro, Mungo sólo dejaba oír su voz en el estruendo de la lluvia muy de mañana, pero su poder era palpable por doquier. En ese reino de imágenes y sonidos familiares había pequeñas *schambas* que pertenecían a los chicos de las chozas.

En ellas crecían altas plantas de tabaco, arbustos de hierbas medicinales de aroma dulzón cuyos efectos sólo conocían los ancianos sabios y bajas plantas de maíz de vigorosas hojas que hablaban en voz queda con cada soplo del viento. Por la mañana y en las primeras horas de la tarde trabajaban allí jóvenes mujeres de cabezas rapadas, pechos desnudos y niños sujetos a la espalda con pañuelos de colores. Cuando dejaban sus azadas en la hierba y se llevaban los niños al pecho, las gallinas sacaban a picotazos de entre sus pies, encostrados de tierra, pequeños escarabajos relucientes. Mientras trabajaban, las mujeres rara vez cantaban como los hombres; cuando hacían agujeros en el largo silencio riendo como niños, a menudo hablaban festivamente de la *memsahib* y su *bwana*, que tanto amaban las palabras que arañaban el cuello y la lengua.

Para Regina, Lilly, con aquella voz que volaba sobre los árboles y llegaba sin esfuerzo a las montañas, se convirtió en la hermosa señora de un castillo blanco que recibía mensajes de mundos extraños. Aquel castillo tenía grandes ventanas que guardaban el calor del día hasta bien entrada la noche y transformaban en grandes

bolas las más pequeñas gotas de lluvia. En el cristal, al que dos jóvenes *kikuyus* sacaban brillo a diario bajo la supervisión de Manjala hasta poder escupir en su propia cara, el sol pintaba con más colores que en ningún otro paraíso africano.

En el salón, con la gran chimenea hecha de una piedra que se teñía de un rosa pálido tan pronto comenzaba a crepitar la madera al arder, de la pipa de Oha surgía un rey suave. Tenía el vientre abultado y los huesos oprimidos por una carga que Regina era incapaz de identificar, pero trepaba con facilidad y astucia a las diminutas lomas grises de tabaco allá en lo alto y desde ellas bendecía sonriente la casa con la sonora carcajada, la suave música y la amabilidad de unos sonidos hermosos, extraños, singulares.

Había noches en que sólo las altas llamas iluminaban la estancia, sumiéndola en una bruma de un rojo muy vivo. Entonces el aroma, una sutil y armoniosa mezcla de cedros en los que aún habitaba el bosque y *tembo* de caña de azúcar recién quemado que Oha bebía después de cenar en pequeñas copas de cristal pintado, demoraba una y otra vez su despedida. En tales noches incluso los taciturnos espíritus mágicos salían de sus escondrijos. Eran sordos a las voces de la gente, pero para ellos era una placentera necesidad enviar sus ojos a un safari sin principio ni fin.

Luego, de los oscuros marcos de madera de los cuadros escapaban unos hombres rechonchos con anchos fajines anaranjados, altos sombreros negros y camisas de cuello blanco formado por pequeños pliegues rígidos. Los seguían mujeres de porte muy serio con tocados de encaje blanco, perlas en el cuello tan blancas como la joven luna y vestidos de grueso terciopelo azul. Los niños llevaban atuendos de luminosa seda que envolvían sus cuerpos como la propia piel y ceñidos gorros con diminutas perlas en las costuras. Reían con la boca, mas nunca con los ojos.

Estos seres de las moradas de los colores misteriosos se instalaban a sus anchas por un breve instante en los mullidos sillones verde oscuro. Antes de volver a su sitio en las pétreas paredes con una risa que no era más sonora que el primer berrido de un niño, murmuraban con voz ronca en un idioma cuyos guturales sonidos eran iguales a los de los bóers.

Cuando por la noche Regina observaba a tan distinguido grupo en su huida de los estrechos marcos de los cuadros, se sentía como la sirenita de los cuentos a la que la tempestad arrastra a la orilla y ya no puede andar, pero tampoco se atreve a regresar. En cambio, si se sentaba de día en el gran sillón con las cabezas de león talladas en los brazos, a la sombra del muro, cubierto de arvejas rosas y blancas, y contemplaba, inmediatamente después de que cesara la lluvia, la encrespada danza de las nubes, se sentía fuerte como Atlas, con el pesado globo terráqueo a sus espaldas.

La entusiasmaba la idea de encontrarse exactamente en la encrucijada entre tres mundos. No habrían podido ser más distintos entre sí ni aunque el propio Mungo se hubiese tomado la molestia de darle a cada uno una forma inconfundible. Los tres mundos se llevaban tan bien como la gente que no habla el mismo idioma y, por tanto, tampoco puede avenirse en el significado de la palabra conflicto.

La hierba, que se extendía desde las montañas —con su resplandor rojizo— hasta el valle, había acumulado demasiado sol para adquirir en la estación de las lluvias un tono tan verde como en el resto de las tierras altas. Los grandes arbustos amarillos coloreaban la luz como si las agostadas plantas tuvieran que protegerse de las miradas. Ello le confería al paisaje una suavidad que no tenía y lo hacía abarcable. Las gruesas franjas de las cebras resplandecían en sus hinchidos cuerpos hasta que el sol se precipitaba desde el cielo, y el pelaje de los babuinos se asemejaba a un tupido manto tejido con tierra pardusca.

Había días muy claros que convertían a los monos en bolas inmóviles, y en aquella luz blanca, que apenas toleraba una sombra, sólo tras múltiples y fatigosos esfuerzos lograba el ojo distinguirlos de las jorobas de las vacas que pastaban no muy lejos. Pero también había unas pocas horas que no pertenecían ni al día ni a la noche. En ellas los babuinos jóvenes, cuya experiencia y precaución aún no les habían arrancado la curiosidad del rostro, se acercaban tanto a la casa que cada una de sus voces adquiriría un timbre propio.

Tras el último maizal se hallaba el bosque de los cedros cuyas copas ya no alcanzaban a ver las raíces y los bajos espinos egipcios de secas ramas. Cuando sonaban los tambores, su eco imponía un breve y tenso silencio incluso al más furioso de los vientos. Eran estos sonidos, que tanto echara de menos en Nairobi, los que más acariciaban los oídos de Regina. Hacían que los recuerdos, que nunca había aprendido a tragarse, se trocaran en un presente que la embriagaba como en los días dichosos el *tembo* a los hombres de las chozas. Cada uno de los tambores le arrebatava el temor de ser sólo una viajera sin destino que únicamente pudiera alimentarse fugazmente de la recobrada felicidad y le confirmaba que en verdad ella era Ulises, de vuelta en casa para siempre.

Cuando su piel notaba el viento, el sol y la lluvia, y sus ojos se aferraban al horizonte como un chacal a la primera presa de la noche, Regina se sentía embriagada con el éxtasis, desconocido hasta entonces, del gran olvido. Aunaba lo familiar y lo ignoto, la fantasía y la realidad, y la dejaba sin fuerzas para pensar en el futuro al que su padre ya había dado caza. En su cabeza se formaba una tupida red de desconcertantes historias de un lugar lejano en el que Lilly se convertía en Sheherezade.

Cada vez que Chebeti entraba con el biberón caliente en una bandejita de plata y Regina se lo metía en la boca a su hermano, se abría de golpe la puerta de un paraíso del que sólo la señora del castillo tenía llave. Chebeti se sentaba en el suelo y enterraba sus delgadas manos en las grandes flores amarillas de su vestido. Regina esperaba a oír los primeros chasquidos de la lengua del bebé y luego les hablaba a Max y Chebeti, con el mismo tono solemne con el que recitaba en el colegio los patrióticos poemas de Kipling, de las cosas con que Lilly alimentaba sus oídos.

En Gilgil, hasta la leche estaba encantada. Por la mañana, la bienhechora era la parda *Antonia*, que no podía cantar y a la que un violín atrajo a la muerte. El

almuerzo del pequeño áscari procedía de la blanca *Cho-Cho-San*, que, con el puñal del padre en la mano y el aria *Muere honrosamente* en los labios, se quitó la vida cantando; por la noche, Max se dormía con el relato de *Konstanze*, mientras Lilly cantaba *La tristeza fue mi sino*, el caniche aullaba y Oha se enjugaba las lágrimas con la burda tela de su chaqueta.

Ya a los pocos días de estar en Gilgil, Regina comprendió que en lo referente a las favoritas de Lilly el apelativo de vacas lecheras era tan sólo un disfraz. Nada en ellas era como en las demás vacas. Cada sílaba de sus nombres, que nadie salvo Lilly y Oha podía pronunciar, tenía un significado. Esos eufónicos nombres, que por arte de magia se transformaban en canto en la garganta de Lilly con sólo mentarlos, eran para los demás de la granja una carga para cabeza y lengua. No había una sola vaca que entendiera suajili, *kikuyu* o *jaluo*. A menudo, cuando sólo la acompañaba Chebeti con Max en el cochecito, Regina trataba de hablar con *Ariadne*, *Aida*, *Donna Anna*, *Güday Melisande* del enigma de su origen. Pero las hechizadas vacas dejaban que el sol les calentara el cogote como si no tuvieran oídos. Tan sólo por boca de Lilly podían revelar sus secretos. *Arabella* era la última; mas también fue la primera que permitió a Regina barruntar que en el paraíso de Lilly la felicidad era tan delicada como las flores del frágil hibisco.

—¿Por qué le hablas a *Arabella* como si fuera un niño? —le preguntó Regina.

—Ay, niña, ¿cómo explicártelo? *Arabella* fue la última ópera que tuve la oportunidad de ver. Para ello, Oha y yo fuimos expresamente a Dresde. Eso no volverá a repetirse en esta vida. La ópera de Dresde está tan destrozada como mis sueños.

Precisamente porque hacía apenas una hora, en el desayuno, Lilly había cantado *Nunca sueño*, a Regina le costó mucho dar con el significado de su queja, pero desde el día de la historia de *Arabella* supo que no sólo las vacas de Lilly tenían sus secretos. Lo cierto es que la señora del castillo, con su mágica voz, podía reír tan alto que su carcajada hallaba eco hasta en la pequeña despensa, pero sus ojos con frecuencia tenían que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Pequeñas arrugas surcaban entonces el rostro de Lilly. Parecían regueros de agua en la tierra reseca y hacían que la boca se viera muy roja y la piel, tan fina como un pellejo extendido sobre una piedra.

Oha parecía aquejado de un mal similar. En verdad se reía a carcajadas y su pecho temblaba cuando llamaba a sus animales, pero después de que *Arabella* delatara a Lilly, Regina constató rápidamente que tampoco Oha era siempre el gigante amable y pacífico que ella adorara desde su infancia. En realidad era la reencarnación de Arquímedes, que no quería ver perturbado su círculo.

Les había puesto nombres a sus gallinas y bueyes. Estaban los gallos *Cicerón*, *Catilina César*. También las gallinas eran para Oha masculinas y oriundas de Roma. Las más hermosas se llamaban *Antonio*, *Bruto* y *Pompeyo*. Cuando Lilly las llamaba para darles de comer, Oha a menudo se sentaba en su sillón, cogía siempre el mismo

libro de la repisa de la chimenea y leía sin hacer ruido al pasar las páginas. Durante un rato se reía tan ruidosamente para sus adentros como si se hubiese atragantado con su hilaridad. Con todo, cuando Regina lo observaba detenidamente, siempre pensaba en Owuor, que había sido el primero en revelarles que dormir con los ojos abiertos hacía enfermar la cabeza.

Los bueyes habían sido bautizados con nombres de compositores. *Chopin* y *Bach* eran las mejores bestias de tiro; el toro se llamaba *Beethoven*; su hijo menor desde hacía cuatro horas, *Mozart*. Al feliz término de la larga noche en que nació y en la que Manjala, debido a las débiles contracciones de *Desdémona* y a su repentino ahogo, tuvo que acudir a su hermano en busca de ayuda, Lilly propuso con voz solemne que fuera Regina quien le pusiera nombre al ternero que acababan de salvar.

—¿Por qué Regina? —protestó Oha—. No está al tanto de nuestras cosas. Un nombre así es una atadura para toda la vida.

—No seas bobo —repuso Lilly—. Dale ese gusto a la niña.

Regina estaba demasiado ocupada con la felicidad de *Desdémona* para darse cuenta de que Lilly acababa de ofrecerle una parte del botín de Oha. Puso la mano en la cabeza del animal, dejó que el aroma de la satisfacción invadiera su nariz y que en su cabeza penetraran recuerdos que se aprestaron a la lucha con demasiada celeridad. Como se vio obligada a pensar al mismo tiempo en el niño muerto de su madre y en el nacimiento de su hermano, olvidó en el momento de tomar la decisión, de enorme responsabilidad, que el ganado de Gilgil tenía que estar bajo el embrujo de la música. Le vino a la cabeza la salvación del vigoroso ternero, que casi llega demasiado tarde.

—*David Copperfield* —dijo contenta.

Oha sacudió la cabeza, tiró, con una brusquedad inusitada en él, la lámpara de parafina que Manjala sostenía y dijo un tanto enfadado:

—Tonterías.

La titilante luz empequeñecía sus ojos, los labios parecían dos cerrojos blancos ante los dientes, y por vez primera Regina vio que también Oha y Lilly se peleaban, aunque lo hicieran más bajito y durante menos tiempo que sus padres.

—Llamaremos al pequeño *Yago* —propuso Lilly.

—¿Desde cuándo les pones tú el nombre a los toros? —preguntó Oha, troceando su propia voz con un cuchillo—. Me hacía ilusión llamarlo *Mozart*. Y no voy a dejar que me lo chafes.

A la mañana siguiente, Oha volvía a ser el gigante barrigón que no olía ni a irritación ni al desasosiego de un repentino mal humor, sino sólo a tabaco dulce y al suave aroma de una comprensiva serenidad. Se esforzó por no detener su mirada en Lilly, clavó los ojos en Regina y le dijo:

—Lo de ayer no lo dije con mala intención. —Se puso a contar cuidadosamente las pepitas negras de su papaya y luego prosiguió como si no hubiera necesitado mucho tiempo para tomar aliento.—

Pero es que sería gracioso que le pusiéramos aquí un nombre inglés. —Sonrió—.

Sabes, éstos no los conocemos bien.

—No importa —le sonrió Regina a su vez. Su rápida cortesía la desconcertó, y creyó haber hablado en inglés, como era habitual cuando se disculpaba sin arrepentimiento—. *David Copperfield* —aclaró cohibida, y cayó en la cuenta demasiado tarde de que en realidad no quería abrir la boca— es un viejo amigo mío. La pequeña Nell también —añadió.

Se paró a pensar, aterrada, si ahora tendría que seguir hablando y contarle a Oha la historia de la pequeña Nell, pero se percató de que los pensamientos de éste estaban muy lejos de allí. Como no respondía, Regina se tragó su alivio sin llamar la atención de Oha. No estaba bien hablar de cosas que aceleraban el corazón sin una boca ajena que acudiera en su ayuda.

Manjala, que durante todo ese tiempo había permanecido de pie junto a la vitrina de las relucientes copas, los cuencos blancos con reborde dorado y las gráciles bailarinas de porcelana blanca, puso su cuerpo en movimiento y sacó las manos de las largas mangas de su *kanzu* blanco. Recogió los platos, primero lentamente y luego con más prisa, e hizo danzar los cubiertos. Max se incorporó en el cochecito y acompañó cada sonido con una palmada que hizo entrar en calor los oídos de Regina.

Chebeti apartó al caniche de sus desnudos pies, se levantó, miró a Manjala con los ojos entornados, pues le había arrebatado la tranquilidad y dijo: «El pequeño áscari quiere beber», y fue a buscar el biberón. Sus pasos hicieron temblar el suelo de madera tan levemente como un viento atrapado de repente entre los árboles.

Lilly se sacó del bolsillo del pantalón el espejo dorado engastado con diminutas piedrecillas, se retocó los labios hasta que parecían recortados de su blusa roja y lanzó un beso al aire.

—He de ir a ver a *Desdémona* —anunció.

—Y a *Mozart* —rió Regina. Volvió a reír cuando se dio cuenta de que por fin había logrado pronunciar el nombre sin acento inglés. Lanzó un beso, como acababa de ver hacer a Lilly, en dirección a la cabeza de su hermano y notó que la pesadez huía de sus miembros y los acuciantes recuerdos de la noche, de su cabeza.

Era una sensación agradable que la llenaba como el *posho* de las chozas por la noche. Oyó en el bosque los primeros tambores del día. Tras las grandes ventanas, el sol teñía el polvo de múltiples colores. Regina entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas capaces de transformar las imágenes. Las siluetas de las cebras eran sólo franjas. El azul del cielo se tornó una pequeña mancha de color, los espinos egipcios perdieron su verde y los cedros se volvieron negros.

Regina sacó a Max del cochecito, apoyó la cabeza de su hermano en su hombro y alimentó sus oídos. Aguardó expectante los agudos sonidos que habían de indicarle que su hermano ya era lo bastante listo para disfrutar de la familiaridad. Cuando Chebeti entró con el biberón y le metió al niño la tetilla en la boca, el silencio empequeñeció la gran estancia.

El biberón estaba casi vacío cuando Oha *trazó* círculos con la cabeza y dijo:

—Te envidio mucho por tu David Copperfield.

Al pronunciar las dos últimas palabras, Oha tragó demasiado aire, y Regina tuvo que emplearse a fondo para tragarse a su vez su risa y convertirla a tiempo en la tos de rigor.

—*I'm sorry* —repuso. Esta vez supo en el acto que había hablado en inglés.

—Déjalo —la tranquilizó Oha—. Yo de ti también me reiría si me oyera chapurrear inglés. Por eso me gustaría tener por amigo a David Copperfield.

—¿Para qué?

—Para sentirme un poco como en casa.

Regina dividió primero cada una de las palabras en sílabas y luego volvió a unir las. Incluso las tradujo a su lengua, pero no consiguió averiguar por qué Oha las había dejado salir de su garganta.

—Pero si ya estás en tu casa —repuso ella.

—Podría decirse que sí.

—Pero si es tu granja —insistió Regina. Tuvo la sensación de que Oha quería decirle algo, pero solamente puso la lengua entre los labios, sin lograr proferir sonido alguno, de modo que ella repitió—: Ya estás en tu casa. Es tu granja. Todo aquí es tan bonito...

—*Pro transeuntibus*, Regina. ¿Lo entiendes?

—No. Papá dice que el latín que me enseñan en el colegio es tiempo echado a los gatos.

—A los perros. Cuando vuelvas a Nairobi, pregúntale a tu padre qué significa *pro transeuntibus*. Él podrá explicártelo perfectamente. Es un hombre inteligente. El más inteligente de todos nosotros, aunque nadie se atreva a admitirlo.

Fueron la voz de Oha y también sus ojos los que le proporcionaron a Regina la certeza de que éste, al igual que su padre, deseaba hablar de raíces, de Alemania y de su hogar. Preparó sus oídos para aquellos sonidos tan familiares como indeseados.

Entonces entró Lilly.

—El ternero ya ha hecho honor a su nombre —rió, apretando los labios hasta formar una pequeña bola roja.

Oha rió también al preguntar:

—¿Ya es capaz de mugir la *Kleine Nachtmusik*?

Lilly rió melodiosamente y abrió los ojos como platos, pero no se dio cuenta de que la alegría de su esposo sólo provenía de su boca. Se frotó las manos como si quisiera aplaudir y anunció:

—He de arreglarme para celebrarlo.

—Por supuesto —convino Oha.

Sin querer, Regina lo miró y supo que aún no había regresado de aquel safari del que Lilly nada sabía. Notó que se le enfriaba la piel y se sintió como si hubiera pegado la oreja a una abertura de una pared ajena y, al hacerlo, se hubiese enterado de cosas que no debía saber. Regina necesitó fuerzas para combatir la necesidad de

levantarse y consolar a Oha como hacía con su padre cuando lo atormentaban las heridas de su vida anterior. Por un momento logró reprimir cada movimiento de su cuerpo, pero las piernas no le daban tregua y finalmente vencieron a su voluntad.

—Voy fuera con Max —se disculpó. Aunque por lo general necesitaba ambas manos para sujetar a su hermano, liberó una de ellas y la pasó por la cabeza de Oha.

Los leones tallados del sillón recibieron el calor del sol, cuya sombra era aún muy pequeña. Los cedros habían recogido la lluvia de la noche en troncos y raíces. Cada vez que se movía una rama, Regina buscaba con la vista a los monos, pero sólo oía ruidos que le indicaban que las mamás mono llamaban a sus crías.

Por un momento pensó en Owuor y en la hermosa discusión de su infancia sobre si los monos eran más listos que las cebras o no, pero cuando su corazón empezó a desbocarse, se dio cuenta de que su padre estaba a punto de suplantar a Owuor. Por primera vez desde que llegara a Gilgil, se sintió asediada por la nostalgia de su hogar. Pronunció la palabra varias veces para sus adentros, primero aún alegre en inglés, luego de mala gana en alemán. En ambos idiomas las sílabas zumbaban como una abeja enojada.

A *Mozart* lo atrajeron hacia la hierba los dos jóvenes pastores que sólo oían la lengua de las vacas, no la de las personas. *Desdé-mona*, que iba empujando dulcemente a su hijo delante de ella con su enorme cabeza, de pronto se detuvo en una mancha de sol y comenzó a lamerle el suave pelaje hasta formar pequeños rizos parduscos. Un mirlo metálico se posó en el lomo de la vaca y el radiante azul de sus plumas cegó los ojos a cualquier otro color.

Lilly apareció tras un rosal de rosas amarillas con un largo vestido blanco que envolvía su cuello en un montón de volantes. Era como si ya hubiera recibido la orden de Mungo de volar hacia el cielo, sin embargo no se movió hasta que el ternero empezó a mamar. Entonces dejó salir el aire de su garganta, alzó la cabeza, juntó las manos y entonó el aria *Esta imagen es de una belleza cautivadora*.

Los pájaros enmudecieron y ni siquiera el viento pudo resistirse al canto de Lilly, así que la acompañó en su viaje con agudos sonidos aislados. Volaron más veloces que nunca hacia las montañas. Antes de que el último eco llegara hasta Regina, comprendió que se había equivocado. No era Ulises, feliz por volver a casa. Sólo había oído a las sirenas en Gilgil.

XXII

*Gobierno de Hesse
Ministro de Justicia
Wiesbaden
Bahnhofstr. 18*

*Doctor Walter Redlich
Hove Court
POB 1312
Nairobi (Kenia).*

Wiesbaden, 23 de octubre de 1946

Asunto: su solicitud de empleo en el servicio de justicia del Estado de Hesse de 9 de mayo de 1946.

Estimado doctor Redlich:

Nos complace comunicarle que su solicitud de empleo en el servicio de justicia de Hesse de 9.5 del año en curso ha sido aceptada mediante resolución de 14 del corriente. Por el momento pasará a desempeñar el cargo de juez en el tribunal de primera instancia de la ciudad de Francfort. Le rogamos que, a su regreso, se presente a la mayor brevedad posible ante el doctor Karl Maaj3, presidente de dicho tribunal, quien ya ha sido informado por nosotros sobre el particular. Asimismo le rogamos ponga en su conocimiento la fecha exacta de su traslado a Francfort. En el cálculo de sus emolumentos se han computado como años de servicio los transcurridos desde su destitución como abogado en Leobschütz (Alta Silesia), ocurrida en 1937.

El abajo firmante tiene el deber de comunicarle que es usted conocido personalmente en el Ministerio de Justicia de Hesse. Su deseo de colaborar en la reconstrucción de una justicia libre ha sido recibido aquí como una señal particularmente esperanzadora para la joven democracia de nuestro país.

Con la expresión de nuestros mejores deseos de futuro para usted y su familia, nos reiteramos a su entera disposición.

Atentamente,

Fdo.: Doctor Erwin Pollitzer.

Por orden del Ministro de Justicia del Gobierno de Hesse.

Owuor captó la importancia del momento con los ojos, la nariz, los oídos y la

cabeza de un hombre al que la experiencia ha dotado de inteligencia y el instinto ha mantenido ágil como un joven guerrero. Era el cazador que vela toda la noche y sólo aguzando permanentemente sus sentidos consigue la tan ansiada presa. Ese día, que había empezado como los demás, deparó aquella carta que era más importante que todas las anteriores.

A Owuor le habrían bastado las manos temblorosas del *bwana* y la brusquedad con que su piel cambió de color al abrir el grueso sobre amarillo. Aún más reveladores fueron el acre olor a miedo que emanaba de los dos cuerpos y la impaciencia que hizo llamear los cuatro ojos como un fuego que se enciende a toda prisa. En la misma habitación en que Owuor, aún sin nerviosismo ni precipitación, contara las burbujas del café caliente antes de ir a la oficina del Hove Court a recoger el correo, el silencio dejaba oír ahora de tal modo la respiración que se diría que el *bwana* y la *memsahib* tuvieran encerrados tambores en el pecho.

Mientras calmaba los latidos de su propio corazón tocando una y otra vez objetos que habría reconocido incluso con los ojos cerrados, Owuor observaba al *bwana* y a la *memsahib* mientras leían. Si abriera únicamente los ojos y no el cajón repleto de las vivencias de los días que ya no volverían, aquellas dos personas pálidas por el gran miedo no parecerían distintas de los otros momentos en que las lejanas cartas ardieran con tanta vehemencia como un pedazo de manteca grande en una cacerola pequeña. Y, sin embargo, para Owuor el *bwana* y la *memsahib* se habían vuelto unos extraños.

Primero permanecieron los dos sentados en el sofá, separando una y otra vez los labios como enfermos muertos de sed sin que asomaran sus dientes. Después las dos cabezas se volvieron una, y finalmente ambos cuerpos se fundieron en una montaña petrificada que se tragó toda la vida. Era como los *dik-diks* que buscan protección el uno en el otro cuando el sol abrasador está en lo alto, pero que tampoco quieren separarse cuando la sombra es demasiado pequeña para ambos. La imagen de los inseparables *dik-diks* inquietaba a Owuor. Le quemaba los ojos y le reseca la boca.

Le vino a la memoria la inteligente historia que contara Regina en Rongai muchas estaciones de las lluvias atrás. Fue mucho tiempo antes del hermoso día de las langostas. Un muchacho se había transformado en un corzo y su hermana no podía hacer nada contra el encantamiento. Ya no podía hablar con el hermano en la lengua de los hombres y temía por ello a los cazadores, pero el corzo no fue capaz de oler su miedo y abandonó la protección de la hierba alta.

Desde entonces Owuor sabía que, para las personas, un silencio demasiado largo podía ser mucho más amenazador que el gran ruido que engorda los oídos como sacos demasiado llenos. Owuor tosió para liberar su garganta, aunque el interior de su cuello estaba tan suave como el cuerpo recién aceitado de un ladrón. En ese instante se dio cuenta de que el *bwana* no había perdido la voz por siempre jamás. Era sólo que cada uno de los sonidos había de buscar trabajosamente el camino entre la lengua y los dientes.

—Dios mío, Jettel, que tenga que pasar por esto. No puede ser verdad. No sé qué decir. Dime que no estoy soñando y he de despertarme ahora mismo. Da igual lo que digas, basta con que abras la boca.

—Mis padres fueron de viaje de novios a Wiesbaden —susurró Jettel por toda respuesta—. Mi madre me hablaba a menudo del Schwarzer Bock^[20] y de las borracheras que pillaba mi padre. El vino se le subía a la cabeza y ella se enfadaba muchísimo.

—Jettel, compórtate. ¿Entiendes lo que ha pasado? ¿Sabes lo que esta carta significa para todos nosotros?

—No del todo. No conocemos a nadie en Wiesbaden.

—¡Entérate de una vez! Quieren que volvamos. Podemos regresar. Podemos regresar sin preocupaciones. Se acabó ser un pobre desgraciado.

—Walter, tengo miedo, tengo mucho miedo.

—Pero lee esto, señora Redlich. Me han nombrado juez. A mí, al abogado y notario destituido de Leobschütz. Estoy aquí y soy el último capullo de Kenia, y en casa me nombran juez.

—Capullo —rió Owuor—. No he olvidado esa palabra, *bwana*. Ya la decías en Rongai.

Cuando el *bwana* empezó a bramar sin que hubiera ira en su voz, pataleando al mismo tiempo como un bailarín que se ha llenado la barriga de *tembo* antes que los demás, Owuor volvió a reír. Su garganta tenía más púas que la lengua de un gato enfurecido. El *bwana* de los ojos sin reflejo y la espalda demasiado estrecha que se doblaba ante cualquier carga se había convertido en un toro que por primera vez en su vida siente la fuerza de sus lomos.

—Jettel, acuérdate. En Alemania un funcionario tiene la vida solucionada y un juez más aún. Lleva la cabeza bien alta, nadie puede despedirlo y cuando está enfermo, se queda en la cama y sigue recibiendo su salario. A un juez lo saludan por la calle aunque no lo conozcan personalmente: «Buenos días, señoría; adiós, señoría, salude de mi parte a su señora». No es posible que lo hayas olvidado todo. Santo cielo, ¡di algo!

—Nunca dijiste nada de ser juez. Siempre pensé que querías volver a ser abogado.

—De eso siempre estoy a tiempo más adelante. Si primero soy juez, podremos empezar de forma muy diferente. Alemania siempre ha velado por sus funcionarios. Incluso reciben una vivienda del Estado. Eso nos facilitará mucho las cosas.

—Creía que las ciudades alemanas habían sido destruidas por los bombardeos. Si es así, ¿de dónde van a sacar las viviendas para sus jueces?

A Jettel le gustó tanto la frase que se disponía a repetirla, mas al comprender que había demorado demasiado su triunfo se tiró de un mechón de pelo, desconcertada. Pese a todo, su nerviosismo disminuyó por un instante y la vivificante autoestima de su juventud le produjo una agradable sensación de calidez en la frente. Qué razón

tenía su madre cuando dijo: «Mi Jettel no sacará las mejores notas, pero en el día a día nadie tiene nada que enseñarle».

Al pensar que aún conservaba en sus oídos el tono de su madre, Jettel sonrió ligeramente. Primero se abandonó a la dulce nostalgia del recuerdo y luego a la certeza de que con una sola frase le había dejado claro a su esposo que era un soñador que no tenía vista para las cosas que realmente contaban en la vida. Sin embargo, cuando miró a Walter, en su rostro no vio más que una determinación que primero la hizo sentirse insegura y luego enfadarse.

—Y si hemos de volver, ¿por qué ahora? —le reprochó recalcando cada palabra.

—Porque sólo podré hacer carrera si estoy allí desde el principio. Las oportunidades sólo se presentan cuando un país sucumbe o cuando resurge de sus cenizas.

—¿Quién lo ha dicho? Hablas como un libro.

—Lo leí en *Lo que el viento se llevó*. ¿No te acuerdas del pasaje? Hablamos de él en su momento. Me impresionó mucho.

—Ay, Walter. Tú y tus sueños de la patria. Somos tan felices aquí. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Sólo que cuando necesitamos algo más que la propia vida dependemos de la caridad de gente desconocida. Sin la Comunidad Judía no habríamos podido pagar ni el médico ni el hospital cuando nació Max. Esperemos que el señor Rubens sea tan generoso cuando uno de nosotros caiga enfermo.

—Aquí al menos tenemos a gente que nos ayuda. En Francfort no conocemos a nadie.

—¿Y a quién conocías cuando tuvimos que venir a África? ¿Y cuándo hemos sido felices aquí? Exactamente dos veces. Con el primer sueldo que cobré del ejército y cuando nació Max. Nunca cambiarás. Mi Jettel..., siempre deseando las ollas de Egipto. Pero al final siempre acabo teniendo razón yo.

—No puedo irme de aquí. Ya no soy lo bastante joven para empezar de cero.

—Eso es exactamente lo que decías cuando teníamos que emigrar. Entonces tenías treinta años, y si te hubiera hecho caso, a estas alturas estaríamos todos muertos. Si cedo ahora, seguiremos siendo toda la vida unos pobres diablos indeseados en un país extranjero. Y no voy a permitir que el rey Jorge me tenga eternamente como el idiota de la compañía.

—Sólo dices eso porque quieres volver a tu maldita Alemania. ¿Acaso has olvidado lo que le pasó a tu padre? Yo no. Le debo a mi madre no pisar jamás el suelo por el que ha corrido su sangre.

—No vayas por ahí, Jettel. Es pecado. Dios no nos perdonará que profanemos a los muertos. Debes confiar en mí. Saldremos adelante. Te lo prometo. Deja de llorar. Algún día me darás la razón, y ese día no tardará tanto en llegar como puedas creer ahora.

—¿Cómo vamos a vivir entre asesinos? —sollozó Jettel—. Aquí todo el mundo

dice que estás loco y que uno no debe olvidar. ¿Crees que a una mujer le gusta oír que su marido es un traidor? Aquí puedes encontrar un empleo como hacen todos los demás. Ayudan a la gente del ejército. Eso dicen todos.

—Me han ofrecido un trabajo. En una granja en Yibuti. ¿Te gustaría ir allí?

—Ni siquiera sé dónde está Yibuti.

—¿Lo ves? Yo tampoco. En todo caso no está en Kenia, pero sí en África.

La casi olvidada necesidad de abrazar a su esposa y quitarle el miedo como a un niño desconcertó a Walter. Aún más lo atormentaba saber que a ambos les dolían las mismas heridas. También él se sentía inerme contra el pasado. Éste sería siempre más fuerte que la esperanza de un futuro.

—Nunca olvidaremos —añadió, clavando la vista en el suelo—. Si de verdad quieres saberlo, Jettel, es nuestro destino ser un poco infelices allá donde vayamos. Hitler se ha ocupado de que así sea a partir de ahora. Los que hemos sobrevivido nunca más podremos vivir normalmente. Pero prefiero ser infeliz allí donde me respetan. Alemania no era Hitler. También tú lo comprenderás algún día. Los hombres de bien volverán a tener la palabra.

Aunque trató de resistirse, Jettel se dejó enternecer por la voz queda y el desvalimiento de Walter. Vio cómo su marido se metía las manos en los bolsillos y buscó algo que decir, pero no fue capaz de decidir si quería volver a herirlo o si por una vez prefería consolarlo, de modo que guardó silencio.

Permaneció un rato observando a Owuor planchar. Inflaba las mejillas, escupía en la ropa y, con amplios movimientos, dejaba caer la pesada plancha desde una gran altura sobre dos pañales extendidos.

—Llevo tanto tiempo viviendo aquí —suspiró Jettel, y se quedó mirando fijamente las pequeñas nubes de vapor que ascendían, y le parecieron el símbolo de toda la felicidad que jamás codiciaría—. ¿Cómo voy a arreglármelas con un niño pequeño y sin servicio? Regina no ha cogido una escoba en toda su vida.

—Gracias a Dios que vuelves a ser tú. Ésta es mi Jettel. Siempre que hemos tenido que tomar una decisión en nuestra vida, has tenido miedo de no encontrar sirvienta. Esta vez no tienes de qué preocuparte, señora Redlich. Alemania entera está llena de gente que se alegrará de encontrar un trabajo. Hoy por hoy no puedo decirte cómo será nuestra vida, pero te juro por lo más sagrado que tendrás una sirvienta.

—*Bwana*, ¿lavo las maletas con agua caliente? —quiso saber Owuor mientras apilaba la ropa recién planchada en aquella bienoliente montaña que sólo él sabía hacer tan alta y tan lisa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Necesitarás tus maletas para el safari. Y la *memsahib* también.

—Qué sabrás tú, Owuor.

—Todo, *bwana*.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tiempo.

—Pero si no entiendes lo que hablamos.

—Cuando llegaste a Rongai, *bwana*, sólo escuchaba **con** los oídos. Esos días se han terminado.

—Gracias, amigo.

—*Bwana*, no te he dado nada y me das las gracias.

—Claro que sí, Owuor, tú eres el único que me ha dado algo —repuso Walter.

Experimentó un dolor que lo avergonzó, muy breve y sin embargo suficientemente prolongado para comprender que a las viejas heridas acababa de sumarse una nueva. Su Alemania había dejado de existir. Pisaría la recobrada patria no como repatriado embriagado, sino con nostalgia y tristeza.

La separación de Owuor no sería menos dolorosa que las despedidas anteriores. Eran muchas las ganas que sentía de acercarse a Owuor y abrazarlo, mas cuando dijo «todo irá bien» era a Jettel a quien acariciaba.

—Ay, Walter, ¿quién le dice a Regina que ahora la cosa va en serio? No es más que una niña y le tiene tanto apego a todo esto...

—Hace tiempo que lo sé —la interrumpió Regina.

—¿De dónde sales tú? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—He estado todo el tiempo en el jardín, con Max, pero oigo con los ojos —aclaró Regina. Se dio cuenta de que su padre nunca sabría lo que significaba que una persona imitara la voz de otra.

—Y tus padres ni siquiera pueden fiarse de sus ojos —replicó Walter—. ¿O acaso te imaginas, Jettel, quién es el que conoce personalmente a este viejo tonto en el Ministerio de Justicia de Hesse? No se me va de la cabeza.

Se puso a pensar febrilmente en la increíble coincidencia que estaba a punto de cambiar el rumbo de su vida, pero por más que escudriñó el pasado y examinó el incierto futuro en busca de una posibilidad que pudiera habersele escapado, le fue imposible aclarar ese punto.

Ocho días más tarde, Walter se presentó ante el capitán Carruthers. Había traducido la carta del Ministerio de Justicia de Hesse a duras penas con ayuda de Regina. Parecía un estudiante preparado para su examen de licenciatura. La comparación, que hacía sólo dos semanas ni siquiera se le habría pasado por la cabeza, le divirtió.

Antes de que el capitán terminara de ojear desganado la correspondencia, de llenar cuidadosamente su pipa y luchar con múltiples y enojados movimientos contra la ventana, que no cerraba bien, Walter se sorprendió pensando satisfecho que parecía irle mejor a él que al capitán.

El capitán Bruce Carruthers opinaba de forma similar. Con un leve rastro de irritación, que antaño fuera en él más bien el logrado preludio de un comentario irónico cuidadosamente meditado que la expresión de un repentino mal humor, dijo:

—Parece usted distinto de la última vez. ¿Es usted el hombre que yo pienso? ¿Ése que no entiende nada?

Aunque Walter lo había entendido, se sintió inseguro.

—Sargento Redlich, señor —confirmó cohibido.

—¿Por qué ustedes, los del continente, no tienen el menor sentido del humor? No es de extrañar que Hitler haya perdido la guerra.

—*Sorry, sir.*

—Eso ya me lo conozco. Lo recuerdo perfectamente. Usted dice *sorry* y yo empiezo desde el principio con toda esta tontería —censuró el capitán, cerrando los ojos un instante—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi?

—Hace casi seis meses, señor.

El capitán parecía mayor y aún más apesadumbrado que en su primer encuentro; él lo sabía. No eran sólo los dolores de estómago al despertarse y la desazón tras el último *whisky* de la noche. Sentía sobre todo, con una molesta melancolía, que ya no tenía aquel saludable sentido de la proporción necesario en un hombre de su edad para preservar el delicado equilibrio de la vida. Hasta las menudencias más insignificantes perturbaban a Bruce Carruthers sobremanera, como por ejemplo, que sólo haciendo un esfuerzo auténticamente degradante fuera capaz de recordar el nombre del sargento que estaba ante él. Y eso que en un montón de ocasiones había tenido que transcribir aquella caricatura de nombre de un estúpido formulario a otro. Los superfluos problemas de memoria mermaban sus fuerzas más de lo que era conveniente en un hombre de su categoría.

A ello había que añadir que, día tras día, Carruthers se veía obligado a constatar de nuevo que el destino ya no era benévolo con él. Cuando iba de caza, le costaba mucho concentrarse y pensaba demasiado en Escocia, y con excesiva frecuencia el golf se le antojaba un pasatiempo del todo absurdo para un hombre que en su juventud soñaba con ser científico. Le había llegado la tan temida carta de su mujer en la que le decía que ya no podía soportar más la separación y que quería el divorcio. Inmediatamente después había recibido del maldito ejército la orden que había de seguir reteniéndolo en Ngong.

El capitán se sobresaltó al percatarse de que se había perdido en el laberinto de su rebelión. También eso le ocurría con más frecuencia que en los buenos tiempos.

—Supongo que sigue queriendo que lo manden a Alemania —dijo desalentado.

—Oh, sí, señor, por eso estoy aquí —se apresuró a contestar Walter, juntando las punteras de las botas.

Carruthers sintió una curiosidad contraria a su naturaleza; la encontraba inadecuada, pero a la vez extrañamente fascinante. Entonces lo supo. El modo en que respondía a sus preguntas aquel tipo grotesco que tenía ante sí era diferente de la primera vez. Sobre todo había cambiado su acento. Lo cierto es que seguía siendo molesto para un oído sensible, pero en cierto modo el inglés que hablaba aquel hombre era mejor. Al menos se le entendía. Realmente no podía uno fiarse de esos tipos tan ambiciosos del continente. A una edad a la que otros sólo pensaban en la vida privada, ellos se sumergían entre libros y aprendían una lengua extranjera.

—¿Ya sabe lo que quiere hacer en Alemania?

—Voy a ser juez, señor —respondió Walter, tendiéndole la traducción de la carta.

El capitán se quedó perplejo. Sentía esa aversión a la vanidad y el orgullo típica de sus compatriotas, y sin embargo su voz era tranquila y amable cuando acabó de leer la carta.

—No está mal —dijo.

—Sí, señor.

—Y ahora espera que el ejército británico se ocupe del problema y se encargue de que *los fucking jerries* consigan un juez a buen precio.

—Perdón, señor, no le he entendido.

—El ejército deberá pagar su pasaje, ¿no es eso? Así lo ha planeado usted.

—Así lo dijo usted, señor.

—¿Ah sí? Interesante. No me mire con esa cara de cordero degollado. ¿Acaso no ha aprendido en el Ejército de Su Majestad que un capitán siempre sabe lo que ha dicho, aun cuando esté encerrado en este país dejado de la mano de Dios y ya no sea capaz de acordarse de nada? ¿Tiene usted idea de cómo se embrutece uno aquí?

—Oh, sí, señor, lo sé muy bien.

—¿Le gustan los ingleses?

—Sí, señor. Ellos me salvaron la vida. Nunca lo olvidaré.

—Entonces, ¿por qué quiere marcharse?

—Yo no les gusto a los ingleses.

—Tampoco yo. Soy escocés.

Ambos guardaron silencio. Bruce Carruthers se puso a pensar por qué un maldito sargento que no era británico conseguía volver a trabajar en su antigua profesión y un capitán de Edimburgo con una abuela de Glasgow no.

Walter temía que el capitán diera por terminada la conversación sin siquiera mencionar la palabra repatriación. Con alarmante lujo de detalles, se imaginó a Jettel cuando se enterara de que no había logrado nada. El capitán revolvió con la mano derecha en un montón de papeles y aplastó con la izquierda una mosca, entonces se puso en pie como si no tuviera otra cosa en la cabeza, rascó cuidadosamente la mosca muerta de la pared, se sacó por vez primera la pipa de la boca y preguntó:

—¿Qué opina usted del *Almanzora*?

—Señor, no le entiendo.

—Hombre de Dios, el *Almanzora* es un barco. Cubre permanentemente la ruta Mombasa-Southampton y lleva a las tropas a casa. ¿O es que a vosotros sólo os interesan el alcohol y las mujeres?

—No, señor.

—Antes del nueve de marzo del año que viene no llegará ningún contingente en la vieja dama. Pero si lo desea, puedo intentarlo para marzo. ¿Cómo era? ¿Cuántas mujeres e hijos tiene usted?

—Una mujer y dos hijos, señor. Se lo agradezco muchísimo, señor. No tiene idea

de lo que está haciendo por mí.

—Creo que eso ya lo he oído en otra ocasión —sonrió Carruthers—. Aún hay algo más que debo saber. ¿Por qué de repente habla inglés?

—No lo sé. *Sorry*, señor. No me había dado cuenta.

XXIII

Conscientes de que era el momento adecuado para impulsar un resurgimiento cultural, dos días antes de Nochevieja los refugiados del Hove Court decidieron por unanimidad, algo nunca visto hasta la fecha, recibir juntos el año 1947. Numerosos emigrantes esperaban convertirse muy pronto en súbditos británicos; practicaban incansables —aunque con lamentable frecuencia sin resultados satisfactorios— con la intención de acercarse al menos a la pronunciación correcta de las palabras *United Kingdom*, *Empire* y *Commonwealth*, cruciales para su destino. En los dos meses anteriores, cuatro matrimonios y dos hombres solteros habían logrado, gracias a la nacionalización, despojarse del estatus de *bloody refugees*, al menos oficialmente, y agenciarse apellidos con sonido inglés, los cuales eran más importantes para la autoestima que los bienes materiales.

Los Wohlgemuth se apellidaban ahora Welles y los Leubuscher pasaron a ser Laughton. Siegfried y Henny Schlachter aprovecharon la ocasión para desligarse por completo de las raíces de su apellido. Rechazaron enérgicamente las irónicas propuestas de sus vecinos de llamarse Butcher^[21] y se decidieron por Baker^[22]. Constituyó una enorme sorpresa para todos que precisamente los Schlachter fueran de los primeros en convertirse en *British subjects*.

Tenían grandes dificultades con su nueva lengua materna y ciertamente no habían hecho más por la recién adoptada patria que muchos otros cuya instancia había sido desestimada por las autoridades sin motivo alguno. Los envidiosos se consolaban afirmando que los Schlachter habían obtenido el pasaporte británico por el mero hecho de que, en el preceptivo examen de inglés, un funcionario oriundo de Irlanda había confundido el deje suabo del anciano matrimonio con un acento celta que ya apenas se oía.

A la fiesta de Nochevieja se invitó, naturalmente, a la señora Taylor y a la señorita Jones, así como a un comandante de Rodesia recién jubilado y muy taciturno que al elegir el lugar de su retiro se había dejado engañar por el nombre inglés del complejo residencial, pero los tres enfermaron justo el mismo día y de la misma dolencia. El comité organizador se esforzó por mantener la compostura, pero la decepción por el hecho de que precisamente la primera fiesta de este tipo se viera ensombrecida por tan inesperadas indisposiciones no pudo disimularse a la admirada y fría manera británica en un espacio de tiempo tan breve y sin siglos de práctica.

En el comité organizador eran los «jóvenes ingleses», como se los denominaba sarcásticamente, quienes llevaban la voz cantante. Fue a ellos en particular a quienes no les pareció suficiente compensación por la triple cancelación que Diana Wilkins no hubiera caído enferma. A decir verdad, era indiscutible que Diana poseía la nacionalidad británica desde hacía años por su matrimonio con el pobre señor Wilkins, muerto de un disparo, pero ella no sabía apreciar en absoluto aquel honor.

Tras un cuarto de botella de *whisky* confundía a los ingleses con los rusos, por los que aún seguía sintiendo un odio encarnizado.

Aun más indignación causó el hecho de que precisamente Walter, que debido a sus planes de trasladarse a Alemania no escatimaba injurias y sembraba la discordia a diario, tuviera la desfachatez de hablar de la «enfermedad inglesa». Tan sólo la circunstancia de que aún vistiera el uniforme del Ejército de Su Majestad y la compasión que despertaba su esposa, cuyas ideas acerca de Alemania eran de sobra conocidas, lograron preservar a Walter de una abierta hostilidad.

Aunque ahora la fiesta tuviera que celebrarse sin aquellos invitados que con su mera presencia le habrían garantizado el debido prestigio social, los responsables se sentían comprometidos con la tradición inglesa. Precisamente porque no sabían a ciencia cierta cómo reconciliar de forma creíble esa ambición con su ausencia de conocimientos sobre la vida en la alta sociedad británica, los refugiados observaron escrupulosamente aquellos detalles que habían ido advirtiendo en sus frecuentes visitas a los cines. Los reportajes sobre las ceremonias en la casa real inglesa que, justo por esa época, podían verse con todo lujo de detalles en los noticiarios constituyeron una ayuda inestimable.

A la caída del sol, las damas aparecieron ataviadas con escotados trajes de noche hasta los pies totalmente pasados de moda, la mayoría de los cuales aún no se había lucido desde la emigración. Muy a su pesar y debido a su escasa previsión al expatriarse, los caballeros se vieron obligados a renunciar al esmoquin, que entre los granjeros asentados desde hacía tiempo en las tierras altas se consideraba asimismo sin motivo concreto un *dinner dress* apropiado. Los *gentlemen* alemanes compensaron esa carencia con una digna actitud enfundada en trajes oscuros demasiado estrechos. No tardó en circular un malicioso comentario de Elsa Conrad.

«No me cabe en la cabeza que se atreva usted a oler a naftalina alemana», le dijo, olisqueando con insolencia, precisamente a Hermann Friedländer, que presumía de soñar en inglés.

Entre las obstinadas espinas de los resacos cactus se colgaron con prusiana precisión multitud de triquitraques, que en la vieja madre patria eran accesorios utilizados en todo caso en los cumpleaños infantiles y sobre los cuales, pese a todos los esfuerzos de reorientación espiritual, seguía planeando la sombra del ridículo. Con encomiable celo pero también con el desconocimiento de quienes aún no han desarrollado una relación como es debido con el objeto de sus nuevas ilusiones, se adquirieron discos con los éxitos del momento; en ninguna de las fiestas de Nochevieja de la colonia sonó tantas veces *Don't fence me in* como entre la puesta del sol y la medianoche en el amarillento césped del Hove Court. Con el auténtico *whisky* escocés que el comité organizador designó categóricamente como la única bebida aceptable, pese a su exorbitante precio, se produjo un pequeño contratiempo.

Apenas se bebió y, a pesar del ambiente de euforia y del paralizante calor, revivió, de un modo que más tarde fue imposible reconstruir, pero que en cualquier caso

resultó en extremo embarazoso, nostálgicos recuerdos del ponche y los buñuelos berlineses. Surgió una discusión sumamente abstrusa sobre si los típicos dulces de San Silvestre de los tiempos que en realidad todo el mundo quería olvidar estaban rellenos de mermelada de ciruela o de jalea de grosella.

Con todo, el pequeño castillo de fuego fue un éxito rotundo, y más aún la idea de cantar *Auld lang syne* bajo el jacarandá. La canción, que habían ensayado ex profeso en honor a los vecinos ingleses, por desgracia enfermos, sonó particularmente dura en las gargantas alemanas. Aunque formaron a la perfección el preceptivo corro y se agarraron de la mano con la mirada arrobada de las damas victorianas, poco se oyó en la noche africana de la suave melancolía escocesa.

Walter había escuchado muchas veces aquella vieja melodía en la cantina de la tropa y con divertida malicia advirtió el abismo que había entre querer y poder, pero se guardó de exteriorizar su burla por mor de Jettel. Así y todo, su sonrisa fue registrada por los circundantes con tanta desaprobación como si hubiese pregonado su crítica a los cuatro vientos. Aún peor sentó que, cuando se hubo escuchado la última nota, le susurrara a su esposa descaradamente alto: «El año que viene, en Francfort». Jettel no entendió la alusión a la vieja y nostálgica plegaria de la Pésaj^[23] y contestó enojada: «Hoy no». El patinazo, que puso de manifiesto que Jettel no tenía ni idea de las costumbres religiosas y la tradición judía, se consideró un justo castigo por la irreverencia de Walter y, sobre todo, un merecido freno a su insultante falta de tacto.

Con el estruendo de los fuegos artificiales y en el punto álgido de una disputa que se desató en torno a la letra exacta de *No hay país más hermoso en esta época* y que fue censurada por la mayoría al considerarla increíblemente indigna, Max se despertó. Le dio la bienvenida al nuevo año a la manera tradicional de los niños nacidos en la colonia. Si bien aún no había cumplido los diez meses, pronunció su primera palabra inteligible. Sin embargo, no dijo ni mamá ni papá, sino «*aja*». Chebeti, que estaba sentada en la cocina y al primer gimoteo se precipitó sobre la cama del niño, le repitió una y otra vez aquella palabra que le proporcionaba a su piel un calor más agradable que una manta de lana en las frías tormentas de su hogar, en las montañas. Completamente despierto por la risa gutural del *aja* y fascinado por los breves y melodiosos sonidos que acariciaban sus oídos, Max dijo por segunda vez «*aja*», y luego otra vez y otra más.

Con la esperanza de que el milagro se repitiera en el lugar adecuado, Chebeti llevó a su gorgoriteante trofeo hasta el grupo de asistentes a la fiesta, que se encontraba bajo el árbol. Se vio recompensada con creces. La memsahib y el bwana se quedaron pasmados, con la boca abierta y fuego en los ojos le quitaron de los brazos al pataleante *toto* y le repitieron ora «mamá» ora «papá», primero en voz queda y entre risas, mas pronto en alto y con una determinación que les hizo parecer guerreros antes de la batalla decisiva. La mayoría de los hombres tomó partido bramando «papá»; todo aquél que recordó a tiempo su nuevo pasaporte británico lo

intentó con «*daddy*». Las mujeres apoyaron a Jettel gritando «mamá» con voz lisonjera, como esas muñecas de su infancia que al apretarles la barriga empezaban a hablar. No obstante, hasta que se sumió en un agotado sueño, Max no se dejó arrancar más sonido que «*aja*».

Desde ese día, la evolución lingüística del joven Max Redlich fue imparable. Decía «*kula*» cuando quería comer, «*lala*» cuando lo acostaban, un correctísimo «*chai*» para la tetera, «*menú*» cuando le salió el primer diente, «*toto*» a la imagen que le devolvía el espejo y «*bua*» cuando llovía. Decía hasta «*kessu*», la palabra para mañana, futuro y para esa imprecisa unidad de tiempo que sólo era un concepto comprensible y racional para Owuor.

Walter se reía cuando oía hablar a su hijo, y, sin embargo, una susceptibilidad — que intentaba disculpar ante sí mismo achacándola a sus sobreexcitados nervios— echaba a perder su alegría por el parloteo del pequeño. Aunque le parecía pueril y del todo enfermizo darle tanta importancia a aquel asunto, le atormentaba la idea de que África ya lo hubiera distanciado de su hijo. Más aún lo torturaba la sospecha de que Regina le enseñaba aquellas palabras a su hermano a propósito y disfrutaba con la irritación que provocaba cada una de ellas. Walter cavilaba apesadumbrado, y aún más dolido, si su hija querría transmitirle de ese modo su amor por África y su desacuerdo con la decisión de regresar a casa.

Sin embargo, Regina negaba con una indignación que, aparte de ella, sólo Owuor era capaz de imponer a su rostro en el momento adecuado su participación en un proceso que Walter, en sus momentos más depresivos, acostumbraba denominar *kulturkampf*^[24], aunque jamás decía la palabra en voz alta. A ello venía a añadirse que en el Hove Court todo el mundo se burlaba constantemente del vasto vocabulario suajili del pequeño Max. Hasta para los escasos vecinos comprensivos y tolerantes, aquello constituía una prueba clara de que el niño era más inteligente que su irresponsable padre y de que, en su inocencia, estaba dando a entender que no se le debía arrastrar a Alemania.

Cuando finalmente Max consiguió formar un sonido de tres sílabas, que con una gran dosis de fantasía podía interpretarse como el nombre de Owuor, a Walter le traicionaron los nervios. Con la cara como un tomate y los puños cerrados, le gritó a su hija: «¿Por qué quieres hacerme daño? ¿No te das cuenta de que todos aquí se ríen de mí porque mi hijo se niega a hablar mi idioma? Y luego tu madre se extraña de que quiera marcharme. Siempre pensé que al menos tú estabas conmigo».

Regina comprendió horrorizada lo rastaramente que la había engañado su fantasía, seduciéndola para que traicionara su lealtad y su amor. El arrepentimiento y la vergüenza le escaldaron la piel y le clavaron puñales en el corazón. Tanto se había metido en su papel de hada que domina la magia de la lengua que no había tenido ni ojos ni oídos para su padre. Asustada, buscó una disculpa, pero, como siempre que estaba nerviosa, sólo pensar en el idioma de su padre le paralizó la lengua.

Al darse cuenta de que sus labios se disponían a pronunciar la palabra *missuri*,

que significaba bueno y al mismo tiempo era una señal de que uno por fin había entendido, sacudió la cabeza. Lentamente, pero con decisión, se dirigió hacia su padre y se tragó su tristeza. Luego le lamió la sal de los ojos. Al día siguiente, Max dijo «papá».

No obstante, cuando al final de la semana dijo «mamá», los oídos de su madre no se mostraron receptivos a tan ansiada dicha, aunque en ese preciso instante las lágrimas le llegaran a la barbilla. Max estaba berreando «mamá» por segunda vez y Chebeti aplaudiendo cuando Walter entró precipitadamente en la cocina.

—¡Tenemos pasajes para el *Almanzora*!. El barco sale de Mombasa el nueve de marzo —gritó, arrojando la gorra en el sofá, loco de alegría.

—Puttfarken se ha salvado —sollozó Jettel.

—¿De dónde demonios sale ahora ese Puttfarken? ¿Quién es?

—Puttfarken, SchützenstraSe —repuso Jettel. Se puso en pie, se secó las lágrimas en la manga de la blusa con un brusco movimiento de la cabeza y fue hacia la ventana, como si llevara tiempo esperando ese momento. Luego se llevó la mano a los labios y, aunque sólo eran las cinco de la tarde, echó las cortinas.

Walter comprendió al punto. A pesar de todo, preguntó incrédulo:

—No te estarás refiriendo a nuestro Puttfarken de Leobschütz, ¿no?

—¿A quién si no, cuando echo las cortinas en pleno día? Anna, corra primero las cortinas —imitó Jettel aquella voz tanto tiempo olvidada, reencontrada de pronto—. Es mejor que nadie me vea aquí. Soy un funcionario y debo ser precavido. Dios, Walter, ¿recuerdas cómo se enfadaba siempre nuestra Anna? No hacía más que llamarlo cobarde.

—No lo era. Pero ¿por qué te acuerdas de él?

—*Bwana*, la carta —intervino Owuor, señalando la mesa.

—Es de Wiesbaden —añadió Jettel—. Ahora es un pez gordo. «Consejero ministerial» —leyó en voz alta, atragantándose con la risa en cada sílaba—. Deja que te la lea. Llevo todo el día ilusionada pensando en hacerlo.

«Querido amigo Redlich —empezó Jettel—, debido a una fuerte gripe (si es que en su soleado paraíso aún recuerda lo que es eso), hoy por primera vez tengo ocasión de escribirle. Supongo que ya le habrá llegado la carta del ministerio. Debería haber sido al revés. Imagino lo mucho que se habrá devanado los sesos tratando de averiguar cómo es que el azar dispone que alguien lo conozca a usted en Wiesbaden. Aquí hace tiempo que sabemos que el azar es la única magnitud estable en la que aún se puede confiar, pero espero sinceramente que sus vivencias a este respecto hayan sido algo mejores.

»Cómo describirle mi perplejidad cuando aterrizó precisamente en mi mesa una solicitud de incorporación al servicio del Ministerio de Justicia de Hesse cursada por el doctor Walter Redlich. Desde la destitución de Bismarck, probablemente sea el primer funcionario alemán que llora en el desempeño de

su cargo. Leí su solicitud una y otra vez y aun así no podía creer que siguiera con vida. Poco después de su partida, en Leobschütz corrió el rumor de que había sido atacado por un león y había encontrado así la muerte. Sólo la mención de sus años de estudio en Breslau y la práctica de la abogacía en Leobschütz me proporcionó la certeza de que realmente era usted el amigo de los buenos tiempos ya para siempre pasados.

»Y luego tampoco podía imaginarme que alguien que ha logrado escapar de Alemania quiera regresar a estas ruinas con las gentes que le hicieron lo que con usted y con su pueblo se ha hecho. ¡Las cosas que habrá vivido, lo mal que lo estará pasando para que haya tenido el valor de tomar tan fatal decisión! Ni que decir tiene que la aplaudo. Aquí, en Alemania, hemos destituido a los jueces con antecedentes políticos y son muy pocos los que han quedado sin antecedentes para reconstruir la justicia. De modo que prepárese, pues no pasará mucho tiempo en el juzgado de primera instancia antes de que lo asciendan. Le gustará Maaj3, el presidente del tribunal. Es un hombre muy respetable al que los nazis expulsaron de la judicatura y que tuvo que mantener a flote a su familia como pudo todos estos años.

»Y así llegamos a mi destino. De nada me sirvió que su Anna (espero que entretanto me haya perdonado, era una excelente persona) corriera las cortinas cada vez que iba a verlo a A sternweg para que nadie se enterara de que aún tenía trato con judíos. Poco después de que usted abandonara Leobschütz, me suspendieron del cargo de juez debido a que mi esposa era judía, pero gracias a la intercesión del buen Tenscher me asignaron al menos una especie de empleo en el registro de la propiedad.

»Al cabo de unos meses también me apartaron de aquel puesto a instancias del jefe de distrito Rummler, del que espero que no se acuerde tan bien como yo. Previamente, me hicieron comparecer tres veces en Breslau y me prometieron la reincorporación inmediata a la función pública si me divorciaba de mi esposa judía. Hasta que estalló la guerra, me las arreglé para sacar adelante a mi familia más mal que bien haciendo trabajos ocasionales para el abogado Pawlik, de los que naturalmente nadie podía saber nada. Ya nunca podré pagarle a Pawlik la deuda de gratitud que contraje con él.

»Cayó en Polonia en el primer mes de guerra. Yo mismo fui declarado “indigno del ejército” y en 1939 me obligaron a desempeñar trabajos forzados. De esa época le hablaré cuando volvamos a vernos. La pluma se resiste a poner por escrito lo vivido, aunque soy muy consciente de que podría haber sido mucho peor.

»Con el primer éxodo, una vez terminada la guerra, Käte, mi hijo Klaus, que nació el mismo año que su hija, y yo logramos escapar de la Alta Silesia. Debido al permanente miedo de ser deportada, a Käte no le ha ido muy bien todos estos años y, para colmo, en la huida se produjo una herida en la pierna

que nos hizo temer lo peor. Aunque he perdido la costumbre de creer en Dios, hemos de estarle agradecidos por el hecho de que al final hayamos venido a parar aquí los tres, a Wiesbaden, donde nos acogió un pariente lejano. Ahora tengo que agradecerle precisamente a Hitler una carrera con la que jamás me habría atrevido a soñar en nuestro Leobschütz.

»Käte se emocionó muchísimo cuando le conté lo de su solicitud. Y mi hijo está deseando conocer a un hombre que ha estado en África. Es un joven reservado, marcado por las vivencias de estos años tan malos e incapaz de olvidar el miedo de sus padres y las humillaciones y vejaciones a que fue sometido por sus amigos y, sobre todo, por sus profesores. No pudo iniciar una educación superior^[25] y hoy tiene muchos problemas en la escuela. Está demasiado obsesionado para su edad con la idea de emigrar y creo que pronto lo perderemos.

»Temo haber sido demasiado prolijo, pero escribirle me ha venido bien. Sólo saber que esta carta va a Nairobi, a un mundo libre, sin escombros, me fascina. Y mientras le escribo, tengo en todo momento la sensación de estar sentado en su salón de Leobschütz. ¡Con las cortinas abiertas! No me atrevo a preguntarle por la suerte que han corrido su padre y su hermana, a los que conocí una vez en su casa. Tampoco me atrevo a darle ánimos en su nueva andadura. Los alemanes no sólo han sacrificado gran parte de su país y sus ciudades. También han perdido su alma y su conciencia. El país está lleno de gente que no ha visto nada ni sabía nada o que “siempre estuvo en contra”. Y los pocos judíos que aún quedan y que escaparon del infierno vuelven a ser difamados. Además de la miserable ración de alimentos del ciudadano de a pie, reciben una prima de penosidad. Eso les basta a los culpables para aislar de nuevo a las víctimas.

»Hágame saber lo antes posible la fecha de su regreso. Mi pesimismo y mis vivencias me impiden hablar de retorno al hogar. Haré cuanto esté en mi mano para ayudarle, pero no espere gran cosa de un consejero ministerial que tiene el defecto de ser de Leobschütz. Aquí en el oeste nos consideran “chusma del este” y nadie creería hasta qué punto la gente, junto con la patria, ha perdido los valores materiales e ideológicos. Antes puedo hacer que lo asciendan a presidente de la audiencia territorial que conseguirle una vivienda o una libra de mantequilla.

»Pese a todo, no deje que mis lamentos, que llegados a este punto considero del todo improcedentes, le arrebaten ese optimismo suyo tan estupendo, ni tampoco su buen humor, del que tantos y tan buenos recuerdos conservo. Si le es posible, traiga algo de café. El café es la nueva moneda alemana. Con café se puede comprar de todo. Hasta unas manos limpias. Por de pronto se le llama certificado Persil^[26].

»Mi esposa y yo les esperamos a usted y a su familia con impaciencia y con el corazón abierto. Hasta entonces, reciba un afectuoso saludo de su amigo,

»PD: Casi lo olvido, su viejo amigo Greschek ha acabado en un pueblo del Harz. Conseguí su dirección por casualidad y le he escrito contándole lo de su regreso».

Mientras metía de nuevo la carta en el sobre, Jettel trató de imaginarse el rostro de Puttfarken, pero sólo recordó que era alto y rubio y que tenía ojos muy azules. Al menos quería decirle eso a Walter, pero el silencio se había prolongado demasiado para hallar palabras que aliviaran su agitación. Con ademán vacilante, Jettel empezó a abanicarse con el sobre. Owuor le quitó la carta de la mano y la dejó sobre un plato de cristal.

Imitó los pequeños silbidos que de joven aprendiera de los pájaros, sonrió al recordar la palabra que la *memsahib* sacara del papel y descorrió las cortinas sin dejar de silbar. Un rayo del sol vespertino, ya bajo en el horizonte, se reflejó en el cristal, arrojando un velo de tenue niebla azul sobre el grisáceo papel. El perro se despertó, alzó la cabeza, perezoso, y al bostezar hizo sonar tanto los dientes como en su juventud, cuando aún podía oler las liebres en la hierba.

—*Rummler* —rió Owuor—. En la carta se hablaba de *Rummler*. He oído el nombre de *Rummler*.

—Pobre infeliz, si Puttfarken supiera lo que ha sido de mi buen humor —dijo Walter—. Ay, Jettel, ¿no te reconforta un poco recibir una carta así? Al cabo de tantos años de ser el último mono.

—No lo sé. No sé qué decir. No lo he entendido todo.

—¿Y crees que yo sí? Yo sólo sé que allí hay una persona que se acuerda de mí tal como era antes. Y que está dispuesta a ayudarnos. Señora Redlich, démonos tiempo para acostumbrarnos al hecho de que las cosas han cambiado. No escuches lo que dice la gente de aquí. Nosotros hemos caído más bajo que ellos, pero también tenemos más práctica que los demás en eso de comenzar una nueva vida. Saldremos adelante. Nuestro hijo no sabrá lo que significa ser un paria.

Por un momento, a Jettel le pareció que la dulzura y el anhelo de la voz de Walter le habían devuelto los sueños, las esperanzas y la seguridad, el amor y la alegría de vivir de su juventud, pero la conformidad con su esposo le resultaba demasiado extraña para ser duradera.

—¿Qué fue lo que dijiste cuando llegaste a casa? Ya no me acuerdo.

—Sí, Jettel, sí que te acuerdas. He dicho que partimos el nueve de marzo en el *Almanzora*. Y esta vez no irá cada uno por su lado. Iremos juntos. Me alegro de que se acabe la incertidumbre. Creo que no habría podido soportar la espera por más tiempo.

XXIV

A las cuatro de la mañana, a Walter lo despertó un ruido que no fue capaz de identificar. Se esforzó una y otra vez por atrapar aquellas leves vibraciones que parecían venir de cerca y que le resultaban más agradables que el miedo al insomnio, pero a sus oídos sólo llegaba el silencio absoluto de las atroces horas que precedían a la salida del sol, un silencio que hizo presa en su reposo. Aguardó impaciente el canto de los pájaros en los eucaliptos que había ante la ventana, ésa solía ser la señal para levantarse. La expectación aguzó sus sentidos antes de tiempo. Aunque el día aún no había capturado el hálito de la primera luz cenicienta, Walter creyó distinguir los contornos de las cuatro grandes cajas de madera clara que viajarían a ultramar.

Desde que llegaron a África, las habían utilizado a modo de armarios, y ahora, rotuladas con la letra empinada e infantil de Jettel, ocupaban una pared del dormitorio cada una. La noche anterior, Owuor había terminado de empaquetarlo todo y las había claveteado con unos golpes tan vehementes que los Keller, en el apartamento contiguo, habían respondido a su vez con furiosos puñetazos. Walter se sintió liberado al pensar que por fin estaba guardada la mayor parte de la vida de los últimos nueve años. Las dos semanas que quedaban hasta que zarpara el *Almanzora* transcurrirían sin las agotadoras discusiones que desencadenaba toda nueva decisión sobre lo que podían llevarse y lo que debían dejar.

Para Walter fue como si la fortuna le concediera un último retazo de normalidad. El plazo de gracia se le antojó demasiado breve. Escuchó el rechinar de sus dientes tan concentrado como si aquel desagradable ruido tuviera una importancia especial. Para su sorpresa, al cabo de un rato se sintió realmente liberado de la carga que lo atormentaba durante el día. Desarmado por un sentimiento de culpa del que no podía hablar si no quería perder su fuerza, había tenido que dar cuentas o bien a Jettel o bien a Regina de cada comentario, de sus suspiros, de cada enfado e inseguridad.

Sólo de noche podía admitir que lo torturaba el desencanto antes de que pudiera brotar la semilla de la esperanza. Desde los días en que empezaron a embalar, Walter se sintió apesadumbrado por el hecho de que las cajas sólo le recordaran con intensidad la partida hacia el destierro. No simbolizaban, como él se había figurado durante meses de reparadora euforia, la partida, tanto tiempo anhelada, hacia la reencontrada dicha.

Para obligarse a serenarse, apretó fuertemente los labios hasta que el dolor físico fue lo bastante grande como para emprender la lucha contra los malvados fantasmas que surgían del pasado y amenazaban el futuro. Entonces oyó por segunda vez el ruido que lo había arrancado del sueño. De la cocina llegaba un sonido suave que revelaba los lentos movimientos de unos pies descalzos sobre el tosco suelo de madera, y de vez en cuando era como si *Rummler* restregara su rabo contra la puerta cerrada.

Al pensar que el perro pudiera abrir siquiera un ojo antes de que la tetera se llenara de agua, Walter sonrió, pero la curiosidad le impulsó a comprobarlo. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a Jettel y se deslizó de puntillas hasta la cocina. Los restos de una pequeña vela pegada a una tapadera de hojalata bañaban con su larga llama la habitación en una mortecina luz amarilla. En un rincón estaba Owuor, sentado en el suelo entre unas cuantas cacerolas y la oxidada sartén de Leobschütz, con los ojos cerrados, frotándose los pies para calentarlos. A su lado yacía *Rummler*. El perro estaba despierto y tenía una gruesa cuerda alrededor del cuello.

Bajo la mesa de la cocina había una toalla de cuadros blancos y azules anudada formando un hatillo muy abultado que colgaba de un grueso palo de madera. Por uno de los numerosos agujeros asomaba una manga del *kanzu* blanco con el que Owuor sirviera la comida desde los tiempos de Rongai. En el alféizar de la ventana estaba la toga de abogado de Walter, recién planchada y cuidadosamente doblada formando un rectángulo negro. Sólo la reconoció por la delicada seda del cuello y la solapa.

—Owuor, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy sentado esperando, *bwana*.

—¿Por qué?

—Espero al sol —aclaró Owuor. Sólo se tomó un segundo para hacer surgir como por arte de magia en sus ojos el mismo asombro que el *bwana* tenía en los suyos.

—¿Y por qué *Rummler* lleva una cuerda al cuello? ¿Quieres venderlo en el mercado?

—*Bwana*, ¿quién va a comprar un perro viejo?

—Quería verte reír. Y ahora dime de una vez por qué estás aquí.

—Eso ya lo sabes.

—No.

—Sólo mientes con la boca, *bwana*. *Rummler* y yo vamos a emprender un largo safari. El que primero se va de safari conserva los ojos secos.

Walter repitió cada una de las palabras sin que le fuera posible abrir la boca. Al darse cuenta de que le dolía la garganta, se sentó en el suelo y acarició el corto y tieso pelaje del pescuezo de *Rummler*. El cálido cuerpo del animal le recordó aquellas noches ante la chimenea de Ol' Joro Orok que creía enterradas hacía tiempo y lo adormeció un tanto. Trató de combatir la calma que empezaba al paralizarlo apretando la cabeza contra las rodillas. En un principio, la presión que sentía en las cuencas de los ojos le resultó agradable, mas luego comenzaron a molestarle los colores, que se descomponían en la luz de igual modo que sus ideas.

Era como si ya hubiera vivido esa escena que ahora se le antojaba tan irreal, pero no sabía cuándo. Su memoria se dejó llevar con demasiada rapidez y complacencia por las confusas imágenes. Vio al su padre delante del hotel de Sohrau, pero cuando la vela inició su último combate por la vida, el padre se apartó del hijo y se convirtió en Greschek, que estaba en Génova, en la cubierta del *Ussukuma*.

La bandera de la cruz gamada ondeaba en la tormenta Exhausto, Walter esperaba oír la voz de Greschek, la dura pronunciación y la obstinada ira en las sílabas que harían la despedida aún más difícil de lo que ya de por sí era. Pero Greschek no dijo nada, se limitó a sacudir la cabeza con tal violencia que la bandera se soltó y se precipitó sobre Walter. No sintió más que el propio desmayo y la opresión del silencio.

—Kimani —dijo Owuor—. ¿Tu cabeza aún recuerda a Kimani?

—Sí —se apresuró a responder Walter. Se alegró de poder oír y pensar de nuevo—. Kimani era un amigo, como tú, Owuor. Pienso en él a menudo. Se marchó de la granja antes de que yo abandonara Ol' Joro Orok. No le dije *kwaheri*.

—Él te vio marchar, *bwana*. Se quedó demasiado tiempo ante la casa. El coche se hacía cada vez más pequeño. A la mañana siguiente Kimani estaba muerto. En el bosque sólo quedó un pedazo de su camisa.

—Eso no me lo habías dicho nunca, Owuor. ¿Por qué? ¿Qué le pasó a Kimani?

—Kimani quería morir.

—Pero ¿por qué? No estaba enfermo. No era viejo.

—Kimani sólo hablaba contigo, *bwana*. ¿Te acuerdas? El *bwana* y Kimani estaban siempre bajo el árbol. Era la *schamba* más hermosa, la del lino más alto. Le llenaste la cabeza con las imágenes de tu cabeza. Kimani quería más a esas imágenes que a sus hijos y al sol. Era listo, pero no lo bastante listo. Kimani dejó que la sal entrara en su cuerpo y se secó como un árbol sin raíces. Un hombre ha de ir de safari cuando llega su hora.

—Owuor, no te entiendo.

—Owuor, no te entiendo. Eso decías siempre cuando tus oídos no querían oír. Incluso el día que llegaron las langostas. Yo dije: Han llegado las langostas, *bwana*, pero el *bwana* dijo: Owuor, no te entiendo.

—Deja de robarme la voz —repuso Walter. Notó que su mano se abría paso desde el pelaje de *Rummler* hasta la rodilla de Owuor; trató de retirarla, pero ya no obedecía a su voluntad. Durante un instante que se le hizo demasiado largo y en el que sintió cada vez con más intensidad el calor y la suavidad de la piel de Owuor, se negó a entender. Luego llegó el dolor y con él, la certeza de que esa despedida era más cruel que todas las anteriores.

»Owuor —dijo imponiendo su dominio a su herida abierta—, ¿qué le voy a decir a la *memsahib* cuando hoy no vengas a trabajar? ¿Le digo: Owuor ya no quiere ayudarte? ¿Le digo: Owuor quiere olvidarnos?

—Chebeti hará mi trabajo, *bwana*.

—Chebeti no es más que un *aja*. No trabaja en la casa. De sobra lo sabes.

—Chebeti es tu *aja*, pero también es mi mujer. Ella hará lo que yo diga. Irá contigo y la *memsahib* hasta Mombasa y sostendrá al pequeño áscari.

—Nunca nos dijiste que Chebeti era tu mujer —lo interrumpió Walter. Su voz, llena de reproche, le pareció infantil, y se enjugó el sudor de la frente desconcertado

—. ¿Por qué yo no lo sabía? —preguntó en voz queda.

—La *memsahib kidogo* lo sabía. Ella siempre lo sabe todo. Sus ojos son como los nuestros. Tus ojos siempre dormían, *bwana* —rió Owuor—. El perro —continuó, hablando tan aprisa como si hiciera ya tiempo que tenía en la boca cada una de aquellas palabras— no puede ir en barco. Es demasiado viejo para empezar una nueva vida. Yo me iré con *Rummler*. Igual que me fui de Rongai y luego de Ol' Joro Orok a Nairobi.

—Owuor —pidió Walter cansado—, debes decirle *kwaheri* a la *memsahib kidogo*. ¿O le digo a mi hija: Owuor se ha ido y no quiere volver a verte? ¿O le digo: *Rummler* se ha ido para siempre? El perro forma parte de la vida de mi hija. Ya lo sabes. Tú estabas presente cuando ella y *Rummler* se hicieron amigos.

El suspiro fue como el primer silbido del viento tras la lluvia. El perro movió una oreja. Aún tenía el aullido en el hocico cuando se abrió la puerta.

—Owuor ha de irse, papá. ¿O acaso quieres que se le seque el corazón?

—Regina, ¿cuánto hace que no estás durmiendo? Has estado escuchando. ¿Sabías que Owuor se marchaba? Como un ladrón en la noche.

—Sí —replicó Regina. Al repetir la palabra, sacudió la cabeza con el mismo movimiento leve con que impedía a su hermano hurgar en el cuenco del perro—. Pero no como un ladrón —aclaró, la tristeza oprimiendo su voz—. Owuor ha de irse. No quiere morir.

—Cielo santo, Regina, ¡deja de decir tonterías! Nadie muere por una despedida. De lo contrario, hace tiempo que yo estaría muerto.

—Algunas personas están muertas y siguen respirando. —Asustada, Regina atrapó su labio inferior entre los dientes, pero era demasiado tarde. Estaba tragando sal y su lengua ya no tenía fuerzas para retener aquella frase. Se hallaba tan confundida que incluso creyó oír la risa de su padre y no se atrevió a mirarlo.

—¿Quién te ha dicho eso, Regina?

—Owuor. Hace mucho tiempo. Ya no recuerdo cuándo —mintió.

—Owuor, eres listo.

Owuor tuvo que aguzar el oído como un perro que, tras un profundo sueño, oye el primer sonido, pues el *bwana* había hablado como un anciano que tiene demasiado aire en el pecho. Pese a todo, logró saborear el halago como en los buenos tiempos de viva alegría. Trató de asir aquellos tiempos ya muertos, pero se le escurrieron entre los dedos como maíz muy molido. De modo que desplazó su cuerpo pesadamente hacia un lado y Regina se sentó entre él y su padre.

El silencio estaba bien, conseguía que el dolor que no procedía del cuerpo se volviese ligero como la pluma de una gallina antes de poner su primer huevo. Los tres permanecieron callados hasta que la luz del día se tornó blanca y clara y el sol tiñó las hojas del verde oscuro que anunciaba un día con fuego en el aire.

—Owuor —dijo Walter al abrir la ventana—, aquí está mi viejo abrigo negro. Lo has olvidado.

—No he olvidado nada, *bwana*. El abrigo ya no me pertenece.

—Te lo regalé. ¿Acaso el inteligente Owuor ya no lo recuerda? Te lo regalé en Rongai.

—Ahora volverás a ponerte el abrigo.

—¿Cómo lo sabes?

—En Rongai dijiste: ya no necesito el abrigo. Pertenece a la vida que he perdido. Ahora has vuelto a encontrar tu vida. La vida con el abrigo —replicó Owuor, mostrando los dientes al reír como en los días que ya sólo eran harina de maíz.

—Debes quedártelo, Owuor. Sin el abrigo me olvidarás.

—*Bwana*, mi cabeza no puede olvidarte. He aprendido tantas palabras de ti.

—Dilas, dilas otra vez, amigo mío.

—*Perdí mi corazón en Heidelberg* —tarareó Owuor. Notó que su voz cobraba más y más fuerza con cada nota y que la música en su garganta seguía siendo tan dulce como la primera vez—. Lo ves, mi lengua tampoco puede olvidarte —afirmó triunfante.

Resuelto y sin embargo con manos temblorosas, Walter tomó la toga, la sacudió y se la puso a Owuor sobre los hombros, como si fuera un niño al que el padre ha de proteger del frío.

—Ahora vete, amigo mío —dijo—. Tampoco yo quiero tener sal en los ojos.

—Está bien, *bwana*.

—¡No! —exclamó Regina, y dejó de luchar contra la opresión de las lágrimas que había estado tragándose todo ese tiempo—. No, Owuor, has de cogerme otra vez. No debo decirlo, pero lo digo de todos modos.

Cuando Owuor la tomó en brazos, Regina contuvo el aire hasta que el dolor le partió el pecho. Se frotó la frente contra los músculos de la nuca de su amigo y dejó que la nariz atrapara el aroma de su piel. Entonces se percató de que había empezado a respirar de nuevo. Sus labios se humedecieron. Las manos agarraron el cabello en el que cada día aparecía un nuevo y diminuto rayo de luz gris, pero Owuor se había transformado.

Ya no era viejo ni estaba lleno de tristeza. Su espalda volvía a estar derecha como la flecha del arco tensado de los *masai*. ¿O acaso era la flecha de Cupido, que atravesaba las imágenes con su silbido? Por un momento Regina temió haber visto el rostro de Cupido y haberlo empujado para siempre a aquel país al que ella no podía seguirlo, pero cuando por fin pudo alzar los párpados, vio la nariz de Owuor y el brillo de sus grandes dientes. De nuevo era el gigante que la había sacado del coche en Rongai y lanzado por los aires y posado sobre la tierra rojiza de la granja con infinita ternura.

—Owuor, no puedes irte —musitó—. La magia aún sigue ahí. No puedes destruir la magia. Tú no quieres irte de safari. Sólo tus pies quieren marcharse.

El gigante de los fuertes brazos le dio de beber a su oído. Eran unos sonidos maravillosamente suaves que podían volar, pero que no se dejaban atrapar, y sin

embargo hacían fuertes hasta a los hombres débiles que lloraban. Regina devolvió sus ojos a la oscuridad cuando Owuor la dejó en el suelo. Sintió los labios de éste en su piel, pero sabía que no debía mirarlo.

Igual que los mendigos del mercado, dejó que su cuerpo cayera al suelo como si estuviera demasiado débil para combatir el entumecimiento. Escuchó atentamente la melodía de la despedida; oyó jadear a *Rummler*, los pasos de Owuor, que hacían crujir la madera, luego el chirrido de la puerta al abrirse enérgicamente y, a lo lejos, un pájaro que anunciaba que aún había otro mundo además del de las heridas abiertas. Durante un breve instante, la cocina siguió oliendo al húmedo pelaje de *Rummler*, más tarde tan sólo a la cera fría de la vela consumida.

—Owuor se queda con nosotros. No lo hemos visto marcharse —afirmó Regina. Primero cayó en la cuenta de que había hablado en voz alta y luego de que lloraba.

—Perdóname, Regina. No quería hacerte esto. Eres demasiado pequeña. A tu edad yo sólo conocía el dolor cuando me caía del caballo.

—Nosotros no tenemos caballo.

Walter miró a su hija sorprendido. ¿Tanta infancia le había arrebatado que tenía que consolarse con una broma mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro como a una niña que no entiende nada más que la obstinación de su padre? ¿O acaso sólo disfrutaba de la lengua de África y curaba su alma con un bálsamo que él nunca había probado? Quería estrechar a Regina entre sus brazos, pero los dejó caer apenas los hubo levantado.

—Ya nunca podrás olvidar, Regina.

—No quiero olvidar.

—Eso mismo dije yo, ¿y qué es lo que he conseguido? Le hago daño a la persona que más me importa en este mundo.

—No —negó Regina—. No puedes hacer otra cosa, debes emprender tu safari.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Owuor. Y me ha dicho otra cosa más.

—¿Qué?

—¿De verdad quieres que te lo diga? Te sentirás ofendido.

—No, te prometo que no me sentiré ofendido.

—Owuor me ha dicho —recordó Regina, mirando por la ventana para no ver el rostro de su padre— que he de protegerte. Eres un niño. Eso ha dicho Owuor, papá, no yo.

—Tiene *razón*, pero no se lo digas a nadie, *memsahib kidogo*.

—*Hapana, bwana*.

Los dos se fundieron en un fuerte abrazo y creyeron que tenían ante sí un mismo camino. Por primera vez, Walter había pisado la tierra que, demasiado tarde, se había convertido para él en un pedazo de su patria. Sin embargo, Regina saboreaba lo precioso del momento: por fin su padre había comprendido que sólo el negro dios Mungo hacía feliz a la gente.



STEFANIE ZWEIG. Nació el 19 de septiembre de 1932, en Leobschütz (Głubczyce), en la Alta Silesia, y es una escritora judía alemana. No debe confundirse con el escritor austríaco Stefan Zweig, con el que no tiene ningún parentesco. Murió en Fráncfort del Meno el 25 de abril de 2014.

Zweig es conocida sobre todo por su novela autobiográfica *Nirgendwo in Afrika* (*En ningún lugar de África*, 1998), basada en los primeros años de su vida en Kenia, que fue filmada y ganó el Oscar de 2002 a la mejor película extranjera. Su familia, judía, escapó de la Alemania nazi, buscando refugio en África. De este modo pasaron de una vida urbana en Silesia a un kraal en Kenia en 1938, cuando contaba cinco años. En esa época estudió en un internado de lengua inglesa. En 1941 su familia recibió una postal de su abuela que decía «estamos muy ilusionados, mañana vamos a Polonia», lo que significaba Auschwitz. Zweig ha vuelto dos veces a Kenia desde su partida en 1947 a la edad de 15 años, para encontrar la granja que habitó destruida.

La primera novela africana de Stefanie Zweig fue *Ein Mund voll Erde* (*Un puñado de tierra*), en 1980. Ganó varios premios, y describe un amor pasional con un joven Kĩkũyũ.

Zweig trabajó durante años como editora artística de un periódico popular de Frankfurt. Más tarde comenzó a escribir literatura infantil, y de ahí pasó a las novelas. Es muy conocida en Alemania, pero no tanto en otros países.

Notas

[1] Sohrau: Hoy Zory. <<

[2] Breslau: Hoy Wroclaw. <<

[3] Leobschütz: Hoy Glubezyce. <<

[4] Es una comida típica de Alemania, de Alsacia, de Polonia y de Rusia que se prepara haciendo fermentar las hojas del repollo (col) en agua con sal. (N. del Ed. Dig.). <<

[5] Sábado o día de reposo es generalmente para los judios un día semanal de descanso o tiempo de adoración. (N. del Ed. Dig.) <<

[6] Es una especie de mamífero artiodáctilo de la familia Cervidae. Es el cérvido más pequeño de Eurasia. (N. del Ed. Dig.). <<

[7] Schlesisches Himmelreich, literalmente: gloria celestial silesia, plato típico hecho a base de albóndigas de patata con una salsa de frutas desecadas y carne ahumada. (N. de los T.). <<

[8] Impuesto creado en 1931 que la administración nacionalsocialista deducía de las cuentas de los judíos que deseaban abandonar el país para evitar la «fuga de capitales» del Reich. (N. de los T.). <<

[9] ¡Ven! Tengo que arrestarte. Estamos en guerra. (N. del Ed. Dig.). <<

[10] Lamento informarle que en la actualidad no hay posibilidad de emplear a un extranjero enemigo en mi granja. Estoy seguro de que va a entender mi decisión y le deseo todo lo mejor para el futuro. Le saluda atentamente, (N. del Ed. Dig.). <<

[11] Juego de cartas similar al tresillo. (N. de los T.) <<

[12] Emblemático edificio de la ciudad de Francfort, actual sede del ayuntamiento. (N. de los T.). <<

[13] Uno para todos. (N. del Ed. Dig.). <<

[14] ¡Bien hecho! (N. del Ed. Dig.). <<

[15] Masa horneada compuesta de leche, huevos, harina y la grasa de la carne a la que acompaña. (N. de los T.). <<

[16] Pasta rellena de carne, queso, verdura, etc., es una especialidad suaba. (N. de los T.). <<

[17] Albóndigas de carne con salsa de alcaparras. (N. de los T.). <<

[18] Antigua letra cursiva alemana, bautizada con el nombre de su inventor, que se utilizó en las escuelas entre 1935 y 1941. (N. de los T.). <<

[19] Embutido similar a la morcilla, es una especialidad de la Alta Silesia. (N. de los T.). <<

[20] Nombre de un hotel que hace alusión a una cerveza negra. (N. de los T.). <<

[21] Tanto Schlachter en alemán como butcher en inglés significan «carnicero». <<

[22] Baker, por su parte, significa «panadero» en inglés. <<

[23] La Pascua judía, que conmemora la salida de Egipto. (N. de los T.). <<

[24] Término que designa el conflicto que enfrentó a la Iglesia Católica y al Imperio Alemán desde 1871 hasta 1883. (N. de los T.). <<

[25] En el sistema educativo alemán se decide a una edad muy temprana si el niño cursará estudios superiores, asistiendo a distintos centros en función de la opción que se escoja. (N. de los T.). <<

[26] Persüschein, certificado otorgado por las autoridades de desnacionalización que acredita la inocencia de una persona; su nombre se deriva del detergente Persil, de la idea de limpieza. (N. de los T.). <<